



La Caída del Dragón y del Águila

Javier Tolcachier

La Caída del Dragón y del Águila

Javier Tolcachier

Índice

Primera Parte: En algunos miles de Primaveras y Otoños

Sobre el rumbo de las nubes	6
Una bola china en cada columna del ábaco	8
De quienes se dice que nueve de cada diez son iguales y el décimo, cincuenta y seis veces distinto	10
La fuerza de la huella del pájaro	14
El Maestro que nunca habló de milagros, violencia, desórdenes o espíritus	17
Lazos de familia resistentes como las fibras de la seda	20
De quienes conociendo lo conocido querían conocer lo desconocido	22
La Jaula del Dragón	25
El Nacimiento del Dragón y del Águila	28
El Águila de Dos Cabezas	35
Del tiempo en que el mundo se extendió, volviéndose cada vez más pequeño	43
En busca de otros espacios	48
De cuando el Dragón tuvo que enfrentar al Águila	53
El Dragón ha muerto, ¡viva el Dragón!	58
De la vertiginosa mutación de las polaridades	60
El Dragón acude en auxilio del Águila moribunda	62

Segunda Parte: La caída del Dragón y del Águila

Un oficio antiguo y riesgoso	69
<u>El plano mayor</u>	
Entre vientos y tormentas	71
El huracán tecnológico	72
En medio del ciclón del encuentro y la extrañeza	74
Urbanos...	75
... y Ancianos	77
De la difusión y la confusión	79
Mareas y tormentas de religiosidad	81
Lo que traen los Ecos	83
El Feudalismo empresarial y la Corpocracia	88
La promiscuidad geopolítica	94
El Yin que avanza	96
Cuando los jóvenes sean viejos y los viejos jóvenes	101
<u>El plano medio</u>	
En relación a las relaciones	104
Entre la ausencia y la omnipresencia	106
El Águila depredadora	112
<u>El plano menor</u>	
En las vísceras del Dragón	118

Del abismo que crece mientras más la montaña se engrandece	120
Si eres ciego al tiempo no verás el foso	124
De cuando el Dragón muda la piel	126
De quienes estando fuera, preferirían estar dentro	130
De quienes estando dentro, preferirían estar fuera	133
En las entrañas del Águila	
Out of order	135
Armérica	138
Tráfico de sueños	142
Economía de guerra	147
El casi perfecto triunfo de la degeneración	153
Little Kids	158
La caída del Dragón y del Águila	162
El horizonte y el valor central	163
En los años anteriores al del Cerdo	167
La revuelta de los barbijos	172
Epílogo	175
Fuentes consultadas	179

Primera Parte

En algunos miles de Primaveras y Otoños

Sobre el rumbo de las nubes

Este es un libro que estudia posibles futuros, algo similar a poder decir algo sobre el rumbo de las nubes. Curiosamente, o no tanto, los sabios abocados a anticipar los destinos intentaban develarlos en el cielo, observando movimientos estelares que tradujeran verdades cósmicas a previsiones sobre el estado futuro de las cosas.

Claro que en sociedades agrícolas, anticipar los climas se convertía en una ayuda inestimable al proceso productivo. Y por supuesto reyes y otras gentes de poder acudían a los videntes a por consejo sobre las mejores condiciones para sus planes.

Pero astrólogos, magos, luego astrónomos y astrofísicos, pretendieron desde siempre descubrir en los cielos los signos de lo Sagrado, unir lo por venir con las preguntas sobre el origen y significado del Universo, dar significación y fundamento unívoco y permanente enlazando futuros y pasados en una inmanencia totalizadora.

Ésta no será la amplitud de la presente obra, aunque compartamos la atracción que seguramente muchos habrán sentido por descifrar lo hasta allí incognoscible.

Predecir es algo osado y ciertamente atrevido en épocas de gran inestabilidad. Resulta más escandaloso aún querer hacerlo con respecto a China, cultura con gran prestigio en este campo y una de cuyas principales obras es precisamente un libro metódico para avizorar futuro como es el I Ching o “libro de las Transformaciones”.

Pero tal transgresión de antecedentes, absolutamente impropia y alejada de los parámetros culturales que se pretende indagar, lejos de coartar el impulso, lo estimula, cual viento que en su intento por apagar el fuego, termina avivándolo.

A la inversa, estos juegos paradójales con los conceptos a los que habitualmente recurrimos para afectar la razonabilidad lógica de opuestos excluyentes a las que nos ha acostumbrado cierta ciencia positivista y cierta visión del mundo maniquea, además de hacer la lectura más amena, sí nos trasladan al interior de un clima cultural donde principios contrapuestos no sólo no antagonizan sino que son útiles en su complemento, resolviendo su contradicción en armonías que los exceden y a la vez contienen.

Aún en la dificultad de poder afirmar con valor absoluto verdades que aún no ocurrieron, nos consuela el hecho de que – en el caso de China – es idénticamente fortuito también establecer verdades absolutas sobre lo ya ocurrido, dada la distancia que ponen las fuentes idiomáticas, la extensión de tiempo en su desarrollo civilizatorio, la distorsión de la propia mirada que pretende asimilar lo desconocido a lo poco o mal conocido para reconocerlo y la imposibilidad del análisis completo de recursos que impone tamaña tarea.

Definido entonces de algún modo el propósito del texto - y sus inocultables limitaciones - diremos que este estudio podría clasificarse en un tipo de futurología intencional, que no cree en la simple mecánica de los acontecimientos o lo ineludible de condiciones en desarrollo. Así como admitimos la posible imponderabilidad de factores múltiples y en veloz desarrollo, así como ponderamos el inapresable azar posibilitado por la elección humana, así también consideramos que los pueblos son los artífices definitivos de la Historia, desde sus más profundas aspiraciones y creencias. En este sentido, como parte de esa producción humana, este trabajo pretende también ser un

manifiesto que ayude a los cambios citados, con lo cual la hipótesis se hará plena por el poder de la intencionalidad y la obra en sí no hará sino interpretar dicha fuerza, la más poderosa de las existentes.

Por último, según veremos más adelante, el interés no sólo se centra en lo que ocurrirá en China, sino en que este hecho, absolutamente entroncado estructuralmente con el resto del mundo, estará incluido en transformaciones sistémicas planetarias.

Acaso entonces varíe el objetivo del trabajo y nos aboquemos a predecir la caída de un sistema depredador, imbuido de competencia, avaricia y destrucción, un monstruo de varias cabezas, en cuyo coletazo final podremos señalar el surgimiento de un nuevo momento de la Historia Humana.

En todo caso, y anteponiéndonos a la celebración de nuestros errores, citemos las palabras del matemático chino Liu Hui, quien en el año 263 del calendario vulgar, y comentando el intento en un texto clásico de exponer una fórmula – no del todo exacta – para el cálculo del volumen de una esfera, compasivamente escribió: *“Dejemos el problema para quien pueda decir la verdad”*.

Una bola china en cada columna del ábaco

El territorio que ocupa China alberga hacia el año 2010 un número cercano a los 1300 millones de personas, es decir, algo así como un quinto de la población mundial. Ese dato escolar y ampliamente conocido basta para denotar la importancia de todo fenómeno que allí ocurra y es una proporción que ningún estudio de geopolítica puede obviar.

El hecho de que cada quinto habitante de la Tierra sea chino - la quinta bola del ábaco en la parábola con la que intitulamos el presente capítulo - nos llevó a indagar cómo se llegó a desarrollar semejante masa poblacional. Procedimos desandando diversas posibilidades y estableciendo relaciones entre distintos indicadores demográficos.

Según un corte por regiones geográficas, la comparación arrojó que efectivamente 6 (o 7, dependiendo de cómo se clasifique a Rusia) de los 10 países más poblados son asiáticos. Así, China, India, Indonesia, Pakistán, Bangladesh y Japón, albergan a más de 3 billones de seres humanos. Si se agrega Rusia, esto da aproximadamente la mitad de la población mundial.

Sin embargo, la ubicación de China en el lugar número 77 en la tabla de densidad poblacional o número de habitantes por kilómetro cuadrado, relativizaba de algún modo la contundencia de los números absolutos. Está claro, China es un territorio muy grande - el cuarto en superficie en el mundo, apenas detrás de Canadá y Estados Unidos - (según estadísticas chinas acaso el tercero) y por ello, pese a su enorme población, al ser comparada con territorios más pequeños o minúsculos, descendía velozmente en ese tipo de ordenamiento.

Por lo demás, estamos sin duda ante una población eminentemente rural, la cual - como es sabido - impulsa fuertemente la natalidad, decreciendo en la medida en que se producen los éxodos del campo a la ciudad. Pero comparando los porcentajes de crecimiento demográfico encontramos a China en la actualidad en el lugar 146. Seguramente esto se debe en parte al fuerte control que el gobierno ejerce allí desde hace unos años, impulsando una rigurosa política de "hijo único". Sin embargo, tal política y control es mucho menos rígido en zonas rurales, lo cual, sumado al corto período en que el dirigismo demográfico ha tenido lugar, no logra detener del todo la dinámica mecánica de crecimiento poblacional en el interior. Y una natalidad "a la baja", mucho menos explicaba la imponente del fenómeno numérico poblacional.

Así las cosas, hasta aquí, nada nos resultaba peculiar o "específicamente" chino, salvo constatar que en un territorio tan grande y de población mayoritariamente campesina, vivía mucha gente.

Se nos ocurrió entonces, que tal acumulación podría tener relación con algún factor histórico lejano o cercano. Por ejemplo, seguimos el hilo para ver si existía en la historia china, algún factor peculiar que hubiera reducido la mortalidad - lo cual explicaría al menos en parte el fuerte aumento poblacional.

No sin cierta desolación, comprobamos que también en la historia de esta civilización se habían sucedido innumerables y atroces guerras, feroces hambrunas y

terribles pestes que costaron millones de vidas humanas y diezmaron en su tiempo aldeas y ciudades.

Tampoco aquella imagen estereotípica acerca de cierta ancestral paciencia y sabiduría, que confiriendo una mayor calidad de vida conducía a la longevidad, llevaba a indicadores concluyentes, habida cuenta de la comparación en términos de expectativa de vida con otras naciones. Si bien Macau - una isla con mayoría de pobladores chinos colonizada por portugueses desde hacia varios siglos y recientemente incorporada a China en calidad de “zona de administración especial” - aparece aquí al tope de la estadística (con interesantes 84 primaveras y otoños como expectativa media de vida), reforzando el mito, pronto tal presunción se desmorona, rankeando China en el lugar 105 y prometiendo a cada uno de sus habitantes que podría, si se comportaba según parámetros estadísticos, llegar a vivir algo más de 73 años. Nada mal, comparado con los terribles e inhumanos números de la mayoría de los países del África Subsahariana, cuyas estadísticas nos remiten al inaceptable drama de nacer en un lugar donde la expectativa estadística baja a sólo 50 y en algunos casos, por debajo de los 40 años de vida.

Dicha estadística, si bien habla de un aumento cierto en las condiciones sanitarias y sociales de buena parte de la población china, de ninguna manera permite inferir, sobre todo dado lo reciente de estas mejoras, que este hecho por sí sólo (y menos históricamente) sea el causante de la inmensa población de China.

A tal confusión arribamos que - algo risueñamente - llegamos a evaluar la posibilidad de que los chinos hubieran producido un “gran salto adelante” anticipadamente, festejando con sus parejas el triunfo revolucionario de 1949, disparando así la natalidad en los subsiguientes años plétóricos de esperanza - que como bien se sabe - es habitualmente un componente de fertilidad y de ampliación familiar.

Y de pronto, vagando entre posibilidades como habitualmente, mirando sin ver o ensoñando en vez de percibir, una obviedad tremenda se fijó ante nuestros ojos y ya no pudimos sino verla. Esta obviedad nos dio una clave para desentrañar muchas cosas sobre China y su proceso y acaso para resolver uno de los acertijos que nos hemos planteado con este libro.

Lo que estábamos comparando con otros no era un país, es un imperio. Sólo que un imperio “puertas adentro”, un imperio de límites relativamente definidos y no aquel tipo de imperio extendido hacia lugares bien lejanos de la matriz cultural en donde surgió el pueblo conquistador. Por lo menos, hasta hace algunos años y en términos de dominación administrativa directa...

Al tratarse entonces de un imperio, las cifras de población, si bien importantes como al inicio, ahora se proporcionaban mucho más en la comparación con otras regiones reguladas bajo una égida imperial, ya sea en la actualidad o en cualquiera de los imperios anteriores.

De quienes se dice que nueve de cada diez son iguales y el décimo, cincuenta y seis veces distinto.

En múltiples fuentes – como en el sitio web del gobierno de China - aparece como hecho indudable un dato increíble. Se dice que más del 90 % de la gigantesca población china pertenece a la misma etnia, a la etnia Han. Y que el restante 10% (en cifras aproximadas) está compuesto por un mosaico de 56 etnias distintas.

Esto equivale - según las proporciones que venimos manejando - a decir que nueve décimos de un quinto de la Humanidad es Han.

Esto no tendría nada de “sospechoso” si no viviéramos en una época donde la diversidad de pueblos y culturas nos asombra día a día, rescatándose no sólo identidades antiguas sino además asistiendo al espectáculo y a la comprensión de que el progresivo contacto entre ellas ha producido a su vez, una multiplicación de matices cuya heterogeneidad es manifiesta.

Tal homogeneidad en semejante masa poblacional resulta cuanto mínimo interesante de ser observada. Rápidamente surge en nuestra memoria aquella famosa “ciudadanía romana”, que era otorgada no sólo de manera hereditaria, sino también a esclavos liberados o súbditos no romanos que prestaban servicios útiles al engrandecimiento de aquel vasto imperio, lo cual nos lleva a fortalecer nuevamente nuestro postulado recién descubierto.

Roma garantizaba la ciudadanía gradualmente en todas las provincias; A partir del siglo III, con la Constitutio Antoniana permitía ser ciudadanos romanos a todos los hombres libres que vivían en el Imperio.

Esta carta de ciudadanía otorgaba amplios derechos, como el de votar, realizar contratos, desposarse legalmente, derecho a no ser torturado, ni vendido ni maltratado como en el caso de los esclavos y la falta de la misma vedaba posibilidades, como por ejemplo la de enrolarse en el ejército. De este modo, ser ciudadano romano era un bien codiciado. Situándonos en el contexto histórico, es fácilmente imaginable el orgullo que podían haber sentido muchos de pertenecer a esa construcción victoriosa, pero también llena de nuevos ordenamientos en el campo del derecho y la civilización.

De este modo el Imperio producía la asimilación de diversos pueblos conquistados, tratando de evitar así enconos, venganzas y posibles rebeliones futuras, pero también forjando esa necesaria identidad superadora que todo proyecto nacional o imperial exigía, haciendo a los pueblos parte de una visión y un sentir convergente.

Dicha tendencia a la mezcla y la cohesión también fue parte de la estrategia imperial de Alejandro Magno, siendo luego abandonada por sus sucesores.

En el caso de China, éste ha sido un elemento fundamental de toda su Historia, la presión ejercida hacia la homogeneidad.

Destacable es por ejemplo el hecho de que aún cuando invasores extranjeros lograban establecer su dominio y fundar una dinastía, como en el caso de la dinastía Yuan de origen Mongol (1234–1305 CE) o la última dinastía, Qing, de raíz manchú – y

que gobernó China durante casi 3 siglos, entre 1644 y 1911, estos gobernantes foráneos no lograban imponer su costumbre, cultura, lengua o sistema legal, sino que adoptaban la mayoría de las normas vigentes en el imperio conquistado.

Investiguemos un poco más este tema, estableciendo algunas relaciones, ya que nos llevará a más conclusiones.

Según la misma explicación oficial gubernamental, *“las minorías étnicas viven en vastas regiones, pudiendo encontrarlas en un 64% del territorio, pero especialmente concentradas en los límites nordeste, norte, noroeste y sureste de China”*. Si consultamos el mapa administrativo, veremos que precisamente 4 regiones autónomas (de un total de 5) son fronterizas: Mongolia Interior, Guangxi Zhuang, Xinjiang Uigur y Tibet., completándose el tablero con Ningxia Hui, de pequeña superficie y marcada composición musulmana (“Hui” es el término genérico en chino para esa religión). En el mapa siguiente, las regiones autónomas están en tono claro.



División política administrativa de China (Fuente: Wikimedia Commons)

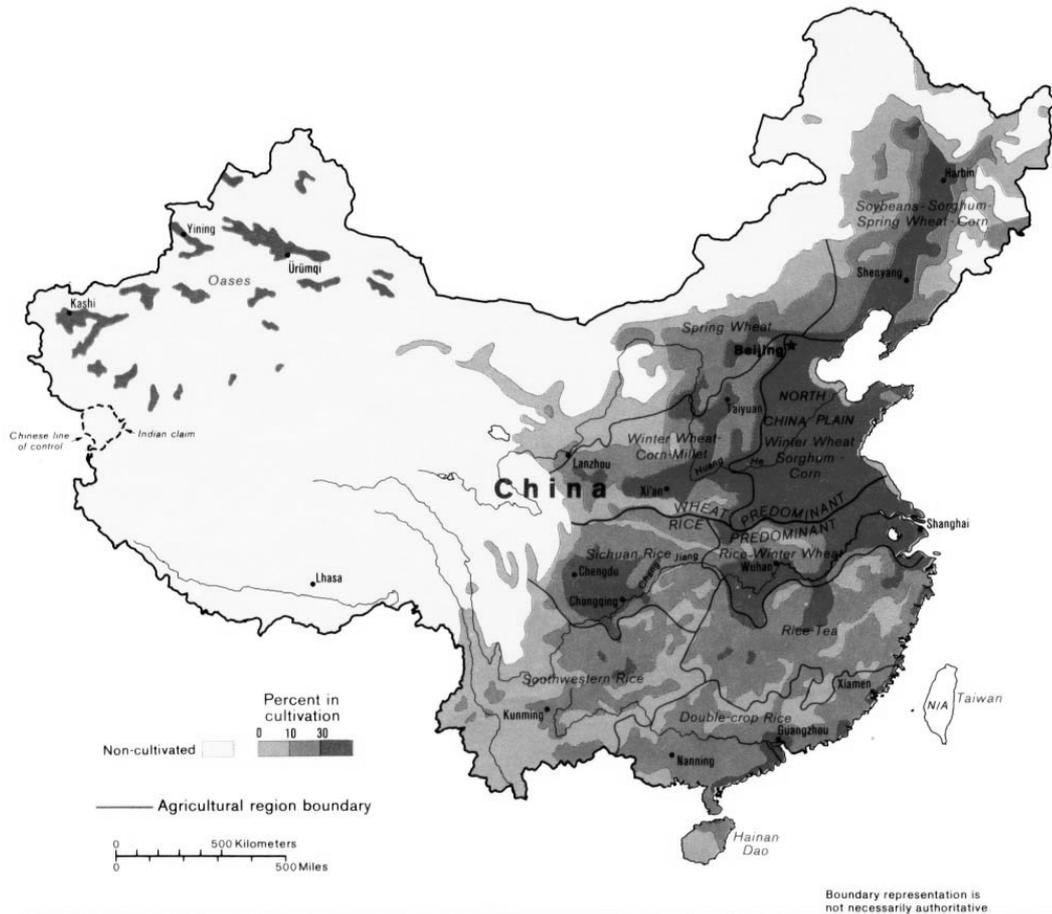
Muy relevante es que las áreas habitadas por las minorías étnicas representan aproximadamente la mitad del territorio, son escasamente pobladas, pero poseen abundantes recursos naturales, lo que evidencia una de las principales aristas del tremendo interés del gobierno central en ellas, junto al hecho de constituir - según veremos en capítulos posteriores - una importante “defensa” geoestratégica.

Este punto fue de vital importancia a través de toda la historia de China para las distintas dinastías, constituyendo en realidad parte del amurallamiento, que no sólo servía a la protección del corazón imperial, sino que ha tenido mucho que ver en cierto relativo “aislamiento” de estos puntos y en consecuencia con el fortalecimiento de sus procesos endógenos.

Desde el punto de vista orográfico, digamos además que la mayor parte de estas regiones autónomas cuenta con muy poca extensión de terreno fértil o cultivable, lo cual al par de revelar uno de los grandes problemas de la China de hoy – un gran número de

bocas para alimentar y a pesar de su extenso territorio, contar con una predominante geografía montañosa (más del 60% del área total)

Agricultural Regions



800635 (544061) 5-86

Regiones agrícolas de China (fuente: Wikimedia Commons)

La cuestión étnica ha sido tremendamente relevante en el proceso expansionista de la cultura Han y por supuesto, como se irá develando en el transcurso de este escrito, absolutamente inherente a su desarrollo imperial. Dicho de otro modo, el proceso de incorporación o asimilación de los distintos pueblos en el imperio chino, es la clave para comprender esa tendencia a la homogeneidad que da como resultado esa identidad colectiva de la mayoría del pueblo como parte de la etnia Han ('han-ren', gente de Han).

Muchas han sido las discusiones sobre cuál ha sido la razón por la que esta cultura terminaba siendo adoptada en gran medida y con la interacción del caso por los conquistados (y aún por áreas contiguas y hoy independientes) quienes se fundían con los códigos y usanzas de los conquistadores, haciéndolos finalmente propios. Tediosa y estéril podría ser para nosotros dilucidar cuál nos parece la mejor de las explicaciones.

Intentaremos acaso salir airosos del desafío, acudiendo a cierto modo chino de elaborar disyuntivas, asentado en la filosofía taoísta. Según esa lógica, a cada proposición corresponderían tres posibles respuestas. Una de carácter positivo,

reafirmando lo expresado. La segunda, contrapuesta, negando el postulado. Y una tercera, en cierto modo relativa o superior, proponiendo puertas abiertas a otras salidas que resuelven la aparente contradicción. Esta última representaría al Tao y no a sus manifestaciones contrapuestas y complementarias conocidas como Yang y Yin. Esta modalidad triple está bien alejada de los modelos de pensamiento dual enraizados en el Occidente, fuertemente influenciados por la antigua lucha babilónica entre Ormuz y Ahrimán, dioses de la luz y la oscuridad, contienda de la cual son fácilmente derivables las influencias zoroastristas y maniqueas que luego fluyeron en posteriores religiones que extendieron aquella influencia muy lejos de su lugar de origen. Esa forma triple de respuesta, también nos recuerda aquella anécdota sobre el Rey Salomón, quien, en una oportunidad, al emitir un fallo, daba la razón a cada uno de los contendientes. Al ser el sabio interpelado por un tercero presente respecto a la justeza de tal proceder, le respondió: “Tú también tienes razón”. Seguramente tal historia pretendía más bien educar acerca de los múltiples puntos de vista y sobre cuán absurdo o relativo puede ser un absoluto.

De interés nos parece entonces simplemente describir algunos de los factores que seguramente incidieron en la innegable fuerza civilizadora de aquella cultura imperial. Seguramente esa descripción nos acerque a la comprensión de asuntos que han sido pilares de esa histórica construcción, pero también nos muestre aquello que siempre resultó preocupación y problema.

La fuerza de la huella del pájaro

Un factor importante sin duda ha sido el particular sistema de escritura desarrollado, cuya influencia no sólo fue central en cuanto a la estandarización de un modo de comunicación entre los diversos lugares e instancias en el transcurso de la historia imperial china, sino que incluso fue adoptado por lenguas de áreas contiguas como el japonés, el vietnamita o el coreano. Éstas dos últimas abandonaron la modalidad de escritura logográfica recién en el transcurso del siglo XX, mientras que Japón aún la mantiene.

Es motivo de controversia quién fue el creador de la escritura china. Según una leyenda tradicional ésta fue inventada por Cang Jie, ministro del Emperador Amarillo, (figura mitológica reinante hacia mitad del tercer milenio antes de la era corriente) inspirándose en la huella que dejó un ave al caer a tierra abatida por un Fénix. Otra tradición prefiere atribuirle a una derivación de los 64 hexagramas del libro de las Transmutaciones o I-Ching, del también mítico sabio Fu-Hsi, ubicado cronológicamente con cierta aproximación por la misma época.

La escritura china es un sistema compuesto por tres tipos de gráficos distintos, pictográficos, ideográficos y fonético-semánticos.

Los pictogramas – que constituyen los trazos más antiguos – son similares a aquellas inscripciones cuneiformes o jeroglíficas, desarrolladas por las culturas sumero-acadio-babilónica, la egipcia o la maya. Con ellos se intenta retratar el fenómeno, reduciendo la manifestación a símbolo. Así por ejemplo “人” (rén) simboliza a una persona y “女” [nǚ] quiere decir mujer.

Los ideogramas por su parte son una estructura gráfica que podríamos colocar más en el campo de la alegorización, ya que contiene significaciones que están dadas por asociación. Un ejemplo sería “森林” [sēnlín] (bosque) o “木材” [mùcái] (madera) como derivaciones del símbolo “木” que en la escritura antigua pictografiaba un árbol, con su copa, ramas y raíces. O la palabra “bien” “好” (hǎo), como síntesis de los símbolos “女” (mujer) y “子” (niño).

Por último, los fonogramas, que terminan constituyendo hoy la gran mayoría de los caracteres chinos, pueden ser considerados signos, que fijan convencionalmente contenidos auditivos, basados en un pictograma o ideograma anterior, con el agregado de radicales semánticos. Por ejemplo: naranja (jú zi) se escribe “橘子” incluyendo al ya conocido signo de niño, pero en este caso, no es que se signifique una fruta nutritiva para la alimentación infantil, sino que se toma al signo por la expresión fonética “zi”. Lo mismo ocurre con la palabra león (shī zi), que se escribe “狮子”, incluyendo el ya familiar signo por coincidencia fonética.

Por supuesto que los distintos pueblos que habitaban China conservaron sus diferentes lenguas y en realidad el “chino” hablado es un macroidioma con 13 sublenguas con el mandarín como predominante. Aunque los chinos mayoritariamente se refieren a los demás idiomas como dialectos - asunto más que coherente con la dirección homogeneizante – esta opinión no sólo no es compartida por estudiosos, sino que en términos generales, esa diversidad idiomática, aún perteneciendo a la misma familia lingüística, es mutuamente ininteligible. Presentado de manera extrema, es como

pensar que un armenio podría entablar sin más una conversación con un alemán o un iraní con un griego, por pertenecer todos ellos a la familia de lenguajes indoeuropeos.

Aún el mandarín no es el mismo en todos los lugares, basándose el idioma oficial de la República Popular China en el dialecto particular de la zona de su capital Beijing. En todo caso, la gran mayoría de los habitantes de China, cerca de 885 millones, habla Mandarín, seguido en orden de importancia por el Wu (unos 77 millones), el Cantonés (55 millones), el Jin (45 millones), el Xiāng (36 millones), el Hakka (34 millones), el Gàn (31 millones) y otros menores como el Huī o el Ping.

Entonces, aún cuando el mandarín es hablado por más de dos tercios de la población china, no es en absoluto una proporción menor el tercio restante que prioriza su modo de hablar distintivo.

El siguiente mapa nos muestra una distribución lingüística aproximada (sin incluir a las regiones tibetana, uyghur y mongola). Si lo comparamos con el mapa “agrícola”, que nos refleja con claridad la ubicación de los suelos fértiles, veremos una de las direcciones principales de la expansión Han, desde el Centro Norte en la zona comprendida aproximadamente entre Xián y Luoyang, hacia el Sur y hacia el mar.



*Distribución lingüística aproximada de China
(no incluye Tibet, Mongolia interior, Xinjiang)*

Fuente: Wikimedia Commons. Autor: Wu Yue (original); Gohu1er (formato SVG)

Por ello mismo, en medio de la diversidad lingüística de la zona, la escritura emergió - aún cuando restringida a la clase dominante o culta - como un poderoso factor unificante y civilizador entre los distintos reinos del Imperio, al tiempo que la cultura Han avanzaba sobre las demás.

Esto ha sido así en todos los imperios, donde esa clase más “culta” (o más servil, depende cómo se vea), aprendía y manejaba desde una lengua imperial – en este caso escrita – los asuntos de Estado. En el caso chino, desde la época de Confucio, el Supremo Maestro, la construcción de ese funcionariado constituyó la columna vertebral del Imperio, lo cual nos lleva a otro factor de sustancial importancia en el desarrollo civilizatorio-imperial que venimos estudiando.

El Maestro nunca habló de milagros, violencia, desórdenes o espíritus.

Analectas, 7:21

Las enseñanzas de Kǒngzǐ, o Kong Fu Tse, (literalmente “maestro Kong”), más conocido en Occidente por Confucio, tuvieron una influencia decisiva en China.

No es posible (ni tampoco es nuestro interés aquí) realizar una ponderación siquiera aproximada acerca de la doctrina confuciana. Tal imposibilidad guarda relación no sólo con la distancia en el tiempo y los contextos culturales, que suponen sin duda modificaciones severas de los contenidos conceptuales, sino también con la barrera idiomática – sólo franqueable parcialmente a través de múltiples y diversas traducciones desde una lengua que también ha mutado -. Además, como es el caso de todos aquellos antiguos sabios, lo que ha llegado hasta nosotros es absolutamente fragmentario, debido no sólo a las variaciones que impone la tradición y transmisión oral, sino a los posteriores ordenamientos, recopilaciones, modificaciones, mutilaciones y destrucciones a las que fueron sometidos los textos originales de esos Maestros, desde siempre preocupados por develar sentidos y orientar las acciones humanas hacia ellos.

Si agregamos a estas dificultades, la impertinente cortedad e impericia de nuestro estudio sobre tan vastas materias, estaríamos casi impelidos a callar sobre ello de inmediato. Tal como se lee en un pasaje del “*Analectas*”, obra primordial del Confucianismo, ante la interpelación de un discípulo sobre cómo podría avanzar una vez que Confucio había decidido callar, éste respondió: “*¿Acaso habla el Cielo? Sin embargo, las cuatro estaciones continúan y las cien criaturas siguen naciendo. ¿Acaso habla el Cielo?*”

Sin embargo, desde el punto de vista que estamos considerando, es menester señalar cómo ciertos tópicos predicados por Confucio y sus principales seguidores en las dos centurias que siguieron a la muerte del Maestro (aproximadamente hacia mitad del siglo V antes del punto de partida del calendario gregoriano), fueron aprovechados por el flamante imperio Han – pocos años después del nacimiento del Dragón Imperial durante la breve dinastía Qin o Ch’in – y por las sucesivas dictaduras imperantes, a fin de consolidar sus aspiraciones de poder centralistas.

Los valores centrales confucianos que sirvieron a estos designios - y que por tanto fueron acentuados durante los siguientes dos mil años - pueden resumirse en la obediencia a los ritos y costumbres, la aceptación de premisas emanadas de la autoridad – a su vez responsable de velar por el conjunto – y el precepto de honrar y continuar el mandato de las generaciones precedentes.

Confucio puso también el máximo énfasis en la ética que debía poseer un gobernante que él imaginaba como un conductor virtuoso, en cuyo espejo pudiera mirarse su pueblo en sus acciones cotidianas. Virtudes tales como lealtad, probidad, preocupación por el bienestar de los gobernados, constituían temas centrales de aquella ética, que el Maestro tomaba de tiempos pasados, en especial de la figura del Archiduque de Zhou, dinastía que gobernó China en los tiempos de Confucio y a la que sucedieron varios siglos de guerras entre reinos en combate por el poder central. Este período histórico es asemejado por diversos estudiosos a la situación de Europa en el medioevo, si bien esto ocurría 10 siglos antes.

La imagen guía de Confucio, era la de un “caballero” cuyas virtudes – en el caso del máximo gobernante - lo hacían merecedor del “mandato del Cielo” (“tian ming” – también traducido como destino del Cielo) o sea un intérprete cabal del mandato cosmogónico. Aún cuando Confucio aparentemente rehuía responder a las preguntas sobre la muerte, lo divino u otras consultas de tipo espiritual o transmundo, en realidad daba claramente su visión afirmando la imposibilidad de explicar realidades trascendentes, prefiriendo dedicar a ellas el silencio y las palabras a formas de obrar y gobernar el mundo. Sin embargo, su doctrina englobaba dicha agnoscis en el concepto de “cielo”, fuerza a la que todos debían someterse. Está claro entonces que en adelante, los emperadores a partir de Huangdi, primer emperador Qin, tuvieron que mirarse y ser mirados en el espejo del “mandato del cielo” y que su caída sería justificada siempre con el alejamiento del comportamiento ético, perdiendo así el mandato conferido por el firmamento rector.

Por supuesto que tal conducta ejemplar generalmente no era tal y que en realidad eran siempre las reyertas de poder internas, los invasores externos o la muerte física los que daban fin a los tiempos de cada gobierno imperial. Sin embargo, y cualquiera fuera la anécdota, la alegoría era que el emperador saliente había perdido el favor del cielo y éste otorgaba un renovado mandato al emperador triunfante.

Bien vistas las cosas, ubicándose en la época y sin el juzgamiento que haríamos desde una etapa histórica donde en principio la democracia es un valor apreciado – aunque poco practicado - esto significaba un avance revolucionario, ya que los autócratas, aún en medio del peor de los despotismos debían rendir cuentas valóricas (por supuesto que no fácticas) dentro de ciertos parámetros éticos y quedaba legitimada la separación del cargo, cuando el gobernante se apartaba de ellos. Esto era ya distinto a la radicalidad de la arbitrariedad total, justificada por un origen divino en otras autocracias y abría las puertas a la renovación gubernamental, pese a todo intento de conservación dinástico.

Gobernar no se legitimaba desde entonces sólo por el eslabón de consanguinidad y parentesco automático, sino que – en principio – la puerta estaba abierta a que los sucesores de un monarca no fueran de manera absoluta sus descendientes.

Otra característica fundacional legada por el confucianismo fue aquella orientación hacia un sistema de funcionariado imperial regido por exámenes y normas precisas. Aún cuando en la actualidad Confucio sea atacado por contemporáneos y tildado de retrógrado (lo cual dada su inclinación a honrar el pasado podría hasta haber sido un cumplido en sus oídos), debemos conceder que esta medida también era profundamente revolucionaria para la época, ya que este sistema abría las puertas a obtener por mérito propio posiciones que anteriormente sólo estaban reservadas al implacable y mecánico vínculo de casta o, en el mejor de los casos, dependiente del caprichoso favor o gracia imperial.

Es por ello probablemente que Confucio fracasara totalmente en vida en su aspiración de probar en la práctica sus propuestas, siendo según las crónicas siempre bien recibido y consultado amablemente por distintos gobernantes regionales de la época, pero finalmente rechazado en su pretensión de hacerse cargo con un equipo de discípulos de la gestión directa en aquellas cortes.

De inmediato no podemos sino recordar a Platón, el filósofo de las espaldas anchas, cuyas similares proposiciones acerca del “gobierno de los mejores” (ariston-cratos), prescribían también el desarrollo educativo hasta finalmente alcanzar la sabiduría y el “ideal del bien”, para quienes se sintieran convocados a gobernar.

Confucio triunfó sin embargo y muy ampliamente de manera póstuma, sirviendo – al menos una parte de su doctrina – al establecimiento de los fundamentos imperiales de China durante los dos milenios siguientes.

Quienes adoptaron, promovieron e impusieron el confucianismo fueron los gobernantes Han, luego del período Qin – que utilizó el legalismo (también una interpretación confuciana pero más férrea en cuanto al sometimiento individual) y a la primera etapa de la dinastía Han Anterior de predominancia taoísta. Hay estudiosos que hablan de una síntesis de pensamiento Han, que se habría producido fusionando los elementos más aptos de las distintas escuelas de pensamiento importantes de la época, el confucianismo, el taoísmo, el legalismo y el moísmo, síntesis que sentó las bases valóricas para el crecimiento del Dragón.

Lazos de familia resistentes como las fibras de la seda

Entre los valores predicados por el confucianismo, como decíamos anteriormente, destaca la importancia de honrar a las generaciones precedentes. Sin duda que este sentido de pertenencia familiar ha sido un poderoso factor en la unificación civilizatoria. Tal práctica, que desde la mirada actual podría ser catalogada de anticuada, autoritaria y restrictiva, conlleva desde otro punto de vista una acumulación de proceso y la construcción de un tejido social potente, resistente a los avatares de las coyunturas.

Aquel culto a los antepasados también se practicaba en la religión doméstica de la Antigua Roma y aún en épocas del Imperio, conviviendo con la religión oficial. En los hogares de Roma se veneraba a distintos espíritus. El espíritu “bueno” de los antepasados era simbolizado por los manes, los dioses protectores del hogar eran los lares y había también demonios malignos a los que había que temer y respetar. Los romanos recordaban a sus muertos mediante pequeñas estatuillas que colocaban en sitios precisos. Así la palabra “lar” es aún hoy en la lengua castellana sinónimo de hogar, recordando aquella creencia.

En China, este sentido de pertenencia familiar no sólo está anclada en el culto confuciano sino que encuentra también raíces en la típica organización agraria. La base social china durante toda su historia ha estado compuesta por pequeños villorrios cuyo núcleo era la familia o mejor dicho, el clan familiar.

Una clara muestra de la fortaleza de esta imponente ramificación nos la da el sistema de nombres utilizado por los chinos. Como bien se sabe, el nombre propio chino se antepone al nombre individual, mostrando de inmediato la pertenencia familiar de cada persona. Clasificaciones consultadas listan unos 700 nombres propios y hasta existen fuentes – quizás algo radicales - que aseguran que con 20 nombres familiares se puede abarcar a la mayor parte de la población. Otras estadísticas toman los primeros cien nombres propios y afirman que un 85% de la población porta ese apellido. Los tres nombres más comunes son Li, Wang y Zhang que en conjunto representan el apellido de 300 millones de personas, sin duda las familias más grandes del mundo.

Aún siendo cautelosos y tomando la opción más conservadora, englobar a este pueblo en 700 nombres quiere decir que estadísticamente ¡cada chino tiene aproximadamente un millón ochocientos cincuenta mil parientes!, lo cual es seguramente un dolor de cabeza a la hora de elegir y comprar regalos en cada festividad o de recordar las fechas de cumpleaños de cada uno....

Sin duda que la relación familiar no ha sido la única fuente de nominación y al igual que otros pueblos, también han incidido en el repertorio de nombres la pertenencia a un lugar, a una etnia, a un feudo o a una profesión. Y para completar la confusión, digamos que era habitual que una misma persona, sobre todo en las clases nobles, tuviera varios nombres, según se trate del nombre de cortesía, un pseudónimo, nombre póstumo, del templo o de la era a la cual el individuo pertenecía. A ello se agrega, en tiempos actuales, que un niño posee un nombre escolar, un adolescente un “nick” y en esferas de negocios es habitual que un chino posea también un nombre “occidental”.

Pero más allá de todo este enredo, es innegable que la familia, cuya cadena de ampliación y sucesión era entendida desde los primeros tiempos imperiales por vía

paterna, constituye un hilo consistente y fundamental de la sociedad china. En efecto, como veremos en capítulos posteriores, no sólo la conquista guerrera, sino también las distintas migraciones con el establecimiento de nuevos lazos familiares, fuero dando composición progresiva al proceso de homogeneización que venimos analizando.

El ideal armónico de una gran familia unida por lazos de cooperación, reciprocidad y respeto a la autoridad obviamente es y ha sido un mito lejano, atravesado en la realidad por numerosísimos pleitos, sanguinarias luchas de poder, emboscadas, egoísmos y mentiras, en nada diferente a lo ocurrido en otras culturas.. Sin embargo, dicha imagen ideal ha dado dirección a un tipo de cohesión social que ha actuado – entre otros valores y formas – como muro de contención ante el embate corrosivo del individualismo, al par que ha actuado permitiendo una fuerte continuidad de proceso, con la consiguiente acumulación, ligando crecientemente además a los pueblos de la zona.

De quienes conociendo lo conocido querían conocer lo desconocido.

Desde siempre el Ser Humano ha estado aplicado a sobrevivir, a prolongar su existencia y a develar su sentido. Al preguntar por su origen y su destino, ha intentado también descubrir los misterios de la Vida y la Muerte, aspirando a la Inmortalidad o al menos a seguir aquellos justos procedimientos prescriptos para vivir más y mejor.

Por ello es que desde antiguo Técnica y Mística, Ciencia y Religiosidad caminaron juntas, ya que se suponía que las cosas tenían un ordenamiento divino y vivir de acuerdo a él era lo apropiado. También se consideró que el estudio de dicho orden podía acercar a la intención divina y al Conocimiento Sagrado. Desde esta perspectiva, queda claro porqué los Inspirados de todas las épocas y culturas también eran entendidos en distintas materias tanto del mundo físico como del espiritual. Egipcios, babilonios, jonios, eleatas, mayas, árabes, chinos y tantos otros más compartieron aquel entusiasmo por ese conocimiento que pudiera elevarlos hacia los cielos, desarrollando al mismo tiempo todo tipo de artilugios que aumentaran el bienestar sobre la tierra.

Sólo en tiempos recientes, cierta vertiente racionalista negó por completo la unidad de ambos mundos, tendiendo desde entonces la Ciencia a descalificar a la Sacralidad y a glorificar cierta neutralidad secular, independiente de todo Misterio Mayor. Es como si esta Ciencia, al ser elevada en el pedestal de la Verdad – aunque sólo fuera relativa y transitoria – olvidara de inmediato sus orígenes y enviara a encarcelar a quien había sido compañera y sostén.

Claro está que en el transcurso de los milenios, cierta tergiversación religiosa obscurantista asesinó a todo pionero del Conocimiento – en nombre de la afiebrada intención de quienes detentaban aquel poder temporal de fachada solemne. Pero aún así esta venganza de la Ciencia es ciertamente inapropiada y limita su esencia y sentido.

En China, la creencia generalizada era que el ordenamiento divino proviene del Cielo (tian) y la justeza en el obrar era conocida como la Vía. Engarzar la propia vida armónicamente como una cuenta en el gran collar del Universo sería un modo de graficar aquella intención colectiva.

De allí surgió la exploración profunda de la Naturaleza de las cosas y el mejor modo de obrar frente a ella. De esa necesidad práctica de avanzar guardando equilibrio, surgieron las grandes invenciones. Y esto fue posible en aquellas culturas que entraron en interacción con el orden de las cosas pretendiendo no doblegarlas pero si domesticarlas, aprovechando sus virtudes con creatividad para mejorar la vida.

Los problemas a los que se enfrentaban estos investigadores eran bien concretos, aunque llevaran para su resolución a enigmas lejanos. No es de extrañar por ejemplo, que los chinos hayan desarrollado tempranamente sistemas de contención de desbordes fluviales o sistemas de canalización e irrigación. El río Amarillo, cuna de aquella cultura, cambiaba frecuentemente su curso debido a la acumulación sedimentaria, creando dificultades a las comunidades agrarias y era por ello menester reparar o al menos mitigar tal descalabro natural.

La observación astronómica y las artes adivinatorias han sido consustanciales a todas las grandes civilizaciones por guardar íntima relación con los ciclos y los ritmos

naturales de los que dependían los producidos de la Tierra. Por ello tampoco es de extrañar que la Tierra, el Cielo, el Sol, la Luna y otras entidades relacionadas fueran objeto de adoración a fin de lograr su beneplácito o su clemencia.

El dominio del fuego y los procedimientos que ceramistas y metalúrgicos aplicaron a los distintos materiales seguramente dejaban en ellos fulgores interiores ligados al Supremo Ígneo, al par que contribuían crecientemente a producir soluciones prácticas que eran beneficiosas al conjunto y por lo cual también eran profundamente respetados.

Aún los alquimistas chinos, cuyo principal objetivo era producir el elixir de la inmortalidad – y en cuyo desarrollo surgieron prácticas medicinales a la vera de arriesgadas operaciones - eran gentes prácticas que consideraban a la muerte como el principal problema y buscaban el modo de superarlo aplicando reglas taoístas.

Vistas así las cosas, no necesariamente debe atribuirse demasiada particularidad a cierto “genio chino”, que es puesto de manifiesto toda vez que se habla de invenciones extraordinarias como el papel, la pólvora, la brújula o la imprenta, sino puntualizar más bien en la situación de desarrollo civilizatorio y religioso al que iban accediendo las distintas culturas por vivir procesos y experiencias similares. Por supuesto que después, cuando comenzaron los contactos entre las distintas civilizaciones, todo este proceso se aceleró tremendamente, explicando quizás la impresionante velocidad de las transformaciones que habrían de ocurrir hasta llegar a nuestros días.

Por supuesto que en el avance tecnológico de esa civilización actuaban tres agentes, por otra parte presentes en las distintas culturas que produjeron progresos similares, a saber: la necesidad práctica aunada con la pregunta por lo Sagrado, la concentración de recursos económicos y de conocimiento por efecto de un poder centralista y finalmente la posibilidad de compartir y acumular conocimiento mediante algún sistema de escritura.

Quizás un matiz en estas generalizaciones y que sí ha quedado vigente en la aproximación china al mundo, es aquel “utilitarismo” (que hoy es denominado por algunos “sentido práctico” o también “pragmatismo”), para algunos un legado del Moísmo, pero en realidad fuertemente ligado a aquella dualidad primigenia donde la funcionalidad de cada cosa no estaba en su apariencia, sino en el vacío que la rodeaba. O dicho de otro modo, donde el “para qué” de cada apariencia era su verdadera esencialidad, poniendo énfasis en la importancia de atender a las funcionalidades y no tanto a lo aparente.

Este concepto taoísta descrito en el Tao Te Ching, se introducía en el pensamiento de Mo-zi (o Mo-Tzu), el cual inicialmente confuciano, se alzó luego vehementemente contra aquella doctrina, produciendo una muy interesante interacción. En el corazón de su enseñanza y de su acción (Mozi fundó también una especie de ejército de auxilio a reinos que eran atacados por potencias mayores) estaba la “preocupación imparcial” (jian'ai) por los demás seres humanos – traducido de manera algo radical por algunos como “amor universal” en contraposición al amor parcial, dictado por los intereses propios o los lazos de parentesco o cercanía. Este sabio argumentaba por entonces que dicha preocupación universal era el camino a seguir por razones prácticas de avance y bienestar común, argumentando así contra la ética virtuosa de Confucio. Mozi era un ferviente pacifista por los mismos motivos, mostrando lo impráctico de la destrucción

que ocasionaba la guerra, situación que todos sus coetáneos podían percibir (al menos aquellos que quedaban vivos) en aquel tiempo de permanentes conflictos armados conocido como de los Reinos Combatientes, unos siglos antes del nacimiento del Dragón Imperial y el establecimiento de la dinastía Qin (o Ch'in).

Más allá de que la ética confuciana triunfó finalmente – sobre todo porque el Imperio prefirió aquella doctrina más ajustada a sus fines – es innegable que el aporte de Mo Tzu fluyó en este modo de visionar las cosas desde el bien común, desde el progreso compartido, desde la practicidad de los beneficios manifiestos – siempre desde una rígida y autoritaria mirada - haciendo parte hasta la actualidad de los contenidos culturales profundos en la conciencia de cada chino.

Volviendo luego de esta larguísima digresión al cauce principal de nuestro desarrollo – que desborda tantas veces su cauce como el ya mencionado Río Amarillo – la acumulación de conocimiento y técnica hizo fuerte a la civilización Han, constituyéndose en un fuerte factor de expansión, pero también un motivo importante de adhesión a ella, obteniendo los conquistados de algún modo también beneficios en la aplicación de estas nuevas tecnologías y sistemas de organización.

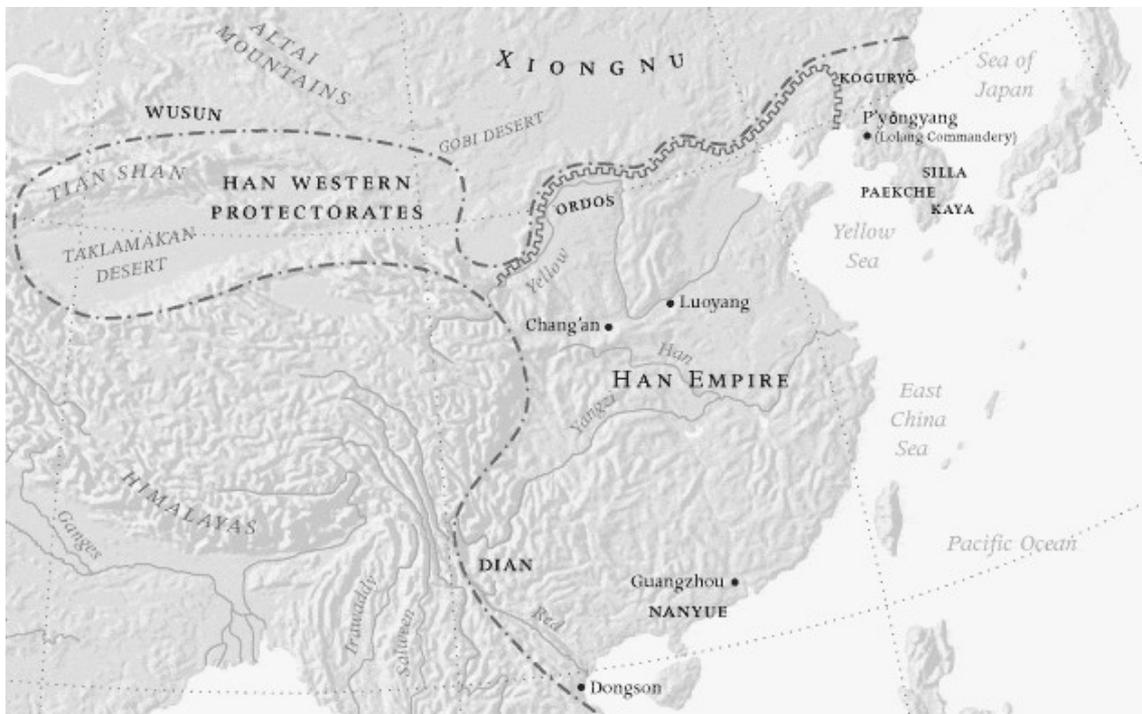
Por otra parte, y a pesar de hacer manifiesta la típica distinción de la propia cultura civilizada con las costumbres “bárbaras” circundantes (y su respectiva inferioridad), el Imperio se fortalecía una vez más con la absorción de los conocimientos de aquellos pueblos que iba sometiendo, concentrando conocimiento y haciendo aún más atractiva la pertenencia al mismo. De este modo, crecía la adhesión a la identidad imperial.

Es de particular importancia destacar que no sólo se transmitía el mundo objetal y la tecnología, se transmitían significados, modelos de conducta y de organización social, sin los cuales el instrumental no podría ser siquiera utilizado. Así se interpenetraba la cultura dominante Han progresivamente con las subyugadas que, sin embargo, también dejaban su huella al interior de aquélla, construyéndose en esa fusión en realidad una nueva identidad compartida que de ningún modo era idéntica a la que – en apariencia – se imponía sobre las demás.

La Jaula del Dragón

El relativo aislamiento chino ha sido un factor fundamental en el proceso de unificación cultural imperial. No queremos decir con ello que China ha estado desconectada del mundo, ya que es muy conocido el hecho (que analizaremos luego con mayor detenimiento) de aquel contacto iniciado a partir del Imperio Han con el resto del mundo a través de la Ruta de la Seda. También mencionamos en este campo (y volveremos luego sobre ello) a las extendidas expediciones marinas del gran almirante Zheng She – eunuco y musulmán, ésta última pertenencia étnico-religiosa muy mal vista en el triunfo de la dinastía Ming (1368-1644), por haber simpatizado aquellos con la derrocada dinastía Yuan, de origen mongol, que gobernó China entre 1279 y 1368.

El Dragón construyó desde antiguo su propia jaula y esto significó su fortalecimiento en un proceso endógeno que producía acumulación dentro de sus límites y a su vez, limitaba el intercambio de impulsos con otras culturas.



Mapa de China en los tiempos de la dinastía Han

Si observamos el mapa, por ejemplo en la época de la dinastía Han, veremos como los obstáculos naturales invitan a una construcción cerrada, comprendiendo rápidamente a que nos referimos.

La dinastía Han Anterior o del Oeste (206 aeV – 9 deV) constituyó su capital en Chang'an, muy cerca de la actual Xi'an, que ya había sido la ciudad principal en el breve imperio Qin. Luego de un breve interregno – bajo el gobierno de Wang Mang, que pretendió fundar una nueva dinastía – se sucedió hacia el año 25 el imperio Han Posterior, llevando su capital algo más al Este, a Luoyang.

Por el Oeste, las gigantescas cadenas montañosas del Himalaya, escasamente pobladas y cubiertas la mayoría del tiempo por nieves eternas, resultaban una pared natural prácticamente inexpugnable y poco atractiva para la expansión.

Hacia el Noroeste, los grandes desiertos rechazaban cualquier pretensión de desarrollo agrícola y por supuesto que tampoco invitaban a ser cruzados en ningún sentido, a riesgo cierto de morir en la empresa.

Desde el lejano Norte, habitado por tribus nómades de origen altaico, venía el peligro. Los Xiongnu, denominación con la cual los chinos de esa época significaban a los bárbaros del Norte, no sólo no compartían la adaptación sedentaria a lo largo del Río Amarillo, sino que constituyeron por su fuerza militar superior un riesgo permanente para la civilización china desde sus mismos inicios. La supremacía bélica estaba dada sobre todo por la utilización de caballos de especies fortalecidas a través del largo trajinar a través de las extendidas estepas, y en particular, por la capacidad de movilizar esa caballería en ataques rápidos de manera sorpresiva.

Este fue el motivo por el cual el primer emperador Qin, Qin Shi Huang o Huangdi, ordenó el comienzo de la construcción de la Gran Muralla. Un primer objetivo de la misma era claramente dar protección y facilitar la defensa. Para equilibrar su estaticidad frente a la gran dinámica invasora, se implementó un sistema de aviso entre dotaciones esparcidas a lo largo de la misma.

Pero por otra parte, ese murallón estaba pensado también en sentido inverso, es decir, para no dejar escapar fácilmente con el botín a aquellas hordas que penetraran en el territorio. Con el transcurso del tiempo, la Gran Muralla sirvió también para que a lo largo de ella pudiera ser desarrollado el comercio protegiendo a las caravanas del ataque y asedio de asaltantes y saqueadores.

Interesante es observar cómo, en tiempos más recientes, en la época posterior a la Segunda Guerra Mundial, el ejército soviético fue visto – pese a compartir la ideología comunista y haber apoyado firmemente los inicios de la revolución maoísta - como una réplica de aquellos bárbaros amenazantes, lo cual tuvo como correlato la ampliación y posicionamiento del Ejército Popular de China a lo largo de toda su frontera septentrional. De este modo, la memoria histórica reforzaba aquella muralla física, que por otro lado, representaba la pared Norte de la Jaula del Dragón.

Por estos motivos orográficos y demográficos la expansión de las primeras dinastías imperiales se dio “naturalmente” hacia el Sur y el Este, región que constituirá en adelante el territorio chino por excelencia.

Hacia el Sur, en un panorama tropical selvático, se encuentra la península de Indochina, que en su nombre ya nos revela a qué presiones históricas se han visto sometidos los pueblos del actual Vietnam, Laos, Kampuchea, Burma, Tailandia y Malasia.

Seguramente esas presiones, junto al desarrollo y estilo de vida diverso en varias de esas comunidades, formaron un muro de contención a las apetencias de dominación chinas a lo largo de las diferentes etapas históricas.

Y al final del Este, estaba el inmenso Océano, lo cual terminaba constituyendo una nueva barrera infranqueable, salvo hacia los pocos islotes esparcidos en un radio cercano y a los cuales sin duda la influencia china llegó rápidamente.

De aquel Océano, llegaría casi dos mil años después también el peligro invasor y se encontrarían cara a cara el Águila y el Dragón. El Águila de entonces hablaba con acento inglés e iba acompañada en su incursión de otras águilas de la época: Francia, Portugal y el por la época todavía aguilucho, los Estados Unidos de América.

En su sed de rapiña – que en nombre del Progreso arrasaba con poblaciones, culturas y recursos naturales – las potencias imperiales marítimas forzarían dos guerras contra China (conocidas como Guerras del Opio) obligando a China a ceder la soberanía de puntos estratégicos como Hong Kong y a permitir la intrusión de aquellas fuerzas que no aceptaban limitación alguna para sus apetencias comerciales.

Lo increíble del caso, es que la mercancía sobre la cual se formó la disputa –al menos a modo de excusa para aquel proceso histórico que sobre todo pretendía avanzar hacia una globalidad dominada – era el opio, sustancia alucinógena derivada del cultivo de amapola y de uso muy extendido en los salones cortesanos de la China decadente. Así aquella fue una guerra donde la anglicana Gran Bretaña defendió el derecho al narcotráfico.

Todo este proceso de dominación, al que seguramente nos referiremos más adelante, culminó a mediados del siglo XX en las independencias nacionales. Ya habían desaparecido algunas Águilas pero el Águila norteamericana, algunas décadas después, intentó reflatar los vestigios de aquella peste devoradora que no respetaba límites, vestida de neoliberalismo. Pero esto es ya historia reciente.

Volvamos hacia atrás, a aquella China rodeada por una coraza, al territorio donde nació y creció el Dragón. Este lugar se conocía como la Tierra del Medio del Mundo y en la ubicación de los contenidos de conciencia de cualquier chino, ése era indudablemente el centro del mundo, o acaso el único Mundo existente.

Alejada de aquel lugar y por la misma época, en el Mar del Medio de la Tierra (por ello llamado Mediterráneo), nacía el Águila imperial en Roma.

El Nacimiento del Dragón y del Águila

Es extraño en un libro que pretende develar sucesos futuros, haber transitado ya una buena cantidad de páginas sin haber hecho aún ninguna predicción, o siquiera alguna alusión interesante acerca de posibles eventos no ocurridos todavía.

Peor aún se tornará entonces la lectura de este capítulo para quienes no tengan interés alguno en penetrar la memoria conjunta del pueblo chino, repasando lo ya acontecido. Podría ocurrir que nuestros lectores fueran ya sinólogos avanzados, con lo cual las poquísimas pinceladas históricas resultarán no sólo superfluas, sino seguramente ingenuas y superficiales. Dudamos mucho sin embargo que estas personalidades destacadas acaso hojeen este texto. Nos sentimos mucho más inclinados a pensar que la mayoría de quienes al menos sostengan este ejemplar entre pulgar e índice - personas pertenecientes a una época maravillosa en cuanto a la posibilidad de recopilar datos pero muy pobre en términos de establecer relaciones y apreciar fenómenos de temporalidad - están intentando asomarse con la inocencia de un niño a un mundo nuevo, cubierto de capas polvorientas y poco conexas con recuerdos conocidos.

En honor a ellos entonces, iremos algo más hacia el comienzo para rescatar el nacimiento del Dragón y del Águila, intentando acercar las circunstancias fundacionales del Imperio Chino y del que de alguna manera fue por entonces su espejo histórico, el Imperio Romano.

Nos interesará sobre todo destacar la íntima concomitancia descubierta - contrariamente a lo que habitualmente se supone - sin mediar el contacto directo y la interacción cultural que se produciría mucho después. No es serio pensar que algunas pocas caravanas - de las muchas que no llegaban a destino - que desde el inicio de la llamada Ruta de la Seda recorrían tramos parciales entre Oriente y Occidente, podrían haber ocasionado el trasvase de todo un proceso de cultura y aprendizaje que llevó muchos siglos acuñar.

Aún cuando la relación entre ambos polos imperiales fue aumentando crecientemente, la simultaneidad y similitud de algunas circunstancias nos dio mucho que pensar. De este modo, recurriremos frecuentemente a la comparación cuando aparezcan esas situaciones.

Nos parece que, muchas veces, estas coincidencias entre procesos paralelos se ven oscurecidas por pequeños desfases en cuanto a las fechas precisas en que determinados eventos ocurren. La fijación de la mirada en relación a “hechos o personajes” hace que el historiador no logre concitar la atención sobre el proceso que se manifiesta en esos hechos y personalidades, que a menudo no son tan decisivos como parece y que cumplen más con la función de ser “indicadores” de lo que está sucediendo de manera más difusa y profunda.

Del mismo modo, la clasificación rígida de acuerdo a formas políticas o económicas y la profusión compositiva y lineal de datos de guerras, nombres y circunstancias puede opacar relaciones de sumo interés.

En el caso que nos ocupa y a modo de ejemplo de lo consignado anteriormente, Roma sólo llegaría a constituirse formalmente como Imperio hacia el año 26 a.e.V. con

la consagración de Augusto como su primer emperador. Para entonces, en China ya habían transcurrido dos siglos desde la fundación del Imperio Qin y estaba en pleno desarrollo la segunda dinastía imperial, los Han.

Sin embargo, Roma era ya un poder imperial en el atardecer de la vieja República, por su expansión e influencia territorial. Políticamente se multiplicaban los “dictadores”, figura prevista en la ley romana que concentraba el poder de manera unipersonal y transitoria en momentos de urgencia en detrimento del balanceado sistema de gobierno romano que preveía dos cónsules al mando del ejecutivo. Y hasta la rotación implantada en aquel sistema, que en principio impedía ejercer el consulado en dos períodos consecutivos y cuyo objetivo obvio era evitar la concentración del poder, se veía suplantada por la repetición de dichos dictadores en la máxima magistratura. Por último, la trasgresión de las férreas leyes sobre la cual asentaba la República, nos remite a constatar que la concentración de poder se había producido en Roma bastante antes de su formalización como Imperio.

Por último, aún la diferencia en los tiempos citados, en nada empaña la relación que se pretende mostrar entre ambas situaciones imperiales.

Por supuesto que esta relación, inicialmente de concomitancia, luego de contacto y también de conflicto, marcará en el transcurso del tiempo una estructura, que nos mostrará una de las tensiones básicas entre Oriente y Occidente. Es más, esta sintonía de concomitancia nos servirá luego, junto a otras leyes universales para intentar averiguar lo que podría suceder con estos procesos en tiempos futuros.

Pero no nos adelantemos... ya tendremos tiempo para ello en capítulos posteriores.

China no siempre fue un imperio, pero casi siempre. Con mayor exactitud, debemos señalar que el ordenamiento dinástico de su historia, encuadra y termina absorbiendo los períodos de desconcentración relativa del poder, descalificándolos además como “caóticos” y “oscuros” – en contraste con aquellos momentos “dorados” como los que se nos transmite por ejemplo en referencia a las dinastías Han o Tang.

Esta claro que esta visión guarda directa relación con que la mayor parte de los relatos provienen de historiadores pertenecientes a la Corte y a “sueldo” del Emperador, lo cual comprensiblemente limita toda objetividad que pretendamos encontrar en ellos. Así las cosas, para encontrar trazos de aquella memoria colectiva, debemos no sólo desandar la enorme distancia que impone el tiempo, sino también “decolorar” aunque sea imaginariamente, el matiz que necesariamente imprime el relator del suceso, intentando con ello minimizar el impacto del paisaje interno y externo actuante en el escriba.

Sin embargo, quizás la contradicción entre pasado y futuro no sea sino una apariencia dualista, sólo producto de una monodimensional visión lineal de la vida, donde el ayer ya ocurrió y quedó atrás y el mañana hoy no existe y está adelante. Dicha mirada, quizás reforzada por las escolares “líneas de tiempo”, nos impide a veces observar circunstancias que aún vestidas con distintos ropajes y pintadas con decoraciones diversas en múltiples y diferentes materiales, trasladan - independientemente del paso del tiempo - su íntima estructura. O al menos conservan una parte de ella. Si no vemos en el fuerte pilar que sostiene al muelle, algo de la planta

que alguna vez fue, es posible que en algún momento su memoria vegetal sumerja toda construcción que hagamos sobre él.

De lo dicho, quizás alguno podría inferir que nuestro acercamiento a la Historia tiene características no ya lineales sino circulares, proyectando hacia el futuro los condicionamientos del pasado, forzando así una y otra vez repeticiones sin salida ni ascenso.

Ése no es tampoco el caso. La imagen que mejor grafica nuestro intento descriptivo sería la de una espiral ascendente, con ciclos y en definitiva creciente y evolutiva, sin embargo imperfecta y plagada de contracorrientes, desvíos, atajos y aún descensos temporales según la especie humana avanza. Pero nuevamente nos encontramos alejados de la temática que nos ocupa, sin duda por la dificultad del autor de mantenerse en la ortodoxia discursiva de un cauce algo lineal.

Cuando hablábamos de los grandes historiadores, y hacíamos referencia a la necesidad de quitar o agregar elementos para equilibrar o completar o sencillamente comprender mejor sus narraciones, no hemos querido en absoluto negar o minimizar su importancia. Es gracias a esos relatos que podemos acceder a porciones y retículas históricas de muchísimo interés, que se hubieran perdido sin ese paciente y permanente trabajo. Por ello, no habría nacimiento sin relato y es el gran Sima Qian, historiador de la corte del Emperador Wu-di – quien gobernó China entre el 140 y el 87 antes de la era vulgar – quien se constituirá a través de sus *“Recuerdos del Gran Historiador”* en el clásico de la Historiografía china. En la misma línea de trabajo se debe mencionar a la familia Ban, quien produjo *“El libro de Han”*, una de las principales fuentes de datos sobre esa época. Por supuesto que en la Roma Antigua tal mérito corresponde entre otros a Tito Livio, Suetonio y Plinio el Viejo. Distinto el caso de Flavio Josefo, quizás el historiador judío (devenido ciudadano romano en la corte del emperador Tito) más conocido, por ser aquél que da alguna referencia sobre la figura de un Jesús de Nazaret y retrata la época, lo cual evidentemente ha sido interesadamente peraltado por la que luego resultaría la iglesia triunfante en el imperio romano algunos siglos más tarde.

El nacimiento del Dragón se produce en China hacia el 221 antes del punto cero indicado por la iglesia cristiana en su calendario gregoriano. El gobernante del reino de Qin, situado algo más al oeste del reino Han, vence militarmente a los principales reinos circundantes, erigiéndose en el primer Emperador. Cambiando su nombre por el de Shi Huáng-Di (Di es una denominación de significado religioso en chino), invoca el “mandato del Cielo” con el cual se reviste justificando su gobierno, llegando en pocos años a unificar la China tradicional bajo su férula. No duró demasiado aquel “mandato del Cielo” que junto a la unión política trajo consigo una tiranía sanguinaria y autocrática. La primera dinastía imperial no sobrevivió prácticamente a su fundador.

Sin embargo, en ese corto tiempo, se habían sentado las bases de la construcción imperial que luego solidificarían durante los cuatro siglos siguientes de dominación Han hasta su terminación en 206 de la era vulgar.

Algunos milenios más atrás, durante el Neolítico, se habían comenzado a sedentarizar algunas tribus nómadas, apareciendo los primeros asentamientos de tipo agrícola – que por supuesto al comienzo combinaban las costumbres anteriores con las nuevas. Estos primeros intentos de fijación habitacional y económica, se produjeron en

aquellas regiones donde el Río Amarillo (Huang Ho) había depositado durante siglos la misma fertilidad de aquel limo que dio nombre e impulso fundacional a otra civilización fluvial, la egipcia. Las partículas de limo eran (y son hoy aún) llevadas en un constante e intenso flujo formando progresivas capas arqueológicas conocidas como “loess”, una estructura geológica cuya aptitud para la producción agrícola se pone también de manifiesto en la llanura europea central. Esa materia en suspensión es la que ha dado su nombre y apariencia al Río Amarillo, en cuya ribera comenzó el cazador a apacentarse, la horda se fue transformando en familia y aparecieron las primeras poblaciones.

Generación tras generación se fue expandiendo la construcción y así, el Vacío se fue llenando. Luego del tiempo mítico y legendario, llegó el tiempo de Shang y el tiempo de Zhou. Primavera y otoños se sucedían en imponente secuencia natural. Y de la convivencia y la comunión surgió la discordia y el afán de poseer y dominar. Llegaron tiempos infames de guerra, donde inexplicablemente los hombres destruyeron lo que con tesón y empeño había costado tanto construir. Ese fue el tiempo de los Reinos Combatientes, situado en la decadencia de los Zhou y precedente al nacimiento del Long - el Dragón - imperial.



Situación de los Reinos Combatientes previo al surgimiento de la dinastía Qin (aproximadamente 245-235 a.e.V.)

Fuente: Frank Eugene Smitha <http://www.fsmitha.com/h1/map08ch.htm>

En aquel período de muerte y ruinas florecieron sin embargo las “Cien Escuelas de Pensamiento”, quizás como reflexión ante tan contradictoria y pesados situación. Ese fue la etapa cumbre de la producción filosófica china, que arranca bastante antes, en la mitad del siglo VI a.e.V. con Kongzi (Confucio) y Lao Tzu (Lao Tsé) y se continuaría con Mengzi (Mencius), Xunzi, Mozi, Zhuangzi, por citar sólo los más conocidos. Aquellos sabios, siempre retratados como ancianos – sin duda los pintores y dibujantes chinos no podían sino asociar la sabiduría y el respeto a los Maestros con la longevidad – pusieron los elementos sobre los que se construyó gran parte de la historia china.

Por la misma época, a miles de kilómetros de allí y en medio de paisajes marítimos e insulares, otros pensadores desafiaban el paisaje homérico y hesiódico, desarrollando una fecunda labor que sentaría las bases de todo el desarrollo occidental posterior. A las elaboraciones de los jonios en Mileto, Éfeso y Samos, colonias griegas en Asia Menor, seguirían las grandes escuelas filosóficas de Atenas, y aquellos desarrollos continuarían creativamente trasladándose hacia las demás colonias de la Magna Grecia, llegando de ese modo también a la península itálica. Allí, otra ciudad-estado, había aumentado su poderío, amenazando la supremacía helénica de aquel lado del “Mare Internum”.

Así como señalábamos en capítulos precedentes la geografía china como un factor de aislamiento pero también de acumulación, en el caso de Roma debemos consignar que la situación era exactamente la inversa. Su ubicación en tierras del Lacio (de “latus” – terreno llano y origen del vocablo “latino”) era una invitación permanente para los pueblos circundantes para atacar su creciente prosperidad y quizás sólo el estar del “lado oscuro de la luna”, visto desde una perspectiva griega, la protegía del asedio inmediato de las ligas de ciudades griegas en permanente litigio o acaso del poder expansivo del macedonio Alejandro. Así, Roma, nació y creció en guerra permanente y se organizó para sobrevivir y luego, para dominar.

Por el tiempo del nacimiento del Dragón, (221 aev) los romanos se habían convertido ya en poderío regional importante en el Mediterráneo, poder que se enfrentaba cara a cara con los intereses de Cartago, que extendía su red de influencias comerciales desde la costa norafricana. Ése fue el contexto de las Guerras Púnicas, que se desarrollaron entre 264 y 146 aev., año en que Cartago fuera definitivamente arrasada. Este desenlace, junto con las guerras que libró Roma contra Macedonia y el seléucida Antíoco III y cuyo resultado también fue victorioso, la dejaron a mediados del siglo II aev en el rol de poder imperial indiscutido. Para completar el panorama, digamos que Roma fue en aquel tiempo aliada de Ptolomeo V de Egipto – del cual provienen las inscripciones halladas en la estela llamada Piedra Roseta y a partir de las cuales se pudo descifrar la antigua escritura jeroglífica -, logrando así el control casi absoluto de la región mediterránea. Posteriormente Roma incluso anexionaría a Egipto como provincia, engullendo así prácticamente todo el occidente del legado imperial alejandrino.

Sin embargo, este poder imperial todavía vestía las ropas de una República. Esa situación no podía durar mucho. La organización social romana, continuadora de las elaboradas tradiciones griegas (que a su vez eran síntesis enriquecidas de lo mejor de los procesos babilónicos y egipcios) había mostrado no sólo su poderío militar sino también un creciente grado de participación democrática. Los plebeyos (miembros de la plebe, o sea los ciudadanos que no eran de origen noble) habían logrado con el transcurso del tiempo compartir con los patricios no sólo derechos cívicos sino también la dirección política de Roma, otrora potestad absoluta de éstos últimos. Pero este ropaje

finamente hilado quedaba chico a una situación de dominio que excedía largamente las murallas de una ciudad estado.

Las apetencias de poder y en consecuencia las pugnas, se tornaron cada vez más crueles, hasta llegar al asesinato político y finalmente la guerra civil. Este proceso desembocaría luego del asesinato de Cayo Julio César (quien legó su título al imperio pero no fue nunca emperador) en la entronización de Augusto. Con éste da inicio aquel famoso período de control y paz relativa (fronteras adentro del imperio) – la Pax Augusta - y que constituiría la etapa de esplendor romano.

Se pueden además constatar interesantes semejanzas de aquel tiempo entre el Águila y el Dragón nacientes.

El imperio Qin basó su expansión y dominio centralista, agresivo y represor en la escuela de pensamiento legalista, que era una derivación del confucianismo en base a las interpretaciones de Xun Zi. Este discípulo de Confucio consideraba la naturaleza humana como egoísta, por lo cual era menester que la sociedad en su afán de armonía estuviera basada en leyes que permitieran manejar – y castigar si fuera el caso – ese defecto de origen. La persecución imperial llegó también a los mismos confucianos y en general a toda otra forma de pensamiento que desafiara la uniformidad.

Esta concepción cruel no podía perpetuarse sin más y así fue que, a la muerte del fundador dinástico, numerosas reacciones surgieron mostrando lo desfavorable que sería continuar con un régimen basado en ese tipo de fundamentos. La dinastía siguiente Han tomó el confucianismo original o al menos, una interpretación algo más benigna, pero similar en cuanto a la necesidad de obediencia hacia la autoridad. De este modo construyó la burocracia imperial en base a un sistema de exámenes que incluían la instrucción sobre los Clásicos y por supuesto los ideales de probidad y virtud predicados por el antiguo Maestro.

En la Roma de la época, encontramos el *cursus honorum*, que era la carrera política, la cual contenía también exactas prescripciones para los que querían ascender en la escala de la burocracia y el gobierno.

Otro significativo paralelo lo encontramos en el tipo de pensamiento reinante en las altas clases romanas, influidas por la escuela estoica griega. La Stoa, cuyo nombre proviene del pórtico ateniense desde donde comenzó a predicar Zenón de Citio aquellas ideas, enseñaba cierta simpleza en el vivir, con desapego del deseo material e imperturbabilidad ante las vicisitudes de lo cotidiano. Esa ataraxia o ausencia de turbaciones, que el estoicismo compartía de cierto modo con el epicureísmo y el escepticismo como el camino que conducía hacia la felicidad, no hacen sino recordarnos motivos similares en el confucianismo en cuanto a ideales de frugalidad y virtud. También la prédica estoica en relación a vivir en consonancia con la naturaleza encajaría perfectamente en los moldes del sentir taoísta, que por supuesto sería parte importante de la síntesis de pensamiento y forma de vivir en los tiempos de Han – y en dinastías siguientes.

Por supuesto que lejos estaban los nobles romanos y los miembros de la corte china de una vida alejada del placer, pero sin duda admiraban y aceptaban la dirección moral que aquellas doctrinas indicaban.

Y qué decir del modo patriarcal ya comentado en el caso chino, con la transmisión hereditaria y familiar por exclusiva vía paterna, la que en Roma, a través de los *pater familias*, darían origen y fundamento a la clase dominante. La veneración por los ancestros sería compartida por chinos y romanos. Y por supuesto, el respeto por la senectud como sinónimo de sabiduría, tan enraizado en los ritos y costumbres confucianas, se institucionalizaría en Roma como uno de sus principales instrumentos políticos, el Senado (de “senex”, anciano), originalmente un consejo de ancianos que debía asesorar al monarca y equilibrar su poder absoluto.

Aquel panteísmo con el que por entonces romanos y chinos desechaban introducirse excesivamente en cosmogonías metafísicas también es de señalar como un factor compartido, aún cuando complementado por una profusión de dioses menores y divinidades místicas. Ambas culturas preferían por la época ocuparse mucho más de cuestiones sociales y políticas o acaso morales, pero relacionadas con lo mundano, dejando en un caso al Cielo y en el otro, a un nutrido panteón de dioses relacionados a temas terrestres, el dominio sobre aquello que sentían tan inapresable.

Como lo muestra el párrafo 11.12 del Analectas confuciano: Zilu preguntó cómo servir a los espíritus y a los dioses. El Maestro respondió: «Tú no eres capaz de servir a los hombres, ¿cómo podrías servir a los espíritus?» Zilu inquirió: «¿Puedo preguntarte sobre la muerte? El Maestro respondió: «Todavía no conoces la vida, ¿cómo podrías conocer la muerte?»

Pero aquella centralidad imperial en Roma, aquella concentración en uno, aquel Divinis con el que cada emperador pasaba a ser un dios póstumamente, presagiaba en el cielo occidental la llegada del dios único. Ya no bastaba con dar respuesta ritual, era necesaria la esperanza salvacionista. Ya no bastaba con el poder de legiones bien armadas y organizadas. Era necesario unir a los pueblos que invocaban innumerables voces y vivían de acuerdo a creencias diversas.

El Águila de Dos Cabezas

Si uno pudiera evitar la inmediata repulsión que suscita el mar de sangre que rodea ineludiblemente a la formación de cualquier imperio, si uno pudiera anestesiar por un momento el impacto de la desolación en los rostros de aquellos cuyos seres queridos fueron arrancados o de aquellos cuyas tierras fueron arrasadas e incendiadas; si uno fuera capaz de pasar por alto la esclavitud a la que hombres y mujeres de pueblos derrotados fueron sometidos o la servidumbre a la que millones de campesinos fueron condenados; si uno pudiera permanecer impávido ante el tenebroso sistema de control, ante las persecuciones de los disidentes, los diferentes, incluso hasta el perverso y extendido exterminio de los propios familiares y amigos para evitar posibles futuros rivales en el poder; si uno pudiera olvidar las infinitas injusticias, los impuestos, los tributos, las amenazas, el sometimiento y la humillación que, uno a uno, todos los imperios significaron para tantos seres humanos en cada época; si uno pudiera obviar la espiral de traición, infamia, corrupción y decadencia moral en la que finalmente todos los imperios fueron envueltos, acaso podría rescatar algún elemento evolutivo en esas formas imperiales y entender también porqué fueron en algún momento bienvenidas y hasta anheladas.

Para ello, necesitaremos desaplicar una mirada que juzga con una óptica nacida varios siglos o milenios después, desde un tiempo donde – al menos en principio – lo peor de aquel período ha sido ya superado. Esta mirada por supuesto condena inmediatamente ese pasado no tan lejano por encontrarse unos peldaños más arriba en su configuración valórica y además por manejar contenidos que emergieron triunfantes, superando el momento histórico anterior.

Esto es fácilmente comprensible si uno imagina qué opinión merecería la época en la cual se redacta este escrito a los humanos algunas décadas o siglos más tarde. ¿De qué manera ponderarían ellos por ejemplo un mundo que, teniendo tecnología y recursos abundantes para alimentar largamente a todos sus habitantes, mantiene a más de un quinto de su población en la más abyecta miseria? ¿Qué dirían si llegaran hasta ellos datos de inefables sumas de dinero aún dedicadas a la industria de la destrucción, en lugar de ser aplicados a educar y brindar salud a sus niños, proteger a sus ancianos, otorgar bienestar a sus adultos? ¿Cómo podrían ellos ser benevolentes e imparciales ante la discriminación de las mujeres o los inmigrantes, la intolerancia entre gentes de credos distintos, la sospecha permanente sobre los jóvenes? ¿Cómo calificarían nuestros sucesores el deterioro medioambiental y social al que conducen minorías cegadas por un afán enloquecido de ganancias materiales?

Ciertamente no lo sabemos, pero creemos que la Historia posterior englobará este período aún dentro de lo que se conocerá genéricamente como “prehistoria humana”. La característica que predominará en dicha clasificación será la de la cosificación y negación de lo Humano. Esta etapa seguramente dará origen a otra donde un renovado Sentido dignifique lo Humano y no induzca a colocar a ningún Ser Humano por debajo de otro. En ese momento, que quizás esté a las puertas de esta era, resonará con fuerza aquella máxima que desde antiguo se filtró como un susurro o un vendaval en los rincones de una conciencia profundamente atormentada por situaciones inmediatamente adversas y que enseñaba a *Tratar a los demás del modo en que uno quiere ser tratado*.

Regresemos empero de ese momento futuro, de ese horizonte que configura y ha configurado la dirección existencial de tantos humanistas, para intentar – como decíamos – entrever desde una mirada más situada en tiempos anteriores qué podrían contener de evolutivo los esquemas imperiales.

Sin duda que la violencia no fue una innovación imperial. La violencia era un elemento previo a ellos y seguramente se nutría de un tipo de respuesta primitiva ante lo que el ser humano consideraba una amenaza. Era la Muerte que pretendía superarse a sí misma, intentando forzar una prolongación de la Vida apropiándose de recursos ajenos que aparecían como difíciles de obtener de otro modo. Pero a una guerra le sucedía otra y así poco a poco se comprendía que era necesario intentar nuevas vías. Así se llegó a consagrar legalmente a la venganza proporcional como una superación de la anterior matanza salvaje. La esclavitud fue un avance, la gleba otro, aparecieron los libertos, los plebeyos, los ciudadanos, ampliándose progresivamente el horizonte de libertad.

Medido desde los vertiginosos tiempos actuales, este proceso avanzó con desesperante lentitud. Sin embargo, en comparación con los tiempos paleolíticos, despierta entusiasmo la rapidez con que el ser humano fue aprendiendo a liberarse de todo yugo en los últimos 5000 años.

Al par que se extendían las posibilidades, surgían en distintos lugares acumulaciones de poder. Todas ellas eran organizaciones de tipo más complejo, construidas sobre conflictos anteriores, cualesquiera fuera el modo en que se había arribado a tal nuevo equilibrio.

Así, los imperios brindaron cierto orden, cierta estabilidad, sus extendidas y novedosas normativas permitieron un mayor grado de previsibilidad por parte de la autoridad, de la que anteriormente sólo emanaba una incomprensiva, letal y arbitraria crueldad. De ese modo, muchos pueblos sojuzgados saludaron la nueva dominación imperial, ya que relajaba en algo la presión directa a la que estaban sometidos por parte de reyes o monarcas locales, imponiendo un orden mayor que moderaba o al menos controlaba los excesos.

Muchas personas, por otra parte, encontraron en los Imperios posibilidades de ascenso social poco imaginables en su condición anterior. Célebre es el caso por ejemplo de los jenízaros durante el Imperio otomano, que surgiendo como un ejército de esclavos, fueron educados y adiestrados, llegando a constituirse algunos siglos más tarde en el poder principal de ese Imperio, llegando a manejar en el siglo XVIII a los sultanes débiles de aquella potencia ya decadente.

Es posible imaginar incluso con qué orgullo aquellos hoplitas, jenízaros, tártaros, mamelucos, númidas o legionarios romanos servían en formaciones que daban una estructuración más avanzada a sus vidas que aquella de la que provenían. Así la vida – corta de todos modos por la enfermedad, el hambre o la voracidad de algún ejército vecino – cobraba otra perspectiva, dotando a aquella soldadesca al menos de algún objetivo y posibilidad de mejorar su posición social. Muchos imperios pagaban a sus huestes con parte de las tierras conquistadas, lo cual era un botín tremendamente apetecible en aquel mundo agrario. Todos los imperios además, honraban con títulos, derechos y premios a quienes victoriosamente combatían en su nombre, inclusive permitiendo a los más destacados acceder a lugares cercanos al poder.

Es difícil para nosotros ponderar correctamente que sentían aquellos guerreros siempre próximos a morir. Sólo cierta vigencia actual del prestigio - débil continuador histórico de su parienta lejana la Gloria, cierto espíritu de inclusión y pertenencia que aún hoy muchos seres humanos buscan en esquemas corporativos (clubes, cárceles, ejércitos, multinacionales), cierta posibilidad de sustento y reconocimiento social a la que aluden los reclutadores militares todavía en la actualidad, pueden acercarnos a comprender aquella mirada desde el presente.

Pero no sólo los hombres de guerra veían nuevas posibilidades en el desarrollo de cada imperio. Cada uno de éstos necesitó invariablemente contar con una nutrida casta burocrática, que se ocupara de los cada vez más complicados asuntos de la administración imperial. Éste era ciertamente un oficio novedoso, distinto al sacerdocio, la guerra, la agricultura o el comercio. Y crecientemente se dio el caso de que los monarcas optaban preferentemente por cubrir sus necesidades administrativas con gentes alejadas de todo poder anterior y hasta contó con innumerables extranjeros en sus jerarquías intermedias, que, por otra parte, traían a esas cortes conocimientos muy útiles de otras latitudes. Por otro lado, ello permitía contar a los gobernantes con gente leal en su entorno, no influida por apetencias dinásticas y sin base de poder propia, como podía ser el caso de jefes regionales o militares. La necesidad burocrática de todo imperio, impulsó una fuerte movilidad social en capas desprovistas de linaje pero con cierta instrucción, como por ejemplo el caso de hijos de hacendados o comerciantes que habían alcanzado cierta prosperidad.

Por último - y ya a riesgo de ser tildados de apologetas imperiales - señalamos que gran parte de la ampliación del intercambio comercial y cultural se hizo a través de la extensión de las fronteras imperiales y de la relativa pacificación que éstos producían "fronteras adentro". Los imperios ampliaban en general las posibilidades de comunicación, movidos primariamente por sus propias necesidades de desplazamiento militar de un punto a otro de sus dominios, pero también concientes de que el rápido y seguro tráfico de mercancías, aumentaba la capacidad económica y por consiguiente los ingresos tributarios tan necesarios para la manutención de su fuerza de dominación.

Ése había sido uno de los puntales de Roma, llegando a construirse - según algunos autores - hasta 90.000 kilómetros de carretera en su territorio. Augusto colocó el "kilómetro cero" en Roma, y seguramente que de esa imponente ramificación vial que incluía entre otras las famosas Vía Augusta, Domitia, Apia o Flaminia, surgió aquel dicho popular de que "todos los caminos conducen a Roma".

Sin embargo, cuando la realidad tiránica emergía con toda su fuerza, cuando el poder se disolvía a sí mismo por su innata lógica de confrontación, cuando pestes, inundaciones u otras desgracias naturales asolaban el territorio, cuando fortalecidos poderes regionales o militares ponían en duda el poder central, cuando algún nuevo invasor mejor entrenado, equipado o con mayores recursos aparecía en el horizonte fronterizo de un imperio ya desgastado por cada vez mayores esfuerzos en defender sus cada vez más grandes territorios, cuando la complejidad étnica o religiosa echaba por tierra todo intento unificador, cuando interminables e implacables luchas sucesorias frenaban o detenían todo avance, disolviendo las fuerzas comunes en la intriga de las facciones, cuando las realidades administrativas superaban las habilidades y hábitos de pueblos educados y entrenados para matar o morir en combate, cuando las vías dejaban de ser seguras o ciertos avatares del dominio imperial impedían el desarrollo del

comercio y debilitaban estructuras económicas, entonces, los otrora invencibles imperios comenzaban a tambalear.

El Águila romana se encontraba con varios de estos problemas durante el siglo III y había perdido parte de su considerable fuerza, poco más de dos siglos luego de la coronación augusta. Sus extendidos dominios en Europa, el Norte de África y Oriente próximo no resistían ya su propia envergadura y requerían reformas. El emperador Diocleciano fue, hacia 284, quien tomó estas medidas instaurando un sistema de doble gobierno llamado Tetrarquía por estar constituido por dos Augustos y dos Césares. Cada Augusto debía velar por una parte del imperio, uno en su faz occidental y el otro en sus tierras orientales, acompañados por sendos Césares quienes – luego de una abdicación rotativa y programada – debían reemplazarlos. El sistema era interesante en teoría, pero no sobrevivió a la primera fase que sólo completó el propio Diocleciano.

Además de ello, la capital imperial se trasladó a Bizancio, la que a partir de Constantino sería llamada Constantinopla o “ciudad de Constantino”. Desde este punto estratégico, se pretendía controlar más de cerca y avanzar sobre el frente oriental, que era de donde provenía una de las amenazas más potentes de la época, la del Imperio Sasánida. Por otra parte, si bien Roma era dueña y señora del Mediterráneo, los pueblos guerreros del Norte de Europa incursionaban crecientemente constituyéndose en permanente amenaza exterior, lo que suponía un fuerte drenaje de recursos militares y económicos para la defensa de esos límites. Además, las hordas no eran ejércitos regulares con objetivos de dominación permanente, sino que, a la usanza de los Xiongnu del norte chino, apuntaban al pillaje y al saqueo, siendo blancos móviles difíciles de combatir. Con la distancia del caso, un problema similar al que enfrentarían grandes y poderosas formaciones militares al ser combatidas con sistemas de guerrillas, con características de ataque sorpresivo y retirada rápida.

Aquel traslado a Constantinopla y la creación de los Imperios romanos de Oriente y Occidente constituirían el nacimiento del Águila de dos cabezas, que simbolizaba la aspiración de dominio romana hacia los dos mundos conocidos por entonces. Sin duda, una alegoría impactante para un proyecto ambicioso.

Pero a estas alturas, Roma estaba mucho de poseer la cohesión necesaria para cumplimentar esas imágenes. Aquel imperio ciertamente había logrado formatear parte del mundo antiguo con leyes, pesos, medidas y la acuñación de moneda, pero no había logrado renovar en el aspecto religioso, intentando de ese modo solidificar cimientos civilizatorios nuevos a los que pudieran adherir la diversidad de pueblos anclados en sus propias creencias y rituales. Es más, en los comienzos, los romanos habían intencionado permitir los cultos locales como forma de ganar aceptación por parte de sus dominados. Esa táctica, que inicialmente había aportado a la construcción imperial, ahora se volvía ineficaz a la hora de sostener el *status quo* o acaso seguir avanzando.

Es aquí donde emerge Constantino, proclamado Augusto luego de liquidar a otra media docena de competidores al puesto, quien echa mano de una creencia monoteísta para insuflar al Águila bicéfala con algún fundamento novedoso y unificador que permitiera – en base a los mandatos de un dios único – justificar y consolidar la dominación.

Seguramente el nuevo emperador siguió el ejemplo de los rivales sasánidas, quienes desde Persia – y en la huella del antiguo poderío aqueménida de Ciro II y Darío I – se asentaron en el culto zoroástrico (en sus variantes tradicional y también maniquea), para unir lo eclesiástico y lo político, organizando así una estructura central y piramidal que nuevamente permitiría extender entre el siglo III y hasta mediados del VII la influencia persa hacia Occidente, llegando a las fronteras bizantinas y hacia Oriente, extendiéndose hasta el norte de la India.

Este imperio sería finalmente doblegado por el avance del Islam y el establecimiento del califato de los Omeyas en Damasco, quienes además aprovecharían el desmembramiento del imperio romano de Occidente (ocurrido unos cien años antes del nacimiento de Mahoma), para hacerse con todos los territorios del Norte de África, incluyendo parte de la península ibérica.

Es interesante observar cómo la mixtura de aquella fuerte religión mazdeísta del Irán sasánida, al entrar en contacto con la facción islámica de los “alíes” (aquellos que reclamaban la sucesión mahometana para los descendientes de Alí, primo y yerno del Profeta), produjo la rama Chiíta del Islam, quien nunca pudo reconciliar su derrota histórica frente a la rama Sunní, a la sazón, absolutamente mayoritaria en el desarrollo islámico. Es remarcable también cómo – desde un impulso culturalmente similar - la dinastía Omeya cayó y dio paso a la dinastía de los Abbásidas, quienes justamente surgieron desde la región persa nororiental conocida como Jorasán. Y por esos ríos subterráneos de la Historia, es claro como persiste aquel modelo teocrático de unidad entre poder religioso y político aún en el siglo XX, dando origen a la conocida revolución de los imams que derrocaría en 1979 al Shah (rey) de Persia.

Pero Roma no contaba en el siglo IV con Mahoma y como ya dijimos, sus religiones oficiales y domésticas no poseían la fuerza arrolladora de sus legiones, legislación y organización, por otra parte corrompida por la ambición y la entropía.

El cristianismo primitivo, sin embargo, era demasiado ecléctico y débil como para brindar el fundamento buscado. Constantino no podía tolerar disenso ni divergencia alguna – actitudes demasiado próximas a la especulación filosófica del mundo griego que se pretendía superar – ya que precisamente se buscaba un factor unificador. Por ello, se convocarían sucesivos concilios que fijarían criterios y expulsarían a las facciones disidentes, persiguiéndolas incluso de manera feroz a partir del mandato de Teodosio.

Por ello y desde su misma condición de origen, el cristianismo ha vivido en esa contradicción inherente al hecho de haber sido inspirado en un culto próximo al ascetismo esenio, pero que debe su inserción y expansión a servir de herramienta de construcción imperial. Así, la iglesia cristiana siempre estuvo relacionada (de manera similar al confucianismo chino) al sostenimiento de las estructuras de poder vigente. Otras tendencias que anidaron en el cristianismo, no sólo fueron esencialmente minoritarias, sino que cumplieron con funciones de evangelización en lugares remotos o incómodos (como el caso de la Compañía de Jesús, fundada por el capitán Ignacio de Loyola y más conocida como “jesuitas”), con lo cual el “imperio cristiano” continuaba expandiéndose. Aún estos jesuitas, que tantos servicios habían prestado al trono de Pedro, fueron castigados por Roma en su época de máxima expansión, justamente por oponerse a ciertos intereses imperiales. Tendencias renunciadas como las variantes

franciscanas o acaso místicos, fueron tolerados en tanto no pusieran a prueba la paciencia del poder central, no logrando modificar aquel poco “cristiano” inicio bizantino, lo cual culminaría en la Reforma de Lutero y en el segundo gran cisma de esa fe.

Una de las ramas castigadas en aquellos primeros concilios, la de los “nestorianos” (Nestorio era un monje sirio que llegó a ser patriarca de Constantinopla), se refugiaría primero en los confines del imperio sasánida y encontraría luego anclaje en las cortes abbasíes del califato por entonces transferido a Bagdad. Desde allí cumplirían un papel importante en la traducción de textos de la Grecia antigua (inicialmente al siríaco, luego al árabe), los cuales a través de las rutas árabes del norte de África llegarían a Al Andalus y a Toledo. En aquel punto aquellos textos (y otros) fueron traducidos una vez más e influyeron poderosamente en el surgimiento del Renacimiento, que cuestionaría vivamente la visión del mundo teocrático imperial del medioevo, abriendo brecha hacia una creciente secularización que inundaría Occidente, echando abajo los imperios monárquicos asociados con la fe cristiana. Es un ejemplo interesante del rebote de una acción histórica, donde la persecución de las disidencias y los forzamientos ortodoxos, concluyen a la postre en el desvencije de aquello que se pretendía fortalecer.

Los nestorianos no sólo se dedicaron a traducir, sino también al comercio y las ciencias y así fue que llevaron su modelo cristiano por el Oriente, llegando incluso a las cortes del Emperador Taizong, el segundo en el orden dinástico Tang, que por entonces gobernaba China.

La fe cristiana del águila de dos cabezas bizantina, estaría fuertemente influida por la composición de aquellos primeros concilios cristianos, dominados por la patrística oriental, cuyas sedes eran Constantinopla, Antioquia y Alejandría. Estos primeros doctores de la iglesia (Basilio, Gregorio de Nisa, Gregorio Nacianceno y Atanasio) a su vez, estaban imbuidos de aquella mística monástica de los ascetas del desierto (como Antonio). Bizancio, ciertamente una importante encrucijada cultural, también hizo que esa religión tuviera que blindarse a sí misma. Ello daría luego origen, junto a la creciente implantación eslava, de la iglesia ortodoxa, que se separaría de Roma poco después de comenzarse el segundo milenio.

Hacia el año 800, el papado occidental, en plena atomización europea, intentó levantar la caída cabeza occidental del águila, invistiendo a Carlomagno, rey franco, como emperador del Imperio Sacro Romano de Occidente e insistió una y otra vez infructuosamente en volver a unir al Águila a través de repetidas cruzadas contra el nuevo enemigo común musulmán. El vocablo “káiser” – derivado de César - que usaron los posteriores monarcas remite directamente a la pretensión de ser los continuadores del legado romano



Escudo de Armas de Maximiliano II, de la Casa de Habsburgo, Emperador del Sacro imperio romano (1564-1576) (Fuente: Libro de Escudos de Johann Siebmacher (1605) a través de Wikipedia Commons)

Pero el Águila bicéfala volaría aún más lejos, llegando a la lejana y nórdica Rusia, la que desde la creciente influencia de un principado moscovita, devino luego en zaratos monárquicos, previo a la instauración de la dinastía imperial de los Romanov. Las dos cabezas del águila rapaz comenzarían a adornar los estandartes de aquellas monarquías tiránicas que pavimentaron el camino al Imperio, a través del casamiento de Iván III con Sofía Paleóloga, miembro de la dinastía Paleólogo del imperio bizantino. Los “czares” (rusificación de “césar”) necesitaban aliarse casi tanto como los bizantinos para vencer la amenaza del poderío mongol y más tarde, luego de la caída de los selyúcidas turcos, para resistir la tremenda expansión lograda por los osmanlíes, que terminarían efectivamente dando origen al imperio otomano.

Los Czares instituyeron la fe ortodoxa cristiana para afirmar su poder, continuando así con el legado constantiniano. Es interesante ver cómo parte del influjo helenístico bizantino se trasladó a aquella Rusia despótica, campesina y poco culta. A semejanza de la bellísima catedral de Santa Sofía en la Constantinopla de entonces (el Estambul de hoy), los Czares construyeron templos homónimos en sus principales ciudades. Esas construcciones no están dedicadas a una persona santa en particular, sino a la Sofía de la cultura griega, el conocimiento verdadero o sabiduría, traducida a la nueva fe como la sabiduría de Dios.

Así también llegarían a ese Imperio parte de las antiguas prácticas de los ascetas cristianos egipcios y sirios, derivando en la mística del Monte Athos emanada de la colección de apotegmas conocida como Philokalia.

Sin embargo, la oración del corazón que en aquel monte monástico se enseñaba, no inundaría de compasión a los Ivanes, ni tampoco a sus sucesores de la Rusia zarista, quienes al mejor estilo de sus predecesores imperiales, aniquilarían a millones de personas en el transcurso de los siglos y hasta entrado el siglo XX, todo por supuesto en el nombre de Dios.

Del tiempo en que el mundo se extendió, volviéndose cada vez más pequeño

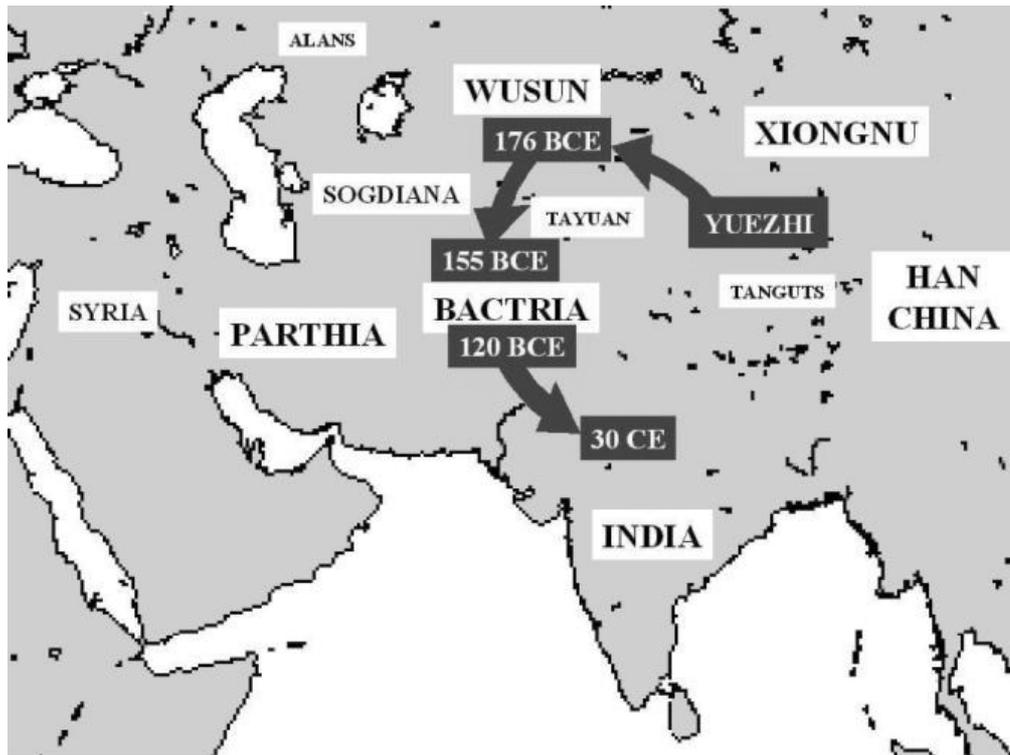
Hay historias que son muy difíciles de contar, por su maravilloso y fantástico contenido. Ante ellas titubea el escriba largamente y cualquier ángulo que elige, parece no alcanzar el brillo necesario. Aún así, es necesario intentarlo.

En el extenso mundo altaico de las estepas al Norte de China, había un pueblo conocido como los Yue Zhi, que se había asentado en el Este de la Cuenca de Tarim. Hacia el siglo II aeV fueron forzados por los combativos Xiongnu a migrar hacia la región conocida como Bactria. Los Xiongnu, como nuestros lectores recordarán, son aquellos pueblos nómadas que asolaban desde el Norte a China, constituyendo durante siglos la preocupación principal de Emperadores y príncipes chinos. La fuerza militar de todas las tribus de las estepas se basaba en general en la mortífera eficacia de sus arqueros a caballo. Estos animales, por otra parte, eran muy fuertes y veloces ejemplares, acostumbrados a los larguísimos tramos y entrenados desde pequeños para transportar a los arqueros en las batallas.

Por ello es que no fue difícil para todas aquellas hordas vencer sucesivamente a pueblos más sedentarios y cuyas formas militares estaban más basadas en extensas infanterías o en defensas amuralladas. En todo caso - y ésta es una razón general para la rápida extensión de gigantescos imperios - no debe pensarse que todos los reinos o ciudades se resistían al invasor. Para muchos pueblos de características algo más pacíficas o de menor porte, daba casi lo mismo pagar tributo a uno o a otro imperio, a través de lo cual intentaban que los dejaran vivir más tranquilos.

La zona adonde llegaron en su forzada migración aquellos Yue Zhi, conocida como Bactria y situada en Transoxiana (al Norte del río Oxus o Amur Daria, hoy Tayikistán y Uzbekistán) a su vez, había sido parte de la conquista más oriental de las huestes de Alejandro Magno, el cual había dejado en el lugar una fuerte impronta helenística, siendo heredada como el resto de su imperio por sus generales. La zona se independizó luego del poder central, creando el imperio greco-bactriano que interactuó fuertemente con la India de la dinastía Maurya primero y luego con la subsiguiente Sunga.

Es muy conocido el papel del rey Asoka de los Maurya en la difusión masiva del budismo en la zona luego de su conversión, por lo que de aquella relación y de las sucesivas misiones enviadas por Asoka hacia las zonas greco-bactrianas, surgió una mixtión indo-greca donde hizo pié el budismo, allá por los últimos siglos antes de la era vulgar.



Migración Yue Zhi (fuente: Wikimedia Commons)

Los YueZhi migrantes se hicieron con el control de la zona. De esta época (siglo II aeV) data la visita (relatada en sus crónicas por Sima Qian) de un enviado del emperador Wu-di, con la idea de forjar una alianza entre los Han y los Yue Zhi para combatir a los Xiongnu, la cual no llega a concretarse. Sin embargo, el expedicionario enviado regresó con una buena cantidad de información que a su vez fue volcada en los Registros históricos de Sima Qian.

Nuevamente empujados por otros pueblos guerreros invasores desde el Norte (Wu-Sun) y a su vez empujando a otras tribus escitas hacia Parthia e India, los Yuezhi continuarían una centuria después hacia el Sur, atravesando lo que hoy sería Afganistán y Pakistán hasta conquistar el Valle del Indo, zona de una excelente fertilidad y prosperidad. Esa es, a muy grandes rasgos la historia del imperio Kushán, que se estableció llegando a abarcar buena parte del norte de India. El nombre de este imperio deviene probablemente del nombre chino de uno de los principales grupos de los YueZhi, los guishuang o de un derivado del nombre de su antigua capital original, Kucha (hoy en la región “autónoma” de Xinjiang Uyghur en China).

En Kushán se produciría la confluencia del occidente griego con el oriente hindú y chino. De ese modo, llegaría a China el budismo, a través de monjes que traducirían y difundirían los escritos. Por ejemplo, An Shingao, un príncipe parto devenido monje, llegaría en 148 eV, aún en plena dinastía Han posterior a la capital Luoyang, para promover el budismo y traducir sus textos al chino. Muy pocos años después, vendría Lokaksema, otro monje desde la ciudad de Gandara, el principal centro de cultura del imperio Kushan, donde surgió un delicado arte greco-budista. Y varios más, que establecerían ya con anterioridad la influencia budista a lo largo de la Ruta de la Seda, recorriéndola en el sentido inverso de lo que lo habían hecho los antiguos invasores-refugiados Yue Zhin.

La enseñanza que llegaría a China sería mahayánica (del Gran Vehículo), distinta de la enseñanza Theravada (de los Ancianos) que había primado a la muerte del Buda y en los tiempos de Asoka. El Mahayana, si bien aceptaba los textos del canon pali como verdaderos, consideraba que la senda monástica de la iluminación era excesivamente individual y estrecha (de allí el mote algo despectivo “Hinayana” o “pequeño Vehículo” con el que denominaron a la tradición theravada) no permitiendo que grandes multitudes adhirieran a la doctrina. El Budismo mahayánico promovía Sutras (discursos) que ampliaban las posibilidades de desarrollo espiritual, incluyendo en ellas a laicos, universalizando la “budidad” y haciendo hincapié en la compasión por la cual un verdadero budista debe preocuparse no sólo de su iluminación, sino de los demás. Esta rama se desarrollaría justamente hacia el primer siglo desde el Sur de India y sería la que en definitiva llegaría a China.

Las razones por las cuales el budismo se hizo rápidamente popular en la China de aquellos primeros siglos de la era vulgar occidental, son múltiples. Aproximadamente podríamos decir que la situación de alta inestabilidad causada por guerras, hambrunas y desastres naturales, había puesto en duda las anteriores férreas convicciones. Por otro lado, el confucianismo no poseía aquella santidad que exhibían algunos de los primeros precursores del budismo, lo cual impresionaba con fuerza a los nuevos adeptos. El budismo primigenio, apareció como una especie de “taoísmo extranjero”, incluso valiéndose las primeras traducciones de términos prestados de éste. Éste sería un problema de los pensadores y de los traductores de todas las épocas, cómo expresar conceptos revolucionarios con vocablos pertenecientes al momento histórico anterior y cómo trasladar esos contenidos renovados a través de textos que invariablemente se mueven entre la contradicción de ser fidedignos a la hora de referirse a sus autores o comprensibles para los públicos a los cuales se pretende movilizar, éstos últimos ajenos a tales disquisiciones filológicas o semánticas.

Una vez un discípulo preguntó a Confucio cuál sería la primer medida que tomaría si le fuera confiado el gobierno de algún reino y él contestó: “Cambiar los nombres de las cosas” – seguramente refiriéndose a esta íntima ligazón entre la necesidad de adaptar denominaciones a las nuevas situaciones producidas por la dinámica histórica.

Si además pensamos en la dificultad de trasladar contenidos entre idiomas y culturas diferentes (y entre distintos tiempos históricos, en ocasiones muy distanciados entre sí) no podemos sino admirar y agradecer el paciente trabajo que durante siglos han realizado intérpretes y traductores para enlazar lo mejor del conocimiento humano.

Lo cierto es que en el caso del budismo en China, la dificultad se transformaría en virtud, y surgieron allí distintas variantes creativas. Taoísmo, confucianismo y también la religiosidad popular derivada de las antiguas creencias animistas - presentes por otra parte en todo pueblo de la antigüedad, con su multiplicidad de espíritus, demonios y dioses - se influirían mutuamente.

En China aparecería como una de las corrientes más potentes, la del budismo Chan (luego Zen en Japón, Son en Corea), que produciría mucho entusiasmo proponiendo la intuición directa como una forma más sencilla de acercarse a la iluminación y la posibilidad de acceder a estados superiores para cualquiera que se dispusiera a ello. Esta vertiente enfatizaba mucho más en la experiencia del practicante – cualesquiera fuera su

condición – que en el tedioso estudio de los sutras, estudio que por otra parte estaba vedado a la inmensa mayoría de la población analfabeta. También se desarrollaron otras escuelas budistas propiamente chinas como Tian Tai o de la Tierra Pura, quienes basados en diversos sutras, proponían visiones nirvánicas en algo similares a los paraísos transmundanos de otras culturas o la adoración e invocación de los Budas como deidades o seres míticos. Es comprensible como tales variaciones tenían más que ver con el sentir popular de la época que la complejidad de los textos y la monótona repetición de rutinas de los sutras Nikaya. Todas estas escuelas budistas encontraron por supuesto eco también en el resto del Oriente, llegando de ese modo a Corea, Vietnam y Japón – que como nuestros lectores recordarán habían también – entre muchas otras cosas - adoptado el tipo de escritura chino.

No cabe duda que otro factor que ayudó poderosamente a la inserción del budismo en China fue el apoyo que recibió de diversos monarcas, llegando finalmente a oficializarse en la reunificación lograda por Sui y a alcanzar su esplendor a partir del imperio Tang y hasta mediados del siglo IX, momento en el cual la intolerancia volvió a cundir, alimentada por un imperio en decadencia y azuzada por la burocracia neoconfuciana.

Este período final de Tang, que continuaría con la dinastía Song en términos de reafirmación de lo “propiamente chino” fue una reacción a la interacción cultural anterior, que produjo dos siglos de vibrante producción en poesía y arte. Sin embargo, todas las corrientes dejarían una huella profunda que nunca sería desplazada por completo por las otras. Así quedaría - de una manera muy general y con múltiples variantes y matices - moldeado el carácter chino como una especie de tríada donde el confucianismo regía la vida social, familiar y política, el taoísmo daba fundamento filosófico y metafísico y el budismo aportaba religiosidad y sentido existencial.

Esta breve descripción de cómo el budismo se introdujo en China nos muestra la importancia que ya desde la época tuvo la llamada Ruta de la Seda (nombre colocado con posterioridad por un historiador alemán). Ésta se iniciaba en la capital imperial china Chang'an (extendida a Luoyang, la capital oriental en tiempos de Han anterior) y atravesaba las regiones montañosas de la cuenca de Tarim, bordeando el desierto de Taklamakam y llegaba a las regiones de la Transoxiana, para atravesar luego todo el Oriente próximo hasta los distintos puertos que conectaban finalmente con Roma y toda la costa del Norte de África. Por ella circuló no sólo la seda – tejido muypreciado por su brillo y su alta resistencia – sino también muchos otros artículos, pero sobre todo, fue la vía a través de la cual muchas innovaciones en el campo científico, técnico, del pensamiento y de la religiosidad circularon entre Oriente y Occidente, por supuesto en ambos sentidos.

Un período de increíble transitabilidad de tan complejo trayecto fue el transcurrido durante el imperio Mongol (1206-1368) donde las hordas de las estepas, lograron conectar gran parte de la Ruta bajo su dominio. De ese tiempo datan los relatos del viajero Marco Polo. Pero ya anteriormente y desde la expedición de Zhang Qiang, general a las órdenes de Wu-di (el emperador Han de quien ya hablamos) se abrió este conducto que interconectaría China con Roma, pero que sería el primer eje de conexión entre la diversidad humana de las culturas de Oriente y Occidente.

Este imperio Mongol liderado por Gengis Khan, cuyo nieto Kublai Khan establecería la dinastía Yuan en China entre 1279 y 1368, fue uno de los momentos más importantes del proceso (que ya mencionamos al hablar de los Yue Zhi) de las migraciones de los pueblos esteparios nómades en búsqueda de subsistencia y mejores condiciones de vida. Estos guerreros iban generando confederaciones de tribus (que habitualmente desaparecían luego en las cruentas pugnas sucesorias) que avanzaban sobre territorios muy extensos conquistando o expulsando a otros. De esa manera, ya hacia el siglo V visigodos, francos, ávaros, saxos y muchos otros pueblos fueron impelidos hacia Europa, siendo una de las principales fuentes de desestabilización del imperio Romano. Los Hunos comandados por Atila fueron en aquel momento una fuerza tremenda y que – más allá de las implicancias políticas de su avance – influyeron radicalmente en la conformación demográfica y étnica de toda esa zona, dando origen a aquellos pueblos turcos que se extendieron por el Cáucaso, el Asia Menor y los Balcanes. De allí que cierta facción extremista de nacionalistas en la Turquía moderna reivindica con su nombre “Lobos Grises”, el símbolo que llevaban los antiguos Hunos en su estandarte.

Entre el siglo XII y el XIII, los mongoles llevarían su imperio a la máxima extensión, sucumbiendo luego por las mismas causas que todos los demás. Ese imperio se continuaría de alguna manera en el proceso del imperio Otomano surgido de la fragmentación de los sultanatos selyukos (otro pueblo de raíz turca) y ciertamente favorecido por aquella composición étnica a la cual hacíamos referencia anteriormente. Al igual que los Hunos, cuyo empuje incidió en la caída de la cabeza occidental del Águila, los Otomanos darían fin diez siglos después al Imperio Romano de Oriente, en 1453, año en el que cae Constantinopla bajo su dominio. Esta dominación imperial otomana, junto a la anterior selyuka, apoderándose de las principales rutas comerciales terrestres y cercando a la cristiandad en aquella Europa hambrienta y enferma, resultó en la necesidad de abrir nuevos caminos. Así, en el intento de reconectar Occidente con Oriente, en aquel siglo XV el mundo se amplió una vez más, conectándose a partir de allí todos los puntos y culturas.

En busca de otros espacios

Las órdenes del alquimista Xu Fu eran terminantes. Debía embarcarse hacia la mítica montaña Penglai situada en algún islote al Este, donde vivían o recalaban en ocasiones los inmortales (entre ellos Anqi Sheng) y traer las hierbas de las que se decía poder con ellas producir el elixir de la inmortalidad. La obsesión del fundador dinástico Qin, Shi Huangdi, por lograr una vida eterna lo llevaría a enviar expediciones también hacia el Oeste, abriendo la Ruta de la Seda. Este propósito, junto a otros fue también compartido por los gobernantes Han, cuya expedición llegaría hasta los valles de Ferghana, donde no encontrarían la poción, pero sí excelentes caballos con los cuales combatir contra los Xiongnu.

Volviendo a Xu Fu, éste realizó algunas travesías (como mínimo dos, quizás más) pero ante lo infructuoso de la tarea encomendada, atribuyó la dificultad a imponentes seres marinos que le habían cerrado el paso. De su último viaje no regresó y - según algunos relatos por supuesto muy difíciles de comprobar - temiendo por su vida ante la conocida irascibilidad del soberano Qin, habría descubierto en aquellas exploraciones Japón y terminado sus días allí, enseñando a los habitantes del lugar muchos de los avances del continente en el campo técnico, medicinal y religioso. Dicha teoría, legendaria o real, es abonada por el hecho de que en Japón Xu Fu es hoy venerado en muchos memoriales y templos como el “dios de la agricultura, la medicina o la seda”. Haya sido él u otros, sin duda que allí se enhebran los primeros eslabones de una fuerte transferencia cultural desde China hacia Japón.

La creencia en la posibilidad de obtener la inmortalidad (o al menos la longevidad, por la época casi igual de escasa que aquélla) ingiriendo algún tipo de sustancia, es relativamente fácil de comprender si se la encuadra en el contexto de los cultos y prácticas chamánicas heredadas de tiempos neolíticos, las cuales utilizaban tanto potencias anímicas como también pociones y brebajes curativos para aliviar dolencias o alejar males. El Taoísmo abrevó en parte en aquellos fundamentos naturalistas, para posibilitar finalmente a través de sus diversas escuelas y enseñanzas interactuar armónicamente con lo dado, descubriendo en el individuo y en el conjunto humano aquel macrocosmos inefable que interpretaban.

Los múltiples experimentos que realizaron los alquimistas inspirados por esa doctrina fueron en ocasiones letales, ya que se suponía que los elementos capaces de otorgar inmortalidad debían ser preciosos, escasos y haber demostrado características de perennidad física. Así, muchos preparados consistían en pócimas en base a cinabrio, mercurio u oro líquido. Una variante de aquella vía alquímica en la búsqueda de transmutación trabajó desde la geomancia, en cuyo transcurso se descubrieron las propiedades de la hematita, como atractora del hierro. El hierro es a su vez uno de los cinco elementos básicos a través de los cuales – en múltiples relaciones de dominio y generación – el Taoísmo explica la totalidad de la diversidad fenoménica del Universo. Los restantes elementos del Wu Xing son el agua, la madera, el fuego y la tierra.

La propiedad de atracción de aquel metal sirvió de base a la construcción de las primeras brújulas chinas, cuyo nombre latino asocia aquel instrumento (que resultaría luego tan importante para la navegación) al ámbito mágico donde se desarrollaron muchas actividades alquímicas. Es comprensible además, que al manejar aquellos estudiosos poderes absolutamente desconocidos para el individuo común, al trabajar

intencionalmente sobre un universo de objetos y sustancias en el que estaba vedado a los mortales introducir variantes o acaso reproducir mecanismos - so pena de contrariar preceptos religiosos anímicos o divinos y haciéndose merecedores de lógicos castigos por ello -, fueran catalogados de brujos (vocablo al que hacíamos referencia hace un momento con la brújula). El lenguaje alegórico de los alquimistas – útil a la expresión de fenómenos con los que se iban encontrando - convertía además a sus textos en poco comprensibles a ojos externos a esos trabajos.

También comprendemos que en realidad gran parte del misterio y del hermetismo (en honor a Hermes Trismegisto) que rodeó a las prácticas alquímicas tanto en Oriente como en Occidente, eran parte de un mecanismo de seguridad para los practicantes, que no necesariamente querían exponerse a la mirada pública. Por lo demás, era para ellos importante alejar a curiosos o superficialmente interesados, que no podrían introducirse con esas premisas en un ambiente mental apto para tales trabajos. Algo similar a los muchos procedimientos iniciáticos de todas las culturas para preparar al adepto para pasos posteriores, verificando la profundidad de sus intenciones, antes de entrar seriamente en materia.

Entre otras muchas, hay una leyenda sobre el sabio alquimista chino Wei Po-yang (considerado uno de los pioneros de la disciplina alquímica en esa cultura) que resulta ilustrativa al respecto. Al parecer, reunió a tres discípulos y se fue con ellos a las montañas a preparar eficaces medicinas y elixires. Luego de hacerlo, dio de probar a un perro la sustancia, el que murió de inmediato. Declaró luego que obviamente la poción inmortal no había sido lograda, que probablemente si ellos mismos la ingerían morirían y preguntó a los discípulos qué hacer. Éstos a su vez preguntaron al Maestro si él mismo la tomaría. Po-Yang dijo (en apretada síntesis) que había dedicado su vida a la inmortalidad y que vivir sin ella era lo mismo que morir, dicho lo cual, tomó el brebaje, muriendo de inmediato. Uno de los discípulos, confiando en su Maestro, siguió sus pasos, al tiempo que los otros dos se alejaron del lugar. Algo después, el Maestro alquimista – que había variado algunas proporciones en la fórmula – se levantó, dio de beber un antídoto a perro y discípulo y se fue con ellos a vivir la vida de los inmortales, dejando una misiva de despedida a los discípulos que luego regresarían a enterrarlo.

Aquella búsqueda de inmortalidad y longevidad, que por largos milenios fueron objetos inseparables de investigación, fue por supuesto constitutiva de todas las civilizaciones.

Desde Imhotep y a través de las Escuelas de Vida, una de las primeras instituciones transmisoras de conocimientos medicinales, los egipcios, sin duda motivados por la necesidad de aprender a preparar los cuerpos para la vida transmundana, aportaron mucho en este campo. El Dios Asclepio (luego Esculapio en Roma) y su hija Panacea, guiaban en la mitología griega los caminos de aquellos que se afanaban en comprender mejor el cuerpo, con el propósito cierto de extender la vida. Y tiempo después grandes almas árabes como Ibn Sina y Al Farabí aportarían desde el califato abbásida de Bagdad a aquellos conocimientos que llegarían al Occidente de Galeno a través de la España morisca, Toledo, sus traducciones y la revolución renacentista.

Pero no sólo los cultores de la medicina, sino también el oficio metalúrgico estuvo muy ligado desde siempre a la intención trascendente de la alquimia. La idea de trasfondo era que si se lograba aprender los procedimientos para convertir sustancias volátiles en otras con cualidades manifiestas de estabilidad en el tiempo, sería posible

también transformar el débil cuerpo humano en un ente indestructible. Por ello es que el oro, cuyo proceso de oxidación es más lento que en otros metales, constituía el objetivo anhelado. Así, encontrar la piedra filosofal fue propósito vital de muchos alquimistas. Para algunos, éste era un material existente que ayudaba en el cambio de cualidad de la sustancia trabajada. Para otros una alegoría sobre el conocimiento para llegar a ello.

Tiempo después, los objetivos de lograr inmortalidad y longevidad se fueron divorciando. De la primera se ocuparon las creencias y las religiones. De la segunda, la ciencia y el avance social.

Con el creciente contacto entre los pueblos, con el intercambio comercial y cultural, se hizo posible trasvasar conocimientos y alimentos que ayudaron a que la expectativa de vida humana al nacer fuera creciendo. El primer escollo a superar era siempre el inmediato, la dificultad geográfica, los desastres naturales, el misterio meteorológico. Y luego, en muchas ocasiones este proceso fue frenado por la apropiación y la violencia que impedían el paso fluido de la Vida en continuo avance. Por ello es que el ser humano hubo de abrirse paso creativamente.

Surcar ríos y mares fue en algunas culturas desde tiempos remotos tan natural como caminar. Todas las culturas del Mediterráneo, los pueblos vikingos, los pueblos malayos son ejemplos de ello.

Sin duda que los sucesores del Águila romana en Occidente lograron construir poderosos imperios marítimos gracias a esa memoria, a través de la cual portugueses, españoles, ingleses, franceses y holandeses, navegaron los mares en la huella histórica de los antiguos cartagineses, fenicios y griegos.

Éste no fue el caso del Dragón, quien pese a ser bordeado por miles de kilómetros de costa y una buena cantidad de formaciones insulares, tuvo un desarrollo naval secundario en alta mar, salvo en la época de Yongle, tercer emperador Ming y de Zheng Hé, eunuco de origen musulmán, quien en el transcurso de siete viajes circunnavegó el Asia, llegando hasta el Mar Rojo y las costas de África oriental. Poco tiempo después de su séptimo viaje (1433), en el cual Zheng Hé murió, el poder prohibió la continuidad de aquellas extensas travesías y así China renegó a partir de entonces de avanzar por la senda de constituirse en una potencia marítima – hecho que posteriormente tuvo grandes consecuencias geopolíticas.

Para muchos estudiosos, éste fue un hecho singular, ya que el imperio contaba con recursos, tecnología y personal en abundancia para ampliar su influencia. Las explicaciones que diversos historiadores han esgrimido son varias. Se ha mencionado que renovados ataques desde el Norte implicaron la reorientación de recursos, lo cual es altamente posible. El contexto es que aún cuando el fundador dinástico Ming logró cortar el dominio dinástico Mongol en la era Yuan (por entonces debilitado por desastres naturales, hambrunas y pandemias, además de ser una cultura no-han), el poderío militar de las tribus mongolas no desapareció y continuó combatiendo. Esto resultó a la postre uno de los principales factores de desgaste de sus vencedores Ming, dando entonces paso en 1644 a la última de las dinastías imperiales clásicas, los manchúes Qing, provenientes del extremo nororiental de China.

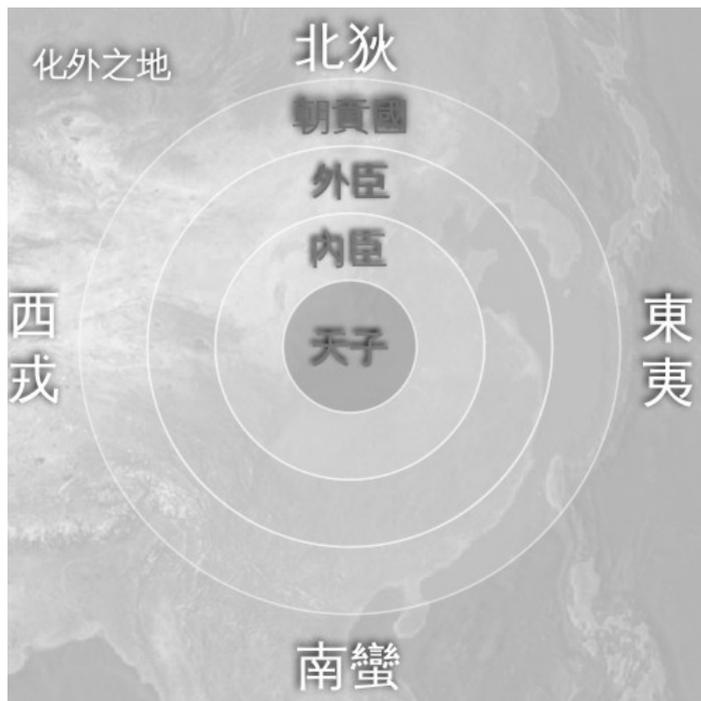
Otros comentaron la desproporción de tales expediciones y su presión impositiva sobre la población, lo cual sin duda era un factor de política interna que contribuía a sembrar descontento.

En aquella renuncia a edificar poderío naval, es muy posible que haya incidido también el hecho de que la civilización china se originó tierra adentro, en las inmediaciones agrícolas de un río y bastante lejos de su desembocadura en el mar. Los principales enemigos eran gentes de a caballo. Sólo tiempo después, se avanzó hacia el Sur benéfico y cálido, y hacia el Este, llegando a las costas y los mares. El dominio de las aguas se centró por ello en China en sus tiempos iniciales en el tema fluvial, en la construcción de contenciones a la inundación, sistemas de irrigación o de canales de navegación interna. Un muy buen ejemplo de ello es el Gran Canal, uno de los proyectos faraónicos de la dinastía Sui y que, a costa de millones de personas que murieron para terminarlo, permitió abastecer la zona norte próxima a Beijing transportando alimento desde las zonas fértiles, conectando con el principal sistema fluvial navegable de los ríos del Sur, el Yangtsé (en chino Chang Jian “río largo”) y saliendo al mar en la Bahía de Hangzhou.

Quizás el factor preponderante en aquella decisión imperial, a partir de la cual China desarrolló fuertemente su imperio “a puertas cerradas”, relativamente aislada de los desarrollos occidentales, sus luchas y sus modelos, fue la creciente resistencia de la burocracia, que no veía en tales emprendimientos nada provechoso para el Imperio. Así se consolidaría la mudanza definitiva de la capital a Beijing - iniciada ya en tiempos de Yongle - (en el interior y al norte del país) abandonando Nanjing (Nankín, literalmente capital del Sur). Esta ciudad portuaria había sido elegida capital por los Song cuando fueron expulsados del Norte en 1127 por el avance mongol y era precisamente el punto desde el cual habían partido todas las expediciones de Zheng Hé.

Seguramente el sucesivo desmembramiento del poder mongol y el relajamiento de las tensiones en el Norte que se produjo en 1434 – año en que simultáneamente se produce la victoria de las tribus Oirats y su líder Toghon (con el cual China estableció lazos diplomáticos amistosos) y el último viaje del almirante eunuco chino – hicieron que la vía terrestre quedara “liberada” para el paso mercantil, quitando quizás una de las razones que llevaron a Yongle a explorar vías alternativas para el tráfico comercial.

Pero la enconada oposición de la burocracia imperial a la continuidad de los viajes de alta mar merece también otro tipo de ampliación, ya que implica fuertemente un modelo chino de creencias y comportamiento que influirá sin duda en la historia posterior y tiene una ligazón directa con el sinocentrismo que, en definitiva, marca la visión de China sobre sí misma y ciertamente acerca de su relación con otros. El nombre chino de China ha sido desde siempre “Zhongguó”, lo cual quiere decir “Reino del Medio”. “Medio” significa aquí obviamente el centro de la tierra. De ese modo, la cultura de Han se ha visto siempre como superior, considerando a sus vecinos como “bárbaros” y avanzando en lo posible sobre ellos. Nada nuevo, si se considera lo ya profusamente estudiado en otros casos imperiales.



Mapa de la época de la dinastía Zhou del Este, que muestra en su centro a Tianzi (emperador del cielo), y fuera de los círculos a los reinos que vivían “fuera de la civilización” Yi, Man, Rong y Di. (Fuente: Wikimedia Commons)

Lo cierto es que en aquel momento de la dinastía Ming (1435 aproximadamente), China quema su gigantesca flota, abandonando todo proyecto naval de gran escala. En ese tiempo, el marino Cristóbal Colón, posiblemente oriundo de la República de Génova, contaba con dieciséis años de edad. Los genoveses se habían constituido junto a sus rivales venecianos en fuertes potencias marítimas. Los barcos venecianos, desde su privilegiada posición como salida hacia el Adriático, habían logrado controlar el comercio llegando hasta el Mar Negro, a través del Bósforo, en el principal enlace mercantil con la Ruta de la Seda. Por allí, no sólo viajó Marco Polo, un mercader veneciano que permaneció largos años en “Catay” introduciendo con sus relatos conocimientos en ambos mundos, sino también la Peste Negra, ya que las ratas infestadas provenientes de Asia Central encontraban en las húmedas y pestilentes bodegas un lugar ideal para surcar los mares. Pero no fueron las ratas las únicas culpables de aquella maldición que asoló Europa en la mitad del siglo XIV sino sobre todo, la situación de hambre y miseria que volvió indefensa a una población cuyas defensas inmunológicas distaban de ser óptimas. Esa pandemia, que según fuentes diversas se originó en Yunnan (China) o en el Norte de India, cobró millones de vidas, dejando al imperio mongol y a Europa debilitados, lo cual sin duda colaboró con el avance del naciente poder otomano.

Este nuevo poder, que rápidamente logró extender su imperio sobre los territorios dominados por el Islam, generó una situación de tapón al por la época ya muy extendido traslado de bienes y alimentos entre Europa y Asia, fundamentalmente hacia India y en menor medida China. El estandarte de la Media Luna avanzaba además crecientemente hacia el Oeste, amenazando conquistar la alicaída y dividida civilización occidental.

De cuando el Dragón tuvo que enfrentar al Águila

Como ya comentamos anteriormente, luego de la interrupción de sus exploraciones marítimas hacia mediados del siglo XV, el Dragón volvió a recluírse en su jaula durante aproximadamente 400 años. A la dinastía Ming (1368-1644), que afirmó el sinocentrismo preconizando la superioridad cultural por sobre todo otro pueblo, le siguió – una vez más – la dominación foránea desde el Norte, esta vez por parte de los Manchúes, quienes dieron origen a la dinastía Qing. Ésta transcurrió entre 1644 y 1911 y fue la última en sentido monárquico e imperial clásico, dando paso a partir de entonces a la instauración de la República y 38 años después al triunfo de la revolución comunista.

La retirada china de las expediciones navales coincidió precisamente con la mutación y multiplicación del Águila en diversos poderes coloniales que cubrieron los mares desembarcando con propósitos de dominación en todos los confines de la Tierra. Los portugueses – especialistas en circunnavegación – establecieron su imperio en islas y bastiones costeros, despreocupándose en general y salvo contadas excepciones (como la de Brasil) de colonizar territorios “tierra adentro”. Su principal interés radicó en establecer, a la vieja usanza de fenicios, cartagineses y luego genoveses y venecianos, una red eficaz que permitiera el control mercantil por vía marítima. Sus vecinos ibéricos, los por entonces aliados Reinos de Castilla y Aragón fueron mucho más allá. Con características mucho más “continentales” – pese a sus extendidas costas – los españoles avanzaron ocupando amplios territorios de América, implantando tributo y vasallaje a su corona y su dios, viendo sin embargo relegadas sus posibilidades de conquista en tierras africanas y asiáticas a manos de portugueses, británicos, franceses y holandeses.

Aquí debemos señalar la poderosa influencia que ejerció la iglesia de Roma como un agente primario de la conquista en América, más allá del obvio enriquecimiento que dicho acontecimiento deparó a los reinos cristianos y las posibilidades que abrió a su paupérrimo campesinado. Luego de la caída del imperio romano de Occidente a manos de Odoacro y sus hérulos en 476 y de la posterior ascensión vertiginosa de la nueva religión expansionista y universal islámica (en la primera mitad del siglo VII), la disputa por el control terrenal sobre las almas (y sobre los cuerpos), marcó el rumbo del poder eclesiástico papal. Desde esa finalidad, en el intento de restauración imperial cristiana bajo control de la casta clerical, pueden ser claramente enmarcados el Imperio Carolingio - cuyo emperador Carlomagno fue coronado por el Papa León III en la Navidad del año 800 como emperador del Sacro Imperio Romano – las posteriores Cruzadas, la permanente pugna con los diversos poderes feudales europeos y las innumerables intrigas con y contra el Imperio Bizantino. En 1453, con la caída de Constantinopla a manos otomanas, se desvanecía el ensueño imperial romano y veía seriamente amenazado su “patio trasero” por la penetración en suelo europeo de los ejércitos del Sultán. El Imperio Otomano – denominado por su figura fundacional Osman I (Utman) – surgió por histórica paradoja del sultanato selyúcida llamado Rum, en el Norte de Anatolia, que era llamado así precisamente por ser considerado territorio de influencia de Bizancio (que para los selyúcidas, pueblo del Asia Central, era el sucesor de Roma).

Hacia el siglo XV la Media Luna otomana había penetrado fuertemente tierras europeas, conquistando los Balcanes, avanzando en Hungría y llegando hasta la misma

ciudad de Venecia en la península itálica. De este período data la implantación de la fe musulmana en países como Albania y Bosnia. La cristiandad, cercada en su disminuido feudo y jaqueada por severos problemas de salubridad, pobreza y alimentación, se lanzó a la mar desde su rincón más occidental, la península Ibérica, en busca de salidas para aquella encrucijada terminal. Acicateada por la necesidad, inflamada la imaginación de sus marinos por noticias de nuevos caminos hacia las Indias y portando en sus velámenes las cruces que tanto infortunio habrían de santificar, llegó el Águila al Nuevo Mundo.

Sin embargo, muy poco tiempo después, a tan sólo ochenta años del desembarco colombino, un monje llamado Lutero habría de dar por tierra con las ilusiones de un eterno poder unificado eclesial, produciéndose a partir de sus Tesis un nuevo cisma en el cristianismo. De esta división, surgirían con el tiempo una importante cantidad de nuevos cultos e iglesias genéricamente llamados “protestantes” o evangélicos. Todas estas vertientes cristianas tendrían en común - más allá de su fidelidad al dios único y su adhesión a la imagen de Jesús de Nazareth como el Ungido - una radical aversión a todo intento de control por parte del poder central católico romano. Así, esta sensibilidad contraria a Roma y sus manejos, encontraría eco entre los europeos nórdicos, expandiéndose hacia allí el credo emergente. En este encuadre, surgiría en una periférica isla, donde la navegación por lógica también había sido largamente cultivada, la semilla de una nueva mutación del Águila, convertida ahora alegóricamente en León. Éste disputaría a partir de allí ferozmente el dominio marítimo, originando el Imperio británico.

Sin duda que la base sobre la cual gravitó finalmente la supremacía inglesa fue aquel desarrollo de la técnica que ya se anticipaba con el surgimiento del empirismo como doctrina filosófica y en su estela, aquel positivismo científico que cimentaría lo que luego escolarmente sería conocido como la Era Moderna. Ese salto tecnológico – por otra parte bastante habitual en los recambios imperiales – tendría un importante asiento en la atracción que generaba para sabios y librepensadores la relativa tolerancia de ideas y culto que ejercían por la época Inglaterra y los Países Bajos. Esto se comprende inmediatamente si se piensa en el ambiente creado en la Europa del Medioevo por la feroz Inquisición y el control que la Iglesia romana tenía sobre las Universidades y el conocimiento en general. Así, luego de que el conocimiento árabe y griego antiguo (y a través de ellos, la milenaria acumulación babilonia y egipcia) se “infiltrase” en aquel mundo oscurantista de la España de Alfonso X (“el Sabio”), impulsando luego aquel movimiento humanista del Renacimiento, quedaría la brecha abierta para que el Hombre avanzara decididamente por sobre los Misterios de la Naturaleza. A partir de entonces, aquella Ciencia perseguida y denostada por el régimen teocrático papal, se abrió paso buscando el abrigo, protección y fomento que encontró en aquellos lugares enfrentados a Roma.

Mientras en la segunda década del siglo XVII Galileo sufría los procesos inquisitoriales del arzobispo jesuita Belarmino (también responsable del asesinato en la hoguera de Giordano Bruno), Leyden, Oxford y luego Cambridge y Edimburgo son los puntos alrededor de los cuales comienza a gravitar el mundo de la Nueva Ciencia. Italia – y en general el mundo católico - perdía su preeminencia en el saber a manos del norte anglosajón. Esta tendencia se confirmaría con el desarrollo académico en Alemania y Escandinavia, trasladándose luego a través del imperio inglés a sus colonias en América del Norte. De este momento histórico data lo que luego se consolidaría como un fuerte

abismo tecnológico entre el Norte y el Sur – y la disparidad en los desarrollos económicos y tecnológicos inherentes a tal diferenciación.

Las fuerzas de la Razón, liberadas de la tutela omnipresente de la Escolástica, emergían con potencia e inundaban esos ámbitos de intercambio científico y técnico, sellando el destino industrialista e innovador de aquella Europa desgastada y hasta allí, esencialmente campesina. Las ciudades, los burgos, comenzarían a crecer y en sus clases medias y bajas cundiría el clamor por la modificación de las arcaicas estructuras aristocráticas.

Nada de ello sucedía por entonces en las tierras del Dragón. Los manchúes habían adoptado para poder gobernar los mismos rituales confucianos y también la cerrazón hacia el mundo ya comenzada en los tiempos de Ming. Esto supuso un quietismo en el desarrollo técnico y comercial, dejando por supuesto a la mayoría de los chinos en el mismo estado de pobreza y sumisión de siempre. La “autosustentación” campesina - aquel modelo predominante en el período feudal que en teoría suponía cierto grado de subsistencia a través de la producción y el consumo local - terminaba en la práctica en letales hambrunas, al sobrevenir sequías o inundaciones, o cuando el tributo exigido era excesivo o los jóvenes eran arrastrados a lejanas guerras, dejando los campos sin personal suficiente para su cultivo. A esa situación de anquilosamiento de la China de los Qing – entre fines del siglo XVII y mediados del XIX – se sumaría la decadencia creciente en la burocracia de un imperio cerrado, sin miras de transformación y un creciente sentimiento adverso en la población respecto al origen foráneo de aquellos invasores en el poder.

En estas circunstancias se daría hacia 1839 el enfrentamiento entre el Dragón y la por entonces variante principal del Águila, el Imperio Británico. La primera Guerra del Opio pretendía la liberalización del comercio con China, sujeto hasta allí a severas restricciones y de este modo, introducir al Dragón en el entramado que el imperialismo occidental tejía mundialmente. Francia se había adueñado en ese proceso de una gran parte de Indochina (Vietnam, Camboya, Laos) al tiempo que los ingleses gobernaban ya vastas porciones del Oriente. Los holandeses, que habían sido pioneros en la dominación del intercambio comercial en aquella región, eran amos en Indonesia (llamada por ellos Indias Orientales) y algunos otros archipiélagos e islas. Portugueses y españoles tendrían también presencia – aunque algo menor - a través de dominios insulares (como Macao, Goa o Timor los primeros, o Filipinas y Guam los segundos, pasando estos últimos a ser parte de la dominación estadounidense en el estertor del siglo XIX).

A la derrota del Dragón en aquel enfrentamiento con los británicos, se sucederían condiciones oprobias impuestas por el vencedor, pero sobre todo, se derrumbaría el mito de la eterna superioridad china. El mandato del Cielo se había alejado una vez más de los gobernantes y desde el Sur del imperio, desde las antípodas del Norte dominante con asiento en la Beijing celestial, emergería la rebelión Taiping, de fuertes connotaciones místicas y revolucionarias. Ésta no resultaría victoriosa, pero abriría el sendero para que en 1911, Pu-Yi, “el último emperador”, abdicara a favor de la República. Por supuesto que también esta rebelión Taiping sería un enorme antecedente en lo que a la postre resultaría la ascensión al poder de los comunistas y la instauración de la República Popular China, ciento diez años después de la primera Guerra del Opio. La enorme presión conjunta de los imperios extranjeros, a los que a esas alturas se

habían sumado Rusia, Japón y los Estados Unidos de América, quebró el autismo imperial chino. Pero la misma rapacidad de las Águilas las sumió en tremendas contiendas entre sí – las Guerras Mundiales – y esto permitió paradójicamente que todas sus posesiones coloniales se liberaran del yugo.

Pero volvamos nuevamente algo más atrás. El conflicto entre las diversas potencias coloniales y China - que abarcó varios enfrentamientos, fue determinante en las guerras entre las facciones internas y causó muchísimas muertes en el lapso que media entre 1839 y 1949 - está claramente encadenado al signo epocal que determinó geopolíticamente al mundo en este período. Por ello, y sobre todo por sus consecuencias posteriores, bien vale intentar comprender – al menos básicamente – la siniestra mecánica que lleva habitualmente a todo imperio a confrontar con los demás y a perecer en ello, más allá de las victorias que pudiera cosechar en el transcurso de su mortífera expansión. Por lo demás, la descripción siguiente no deber ser vista dentro de los hábitos del pensar en términos de causa y efecto, ya que tomaremos fortuitamente un punto de partida para ilustrar el punto y mencionaremos el proceso desde un solo punto de vista, el económico, acaso por ser el más popular y comprensible en la actualidad. El acercamiento al tema desde ahí – volvemos a insistir – de ningún modo pretenderá significar, al estilo del materialismo clásico, que allí se encuentran las excluyentes causas “determinantes” de ese desarrollo, sino que constituirá un modo posible de presentación de una dinámica histórica bastante habitual.

Supongamos entonces por un momento, que en un lugar determinado y por circunstancias múltiples, se produce una fuerte innovación tecnológica que lleva a profundas modificaciones en la producción, dando origen a excedentes de bienes que no son consumidos localmente. Así se originará el intercambio comercial con otros puntos.

Si dicho flujo mercantil genera a su vez ganancias y reinversiones, con la diversificación y un renovado mejoramiento productivo, habrá un importante aumento en la cantidad y calidad de productos e incluso aparecerán nuevas manufacturas. Este nuevo caudal productivo requerirá nuevas fuerzas laborales, al menos en los períodos de industrialización clásicos y seguramente aquel punto habrá de atraer un gran número de actividades conexas con lo cual se generará un polo en crecimiento, una metrópolis.

El punto generará a partir de entonces cierto escozor a otros, sobre todo a aquellos que llevaban la delantera anteriormente. Otros más querrán “compartir” la creciente bonanza del nuevo poder emergente. Si el signo del punto en avance es egoísta, el espíritu ávido y emprendedor pronto tornará a la rapacidad – característica distintiva de las águilas – y entonces habrá de encomendar a cuerpos armados la protección de sus privilegios. Estos cuerpos no servirán sólo a propósitos defensivos, sino que comenzarán crecientemente a ser enviados a regiones cada vez más alejadas para “defender los legítimos intereses” de aquel punto ahora influyente a mucha distancia. A su vez, estos cuerpos armados servirán como recurso de trabajo y expatriación de aquellos elementos de difícil inserción en la corriente productiva central, lo cual proveerá al punto de una esclusa que aliviará las presiones sociales que sin duda asomarán por la diferenciación producida con las exclusiones internas. Esto generará – como veremos más adelante - para todo imperio la terrible carga de tener que sostener a futuro numerosos contingentes militares y el escollo de no poder “repatriarlos” so pena de generar problemas sociales explosivos. Éste constituirá uno de sus principales problemas

Por lo demás, la “legítima defensa” que se enarbolará como argumento de la creciente expansión, no hará sino perturbar los intereses de aquellos pueblos ahora bien cercanos a los destacamentos nominalmente “protectores” – pero en realidad, invasores. Con ello, se hará difícil para cualquier ciudadano comprender qué se quiere explicar con aquella “legitimidad”. A estas alturas, este ciudadano verá cómo las legiones del polo alejado incidirán radicalmente en el modo de vida de otros, apoyarán facciones, promoverán cambios de gobierno, ocuparán territorios o acaso se harán cargo de la administración completa del lugar, impondrán costumbres y credos, se apoderarán de las materias primas, de los avances técnicos y habrán con todo esto violentado, matado y dispuesto de los demás a su antojo como objetos de su insaciable y peligrosa avidez.

En el caso de la relación de los británicos con China, en 1793 el emperador Qianlong respondía a la embajada comercial enviada por el Rey Jorge III negando todo interés chino en adquirir mercancías del exterior “bárbaro”, confiando en su propia capacidad de autoabastecerse ampliamente. China no negociaría con las potencias comerciales – oficio por otra parte indigno de emperadores entronados por voluntad divina – sino a través de muy contados concesionarios y con restringidas mercancías que generarían un fuerte desbalance comercial, dada la gran aceptación que ciertos productos chinos encontraban en el creciente consumo europeo. Pero ésta sería una situación inaceptable para los pujantes imperios, que no aceptarían tales negativas. En nombre de la libertad y el libre comercio, atacaron entonces al Dragón hasta conseguir su objetivo. Pero las grandes distancias, los abismos culturales, los paupérrimos ingresos de millones de campesinos y sobre todo, la enfermiza, voraz y tenebrosa lucha que entablaron esas potencias por el dominio de un mundo por primera vez abarcado en su totalidad, hizo que a la brutal apertura del candado imperial chino de cuatro siglos no siguiera una renovada dominación extranjera prolongada. El bando que emergería vencedor luego de la acostumbrada lucha mortífera entre facciones, instalaría una dictadura liderada por los cuadros del en 1921 fundado Partido Comunista de China, apoyado por entonces por la dictadura de similar signo que se había establecido en las regiones anteriormente gobernadas por la dinastía Romanov.

Este régimen aliado - que con el tiempo devendría en un nuevo Águila soviética de pelambre rojiza volando hacia regiones muy alejadas de su tierra natal - también se había aprovechado en su victoria (poco antes de finalizada la primera Guerra Mundial) de la decadencia estructural y moral del zarismo y de su momentánea debilidad por las guerras sostenidas en el mismo encuadre del capitalismo colonialista comentado con anterioridad.

Así en China, el imperialismo extranjero - que fuera tipificado por Mao como el principal enemigo del pueblo, al que debía combatirse incluso uniéndose a los rivales internos - terminó constituyéndose objetivamente - por el combate entre esas mismas fuerzas imperiales - en aliado fundamental de aquella revolución popular. Las Águilas se despedazaban entre ellas y el pueblo sometido por el Dragón emergía triunfante en la estela de aquel similarmente esforzado pueblo ruso - quien había cercenado la doble testa coronada del Águila Zarista en la segunda década de aquel siglo XX.

El Dragón ha muerto, ¡viva el Dragón!

Dos ideologías pretendieron llenar – a partir de la segunda mitad del siglo XIX – aquel vacío que había dejado, según el desgarrador anuncio nietzscheano, la muerte de Dios. El paisaje humano se había transformado profundamente en aquella Europa de humeantes chimeneas y mecánicos telares. Legiones de asalariados colmaban las calles, clamando por derechos que habían sido logrados en la teoría republicana, pero que continuaban siendo negados en la realidad aristocrático capitalista de aquel industrialismo avasallante. El marxismo en sus distintas variantes y luego el fascismo asumieron el rol conductor en el horizonte político de aquellas masas que veían en esas teorías de acción política, la liberación de un sufrimiento que consideraban de origen exclusivamente objetivo. Está muy claro que en el trasfondo positivista que operaba en la época, ante la evidencia de aquel triunfo inobjetable de la Ciencia y la Técnica por sobre toda barrera natural, las soluciones no podían ser sino científicas, trascendentes a toda subjetividad e interioridad. La fe en la magia de los sistemas era indiscutible y así se fundaron y adquirieron gran relevancia los partidos comunistas y fascistas. En ellos, los grandes líderes reemplazaron las figuras paternalistas de los antiguos monarcas y emperadores.

No podía ser de otro modo en China, y Mao fue sin duda aquel “hombre fuerte” de aquel período entre ambas guerras mundiales del que emergió la República Popular, venciendo en la contienda interna a su contraparte nacionalista, el Guomindang de Chiang Kai Shek. Este partido había surgido de la mano del revolucionario republicano y protestante Sun Yat Sen, quien sería brevemente el primer presidente de la República en 1911, para entregar luego el poder a Yuan Shikai, uno de los principales generales del anterior régimen, a cambio de que éste forzara la definitiva abdicación imperial. El Guomindang profundizó su componente nacionalista luego de la muerte del considerado “padre de la república”, en parte en la estela del ascendente fascismo internacional, y en parte por la presión propia de sus padrinos norteamericanos, que sin duda querían instalar un régimen que los favoreciese en los términos imperialistas que explicáramos anteriormente.

En China – al igual que antes en Rusia – los hombres que protagonizaron esas luchas no serían en su mayoría miembros de la clase obrera fabril – por entonces todavía relativamente pequeña en esos lugares - sino una inmensa masa campesina, liderada por dirigentes con cierto grado de instrucción. La idilizada clase obrera, supuesta vanguardia conciente en el canon teórico marxista, tampoco sería el componente principal de aquella revolución que lideraría poco tiempo después Fidel Castro en la isleña y agraria Cuba. Todo fue más bien al revés, estos nuevos regímenes serían los que intentarían un desarrollismo industrial con posterioridad a su instalación en el poder. Así surgirían los “planes quinquenales”, los “saltos adelante”, que más allá de sus aciertos y errores, no eran sino la voluntad de lograr modificar en muy poco tiempo estructuras productivas y sociales muy añejas.

Interesante es ver cómo “objetivamente” toda revolución se topa forzosamente con la contradicción de la subjetividad de aquellos que la protagonizan. Apenas conseguido el derrocamiento del régimen anterior, el nuevo choca virulentamente con un enemigo acaso mayor que la contrarrevolución reactiva de la que sin duda necesita defenderse: debe edificar su nuevo andamiaje, sus anheladas nuevas realidades con personas que provienen del momento anterior y no pueden sobreponerse tan fácilmente a su paisaje

de formación. Dicho de otro modo y ajustado al caso chino: ¿cómo surgiría algún tipo de “nuevo hombre”, de participación popular, de “nueva democracia” (como la llamaba Mao) desde aquel servilismo inyectado al pueblo durante milenios? ¿Cómo podría surgir la autodeterminación, la libertad y la igualdad desde aquel arraigo cultural determinado por el hábito de la obediencia?

De ese modo, el alma del Dragón muerto iría en busca de un nuevo cuerpo que pudiera establecer el mismo comando firme y central de antaño, aunque ahora se llamara “dictadura proletaria” o “centralismo democrático”. La antigua burocracia confuciana sería ahora la nueva burocracia comunista. De las cenizas del Long – como si fuera su amado mítico Ave Fénix, el Feng – había nacido un nuevo Dragón, la República Popular.

De la vertiginosa mutación de las polaridades

La historia más reciente es muy conocida, por lo que sólo pasaremos brevemente sobre ella. Luego de la Segunda Guerra Mundial, el mundo se había partido en cientos de trozos con la aparición – década tras década – de una multitud de países que se desembarazaron de sus respectivas majestades imperiales. La gula de los imperios en pugna había logrado finalmente convencer a los pueblos – además de facilitar la empresa - de que era mejor probar suerte de manera independiente que vivir ultrajados por la dominación extranjera. Nacionalismos de derecha y de izquierda se extendieron en la década de los 50', comandados férreamente por personalidades fuertes. Sin embargo, en razón de la presión de las nuevas potencias norteamericana y rusa, a causa de ciertas costumbres, de manifiestas debilidades y para no caer vencidos por el bando rival, muchos países se alinearon con algún imperio y el mundo pareció de nuevo dividido en dos. El Águila bicéfala bizantina parecía cobrar nuevamente significado, manifestando estéticamente aquella división del poder entre soviéticos y yankees. Muchos nuevos países buscaban protección bajo alguna de las alas del águila y la guerra continuó mundialmente, encarnada en conflictos puntuales pero siempre azuzada por esta estructura de enfrentamiento mayor.

La China de Mao, como dijimos, surgió apoyada por la cabeza soviética de la nueva criatura bicéfala y aún cuando su dirección política no estaba por completo en las manos de los antiguos camaradas del Komintern, los proyectos iniciales de la República Popular se encaminaron de manera absolutamente similar a los gestados por la revolución en Rusia.

Es más, Mao – nacido unos 15 años después que Stalin, en los estertores del siglo XIX y como él, proveniente de un medio esencialmente campesino, aunque sus familias no fueran agricultoras – vio en el georgiano un modelo a seguir. A pesar de haber generado su propia variante revolucionaria apoyada en la masa rural y no en el proletariado urbano, como le sugirieron los asesores soviéticos, el líder chino imitó largamente el proceso de industrialización forzada con la que Stalin había logrado posicionar a la Unión Soviética como contrapotencia de los norteamericanos.

El ala soviética del águila bicéfala no sólo influía en las planificaciones de los conductores del Dragón, sino que los créditos imprescindibles para el desarrollo económico, hacían de esta dependencia un hecho. En 1950 se firmaba el Tratado de Amistad Sino-Soviético, que sellaba formalmente aquella relación entre los triunfantes revolucionarios.

Pero todo período histórico llega a su fin y todo hombre fuerte sucumbe finalmente a la debilidad de su estructura física temporal. Stalin (en ruso “hecho de acero”) moría en 1953 y en 1956, las declaraciones de Jruschov ante el Congreso del Partido comunista acerca de los horrores inquisitorios del estalinismo produciría una fuerte crisis en los seguidores del ideal de Marx y Lenin. Así como una gran desazón invadía a muchos, otros se disponían a revisar los errores cometidos. De allí que fueran tildados de “revisionistas” por aquellos comunistas que – concientes de las intenciones imperialistas de EEUU – opusieron en su área de influencia una suerte de “Contrarreforma” conservadora.

Así Mao y el Comité Central lanzaron el “Gran Salto Adelante”, una campaña dirigida a incrementar la producción del acero, símbolo del crecimiento de la industria pesada, al tiempo que profundizaban los mecanismos de colectivización de la economía. El acero, el stal ruso, debía servir para mostrar la dureza y el temple de la revolución, con el único inconveniente de que no servía como alimento. De este modo, diversas catástrofes naturales – como siempre presentes en China y actuantes en el panorama político – y el forzamiento de un objetivo produjeron lo contrario de aquello que se quería lograr. El hambre mató a millones nuevamente y el hombre fuerte chino debería ceder en su posición autocrática. Cierta “economicismo” despuntaba ya en la facción en la que actuaba Deng Xiaoping, quien dos décadas después (y dos años luego de muerto Mao) conduciría a China decididamente hacia un reformismo económico capitalista manteniendo la dictadura política del partido comunista.

Pero antes de eso, las intrigas tan habituales en las cortes imperiales volverían a colmar los pasillos en los palacios del Dragón y del Águila soviética. Purgas y contrapurgas serían el resultado de aquel faccionalismo, en tanto el mundo asistía a una rebelión generacional furibunda. Corría la década del sesenta y mientras en Occidente la juventud criticaba en las calles con sus melenas al viento al sistema imperante, los apenas adolescentes Guardias Rojos sacudían a China radicalmente en la Revolución Cultural. El signo de ésta, a diferencia de lo que acontecía en otros puntos, era netamente restaurador, de ninguna manera transformador y en la práctica funcional a la recuperación de poder por parte de Mao. Sin embargo es menester destacar que sea cual fuera la proclama y el argumento, en todos los casos los jóvenes sentían la crisis por la que transitaba aquel esquema que enraizaba en paradigmas decimonónicos.

En paralelo con aquella pretendida restauración del modelo anterior (al mejor estilo confuciano), haría crisis la lógica de las amistades geopolíticas, distanciándose China de su antiguo protector soviético y comenzando el acercamiento paradójicamente con quienes se erigían en máximos defensores de la libertad del gran capital.

En 1979, James Carter, el entonces presidente de la cabeza capitalista del águila, se entrevistaría con Deng, por entonces ya entronizado en la dirección del partido y el imperio, luego de la muerte de Mao en 1976. Aquel año marcaba el sesenta aniversario de un evento memorable para los revolucionarios chinos, el 4 de Mayo de 1919, en el que miles de jóvenes - entre ellos un provinciano de Hunan que trabajaba en la biblioteca de Beijing - salían a las calles a protestar ante las imposiciones del mundo derivado de la primera conflagración a escala mundial. Diez años después del encuentro entre Deng y Carter, Mikhail Gorbatschow - poco antes de que el Águila bicéfala perdiera su cabeza soviética - también visitaría la capital china, en aquel tumultuoso Mayo de 1989 en que nuevamente miles de jóvenes se concentraban pidiendo transformaciones y eran nuevamente reprimidos en la plaza de Tian Anmen – la Puerta de la Paz Celestial -. La Perestroika no era bienvenida en la esfera del Dragón y sin embargo, el mundo era ya ciertamente otro.

El Dragón acude en auxilio del Águila moribunda

Y llegó aquel tiempo en que los hombres creyeron que sólo el dinero les daría felicidad. El oro, que había arrastrado la codicia y el deseo de conquistadores en busca de tierras colmadas del precioso metal, que había incendiado las imágenes de arriesgados y pertinaces hombres que horadaron la tierra y peinaron los ríos en busca de las pepitas mágicas que los transportaran a un paraíso mundanal, ese oro que tan fielmente había servido en razón de su inmutabilidad como patrón en el intercambio mercantil primero y de respaldo monetario después, ya no resultaba suficientemente atractivo para los inquietos y ávidos nuevos aventureros del mito financiero. La razón de tal desinterés era exactamente la misma por la que antes aquel sólido había despertado tanto interés: su inmutabilidad.

Esa cualidad ciertamente difícil de obtener en un Universo donde cada sustancia parecía negar su evidencia mezclándose, cambiando su estado y propiedades o deteriorándose, esa cualidad de estabilidad y fijeza que constituía el horizonte de muchos alquimistas por su significado alegórico próximo a lo eterno, lo sagrado y esencial, ya no era atrayente para estos nuevos peregrinos de la inmediatez.

Para ellos, la inmutabilidad simplemente significaba la imposibilidad de obtener rápidas ganancias en transacciones cuyo principal atributo era precisamente su variabilidad.

Así, aparecieron nuevas sustancias denominadas “instrumentos financieros”, cuya volatilidad y transformismo eran sencillamente alucinantes – y sin duda alguna relativas a un estado de conciencia fuertemente alucinado -. Tamaña impermanencia hubiera superado las más atrevidas explicaciones de cualquier discípulo de Buda o Heráclito acerca de la volubilidad fenoménica.

El empeño y el frenesí de miles de activistas de esa corriente del mito financiero global lograban darle materialidad a lo inexistente y comerciar con ello. Así surgieron “derivados”, “securitizaciones” y muchas otras pociones y brebajes de aquel humeante caldero de la especulación.

Para aquellos lectores no excesivamente consustanciados con estas modernas invenciones, digamos que un derivado financiero es algo así como una apuesta sobre el valor de un objeto o producto en un plazo determinado. Alguien ofrece un contrato comprometiéndose a pagar, en una fecha futura, el valor por ejemplo de la cosecha de maíz o trigo que se producirá en Kentucky en el año 2030 y otro inversor – o jugador – tan desquiciado como el primero, compra esa virtualidad para a su vez intentar venderla a otro a un precio mayor con pasmosa seriedad. No importa tanto en definitiva, cual sea el valor final al que se “liquide” – haga líquido (se pague) – el contrato, sino el intensísimo recorrido en el interin, cambiando de manos en cuestión de minutos. Así lo gaseoso se transformaba finalmente en líquido, habiendo dejado hacía tiempo lo sólido como referencia lejana.

Algo más verídicas – al menos en apariencia – pretendían ser las “securitizaciones” hipotecarias, que funcionaban aproximadamente así: alguien compraba una propiedad a crédito y como seguridad de cobro ofrecía una hipoteca sobre la propiedad a la institución prestamista, que en caso de falta de pago podía llegar a rematar el inmueble

recuperando ese dinero (o a veces más). Esas hipotecas, sin embargo, eran títulos estáticos, intransferibles. Allí apareció la maquinación financiera y subdividió tales hipotecas en pequeñas partes, transformándolas en una suerte de “acciones hipotecarias”, que comenzaron a ser compradas por inversores que apostaban a que el precio de las propiedades subiera y con ello sus porciones, produciéndoles ganancias.

Hasta lo más ridículo se tornaba verosímil en este casino fantasmal, donde señores y señoras muy distinguidos compraban y vendían inexistencias a inversores desconocidos representados por bancos de inversión, también muy distinguidos pero cuyo respaldo real era también inexistente. Miles de operadores seguían con miradas concentradas los millares de pequeñas cifras electrónicas que destellaban desde monitores dispuestos en los espacios centrales de aquellos nuevos templos conocidos como Bolsas, donde el dinero era adorado y al cual todo era ofrecido en supremo sacrificio. Las gesticulaciones, los gritos y el estado de trance en el que parecían caer los acólitos en medio de un frenético ritmo, nos recordaba la embriaguez extática a la que se llegaba en antiguos rituales a través de la ingesta de sustancias que alteraban la conciencia. Por supuesto que dichas sustancias también tenían su lugar en la vida de los miembros de este nuevo culto regido por las “leyes de mercado”, con la salvedad que no eran aspiradas en recintos sacralizados sino en antros profanos, donde los cuerpos continuaban sus convulsiones al compás de estridentes músicas electrónicas.

El culto también tenía oráculos llamados “consultores”, quienes llenaban toneladas de páginas escritas, millones de gigabites de literatura electrónica y millares de horas de programación televisiva pregonando recomendaciones. A ellos se acudía a por consejo y profecía para saber qué comprar y qué vender.

Pero no sólo en las Bolsas y los barrios circundantes la irrealidad financiera se había instalado en la conciencia de muchos como verdad mítica. En los rincones más alejados del planeta, una gran cantidad de personas verificaba diariamente alguna de estas variables económicas para saber que hacer. Así, en las cercanías de recónditos asentamientos precarios, el precio que un compravendedor de metales pagaba a aquel pobre que subsistía recogiendo piezas usadas, se regía por la cotizaciones de lejanas maniobras especulativas. Los agricultores ya no se ocupaban sólo de decidir el momento y las técnicas más propicias para la siembra y la cosecha, sino que además de lidiar con los vientos, las sequías y las plagas de insectos, también tenían que ocuparse de entender las variaciones bursátiles de los llamados “commodities”, ya que sus vaivenes podían aumentar abruptamente el rendimiento o echar por tierra todo su esfuerzo en un abrir y cerrar de ojos. Nuevamente estos modernos labriegos (y una legión de acopiadores, fabricantes de maquinaria agrícola, vendedores de semilla y fertilizantes y hasta el último almacenero y albañil en cada ciudad) pedían a fuerzas mágicas que fueran propicias para que el precio de lo sembrado resultara elevado.

Tal economía holográfica no podía quedar impune. Y de este modo, algunos meses antes de finalizado el año 2008 un terremoto financiero sacudió ese mundo de proyecciones con pocas o nulas protecciones antisísmicas.

A efectos del presente trabajo, alejado de precisiones y pretensiones economicistas, baste significar que los precios de las propiedades en los Estados Unidos comenzaron a perder abruptamente su valor. Se descubrió que los bancos, aparentemente sólidos y rigurosos en su labor crediticia, no sólo habían prestado dinero a cualquiera, sino que

habían incentivado que personas de bajos ingresos tomaran créditos para adquirir propiedades - que por supuesto quedaban hipotecadas – y estas hipotecas securitizadas, sumándose al gran juego de la especulación millones de nuevos papelitos de valor “hipotético”.

Muchos comenzaron a tener dificultad para pagar sus créditos, muchos dejaron de comprar casas y con ello, el precio de las propiedades, de las hipotecas y de los papelitos de colores descendió por el tenebroso tobogán de la lógica especulativa. Muchos pequeños y medianos ahorristas perdieron su dinero y de pronto, no sólo la enorme rueda de las apuestas se atascó, sino que mucha gente dejó de consumir desenfrenadamente, atemorizada por la posibilidad cierta de una pérdida de empleo o una disminución de recursos o porque simplemente ya había perdido su empleo o habían disminuido sus ingresos. Según los expertos, la “burbuja financiera” había estallado.

Ante la amenaza extorsiva de una quiebra bancaria generalizada (que hubiera sido excelente no sólo en términos de justicia, sino para liberar al sistema productivo de la monstruosa tiranía financiera) comenzaron a agitarse los viejos fantasmas de la crisis de finales de los años 20’ del siglo pasado y los gobernantes acudieron temerosos a salvar a las instituciones de crédito con sumas escandalosas. Y no sólo en los Estados Unidos. La internacionalidad de la banca había logrado que casi todos participaran de aquellos “grandes negocios” que ahora amenazaban su existencia y afectaban de manera terminal, su tan pretendida credibilidad.

El sistema privado, que tantas veces había denostado, fustigado y excomulgado a lo público, calificándolo de ineficaz, incompetente y anquilosado - por nombrar sólo algunos epítetos del nutrido catálogo de pecados que el neoliberalismo había acuñado en décadas anteriores - ese mismo sistema privado cuyos servidores fieles recitaban diariamente y con fervor los mantrams empresariales, suplicaba al Estado por una soga que los sacara del pantano que estaba por tragarlos. La banca capitalista pedía piedad y se arrodillaba ante el Estado implorando su salvación. Sin embargo, no había arrepentimiento sincero en aquella súplica. El capitalismo evidenciaba una vez más su fracaso y una vez más otros, que poco había tenido que ver con la generación del desastre, debían pagar los platos rotos.

Tan fuerte era la debacle que en Estados Unidos ganaba las elecciones un joven senador de piel oscura y en Japón, el invencible partido demócrata liberal, cedía el turno después de 50 años de tiranía electoral a cierto progresismo de centro izquierda. Los políticos neoliberales, los conservadores de siempre habían tirado la piedra y una vez que la ilusión de cristal estalló, escondían la mano y sus responsabilidades. Que otros recogieran la vajilla rota, ésa era la idea.

Pero continuando con las ficciones del “capitalismo real”, resultó que ahora algunos de los Estados que debía salvar a las instituciones financieras y otras empresas de carácter industrial con abultados préstamos, no contaban con dicho dinero, ya que estaban a su vez, altamente endeudados. Más aún, alguno de esos Estados era ya desde hacía algún tiempo el principal deudor del planeta. ¿Cómo podía entonces el endeudado prestar a otro y salvarlo de la bancarrota? Por un momento, nos parece estar en el campo de los koans zen o del teatro absurdo de Beckett.

Lo cierto es que el Águila norteamericana, al igual que todos los poderes con ambiciones imperiales antes que ella, había hecho enormes esfuerzos en sostener su presencia dominadora gastando impresionantes cifras en armamentos cada vez más sofisticados y caros, en municiones, aprovisionamiento, movilidad de sus huestes y en el pago regular de cientos de miles de salarios, que por otra parte ayudaban a ocultar la ineficiencia del sistema para crear fuentes de trabajo productivas.

El presupuesto belicista norteamericano, llamado eufemísticamente “presupuesto de defensa”, tomando todas sus componentes y no sólo las ubicadas en el departamento de defensa - método habitual de encubrir el real gasto militar a los ojos del público - era cercano en el año 2002 a unos 600 mil millones de dólares. En el año 2008, según el informe de la U.S. Government Accountability Office (GAO) el gobierno gastó aproximadamente 800 mil millones en defensa y seguridad interior.

Según el informe anual del SIPRI (Stockholm Peace Research Institute) la erogación militar de EEUU alcanza en el año 2008 los 600 mil millones – advirtiendo sin embargo que *“Las cifras sobre gasto militar del SIPRI se basan en información disponible en fuentes abiertas. El verdadero nivel del gasto militar ciertamente es más alto, debido a países omitidos y rubros del gasto.”* Pero aún así, tomando cifras reducidas, esto equivale al 41,5% del gasto mundial en armamento. En segundo lugar de la macabra estadística se sitúa por supuesto el Dragón chino, pero con cifras mucho más “modestas”, 85 mil millones de dólares, aún así siendo responsable de un porcentaje cercano al 6% del gasto armamentístico. Es curioso ver como Japón, un país que en el famoso artículo 9 de su Constitución de la posguerra promulga la prohibición expresa de formar ejército, gasta 46 mil millones de dólares en este rubro, ocupando el séptimo lugar en esta tabla mundial.

Por otra parte, el mismo informe destaca la participación de las empresas norteamericanas en el negocio global de la muerte, señalando que *“cuarenta y cuatro compañías estadounidenses representaron el 61 por ciento de las ventas de armas de las Top 100 (las 100 principales empresas productoras de armas del mundo) en 2007”*

Sólo para hacer alguna comparación, USA gasta en “defensa” 20 veces más que el presupuesto total del estado de Chile, 200 veces más que el presupuesto de Costa Rica o Georgia y unas 1000 veces los recursos totales de Haití, Mauritania o Togo.

La proporción del gasto militar de USA es cercana a un cuarto del presupuesto total del Estado norteamericano. Con todas estas cifras queda de manifiesto cuán exigente en términos de recursos es la pretensión de dominación y control global. De allí a un enorme déficit y un gigantesco endeudamiento, sólo hay medio paso, que se cumple cuando se analizan las muchas otras obligaciones estatales.

Más allá de esta desproporción evidente, el Águila, al igual que todos los pretendidos poderes globales anteriores, exhibía y usaba su poderío destructivo para controlar y amedrentar a los demás pueblos, cosechando los vítores de una población engañada – entre otros por las brillantes obras de propaganda de Hollywood – y los aplausos de grupos de poder interesados, que se enriquecían alimentados por la maquinaria militar o que aprovechaban los nuevos negocios que las legiones se encargaban de conseguir y custodiar.

Pero, al igual que en todas las ambiciones imperiales precedentes, el monstruo terminaba socavando al sistema que pretendía defender, fagocitando sus recursos. En su excesivo y extendido poderío reside la principal debilidad de todo imperio.

Como la presión de impuestos sobre el propio pueblo tiene su límite en la poca paciencia de contribuyentes individuales sobreexigidos, como las corporaciones que acumulan enormes ganancias son poco propensas a ceder parte de ellas al erario público, entonces el Estado debía pedir préstamos para cubrir sus gastos. ¿Y quién no estaría gustoso de prestar a la triunfante Águila de barras y estrellas?

De este modo, junto a otros varios mecanismos, los bonos del Tesoro norteamericano se convirtieron en una “inversión segura”, capitalizando así a la Reserva Federal (el banco central de EEUU), quien a su vez prestaba a bajo este interés este dinero a la banca privada, quien volvía a prestarlo nuevamente al Estado (a tasas más altas, claro). De este modo, para compensar en el corto plazo la diferencia entre ingresos y egresos llamada “déficit”, se aumentaba en el mediano plazo el agujero negro llamado “deuda”.

Así llegó el Dragón, el demonio comunista de otras épocas a cooperar con el Águila, prestándole los ahorros que provenían de su superávit comercial.

El Águila se había convertido en el país más endeudado del mundo, debiendo más de 1.300 billones de dólares, algo así como sesenta mil dólares por cada uno de sus ciudadanos. Esa deuda – en gran parte alimentada por el gasto militar, el déficit estructural y abultada aún más por los salvatajes financieros - equivale al total de la impagable deuda externa que sostenía el tercer mundo en su conjunto en 1990, deuda que la condenaba al servilismo y la miseria.

Es como si el garrote de dominación militar, política y económica empuñado por la administración norteamericana se hubiera transformado en un bumerang, golpeando hoy con fuerza a quienes entonces pretendían sojuzgar a otros a través de recetas donde se repetía profusamente la recomendación de “mantener el equilibrio de las cuentas fiscales”. Haz lo que yo digo pero no lo que yo hago.

Pero volvamos al endeudamiento estadounidense y al gobierno chino: fuentes oficiales de EEUU calculan que el 66% de su deuda externa está en manos extranjeras. La mitad de este apreciable botín es compartido por China y Japón, casi en partes iguales. Así, los ahorros orientales han financiado el exceso consumista y los afanes guerreristas de los Estados Unidos.

Aún así, el Águila insolvente debía salvar a su banca y disponer billones para ello, que sólo podía conseguir endeudándose más todavía.

Recordamos que hasta hace muy poco tiempo, cuando algún gobierno o partido proponía mejoras sociales, el argumento capitalista por excelencia era preguntar de donde saldrán los recursos para invertirlos a favor del bienestar común, apuntando de ese modo al aparente flanco débil de toda intención redistributiva. En este caso, cuando se trataba de salvar a la banca privada, nadie preguntó tanto de donde saldría el dinero. Pero todos miraron a Oriente y a las monarquías petroleras, claro.

China no sólo sostuvo al capitalismo poniendo a disposición reservas para financiar la economía norteamericana, sino que también - en el transcurso del año 2009 – tuvo que promover un “paquete de estímulo económico” cercano a los 6 billones de dólares para incentivar el consumo y la actividad económica internas, fuertemente atacadas por la debilidad de consumo en los países más ricos, hacia los cuales China dirige la mayor parte de sus exportaciones, su principal fuente de ingresos.

De este modo, el Dragón se convertía en una potencia económica mundial y nadie en su sano juicio auguraría su pronta caída.

Segunda Parte

La caída del Dragón y del Águila

Un oficio antiguo y riesgoso

Predecir, adivinar, ha sido desde tiempos muy lejanos un oficio tan importante como arriesgado. Así como en las primeras comunidades humanas la sabiduría del hechicero era ley, el poder de vaticinar lo no acontecido, por su manifiesta suprasensorialidad, convertía a sus portadores de todas las épocas en personas especiales, dignas de reverencia, pero también de castigo si lo predicho no coincidía luego con los hechos. De este modo, según el rigor del caso, la mofa, el escarnio público, el destierro o la más espantosa y atroz muerte eran la recompensa que los poderosos reservaban a aquellos valientes cuyas videncias no se ajustaban a lo que se veía luego o acaso a lo que se quería ver, mientras que grandes honores y placeres eran ofrecidos a los que con sus servicios, eran indispensables en tanto útiles a la preservación de aquellos gobiernos. Por lo cual seguramente los verdaderos futurólogos bien habrían de callar si veían que el resultado de su predicción incluía como premio la propia ejecución.

Todo tipo de materiales y técnicas han sido útiles a los inspirados para lograr atisbar más allá de lo percibido vulgarmente. Cada cultura desarrolló sus métodos y así encontramos que en la China de los tiempos de Shang, los caparazones de tortuga y otros restos animales se convertían en huesos oraculares al ser sometidos a la acción del calor, en una combinación de piro- y osteomancia que se haría célebre cuando los primeros trazos de escritura china fueron hallados sobre ellos. No menos célebre – y hasta hoy vigente – serían las posibles 64 combinaciones de trigramas que constituyen la base del I Ching, material elaborado por el rey Wen y su hijo, el duque de Zhou, quien a su vez se inmortalizó como arquetipo virtuoso en las imágenes que Confucio legó al mundo.

Los astrólogos caldeos, los oráculos griegos, los augures romanos, los druidas celtas, los tarotistas y cabalistas del medioevo, todos ellos son parte de una legendaria tradición visionaria que, sin duda, estuvo presente a lo largo de toda la Historia como sujeto activo. Así, fueron interpretados líquidos, piedras, humos y sueños, en una incesante y simultánea cadena histórica que no ha disminuido en absoluto su poder sobre el ser humano sediento de amparo y certezas. La oniromancia por ejemplo, ha encontrado en tiempos modernos su justificación científica en cierta corriente psicológica dominante en estas épocas renuentes a reconocer realidades poco tangibles y el ciudadano medio acude más que habitualmente a quiromantes y cristalomantes en búsqueda de respuestas a problemas suscitados en su cotidiano afán. Y en cada periódico serio, en cada portador objetivo de las noticias del día, no podrá faltar – habitualmente en sus páginas traseras, para no avergonzarse – aquella predicción horoscópica (de raíces caldeo-babilónicas) que, precisamente – según los entendidos – es una de las columnas leídas con mayor asiduidad. Al igual que antaño, los gobiernos confían en modernos y trajeados numerólogos, que en lujosas y costosas consultorías acuden al poder de las estadísticas para intentar penetrar tendencias y futuribles. Por cierto que estas versiones desacralizadas del oficio oracular no conocen la potencia de la inspiración que ciertamente se mueve en campos poco conocidos por la razón humana – facultad que en algunos casos contribuirá a discernir las traducciones de toda predicción, pero en otros, impedirá que un buen clarividente pueda realizar correctamente su trabajo.

En nuestro caso, el hecho de haber nacido en épocas donde el racionalismo es la fe gobernante – aún cuando en firme contraste con hábitos populares - constituirá un serio

impedimento para que la intuición sobrevuele con libertad la apariencia de los sucesos, develándonos los mágicos hilos en los que se enhebrarán sociedades futuras.

Sin embargo, tenemos la fortuna de contar con una herramienta excepcional, desprendida de las experiencias trascendentales y los estudios de Silo, un Maestro surgido en la tumultuosa década de los sesenta en un punto periférico a los centros de poder y cercano a la Cordillera de los Andes. El método Estructural Dinámico será el que nos ayudará a penetrar de diversos modos la prismática y poco apresable “realidad” y en ese acercamiento acaso nos permitirá develar qué podrá ocurrir en el corto plazo con aquellos Imperios a los que alegóricamente hemos dotado de alas de Dragón y Águila. El método consiste en considerar una existencia fenoménica llamada “objeto de estudio” en tres planos distintos, uno mayor que la incluye, uno medio que la relaciona y uno menor que observa sus partes componentes. Para ajustar el lente, se fijará un posible punto de vista y a esa estructura observada se la relacionará finalmente con otras en el marco de un movimiento dinámico que nos aparte de la ingenuidad de lo estable y nos presente un posible cuadro de tendencias a futuro.

Intentaremos equilibrar nuestra impericia metódica con cierta virtud intuitiva para arribar a algún resultado al menos posible, pero desde ya contamos con el error y un casi seguro fracaso que por otra parte - al menos - habrá servido para cultivar el estudio y la valoración de multitud de estructuras y relaciones desconocidas hasta ahora, tanto para nosotros como quizás para nuestros lectores.

Por último, esperamos no ser excesivamente castigados por nuestros “augurios”, de alguna manera emparentados con la tarea de aquellos sacerdotes romanos, los augures, que basaban gran parte de sus predicciones en la observación del comportamiento de las aves. Veamos entonces qué será del Dragón y qué del Águila.

El plano mayor

Entre vientos y tormentas

Este apartado trata de aquello que anteriormente fuera mencionado como “plano mayor”, esto es, la estructura continente de nuestro objeto de estudio, el destino que pudiera caberle en tiempos no muy lejanos a los poderes imperiales de China y EEUU.

Las legendarias aves con las que hemos alegorizado a nuestro objeto, pese a su fortaleza, no podrán sustraerse fácilmente a tendencias generales con las que deberán lidiar. Por otra parte – y tal como ocurre con cualquier otro fenómeno – los movimientos propios del factor incluido y ciertamente influido por corrientes mayores, tendrá a su vez su impacto en el sistema más general, contribuyendo así a su inestabilidad y transformación. Las apreciables dimensiones de los poderes estudiados en este caso, sus proporciones en absoluto desdeñables en relación al resto de las sociedades, no hacen sino reforzar la certeza de la interacción y las mutuas implicancias entre aquellos factores singulares y la estructura general que los subsume. Así, el aleteo vigoroso de estos pajarracos dejará su huella en la tormenta desatada por los vientos de la época que regirán el entorno. Escudriñemos el cielo entonces para ver hacia donde soplan.

El huracán tecnológico

Desde hace aproximadamente seis décadas, promediando el siglo XX, una catarata desbordante y veloz de innovaciones tecnológicas inundó la vida de los seres humanos. Por supuesto que no decimos que la tecnología haya nacido con el siglo XX, ya que la innovación técnica es tan antigua como nuestra historia. Lo que ponemos de relevancia aquí es que desde épocas recientes, prácticamente no ha quedado espacio alguno en que los más refinados artilugios no hayan ejercido su influencia desestabilizadora.

Posiblemente los éxitos en la exploración espacial logrados a finales de los años '50 y en los años '60 - aún cuando tristemente enmarcados en una lucha sorda y fría por el predominio geopolítico luego de la Segunda Guerra mundial - hayan colaborado con el aporte de nuevos materiales a este rasante huracán que se llevó por completo el paisaje social existente por entonces. Desde entonces distinto tipo de aleaciones y la utilización de semiconductores como el silicio y el germanio, constituyeron una nueva base material de propiedades superadoras. La base mental sobre la cual se asentaron estos desarrollos, seguramente tuvo mucho que ver con aquellas abstracciones del mundo cuántico que varios pioneros físico-matemáticos gestaron desde los inicios del mismo siglo. En el intento de obtener alguna comprobación empírica sobre aquel mundo casi onírico de lo infinitesimal, se fueron creando técnicas cada vez más avanzadas que luego sedimentaron en aplicaciones alejadas de aquel universo teórico, entrando las mismas de lleno a la producción de objetos. Seguramente también la creciente familiaridad con velocidades estelares y distancias cósmicas amplió el horizonte de creencias de los investigadores, posibilitando la multiplicación de los descubrimientos. Y en sentido espacial inverso, la perforación de las limitaciones sensorias hacia universos mínimos, hacia nanogalaxias atómicas existentes de modo totalmente imperceptible a la mirada habitual, no hizo sino acelerar aún más las transformaciones.

De este modo las aplicaciones electrónicas, la miniaturización, la integración de múltiples funciones en un mismo objeto, la producción robótica, la simulación virtual, reemplazaron a los pesados engranajes industriales que el mundo había visto nacer hacía apenas cien años. El raudo cambio que se operaba en el mundo de las cosas manifestaba en la superficie la fricción tremenda que dicha alteración del mundo provocaba en el trasfondo de la conciencia humana. Aquel paisaje en el que se habían formado los anteriores conjuntos humanos desaparecía por completo, mutando a un desconocido ambiente de bits que abrían un foso entre generaciones y sociedades.

Así moría un mundo al que la mayoría apenas recién o ni siquiera había llegado. El nuevo mundo resultante sería vertiginoso, acelerado y altamente inestable, un mundo de partículas, de volatilidad microscópica, de rasantes e inesperados cambios.

La tecnología tocaría a todo y a todos, sin por ello llegar a todos de la misma manera. La sofisticación alcanzaría cotas extremas, sin respetar barrera nacional o cultural alguna. La vida se había poblado de pequeños juguetes útiles, la medicina basaba su diagnóstico y su operatividad casi exclusivamente en ingeniosas máquinas, las cornamentas de innumerables satélites emitían una profusa red de señales por todo el espacio estelar, vinculando y conectando todo con sus indetenibles ondas y frecuencias. Ya no había punto del planeta desconectado. Los niños surcaban a sus anchas aquel espacio telemático, multiplicando contactos en sus pantallas. La vida transcurría por Internet.

Todo aquello empero no había reducido en lo más mínimo las desigualdades sociales que, por el contrario, iban en aumento en muchos puntos. Todo aquel furor en las comunicaciones no lograba tampoco acallar aquella sorda sensación de incomunicación y soledad que se apoderaba de muchas personas. La tecnologización no sólo no decaerá en la primera mitad de la nueva centuria en curso, sino que irá en aumento. Todavía es muy poco lo que hemos visto.

En medio del ciclón del encuentro y la extrañeza

Según una vieja fórmula escolar, la velocidad de un cuerpo es directamente proporcional al espacio que recorre y está inversamente relacionada con el tiempo que ha empleado en dicho recorrido. En aquella combinación signica la V de velocidad es igual a la división de la E de espacio sobre la T de tiempo. De este modo, el aumento de las velocidades sociales y materiales que venimos comentando, debería corresponderse – al menos desde el punto de vista matemático-físico – con un incremento del espacio y una disminución del tiempo. No ha ocurrido así en el plano psicológico, donde las distancias – gracias a las velocidades – se han minimizado hasta casi desaparecer.

Originarios de las regiones más distantes convergen hoy en la mayoría de las grandes y no tan grandes ciudades, creando un sincretismo cultural jamás visto anteriormente. Las más diversas costumbres, tradiciones y creencias se cruzan, rozan y conectan, produciendo una mixtión de proporciones sísmicas. Así, se amplían los mestizajes, se fusionan los estilos musicales, se recombinan los sabores una y otra vez. En esta nueva babilonia mundializada, la necesidad de traducir palabras y gestos se eleva exponencialmente y el cosmopolitismo ya no es la exclusividad de unos pocos refinados y aburridos aristócratas sino moneda corriente.

Y a pesar de la belleza del destello multicolor que esta nueva realidad multiétnica arroja, a pesar de las enormes posibilidades en esta conjunción de milenios de historia en cada plaza pública, no todo es regocijo en este tempestuoso encuentro de etnias que hasta hace muy poco tiempo vivían en su reclusión tradicional. Vastos sectores sienten interiormente el impacto de ver modificado por completo el mundo de su niñez temprana y tal como sucedió en otras épocas, culpan al extraño de ser el productor de aquella extrañeza que registran. En esa inestabilidad fundamental, otros sectores promueven de manera interesada nefastas ideologías racistas a ambos lados de la frontera cultural. El punto es que nadie queda ya apartado de la vorágine de esta síncrexis cotidiana. Silo, el padre del Nuevo Humanismo, definiría magistralmente esta nueva situación de la Humanidad en una arenga pública en 1999 en un rincón cordillerano llamado Punta de Vacas. Allí él anunció el nacimiento de *“la primera civilización planetaria de la historia humana”*.

Urbanos...

Remitiéndonos a las estadísticas poblacionales brindadas por las Naciones Unidas, constatamos que al momento de escribirse este estudio, aproximadamente la mitad de la población mundial es urbana. Para poner este hecho en perspectiva temporal, en 1950 el porcentaje de personas residiendo en zonas urbanas era de un 28 %. Las perspectivas futuras son más impresionantes y contundentes aún. Siguiendo a la misma fuente, la proyección de población urbana hacia mitad de siglo XXI – con una población total estimada de nueve mil millones de terráqueos – será de casi 69%

Estudios de detalle revelan una gran cantidad de matices en este futurible general muy relevante. Esta tendencia a la urbanidad no quiere decir que la imagen apocalíptica de unas pocas megaconcentraciones vaya a concretarse. Las actuales megalópolis continuarán creciendo, pero a un ritmo menor que ciudades más pequeñas, que se harán más grandes. Por otra parte, es necesario tomar en cuenta que las mediciones efectuadas se basan en dispares conceptos de departamentos de estadísticas nacionales respecto a lo que debe considerarse “urbano”. Analizando un informe de las mismas Naciones Unidas respecto a estos criterios, vemos que en general, se toman asentamientos mayores a 1000 o 2000 personas como “ambiente urbano”, lo cual nos aleja de la imagen que uno concebiría sin tomar en cuenta estas puntualizaciones estadísticas. Aún así, todo indica que los seres humanos tenderán a concentrarse y a estructurarse en nucleamientos que a su vez tenderán a ser cada vez mayores, reduciéndose su velocidad de crecimiento a partir de ciertas dimensiones.

Seguramente este proceso arranca en la historia humana desde el momento mismo del asentamiento agrícola pastoril y la formación posterior de las primeras ciudades. El nombre de la antigua Ur del patriarca Abraham en la Mesopotamia, significa en arameo simplemente “ciudad” (en hebreo actual “Ir”). A partir de allí, la atracción de la Urbe y los procesos migratorios fueron consolidando aquellas estructuras de población, atravesando los burgos hasta llegar a las ciudades de la actualidad. Sin duda que la industrialidad hacia finales de siglo XIX, in crescendo en todo el siglo XX, aumentaron esta inclinación migratoria. A partir de entonces, en los puntos de mayor “desarrollo” económico, enormes molochs fabriles engulleron a masas campesinas empobrecidas en búsqueda de sustento, aún bajo las más terribles condiciones laborales. Dichos cordones industriales se replicaron paulatinamente en la mayoría de los países surgidos en la ola descolonizadora de mediados de siglo XX. En dichas épocas, industria fue sinónimo de progreso y nadie quería quedarse atrás. El Homo Faber aparecía en toda su intensidad.

Luego, según ya comentáramos antes, la liviandad reemplazó a la durabilidad, el láser dejó la afiebrada imaginación de soñadores futuristas para pasar a ser una tecnología de común utilización, todo se vistió de transistores, plaquetas y chips, la hasta entonces impensable comunicación inalámbrica estuvo al alcance del ciudadano común. Un mundo fantástico y etéreo abrió sus puertas y constituía ahora “el mundo real”. Este aluvión de tecnología destruyó en parte lo que la promisoriedad industrial había despertado. Ya no eran largas filas de obreros enfundados en overoles de resistentes telas los que acudían diariamente a crear las mercancías, sino complejos sistemas robóticos y electrónicos que - tal como sucedía en las fantasías literarias poco antes – parecían poseer vida y pensar por sí mismos. El ideal capitalista de la prescindencia de mano de obra parecía plasmarse definitivamente. Las máquinas no formaban sindicatos ni presentaban problemas de presentismo por salud o motivos

familiares. Bastaba para el capital con cualificar una pequeña porción de empleados para que conduzcán eficazmente estos tecnoasentamientos prácticamente desiertos. Por lo demás, la producción había llegado ya a niveles estratosféricos, comenzando a generar desequilibrios en el abastecimiento de materias primas. El planeta entero era un socavón, horadado permanentemente en busca de fuentes de energía y material para fabricar y construir.

Pero aún en este paisaje de desocupación creciente, el flujo del campo a la ciudad – como vimos antes – no disminuía en absoluto. Ya no era seguro conseguir un puesto de trabajo estable y muy seguro era poder perderlo rápidamente, si es que se lograba uno. Pero nadie quería perderse los beneficios de una civilidad definitivamente imbuida de confort y consumo, aunque ello significara vivir en una chabola en la periferia pararural de las gigantes ciudades. El hambre continuaba conviviendo con la insensible opulencia, pero todos compartíamos nuestro status de “seres Urbanos”.

Y aún aquellos pocos respetables (o poco respetables, según el sistema de valores que cada uno tenga) que huían del agolpamiento azuzados por cierta concentración delictiva, por las molestias de un tránsito vehicular exasperante y en definitiva, por un mundo interno plagado de ansiedad y zozobra, no conseguían refugiarse en los “verdes oasis de tranquilidad” que los nuevos emprendedores inmobiliarios pregonaban en sus sonrientes gigantografías, sino que simplemente trasladaban su urbanidad consigo, extendiendo así el ejido y el tejido ciudadano del cual querían escapar. De este modo, pulcros complejos residenciales, barrios privados asépticos en las cercanías de cada metrópolis, llevaban la ciudad a la campiña, brindando una breve e ilusoria apacibilidad al enfermizo trajín cotidiano de los excesivamente ocupados conciudadanos de mayores ingresos monetarios. Trajín que, por otra parte, volvía rápidamente en los embudos de circulación en las circundantes autopistas, en las enormes terminales aeroportuarias y en las exigencias de éxito a las que toda empresa pujante condenaba a sus mejores sirvientes.

... y Ancianos

Con la aglomeración poblacional se modificaba nuevamente el espacio de las personas. Ya no era posible contar con la amplitud campestre, donde construir hacia lo alto era solamente reservado para el acopio de grano, de agua o acaso con el fin de iluminar el rumbo a los navegantes en las cercanías costeras. Junta, muy junta comenzaba a vivir la gente, separada por apenas treinta centímetros (en el mejor de los casos) de muro entre una intimidad y otra. De este modo, al tiempo que iba disminuyendo el proletariado, también iba menguando la “prole”, trastocándose radicalmente el modelo familiar. Uno o dos hijos, es la descendencia tipo de la pareja urbana del moderno siglo XXI, cuyos hogares logran cada vez menos cohesión, disparándose sus fundadores al poco tiempo en direcciones diversas. La volatilidad y movilidad han encontrado terreno fértil también aquí, produciendo un tremendo Armagedon de inestabilidad en las relaciones humanas. Todo se conjura hacia la reducción de la natalidad y así lo convalidan las muestras y proyecciones estadísticas.

La tasa bruta de nacimientos en el planeta en el período 1950-55 era de 37 por cada mil habitantes, reduciéndose casi a la mitad (unos 20 nacimientos cada mil personas) en el 2010. Las estadísticas consultadas nos muestran que seguirá decreciendo, al menos según estimaciones de orden relativamente mecánico, hasta llegar a sólo 13.4 nacidos por cada mil en el año 2050.

Yendo nuevamente al detalle, en las regiones más prósperas ya se han alcanzado en la actualidad valores de natalidad de 11 por cada mil, produciéndose en las regiones menos favorecidas por el bienestar aún unos 35 nacimientos anuales por cada millar de habitantes. Ésta – como tantas – es una realidad paradójica. Aquellos que podrían brindar mejores condiciones en el inicio de sus vidas a mayor número de niños, no conciben concebirlos y los otros, quizás impelidos por necesidad o por menores conocimientos y posibilidades en el campo anticonceptivo, procrean casi tres veces más que los primeros.

La misma terrible desigualdad hace desgraciadamente sus estragos en las poblaciones más pobres, llegando la mortalidad infantil (dentro de los primeros años de vida) a ser de 132 recién nacidos por cada mil, mientras en las regiones ricas sólo son 8 los que no sobreviven en este período. No es posible continuar aquí con facilidad el hilo del relato sin clamar por urgentes cambios y necesaria compasión, en la cual este libro se enrola decididamente.

Lo mismo sucede con la expectativa de vida al nacer: según los datos mundiales en el año 2010, mientras los habitantes de una nación económicamente fuerte vivirán – según las estadísticas – un promedio de 77 años, un nacido en el cuarto mundo estará condenado a una media de vida de unos 55 años solamente. De este modo, en aquellas poblaciones demográficamente más activas, las insuficientes condiciones de vida asesinan tempranamente a muchos. Pese a ello, la tasa de crecimiento poblacional es seis o siete veces mayor en lugares de mínimos recursos que en aquellos donde la opulencia ensordece las mejores aspiraciones humanas. Japón por ejemplo no logra ya equilibrar su mortalidad, siendo su tasa actual de crecimiento demográfico negativa por algunas décimas. En el África Subsahariana este indicador llega a 2.44, mientras que en Europa del Norte la tasa de crecimiento ronda los 0.5, sobre todo gracias al aporte que

en este campo realizan los inmigrantes de otros lugares, con tendencia más activa hacia la multiplicación familiar.

Contrariando teorías acerca de su desaparición física y pese a las ya comentadas tremendas desigualdades, el género humano va tendiendo a ser cada vez más longevo, estimándose que hacia mediados del siglo XXI el Ser Humano vivirá un promedio de 76 años. Esta tendencia y este logro quedan a las claras cuando se compara con momentos anteriores. Sólo cien años antes, la expectativa de vida al nacer se reducía – siempre según promedios mundiales en extremo teóricos y desparejos – a poco más de 46 años.

De esta manera, lo que las estadísticas nos dicen en principio - si no se producen grandes modificaciones en los esquemas actuales - es que la pirámide poblacional tenderá a angostarse en su base y ensancharse en su cúspide. Se proyecta para el año 2050 que el número de niños menores a 14 años constituya algo menos de un veinte por ciento de la población mundial, siendo actualmente de un 27%. El rango de mayores de 65 años, por el contrario aumentará proporcionalmente, pasando de ser de un 7.6 % en el año 2010 a alcanzar el 16.2% hacia la mitad de este siglo. O sea, habrá en proporción cada vez menos jóvenes y más ancianos.

De la difusión y la confusión

¿Qué imagen de vida campea en el horizonte de anhelos del Ser Humano de hoy? ¿A qué aspira, qué quiere, adónde se dirige, cuales son los modelos que dictan su quehacer presente y futuro? Obviamente será obtuso pretender homogeneizar respuestas en situaciones tan diversas. Intentemos trazar, sin embargo, unas pocas coordenadas, alrededor de las cuales puedan ser descriptas algunas tendencias.

Los medios de comunicación masivos, sobre todo aquellos que transportan una poderosa combinación de imágenes visuales y auditivas, llegan hoy a todos los rincones de este planeta. Por ello es que son potentes difusores de modelos los cuales, innegablemente van influyendo en la vida diaria de la población. Detrás de cada aparato de TV se encuentran creencias determinadas y una fuerte cuota de propaganda, no sólo en forma de comerciales publicitarios sino en aquello que constituye la programación misma. Aún en aquellos programas que no se encuadran a sí mismo en el género de la ficción, como por ejemplo los noticieros o los de opinión, la profusión de contenido ideológicamente direccionado que allí se vierte es tal, que dificulta verdaderamente trazar fronteras nítidas entre aquello que por esencia es pasatiempo y aquello que se autotitula “informativo”. No sólo la televisión, sino también el cine – hoy instalado en la mayoría de los hogares con portátiles lectoras de brillantes discos portadores de los otrora llamados “largometrajes” (debido a la longitud de las cintas de celuloide que los contenían), transportan ambiciones y modelos que, en ocasiones serán compartidos y en otras no, pero que no dejan de influir con pretensiones de uniformidad el espacio de representación interno de nuestros congéneres. Tal es la calidad técnica y escénica que en muchas de estas parodias se exhibe, que es posible que muchos las confundan con la realidad misma.

En ese caso, el modelo de vida al que aspirarán será el de un individuo exitoso, siendo “éxito” el término equivalente a la posesión de objetos, afectos, reconocimiento y algunos otros valores quizás más sutiles, pero de todas maneras “propios” de quienes protagonizan las comedias de diverso tipo. Al mismo tiempo, el modelo de desarrollo occidental, sus construcciones y modos de locomoción, sus objetos y diversiones, serán promocionadas por las corporaciones que de buen grado invertirán en programas, películas y publicidades para que cada niño quiera renovar su modelo de playstation velozmente, cada adolescente agregar memoria a su ordenador para que “corran” mejor sus videojuegos, cada adulto ensueñe – asfixiado por créditos e hipotecas – con casas y mobiliarios de ensueño y cada viejo se consuele sobre la finitud adquiriendo una parcela de verde césped en un solar de “exclusiva categoría”. Las mujeres, siguiendo los mismos modelos, no estarán cómodas con cuerpos que excedan los 50 kilogramos y cuyas figuras no se parezcan a un maniquí de vidriera. El consumo de todo tipo de cremas, lociones y demás productos para embellecimiento corporal llegará al absurdo, tocando no sólo a las esbeltas o a las regordetas damas, sino también – casi en idéntico volumen – a los otrora machos cabríos, los cuales ya no exhiben con orgullo su sudor y pelambre, sino que se presentan prolijamente rasurados y perfumados a competir diariamente en externidad con las damiselas. Quien crea que estas consideraciones son exclusivas de la modernidad oficinesca de Nueva York o la avanzada cosmética parisina, que consulte a cualquier africana para saber porqué se plancha el pelo o a una china joven acerca de sus perfumes de preferencia.

En la cima de las preferencias del público se sitúan sin duda alguna los personajes de la farándula, de la música, del cine y del deporte. Sus comentarios son tomados como credos de fe y sus tontas rencillas – producidas artificialmente – son consideradas como serios y profundos conflictos, sirviendo de motivo a prolongadas discusiones y deliberaciones en plazas, peluquerías y almacenes de todo el planeta.

Pero no sólo ideales de belleza son transmitidos en cada pantalla, acaso poco tendríamos que objetar si sólo se tratara de estas vacuidades y banalidades. Es la omnipresente violencia las que nos maltrata, sacude y rebela. Los impulsos que nuestra conciencia recibe de las corporaciones mediáticas son indigeribles. En vez de aprovechar las posibilidades de difusión hacia la bondad, con fines educativos y solidarios, se nos muestra un universo tergiversado y parcial donde la violencia acecha a cada paso, donde la emoción es invadida por el miedo y la sospecha, donde el asesinato, el terror y la guerra son los únicos guiones posibles. Es muy claro para cualquier analista geopolítico el papel de propaganda que cumplieron y cumplen los estudios de Hollywood, por ejemplo, financiados por el Pentágono durante la Guerra Mundial, depurados de elementos filocomunistas en la era posterior y siempre al servicio de las atrocidades subsiguientes del Águila en las diferentes partes del mundo. El imperio soviético utilizó las mismas armas con fines similares y prácticamente todo gobierno intentó impulsar su propia visión desde los medios controlados por él. Ni hablar de la censura y la manipulación que impone el Dragón a toda la información vertida sobre todo acerca de China. Y al caer muchos de los medios fuera de la órbita estatal en el proceso de neoliberalización de fines de siglo XX, este rol de tortura y dominación psicológica quedó en manos de grandes y concentrados emporios que inclusive llevaron a varios de sus propietarios a posiciones de poder público, siendo elegidos por el pueblo televidente.

¿Cómo podría entonces el Ser Humano sustraerse a tamaño bombardeo psicológico? ¿Cómo eludir las hordas de Mr. Smiths de lentes oscuros en una matrix globalizada? Ciertamente que no son éstas las únicas producciones y en muchos lugares, una buena cantidad de comunicadores generan alternativas a los muy predecibles giros de cualquier novela televisiva o filmica. Otro tipo de elaboraciones de distinto corte cultural, ideológico y estético avanzan también, rompiendo la aburrida uniformidad. Pero no es posible dejar de mostrar lo que ciertas ondas poderosamente malignas llevan y lo que no llevan. Por suerte, nadie puede controlar el futuro.

Mareas y tormentas de religiosidad

Muchos pensaron que la fuerte corriente del racionalismo, impulsora de maravillas técnicas y libertades políticas nunca antes vistas, barrería por completo con todo vestigio de vetustas y arcaicas creencias transmundanas. El estado que debía alcanzar el Ser Humano era – desde esa visión – comprender a su capacidad de razonar o inteligir, a su inteligencia, como la única posible rectora de los designios humanos. Toda otra voluntad o fuerza, externa a lo que el Ser Humano podía aprehender inmediatamente, debía ser considerada superchería, fetichismo o rémora de un pasado primitivo, un período infantil de la Historia. Esta sensibilidad barrió el mundo con fuerza inusitada a partir de mediados del milenio pasado y fue avalada por el innegable avance que ciencia y técnica ofrecieron a la percepción como argumento difícilmente contestable. Así, la dictadura de la Razón reemplazó a la no menos censora dictadura de los dioses omnipotentes y omnipresentes, que reducía toda expresión de libertad a un desviacionismo inútil y peligroso del mandato divino, desvío que era castigado por los personeros del dios con los peores tormentos.

Pero aquella propuesta de liberarse del antiguo maleficio de la mística, sufría una y otra vez embates de espiritualidad, que desmentían – casi con irónico rigor científico – la inmutabilidad de la dirección profetizada. Para los que se habían negado a entrar de lleno en aquel mundo de la modernidad y, aún arrastrados por las nuevas realidades tangibles se resistían a abandonar un mundo de intangibles que consideraban supremos, estos nuevos doctos de la mecanicidad eran vistos como pecaminosos y alejados del recto sendero de la Creación. Es más, se les reprochaba querer emular al dios al que por sobre todas las cosas amaban.

Desde cierto desapasionamiento – poco habitual en estos campos – era indudable que ninguno de los dos bandos podía negar lo interesante de algunas posiciones asumidas por los rivales. Tanto el misterio de la Vida como la certeza de la Muerte física conmovían a la conciencia Humana en su profundidad en busca de respuestas existencialmente válidas y no había Ciencia – por más refinada que fuera - que pudiera dar respuesta a esta necesidad de Sentido y trascendencia. Este anhelo y búsqueda de Sentido profundo era el que daba (y seguramente dará) largo asidero a las muy diversas formas en las que la religiosidad se iba (y se irá) manifestando históricamente.

Por otra parte, la necesidad y la búsqueda de libertad intuida también en relación a un Sentido inherente a la existencia humana, impulsan el crecimiento de lo Humano por sobre toda Naturaleza anterior y en un proceso en que la Naturaleza misma del Ser Humano, cargada de increíbles dotes pero también de grandes carencias, se va autotransformando.

Estas tendencias seguramente tenderán a complementarse en el futuro. Sin embargo, aparecen en el mundo de hoy como fieros e irreconciliables oponentes. Así en cada lugar donde el Estado es dirigido desde una base racionalista, sus gobernantes – en un espíritu poco racional y libertario – atacan los poderosos brotes de religiosidad emergentes, sobre todo, si las características formales de dichos cultos no coinciden con sus propias creencias. Así en Francia se perseguirá al Islam y en la España renuente a abandonar pasados antiguos y recientes de inquisición se fomentará el ataque psicológico, demonizando como sectas a los que buscan escapar al ensangrentado catolicismo. Mientras en la nueva y tolerante Alemania se cierran mezquitas, en Turquía

los herederos del fascismo de Ataturk prohibirán los partidos religiosos luego de ganar las elecciones, al tiempo que en China nuevos movimientos religiosos como el Falun Gong serán severamente reprimidos y las antiguas creencias – que el régimen comunista no logró eliminar – serán sólo toleradas como variantes folclóricas y en tanto no pongan en peligro la estabilidad del sistema político.

Sin embargo, ninguna medida logra frenar una marea de religiosidad que se expresa en la multiplicación de cultos africanos en las barriadas pobres del Brasil, en el crecimiento en fieles y puntos de encuentro de las nuevas iglesias evangélicas – sobre todo en las periferias de todas las ciudades de Latinoamérica -, en la expansión del sentir musulmán crítico a la occidentalización de alguna de las sociedades sunníes y a su militancia religiosa. El Budismo en sus distintas variantes avanza en sectores que habían preferido antes una cierto agnosticismo y el Chamanismo, el animismo, el espiritismo continúan siendo claves en la vida de millones de personas de las más diversas culturas y regiones. El fervor por las Potencias ultramundanas se ha trasladado también a gran cantidad de personificaciones litúrgicas, ampliándose el panteón de receptáculos de oración y pedido. Así, las personas acuden diariamente a improvisados altares a comunicarse con aquella miríada de intermediarios para obtener el favor divino o, al menos, para ir más allá de la tribulación cotidiana.

En otros lugares, donde una Fe se ha encaramado en el poder, tampoco se ejercerá la compasión predicada por los Fundadores religiosos. Toda inclinación a la libertad o a la diversidad de pensamiento y hábitos será condenada de inmediato, recurriendo no sólo al aislamiento y la condena pública sino atentando incluso contra la vida de los transgresores. Así en diez países islámicos - incluso en algunos como Arabia Saudita llamados “no fundamentalistas” por el interesado Occidente – rige la Sharia, la ley islámica. En Israel la influencia política interna y económicamente externa de la ortodoxia conservadora judía y la igualmente impiadosa actitud de la facción de Hamas gobernante en la Franja de Gaza impiden avanzar hacia la soñada paz entre vecinos. Los sectores clericales cristianos cercanos al poder azotan en todo el mundo a sus fieles con culpas por prevenir la extensión del SIDA con preservativos y se resisten en cada país a abandonar las posiciones de privilegio en el campo de la educación, sobre todo en la primera infancia, para que sus creencias arraiguen a edad temprana.

Así, la religiosidad presente y querida en las personas, se desenvuelve en un marco ciertamente refractario a que se expresen los mejores sentimientos y acciones, corazón de la prédica espiritual. Sin duda que el horizonte próximo de acontecimientos, no podrá descartar las fuerzas internas y externas que están a la base de estos fenómenos.

Como lo postuló ya Silo en su disertación en Casa Suiza, Buenos Aires, Argentina en 1986, titulada “*La religiosidad en el mundo actual*”. Allí se dijo: “1°. *Que un nuevo tipo de religiosidad ha comenzado a desarrollarse desde las últimas décadas.* 2°. *Que esta religiosidad tiene un trasfondo de difusa rebelión.* 3°. *Que como consecuencia del impacto de esta nueva religiosidad y, desde luego, como consecuencia de los cambios vertiginosos que se están produciendo en las sociedades, es posible que las religiones tradicionales sufran en su seno reacomodaciones y adaptaciones de sustancial importancia.* 4°. *Que es altamente probable que las poblaciones en todo el planeta sean sacudidas psicosocialmente, interviniendo en ello como factor importante el nuevo tipo de religiosidad mencionado.”*

Lo que traen los Ecos

Oikos denominaba en la Grecia Antigua al conjunto de bienes y personas que eran parte de una misma unidad habitacional. Sin duda que aquel *oikos* – cuya traducción habitual en castellano es “casa” – se refería al tipo de pertenencia que también podríamos llamar “hogar”. Ese concepto incluía no sólo a las personas con lazos familiares de consanguinidad sino también a los esclavos que allí servían. No sabemos con exactitud si dicha inclusión de los sirvientes en el *oikos* se debía en mayor medida a su condición de bien poseído o a su consideración como parte de la familia. Lo cierto es que aquello funcionaba como célula compositiva de la sociedad y que además era una estructura productiva relativamente autosustentable, al menos en lo concerniente a la alimentación esencial.

De ese vocablo derivan lo que hoy conocemos como “Economía”, que etimológicamente sería “administración de la casa” y “Ecología” o “conocimiento de la casa”. La primera, pretendiendo entender - al menos en su aspiración teórica - en el manejo eficaz de recursos escasos y la segunda, mucho más preocupada por exponer la relación entre distintos sistemas biológicos interdependientes y los desequilibrios que en ellos va produciendo su parienta económica – enredada hoy en una modalidad severamente destructiva.

Esta disputa que mantienen Economía y Ecología, pretende ser en el futuro creativa- pero mentirosamente conciliada por los mismos actores que han promovido los desatinos previos. Pero antes de exponer públicamente el engaño al cual pretenden someternos, escuchemos atentamente a cada una por separado, a ver que nos trae su “eco”.

La Ecología es una rama derivada de la Biología y aparece por primera vez en los estudios del biólogo alemán Haeckel, un fervoroso darwinista, en los años 60 del siglo XIX. Gran parte de las teorías sociales racistas del régimen nacional socialista asentaron en aquellos principios que explicaban la evolución en base a la “supervivencia del más fuerte”. Luego de la tragedia de la segunda guerra, comienzan a resonar otras voces ecologistas que proponen revisar los paradigmas de un desarrollismo industrial a ultranza, que a juzgar por los hechos ocurridos, había fracasado por completo en su faz ética. En la obra titulada “*Primavera Silenciosa*”, Rachel Carson – también bióloga pero sin ejercer su profesión – criticaría los efectos de los pesticidas arrojados sobre los cultivos en EEUU, contribuyendo así a la creación de conciencia sobre la problemática ambiental. Esta incipiente protesta, compartida por algunos, no sería tenida en cuenta en absoluto en aquel momento de implantación de industria pesada en vastas regiones. La imponente de las obras y los benéficos efectos que producían el cemento, el acero y el hierro, las imprescindibles energías que el carbón, el petróleo y las nuevas plantas atómicas generaban, acallaban cualquier voz que se opusiera a ellas. Es más, cualquier adherente a postulados contrarios al desarrollo era tildado de “enemigo del progreso” y hasta de “comunista”, como fue la acusación que en pleno macartismo pesó sobre la citada Carson. No tenemos duda que en aquellas primeras proclamas ecológicas había una fuerte componente reactiva y conservacionista, vertiente que luego volvió a expresarse en ciertos círculos reaccionarios dentro del movimiento verde, pero seguramente también anidaba en la visión de aquellos pioneros el influjo que sobre la Biología (y toda otra disciplina científica) tendría la mirada estructural y sistémica que la Relatividad había arrojado sobre el conocimiento.

En todo caso, una nueva generación surgiría descontenta e inconforme con la perspectiva de “progreso” en el mundo de la posguerra y tomaría aquella naciente sensibilidad ecologista como parte de su actitud. El “flower power”, el poder de las flores, sería exhibido en los atuendos y apegos de esa juventud que se oponía a la brutalidad circundante. En algunos, la positiva influencia del gran Martin Luther King y el Mahatma Gandhi inspiró una admirable actitud de no violencia activa, otros siguieron la estela de las triunfantes revoluciones china y cubana en un guerrillerismo sin salida y otros más optaron por buscar en paraísos interiores de diverso cuño aquello que la externidad no les ofrecía. Esos jóvenes crecieron, cambiaron su vestimenta y la mayor parte de sus ideas políticas. Sin embargo, una porción considerable de aquel paisaje bucólico y apacible con el que muchos soñaban, quedó anclado en el trasfondo de sus conciencias. Aquellas imágenes se entremezclaron con los reclamos de un encendido movimiento reivindicativo, que por entonces comenzaba a gozar de un respetable apoyo electoral, llegando a formar incluso parte de alianzas de gobierno. Y así, en una nube donde se confundía en muchas ocasiones la preocupación cierta por el estado del hábitat humano con secundariedades antihumanistas de quienes veían en las personas al enemigo y no en la depredación corporativa, en esa niebla en la que habitualmente crecen los fenómenos histórico-sociales, el tema ecológico fue haciéndose cada vez más presente, hasta constituirse en una de las prioridades más relevantes de la agenda mundial.

Tal fue la fuerza de su instalación, que logró que las mismas corporaciones la incluyeran en sus aparatos de propaganda, intentando así la increíble pirueta pública de disolver toda anterior responsabilidad, al tiempo de presentarse en ropajes novedosos ante las nuevas generaciones, sobre todo a través de los potentes medios de difusión. Y los niños pequeños – mi hija y Lisa Simpson entre ellos – son los que se han tornado apasionados defensores del ecosistema planetario y esta es una línea que se trasladará a su acción de transformación cuando generacionalmente accedan al poder.

¿Qué ha sido de la vieja Economía entretanto? Ella también se había tornado un “eco-sistema”, llamado entre sus expertos “globalización”. Esos analistas explicaban que ya no había sector ni nación que no fuera interdependiente con las demás. De esta manera, pretendían avasallar a toda defensa que los estados nacionales interpusieran a favor de sus industrias débiles, de los derechos conseguidos por sus trabajadores o de la soberanía sobre sus recursos naturales. La revolución en la tecnología productiva no había hecho menguar en absoluto la codicia imperialista anterior sino por lo contrario. Todo era susceptible de ser mercantilizado, desde lo más exótico hasta lo más absurdo. A todo se le llamaba “producto” y todo tenía precio pero ya no valor. En ese increíble extremismo económico no alcanzaron ya las existencias y se llegó al punto de inventar inexistencias perfectamente comercializables. Así extendió enormemente su poder el sector financiero, que absorbía gran parte de los excedentes de la economía productiva, logrando el control sobre ella. Cualquier economista nos explicaría que este sector – al igual que el gigantesco ejército enrolado en las huestes publicitarias – está incluido en la categoría conocida como “servicios”, aunque tendría grandes dificultades de explicarnos a conciencia qué tipo real de servicio prestan, salvo a ellos mismos.

Y como luego fue claro para todos, la volátil y monstruosa burbuja de especulación que se había creado explotó, creando la sensación de que el capitalismo había llegado una vez más a una encrucijada difícil. Y así fue, ya que los distintos gobiernos de países

ricos tuvieron que salir a auxiliar a sus endeudadas corporaciones, contradiciendo toda declaración de principios anterior. Febrilmente tuvieron que trabajar los cerebros al servicio del statu quo, pero finalmente encontraron la respuesta que necesitaban para embaucar nuevamente a las poblaciones, para que todo siga en la misma injusticia de siempre, para que la impotencia continúe campeando entre los billones mal remunerados del mundo y la anestesia social envuelva a los desenfrenados. La perspectiva era la de convertir a los enemigos del progreso en los más cercanos amigos, buscando reconciliar finalmente la Economía con su rebelde parienta, la Ecología. La clave del futuro se llamaría la Revolución verde.

Esta nueva reconversión económica tomaría por base el dominio que poseían sobre la tecnología los países desarrollados, para imponer cláusulas ambientalistas globales que impulsaran la producción y venta de novedosas aplicaciones tecnológicas que mantuvieran el mercantilismo en rangos ecológicamente aceptables.

De esta manera, siempre por la vía de la instrumentalización técnica, se abriría un enorme horizonte de negocios, obligando a todos a adoptar determinados estándares, so pena de ser castigados como desertores del universal esfuerzo en contra de la variabilidad del clima, la desaparición de los glaciares o de cierta especie de ballenas. Con tal refinado embuste, se lograba no sólo el empuje necesario para la inversión ávida de rendimiento monetario sino también licuar toda posible acusación sobre un tenebroso pasado ecológico.

En esta línea escucharemos aún numerosas argumentaciones, pero detrás de ellas veremos siempre el interés manifiesto de continuar el desequilibrado estado de cosas. “Comprenderás siempre el argumento si te fijas en el interés de quien lo expone”, decía un amigo y no se equivocaba.

Las elucubraciones de aquellos estrategias económicos no se harán eco de muchas voces que indican que es necesario un nuevo modelo de redistribución de lo producido y de profundas modificaciones en la escala de valores que liberen a las personas de la esclavitud del dinero y la posesión. Ellos harán su trabajo llevando a sus amos lo que quieren escuchar: la forma de que la economía se “recupere” o sea, vuelva a la indecencia anterior a los terremotos financieros de la primera década del siglo XXI.

Las potentes corrientes tecnológicas se aplicarán fuertemente en el campo de la tan mentada “sustentabilidad”, ampliando las inversiones en biotecnología, genética y recursos energéticos, al tiempo que también veremos un exponencial crecimiento en la tecnología médica, donde la maquinaria pasará de ser un complemento esencial de la ciencia de la curación a constituirse en referencia única en el campo del diagnóstico y el tratamiento. Así el santo atributo con el cual durante milenios el pueblo veneró a sus curanderos, será el valor agregado de tal o cual artefacto, mediante el cual el enfermo obtenga su remedio. Así no sólo tendremos los ingenuos aparatos que hoy vemos en centros comerciales para medir presión o calcular peso, sino automáticos completos – quizás en forma de cabinas – que por unos cuantos billetes, nos ofrezcan una completa panorámica de nuestro mundo interno fisicoquímico, con dispensadores de medicinas dispuestos convenientemente a la salida de las cabinas, para que podamos optar “libremente” por alguno de los medicamentos sugeridos en el rápido diagnóstico, mediante el también cómodo uso de alguna tarjeta de crédito.

Aún cuando tal escenario informal no se verifique, como es ya el caso, se incrementará “in extremis” la utilización de fármacos, con la conocida fármaco dependencia de vastos sectores. En efecto, estudios encargados por la industria farmacéutica, recomiendan – teniendo en cuenta la inminente geriatrización social – fuertes inversiones en el campo de las enfermedades crónicas o de todo aquel producto que aumente la sensación de bienestar en el usuario, aunque no esté afectado por dolencia alguna. Por supuesto que estas recomendaciones apuntan al consumidor sexa- y septuagenario de los países más ricos, poniendo de manifiesto en dichos informes que la ganancia de los conglomerados farmacéuticos podrá ser aumentada también a través de unos pocos pero masivos productos que se apliquen a las mortíferas epidemias que continuarán sufriendo las poblaciones de los países pobres.

La tecnología será el poder y por tanto, la lucha por poseerla (o conservarla) dictará la frontera entre el bienestar económico y la carencia. La lucha de las regiones será por la “soberanía tecnológica” sin la cual no podrán desenvolverse, presionados como estarán por las necesidades y los deseos de sus poblaciones, que tenderán a fagocitarse las soluciones de la técnica o en su defecto, a quienes no proporcionen dichos placeres.

La brecha tecnológica que la malsana distribución de poder conlleva, encuentra su límite en lo que algunos estudiosos al servicio de dicho poder denominan la “capacidad de absorción” tecnológica de una sociedad. Dichos informes comentan que esta capacidad se ve mermada por una inadecuada base educativa o sanitaria en las poblaciones destino. Así, aún cuando impulsadas por la irracional gula capitalista, las corporaciones deberán incluir en sus proyecciones de negocios la necesidad de crecimiento humano en asuntos tan alejados de sus intereses inmediatos como el alfabetismo, la instrucción general de la población y un nivel sanitario primario que asegure al menos cierta “condición de consumo” aceptable para la “incorporación de nuevas tecnologías”. Todo ello será primorosamente envuelto en el packaging de la “responsabilidad social corporativa”, cuyo efecto primario será la evasión fiscal de recursos que de esta manera serán escamoteados a las autoridades legítimamente elegidas por la población, siendo autogestionadas por la corporación. Toda comparación con el concepto de “hacer justicia por mano propia” es en este caso absolutamente legítima.

Si las poblaciones aceptan continuar con el chantaje del sistema, la economía productiva de las próximas décadas tendrá por base la mentira de lo “ecológicamente aceptable” y no lo que realmente sea cuidadoso respecto a situaciones de riesgo medioambiental. Así se producirá la paradoja de que lo “artificial” o tecnológicamente adaptado, pulverizará todo vestigio de naturaleza, bajo el pretexto de su conservación.

De este modo, las verduras que consumiremos serán crecientemente hidropónicas, los alimentos incluirán todo tipo de agregado proteico o vitamínico producido en laboratorio, las especies vegetales y animales serán modificadas en el plano genético y los sabores, olores y colores que nos recordarán gratas o repulsivas ingestiones en nuestra infancia y adolescencia, serán sólo intencionadas reacciones de patrones químicos sintetizados en probetas.

Está claro que también se verificarán importantes avances en los campos comunicacionales, la interactividad entre telefonía celular, internet, domótica, y cuanta virtualidad se les ocurra a nuestros jovencísimos y audaces ingenieros, crecidos a la

vera de la mortecina luz de monitores. Y por supuesto que trillonarias inversiones se verificarán en toda aquella infraestructura necesaria a la continuidad y profundización de la tecnificación social.

Mientras tanto, el terreno de la producción armamentística - difícilmente justificable dentro de los parámetros de cuidado medioambiental - se resolverá lejos de los ojos del público, aunque muy cerca de sus bolsillos, alimentándose como hasta ahora grotescamente de abultadas porciones de los presupuestos públicos.

En el campo de la usura, el crédito de consumo consumirá a los consumidores, paliando a tasas altísimas la escasez remunerativa mediante la extensión universal de las tarjetas de crédito, obligando a una creciente masa de personas a bancarizarse. Los estados tendrán que optar por aceptar la usura de la banca o por retomar cierto control sobre los recursos financieros a fin de poder cubrir jubilaciones y servicios. Las legislaciones laborales se verán restringidas por el alto costo que significarán para las empresas, al tiempo que la economía informal crecerá y continuará siendo la base real de subsistencia de millones de personas.

Todo esto augura ciertamente un desorden social muy importante que desbordará la ingenua pretensión de encubrir un sistema económicamente inmoral y ecológicamente depredador. En tal situación, es muy probable que las corporaciones quieran manejar el poder público directamente o a través de los ejércitos, quienes querrán disciplinar a los descontentos y crearán una situación de máxima inseguridad pública en nombre de la "seguridad nacional". Cualquiera sea el desenlace de aquellos sucesos, éste no será el éxito que esperan los que hoy propugnan la "economía ecológicamente sustentable" ni será el habitual final feliz de las películas californianas. O acaso sí, y las poblaciones se decidan a vivir hacia parámetros de una economía humanamente sustentable, lo cual, al mismo tiempo, llevará a una mejor sintonía con el entorno.

El Feudalismo empresarial y la Corpocracia

Cualquier persona puede comprobar el grado de acumulación económica que han logrado ciertas empresas con sólo pasear brevemente por el centro de cualquier ciudad del mundo. En dicho recorrido verificará rápidamente la aparición de carteles publicitarios y de locales comerciales cuyas marcas ya ha visto cientos de veces de forma personal y directa, o a través de la explícita propaganda televisiva y la encubierta propaganda cinematográfica. Si este transeúnte ha tenido además oportunidad de visitar otras ciudades, reforzará sin duda esta sensación, al ver que los mismos logotipos se repiten una y otra vez.

Se calcula que existen aproximadamente unas 75 mil empresas transnacionales, o sea que operan en más de un país. Sin embargo, el núcleo que acapara el grueso de las transacciones económicas en el mundo es un número mucho más reducido. Según el informe de Anderson y Cavanagh “*Top 200: The Rise of Corporate Power*”, (Diciembre 2000), las ventas combinadas de las principales 200 corporaciones equivalían al 27,5 % del producto bruto mundial. Aún cuando otros estudiosos discuten la equivalencia de los términos comparados en sentido estricto, la sola mención de los volúmenes citados nos acerca a atisbar la gigantesca concentración económica existente.

Citando cifras del informe “*Corporate Power in a global Economy*” (Brian Roach, 2007) - que precisamente pone en tela de juicio la comparación anterior - nos quedará claro que cualesquiera sea el indicador que tomemos, la resultante es siempre similar. Por ejemplo, tomando como parámetro los ingresos y citando a la lista publicada por Fortune Global 500, el informe nos dice que “*las 500 firmas más grandes, tienen en el 2005 ingresos por venta de 19 trillones de dólares. Esto significa una venta de 2900 dólares por cada habitante del planeta. Un tercio de esta venta corresponde a sólo 50 firmas*”. Para hacer más comprensible al lector la suma mencionada, digamos que un trillón (en números de USA) equivale a un millón de millones o 10 dólares a la doceava potencia.

Por último, y para no aburrir con números, digamos que otro modo de apreciar el poderío económico de las corporaciones, es analizar la concentración por ramas productivas. Contamos con cifras provistas por el mismo informe y relacionadas sólo con la economía norteamericana, la cual nos sirve para ejemplificar. La primera columna identifica de alguna medida la porción de mercado de las principales 4 empresas por rubro. La segunda identifica “la porción de torta” que se reparten si el número considerado se extiende a 20 compañías. Los números muestran la clara tendencia oligopólica de los campeones de la libre competencia.

Table 2. Industry Concentration Ratios in the United States

Industry	Percent of Receipts to Largest 4 Firms	Percent of Receipts to Largest 20 Firms
Breweries	90.8	96.4
Tobacco Manufacturing	86.7	98.8
Petrochemical	84.7	99.7
Breakfast Cereals	78.4	98.8
General Book Stores	78.2	81.4
Credit Card Issuing	75.8	96.6
Major Household Appliances	69.5	92.5
Chocolate Manufacturing	69.0	96.7
Cellular Telecommunications	63.4	91.9
Pharmacies and Drug Stores	52.8	65.6
Television Broadcasting	50.2	76.0
Audio and Video Equipment	43.2	78.2
Pharmaceutical Manufacturing	34.0	70.5
Footwear Manufacturing	32.0	73.1
Natural Gas Distribution	18.4	52.8
Textile Mills	13.9	39.6
Insurance Carriers	13.5	39.6
Real Estate	4.7	11.3

Fuente: 2002 Economic Census, U.S. Census Bureau,
(citado por Roach, Corporate Power in a Global Economy en base a
<http://www.census.gov/epcd/www/concentration.html>)

Por otra parte, más allá de este ejemplo mostrado en un corte por rama de actividad económica, es importante recordar que la mayoría de las multinacionales diversifica fuertemente su campo de acción, con lo cual la influencia económica absoluta de algunas compañías es mucho mayor.

Para aquellos que creen (o que interesadamente pontifican aún sin creerlo) que estos molochs empresariales contribuyen al bienestar y al empleo, remitámoslos al mundillo de las frías y crudas estadísticas. Contando con una población activa mundial de más 3000 millones, las principales 500 firmas emplean sólo un 1,6% de dichas personas. Mientras las ganancias de las mayores corporaciones se incrementaron 11 veces ente los años 1983 y 2005, la cantidad de personas empleadas aumentó solamente 2.3 veces (Roach, 2007).

En el mismo sentido es sugestivo comentar que comparando los diez principales empleadores mundiales con las diez empresas con mayores activos o ingresos mundiales, no coincide casi ninguna con la sola excepción de Walmart. Por último, el mito de ligar trabajo digno con expansión corporativa se verá finalmente diluido mencionando las tendencias a la tercerización, la deslocalización de fuentes de trabajo para lograr menores costos de mano de obra, la imposición de leyes de desprotección laboral (llamadas eufemísticamente de “flexibilización”) y otros elementos similares. Para citar un ejemplo ilustrativo, extraído del mismo informe de la Tufts University: Nike es una marca de insumos deportivos con enormes ingresos, cercanos a los quince

mil millones de dólares que emplea unas 28000 personas en el mundo de manera directa. Sin embargo, ni una sola de estas personas fabrica un solo par de zapatillas. Todos sus productos son hechos por firmas subcontratadas, la mayor parte de las cuales se encuentran en Indonesia, China y Vietnam.

Acaso todavía quede algún ingenuo creyente en aquel concepto en boga llamado “responsabilidad social empresaria o corporativa”. No vamos a extendernos aquí en demasiadas consideraciones acerca de la componente de evasión fiscal que representan los montos donados a variadas organizaciones no gubernamentales, que es sólo uno de los variados modos de las corporaciones de no aportar impuestos a las necesidades poblacionales comunes. Esta característica que nos muestra lo medular que es la Irresponsabilidad social de las corporaciones, se nutre de diversas modalidades como la búsqueda de paraísos fiscales, la extorsión a los estados o provincias para lograr exenciones impositivas, la ingerencia en tratados de libre comercio o las elaboradas maniobras de fraude contable. Lo más honesto en este campo ha sido la afirmación de Milton Friedman, uno de los reconocidos padres del neoliberalismo, quien escribió en 1990: *“Hay una y solo una responsabilidad social en los negocios – usar sus recursos y enrolarse en actividades que apunten a aumentar sus beneficios, toda vez que esto esté encuadrado en las reglas de juego...”* Y así siguiendo a Friedman o a economistas del género, las grandes empresas se automaquillan con acciones de carácter benéfico aparente que, por otra parte, apenas disimulan sus reales propósitos. ¿O acaso alguien podría afirmar convincentemente que la petrolera Exxon-Mobil – al tope de la escala mundial en ventas con unos 340 billones de dólares – está genuinamente interesada en el equilibrio ecológico por crear el “Fondo Salve al Tigre” – animal distintivo de su marca – que financia algunas actividades conservacionistas mientras la corporación hace su negocio eviscerando la tierra y produciendo accidentes catastróficos desde el punto de vista medioambiental?

La perversidad de toda esta construcción poco seria, pero con serios y negativos efectos, está basada por completo en la falsedad de un solo aserto: que el lucro es un propósito vital válido, superior a los rasgos más bondadosos y compasivos del ser humano.

Tal increíble estupidez se ha afirmado como verdad inconvencible, al punto que cualquier ciudadano es prisionero de la trampa que empuja a recibir y no a dar. Dicha inconsistencia poseedora, fuerza que moviliza tantos afanes cotidianos, tendrá en toda pérdida una señal que frecuentemente no será escuchada, hasta que al fin, la disolución del castillo ilusorio de lo permanente y lo propio se establezca, mostrando en definitiva lo vano de aquel sinsentido de la existencia del “yo” como fin en sí mismo.

Esa equivocación mortífera es abonada diariamente por los intereses de aquellos que no aprendieron otra cosa. Tal “abono”, tal cultivo, se produce por distintas vías de propaganda como la información que se transmite, la educación que se impone, los personajes que representan lo “mejor de la sociedad” y muchas otras formas de transmisión de creencias pasajeras y fútiles. Por ello es que las corporaciones se adueñan de masivos medios de difusión (y confusión) de manera directa en algunos casos y a través del financiamiento publicitario en otros. A modo de ejemplo, General Electric es dueña de la cadena NBC en USA, y habiendo absorbido a Vivendi Universal (con participación minoritaria en la cadena) se ha hecho copropietaria de American Online, a su vez propietaria de Times Warner.

De este modo, fusiones y absorciones son la modalidad actual de engullir y deglutir nuevos negocios, escapando a todo control monopólico que pudiera haber y sobre todo, oscureciendo a ojos del público la inmoral voracidad corporativa. No nos detendremos demasiado en los millones que invierten estas organizaciones en publicidad directa, que indirectamente sirven para controlar las líneas editoriales de emisoras de TV, radio o periódicos. En todas ellas, cualquier alusión al bien público en desmedro de la “iniciativa privada”, cualquier crítica a las prácticas egoístas fundamentantes del sistema capitalista, serán vistas como “coercitivas de la libertad humana”, “tendencias socializantes” o “vueltas al pasado”. Así, quien quiera ser un directivo de tales medios, deberá alquilar su palabra y corazón a las tenebrosas “verdades” del individualismo y los negocios.

Los grupos corporativos tampoco escatimarán esfuerzos para influir de manera directa en los asuntos políticos de cada país. Esto se produce como es sabido primariamente a través de aportes a la financiación de las campañas políticas de los candidatos que, en contrapartida se comprometerán a mantener “un buen clima” para la inversión privada y corporativa. Pero también las encuestas y las entrevistas en los medios – dominados como antes describimos por las mismas empresas – servirán para vaciar toda elección de cualquier significado democrático. La amplitud de las sociedades humanas hace hoy de los medios, aparatos casi imprescindibles para la propagación de un personaje, con lo cual la dependencia de la política de esos medios se ha convertido en factor decisivo. Para sintetizarlo en palabras sencillas: aquellos políticos que aspiran a convertirse en principales administradores de un lugar, dependen de los medios para lograrlo. Estos medios son dominados directa o indirectamente por corporaciones, las que son quienes deciden en definitiva, cuales son los candidatos más aptos para sus intereses.

Digamos que este esquema general funciona más o menos bien en países “civilizados”, aunque en ocasiones el sentir y la intuición de los pueblos da por tierra con este molde tramposo en el que se desenvuelven las falsocracias actuales.

Pero no será suficiente para las transnacionales con digitar candidatos y agendas políticas a ser tratadas. Las empresas han desarrollado un sistema impúdico conocido como “lobbysmo” (que veremos en detalle algo más adelante) el cual permite, a plena luz pública, efectuar presiones sobre aquellos diputados electos encargados de dictar leyes, los cuales – según la escolar doctrina de la democracia – deberían poder legislar en nombre del bien público y alejados de toda influencia particular. Mientras tanto, esta misma corrupción hecha sistema, se rasgará las vestiduras ante “el alto nivel de corrupción existente en los países subdesarrollados”. Esta “corrupción endémica” del mundo aún no tan maravilloso, será por otra parte un excelente camino para las multinacionales, quienes mediante sobornos, dádivas, apoyo político y muchos otros mecanismos influirán en las decisiones concernientes a otros pueblos. Cuando el aparato corrupto se vuelva demasiado costoso (ya que muchos se sumarán a la fila de los menesterosos de traje y corbata), se crearán organizaciones no gubernamentales para garantizar la “transparencia gubernamental” o sea, una reducción de los costos de influencia y soborno.

Por último, la selección de personal en los diversos equipos de asesores (ministros y secretarios, funcionarios encargados de negociar tratados bilaterales o internacionales,

etc.) será un asunto monitoreado cuidadosamente por la trenza multinacional, ya que a través de estos ocultos técnicos no elegidos por nadie (salvo por ellos), se podrá delinear una “letra chica” favorable a la expansión corporativa.

Todo esto sucede así en las democracias occidentales. En los países de Oriente, las cuestiones son más directas. Allí el tejido entre política, tecnología y corporaciones de negocios está íntimamente entrelazado. Por ejemplo en Japón, donde las empresas son las que controlan el ministerio de Industria y Tecnología o en China, donde uno de los principales objetivos del gobierno ha sido (al menos en las tres últimas décadas) la extensión del negocio de corporaciones propias y ajenas. El poderío económico de los “tigres del Asia” no se basa – como se quiere hacer creer – en la libre iniciativa o en la capacidad emprendedora o en la libre competencia, sino bien por el contrario, en una rígida política corporativa que subordina cualquier valor personal o colectivo al del “bienestar empresarial”.

Lo que hemos comentado hasta aquí sobre el poder corporativo ha sido ya dicho muchas veces y documentado profusamente. Sin embargo no podríamos llegar a decir lo que en realidad queríamos sin este abultado preámbulo.

Está a la vista que la democracia se ha convertido en una formalidad absurda en la mayoría de los países y aún así, pese a todo esfuerzo corporativo, los pueblos comienzan a sentir la putrefacción que no puede ser ocultada. El rechazo visceral que los políticos profesionales encuentran en cada vez mayores sectores de la población, fue en su momento funcional a los intereses privados, ya que justamente socavaba el respaldo popular a cualquier intento de insurrección ideológica a la imposición de la “libertad de empresa”. Ese mismo rechazo ha hecho alejar a los conglomerados humanos de la participación política, dejándola en manos de una casta de serviles profesionales del discurso y la intriga, fáciles presas del dinero corporativo. Sin embargo, la falta de legitimidad del acontecer político también produce problemas, ya que el malestar difuso de las poblaciones tiende a acumularse en ciertos momentos y a desechar por completo el mentiroso armado.

Así las cosas, creemos que – tal como sucede hoy en los países asiáticos – las corporaciones tenderán a explicitar a la democracia como un sistema débil, ineficaz, corrupto y alejado del sentir popular, para proponer una especie de “corpocracia”, una monstruosa deformación de aquél “gobierno de los mejores” platónico, quien será la verdadera encargada de producir la felicidad social.

Por supuesto que a tales efectos, se recurrirá a explicar la complejidad del mundo actual y la necesidad de conocimientos técnicos y científicos superiores para gobernar. Esto nos recuerda aquel positivismo político tan en boga a comienzos del siglo XX y que llevó incluso a la creación de “partidos científicos”.

Si la respuesta de los pueblos a tamaña propuesta es esquiva, habrá muy fuertes conmociones sociales que será necesario reprimir en nombre del “orden público”. De esta manera, posiblemente las corporaciones tiendan al financiamiento directo de policías y ejércitos, para asegurarse sus lealtades. En el mejor de los casos, la corpocracia podría elegir una mujer profesional de entre sus filas para “gobernar el país”, bien acompañada de asesores a sueldo de las empresas. Pero en varios casos, para garantizar la paz social, nos parece que los personajes elegidos por la corpocracia serán

“militares inteligentes”, con algún título universitario, versados en diversas materias, y habituados a obedecer y ser obedecidos. Esa cadena de mandos terminará sin embargo en pulcras oficinas de rascacielos a mucha distancia del diario acontecer humano.

La promiscuidad geopolítica

Lejos han quedado las fidelidades geopolíticas, si es que alguna vez verdaderamente existieron fuera de los encendidos o apaciguantes discursos diplomáticos.

Así como los pueblos han entrado en contacto múltiple con los usos y sentires de otros pueblos, también los estados, las regiones, y hasta las provincias y localidades, multiplican sus relaciones y acuerdos, explorando todo tipo de posibilidad que permita algún avance. De esta manera, diariamente se firman miles de convenios de distinto rango y extensión que ponen de manifiesto el multilateralismo total en que el mundo se desenvuelve en tiempos presentes.

Acorde con las prioridades de la época, muchos de esos acuerdos son de carácter económico y tratan de la desaparición de barreras arancelarias estatales para comerciar entre dos países. A esos tratados se los denomina pomposamente de “libre comercio”, adosándoles un valor libertario que en realidad no poseen. Mucho más acertado sería denominarles “tratados a beneficio del comercio de las empresas multinacionales”, que presionan en dicha dirección a los gobiernos para favorecer así la deslocalización de sus capacidades productivas (buscando menores costos laborales y de materia prima), la inserción global de sus productos, la incansable búsqueda de exención tributaria a nivel internacional y finalmente la libre repatriación de sus ganancias. Y a diario, una impresionante cantidad de funcionarios negocian las interminables cláusulas para que finalmente los fotógrafos oficiales registren el apretón de manos de los personajes de opereta de turno, que siguen las indicaciones del apuntador teatral global, oculto pero omnipresente, el tan mentado “mercado” o sea los grandes mercaderes corporativos.

Pero también se multiplican los “acuerdo marco”, las cartas de intención, los asociacionismos, los memorandos de cooperación y todo ello habla de una novedosa forma de relación a la que aspira toda nación u organización social, independientemente de su tamaño o poderío.

Además de todas estas formas de acción bilateral, es imponente la profusión de foros y convenciones multilaterales. Para cada campo específico y cada región y subregión, siglas y superestructuras conforman un panorama que semeja más una jungla que una ordenada y eficaz estructuración de relaciones mutuas.

Por último las Naciones Unidas, una especie de organismo mundial con características rectoras de cierto prestigio moral y modalidades operativas crecientes. Éste, en base a permanentes acrobacias de equilibrio geopolítico, conjuga en su interior la libertad de expresión que otorga la paridad de países miembros independientes con la inequidad de un consejo de Seguridad cuyos asientos permanentes son reservados a las grandes potencias nucleares, principales productoras de inseguridad y amenaza en cuanto conflicto asoma.

Pese a las manifiestas discordias, a la gran cantidad de conflictos fronterizos, étnicos y políticos, pese a las antiguas y nuevas mezquindades que afloran en distintos puntos del planeta, este asociacionismo creciente en todas sus modalidades, nos muestra con nitidez dos aspectos interesantes de la mundialización en avance.

Uno es la tendencia a formalizar el diálogo y el acuerdo, dirección que muestra cierto reconocimiento de la existencia del otro y sus derechos, más allá de la hipocresía diplomática, el desequilibrio en las situaciones previas que disloca el sentido de paridad, la mentira, el incumplimiento de tratados, las extorsiones, influencias y corrupciones.

La madeja que va tendiendo este “acuerdismo” revela al mismo tiempo una componente que nos parece vale la pena conceptualizar: el hecho de nos necesitamos unos a otros y que por tanto si alguien quiere avanzar, deberá hacerlo en conjunto y en acuerdo con su posible complemento situacional.

La segunda tendencia que nos parece alberga este novedoso multilateralismo – y que al igual que la consignada anteriormente nos parece se irá fortaleciendo a futuro – es el desencolumnamiento de sus actores, el rechazo a pertenecer definitivamente a bandos inamovibles y opinar o actuar de modo automático según pertenencias y procedencias. Esta libertad de opción que de alguna manera se introduce subrepticamente en un mundo altamente posesivo y violento, parece ser un excelente augurio si se amplía su ejercicio y el efectivo poder que de estas decisiones emana.

Está claro que este “libertinaje” está íntimamente ligado a una desestructuración general, en la que se hace manifiesta la repulsión al enajenamiento a viejas y moribundas estructuras e instituciones. Pero, aún en toda su mecánica y su aspecto desintegrador, esta tendencia trae consigo el fortalecimiento de nuevas identidades otrora diluidas por el yugo de forzados bloques y alianzas dictadas por la ley del más fuerte.

De este modo, se forjan múltiples centros y subcentros geopolíticos y económicos, que parecen jaquear la idea de poder único, núcleo constituyente de toda estrategia y construcción imperial. Acaso estemos ante un hecho de gran envergadura histórica y es la aparición de una mentalidad contraria a la concentración de poder, pero ello está por verse aún.

El Yin que avanza

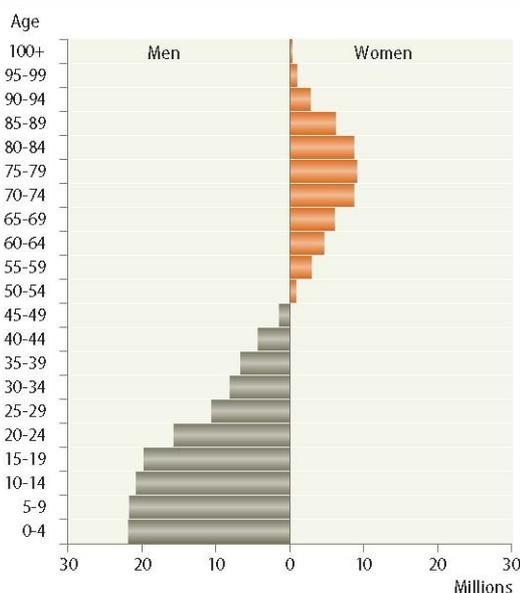
Y no sólo se multiplican los actores en la arena geopolítica, actuando en ella con decisión ya algo más de una bicentena de países, de los cuales una gran parte ha cumplido recién unos breves decenios de existencia. Grandes sectores de la población han adquirido en los últimos y recientes cien años (por poner algún marco temporal) una relevancia creciente y crecientemente determinante.

Quizás el hecho más importante e imponente haya sido el avance femenino en su plena participación social y política. Aún cuando sea temerario confiar plenamente en asertos estadísticos para confirmar o refutar tendencias, ilustremos nuestra afirmación con algunos números que ayudan a observar lo que aquí comentamos.

Según un muy interesante informe editado en el año 2010 por el Departamento de Asuntos Sociales y Económicos del Secretariado de las Naciones Unidas, entre 1950 y 2010 la población mundial se ha triplicado, existiendo en ese año 57 millones más de mujeres que de hombres. Interesante es observar cómo – en el mismo período de tiempo – la tasa de fertilidad en términos planetarios se ha visto reducida a la mitad (de 5 nacimientos a 2,5 por mujer), surgiendo la aparente paradoja de una población mundial triplicada en base a la mitad de nacimientos. La incongruencia se resuelve en una feliz conclusión: aún en toda su disparidad y tragedia, el mundo va conteniendo a sus hombres y mujeres durante más tiempo, acompañando más y aprovechando mejor los esfuerzos que cada embarazo y nacimiento conllevan.

Por otra parte, las féminas viven en promedio más que los hombres. Interesante es observar el siguiente gráfico que muestra cómo aún aventajando en número los varones a las hembras en edades tempranas, las mujeres comienzan a ser mayoría a partir de los 55 años aproximadamente.

Figure 1.4
World population 2010: Surplus of women
and men by age



Fuente: United Nations, *World Population Prospects: The 2008 Revision* (2009).

Seguramente la diferencia en edades tempranas no tiene que ver con casuísticas biológicas, sino – entre otros factores - con prácticas discriminatorias en la concepción aún existentes en diversas culturas tendientes a favorecer el nacimiento masculino. Un nuevo equilibrio se alcanzará entre los 45 y los 55 años, para pasar luego a prevalecer el sexo femenino, cuya primacía numérica llega a su pico alrededor de los 80 años.

Siempre acorde a las estadísticas, las personas más longevas del planeta son mujeres y japonesas, teniendo una expectativa de vida al nacer de aproximadamente 87 años. En el otro extremo de esta tabla se encuentran los varones de Zimbabwe, cuyo promedio de vida se reduce prácticamente a la mitad, situándose en los 43 años de vida. Así queda a las claras la desigualdad del mundo, donde seres humanos, por el sólo hecho de nacer en condiciones tan disímiles, afrontan existencias tan distintas.

Por otro lado, quien prefiera vivir rodeado de mujeres, podrá encontrar una interesante desproporción en los países de Europa Oriental, por ejemplo en Ucrania, Estonia o Rusia, con un número cercano a la centena de féminas por cada ochenta y seis hombres. Por el contrario, si lo que se busca es una mayoría de varones, habrá que viajar a China o a India, donde por cada cien mujeres, se encontrará en promedio de unos ciento siete u ocho hombrecitos.

Pero el aumento de la participación de la mujer en todos los campos no es fruto de una simple proporción numérica, sino de un arduo proceso de conquista de derechos que, poco a poco, muestra sus logros. Así, por ejemplo, en el campo educativo, observamos que entre 1999 y 2007 la cantidad de niñas escolarizadas aumentó mundialmente del 79 al 86%, mientras los niños avanzaron de un 85 al 88%, cerrándose crecientemente la brecha de género correspondiente a la educación primaria. En regiones como Oceanía, Europa o América la paridad absoluta en este rubro incluso ya ha sido alcanzada, llegando a haber más alumnas que alumnos en países como Irán, Bangladesh, Malawi o Mauritania.

Sin embargo, estos números apuntan sólo la posibilidad de enrolamiento primario y no quieren decir que la calidad y orientación educativa, las oportunidades posteriores o el entorno social, sean igualmente favorables para niños o niñas.

En la entrada al nivel secundario, las adolescentes también han logrado avanzar, modificándose el coeficiente de paridad de un 0.92 a un 0.96 en sólo ocho años (1999-2007), constatándose incluso que ya en 48 países el número de estudiantes secundarias es mayor al de sus compañeros varones.

Y el gran golpe sobrevendrá en el nivel terciario de la educación. Aquí las mujeres ya han tomado la delantera doblegando la exclusión, pasando del 46% al 51% de los estudiantes en el segmento terciario entre 1990 y 2007. Estas proporciones son muy significativas, ya que el total de estudiantes se ha más que duplicado en estos pocos años, aumentando de manera impresionante su cifra de unos 67 millones de estudiantes en 1990 a 152.4 millones en el 2007. Esto quiere decir que de los 85 millones de jóvenes más que hay en 2007 respecto a 1990 en el sector de la educación superior, cerca de unos 48 millones (o sea 56%), son mujeres.

Para atemperar el entusiasmo igualitario, téngase en cuenta que éstas son cifras generales y esconden la enorme disparidad que mostraremos en la siguiente tabla entre las distintas regiones.

Porcentaje de Mujeres en la Educación terciaria por regiones, 2007, en miles

	Total	Hombres	Mujeres	(% mujeres)
Mundo	152 483	75 127	77 356	51
Países árabes	7 302	3 641	3 661	50
Europa Central y Oriental	20 750	9 372	11 378	55
Asia Central Asia Oriental y el Pacífico	2 534	1 217	1 317	52
Latinoamérica y el Caribe	46 714	24 177	22 537	48
Norte America y Europa O. Sur y Oeste	17 757	8 116	9 641	54
de Asia	34 783	15 277	19 506	56
África Subsahariana	18 504	10 835	7 670	41
	4 141	2 492	1 648	40

Fuente: UNESCO Institute for Statistics (2009a).

Más allá de estos significativos avances de género en el campo educativo que dan muestra de una clara tendencia, es menester recordar que existen aún 774 millones de adultos analfabetos en el planeta (las estadísticas toman como adulto a un mayor de 15 años), de los cuales gigantescos dos tercios son mujeres. Dicho de otro modo, según cifras de 2007, un número cercano a 496 millones de mujeres mayores de 15 años no podían leer o escribir. Trescientos cuarenta y un millones de ellas en Asia y casi ciento treinta millones en África, siendo que entre América, Europa y Oceanía suman apenas un 5% del total de analfabetismo femenino mundial.

De este modo, adelantemos algo que nos parece de mucho interés, aún cuando el análisis se haya referido hasta ahora a lo educacional y demográfico: las mujeres parecen sobreponerse a las condiciones adversas impuestas por modelos dominantes patriarcales, avanzando en el transcurso del tiempo y logrando equiparar y hasta aventajar a sus pares hombres.

Veamos brevemente qué sucede en el campo laboral, cultural y político.

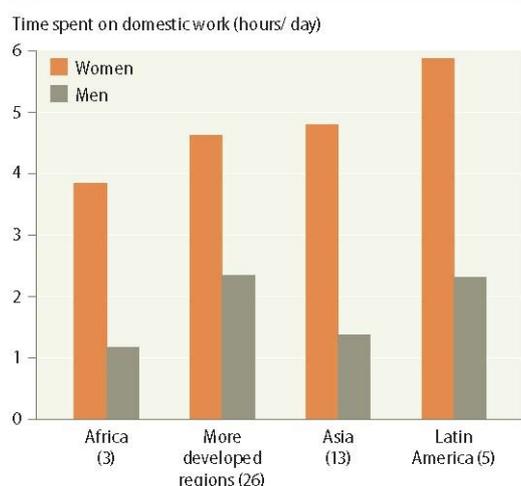
Por supuesto que en el campo laboral, las mujeres están representadas en menor medida y este “por supuesto” se debe sin duda alguna al hecho biológico por el cual la mujer es quien se ocupa de “traer los niños al mundo” y no sólo de traerlos, sino de alimentarlos y cuidarlos hasta cierta edad en muchísimo mayor medida que sus complementos masculinos. Aún así, el 52% de las mujeres trabajan además de realizar las tareas domésticas y de cuidado familiar. En el caso de los hombres, la cantidad de ellos en ocupación económica sobre el total de población considerada “económicamente

activa” (mayores a 15 años), ha descendido globalmente de un 81 a un 77% entre los años 1990 y 2010.

En cuanto al tipo de tareas, el Informe “*WorldWomen2010*” de las Naciones Unidas (del cual estamos extrayendo la mayor parte de las estadísticas de análisis) nos señala que en relación a la proporción total de ocupación, las mujeres están subrepresentadas entre legisladores, autoridades oficiales y ejecutivos, operarios industriales, artesanos y son fuertemente mayoritarias entre los empleados, profesionales y en los sectores servicio y comercio. Aún cuando las mujeres ocupan en general posiciones de menor rango y remuneración en el mundo laboral, hay también aquí avances y excepciones significativas. Por ejemplo en el Caribe y Centroamérica, las mujeres ocupan cerca de un 40% de las posiciones directivas, siendo que Filipinas con un 55 y Panamá con casi un 50%, se destacan en este rubro.

Será significativo decir - para completar el panorama - que el avance femenino que se verifica en el campo laboral, no es compensado de igual manera por los hombres en el sector doméstico. En desmedro del género masculino – y no sin cierta aprensión – mostramos la siguiente estadística que nos revela en horas por día las diferencias.

Figure 4.9
Time spent on domestic work by region and sex,
1999–2008 (latest available)



Así las cosas, no podemos sino rendir un homenaje aquí a nuestras amigas, que con tremenda aplicación no sólo avanzan sobre condiciones adversas, sino que se ocupan crecientemente de casi todo. Sólo las decisiones quedan al parecer de momento reservadas a los hombrecillos. ¿Seguirá esto siendo así? No lo creemos.

Veamos algunos números del año 2010 que parecen adversar nuestra creencia.

- Sólo 14 mujeres son jefes de Estado en el mundo
- Sólo en 23 países las mujeres constituyen más del 30% del parlamento
- Sólo 1 de cada 6 ministros es mujer
- Sólo 13 de las 500 mayores corporaciones económicas tiene un CEO femenino

Y sin embargo...

- el número de mujeres en el parlamento aumentó mundialmente entre 1995 y 2009 de un 10 a un 17%. Se destacan aquí países como Rwanda, Argentina, Cuba, Finlandia, Islandia, Holanda, Sudáfrica y Suecia. Y hasta en Kuwait - país en el que las mujeres recién comenzaron a votar en el año 2000 – cuatro flamantes legisladoras enriquecen desde las elecciones del 2009 la Asamblea Nacional, compuesta por cincuenta miembros.

- aunque el número de ministros mujeres es actualmente de sólo un 17%, esta cifra representa el doble de la existente en 1998. Finlandia y Noruega sobresalen con mayoría ministerial femenina (58 y 56% respectivamente), mientras países como Grenada, Francia, España, Suecia, Sudáfrica, Suiza o Chile, muestran participación superior al 40%

- aún cuando los jueces son en su mayoría hombres, en regiones como Europa Oriental, las encargadas femeninas de impartir justicia ya son el 64%, ocupando inclusive el 41% de los puestos en la Suprema Corte, máxima instancia judicial.

- si bien los principales puestos ejecutivos en corporaciones y organizaciones aún están ocupados por hombres, la proporción de mujeres ha alcanzado ya cifras significativas en muchos lugares, por ejemplo a superar el 30% en países como Hungría, Polonia, Estonia o Tailandia, llegando a estar en Filipinas casi el 50% de las posiciones directivas en manos femeninas.

Así podríamos continuar con diversas estadísticas. Baste a nuestros efectos enumerar ligeramente, sin tanta precisión numérica, algunos otros ejemplos que abonan nuestra tesis acerca de esta tendencia de protagonismo y avance de género. En diversos lugares – aún de cultura marcadamente machista - mujeres son electas por primera vez para gobernar. En varios puntos la transmisión automática de apellido paterno es abolida, dando lugar a la libre elección. La lucha contra la violencia hacia las mujeres y por la igualdad de derechos de género está presente en las agendas de la mayoría de los gobiernos del planeta, hecho que - más allá de su eficaz cumplimiento - muestra en sí mismo su vigencia moral e ideológica. Las mujeres se despliegan en los más diversos quehaceres, quebrando todo reducto anteriormente reservado a los hombres y pulverizando prejuicios añejos relativos a una supuesta determinación biológica. Las mujeres van tendiendo a equilibrar la situación en la toma de decisiones, tanto a nivel cotidiano y doméstico, como en términos sociales o políticos y todo apunta a que esta dirección continuará profundizándose.

Cuando los jóvenes sean viejos y los viejos jóvenes

Ya hemos apuntado en páginas precedentes la tendencia a la modificación de la pirámide poblacional, con una mayor cantidad de gente en la llamada “tercera edad”, cuyas características de vitalidad ayudarán a que continúen actuando con fuerza en la esfera social. Seguramente en poco tiempo más la sociología acuñará términos como “cuarta edad”, significando con ello a los que por entonces recién se podrán considerar verdaderos “ancianos”, en el sentido psicológico que hoy se da a ese término.

Sin embargo, queremos referirnos en este capítulo con mayor énfasis a las nuevas generaciones que surgen en el escenario social e histórico al momento de escribirse este estudio. Estas generaciones, tenderán a reproducir su paisaje de formación en el momento en que ocupen posiciones de acción central en el escenario humano, en aquel período difusamente conocido como “edad adulta”. Por tanto, quien quiera saber algo sobre las tendencias de los próximos veinte años, deberá poner en la mira a la segura influencia que tendrán los hoy niños y jóvenes sobre el paisaje que se les presenta como realidad y que se intenta imponer a su transformadora mirada.

Antes de intentar acercarnos a los contenidos de esos escenarios mentales infantiles y juveniles hoy en formación, precisemos algo más sobre ese concepto tan importante y novedoso que Silo describe y comenta en el Diccionario del Nuevo Humanismo de la siguiente manera: “...*Cuando se habla de paisaje de formación, se hace alusión a los acontecimientos que vivió un ser humano desde su nacimiento y en relación a un medio. La influencia del paisaje de formación no está dada simplemente por una perspectiva temporal intelectual formada biográficamente y desde donde se observa lo actual, sino que se trata de un ajuste continuo de situación en base a la propia experiencia. En este sentido, el paisaje de formación actúa como un “trasfondo” de interpretación y de acción, como una sensibilidad y como un conjunto de creencias y valoraciones con los que vive un individuo o una generación*”. Y en otras de sus obras, *Humanizar la Tierra*, en el capítulo titulado “Memoria y Paisaje Humano”, el mismo autor nos señala: “*Por lo anterior comprendo que una generación cuando accede al poder tiende a plasmar externamente los mitos y las teorías, las apetencias y los valores de aquellos paisajes hoy inexistentes pero que aún viven y actúan desde el recuerdo social en que se formó ese conjunto.*”

De esta manera queda claro cómo aquellas imágenes y aspiraciones que en este momento se están forjando en la conciencia de las nuevas generaciones serán catapultadas, constituyéndose en factor esencial de la construcción social futura.

Ahora bien, el problema radica en leer correctamente cuáles son esos contenidos, ya que es ingenuo e impropio – desde una mirada que afirma la intencionalidad humana y rechaza toda concepción pasiva de la conciencia – creer que nuestros pequeños y adolescentes “absorberán” sin más aquellos impulsos que llegan desde el exterior, sean éstos educativos, publicitarios o de carácter moral. Esta generalización que hacemos se vuelve aún más consistente en relación a la generación que queremos observar, una de cuyas virtudes principales consiste en sostener una actitud atenta y crítica hacia todo lo que perciben.

Enunciemos entonces – concientes del frágil hielo sobre el cual estamos avanzando – lo que intuimos como aproximados contenidos mentales de las nuevas generaciones que podrían ser proyectados a futuro.

Al parecer el mundo es percibido hoy como una unidad, siendo la multiculturalidad un trasfondo crecientemente habitual. Nacer en Bangkok, estudiar en Filadelfia, emparejarse con un nativo de Méjico y elegir finalmente vivir en Francia, parece no sorprender en exceso a nadie. Por lo mismo, viajar, entremezclarse y conocer otras culturas tenderá a ser un valor y un objetivo vital – al menos en el corto plazo. Por lo mismo, todo proceso que pretenda coartar este relacionamiento será derribado por la inquietud generacional.

La globalidad y la interdependencia fluirán asimismo en una sensibilidad ecologista, que esconderá sus pliegues nostálgicos entre cortinas de progresismo. Una irresuelta contradicción vivirá así en el paisaje de generaciones que valorarán de manera casi equilibrada el cuidado animal o vegetal como a las innovaciones técnicas que proporcionarán facilidades y reducción de esfuerzos, pero que necesariamente tenderán a modificar radicalmente cualquier hábitat producto de ensueños bucólicos.

La libertad de opciones personales será profundamente estimada y acaso nos parece que no será fruto de un sentir individualista a ultranza, sino que será comprendida desde una estructura donde el esquema social deberá acompañar brindando mayores posibilidades para todos. Afirmamos con ello que un joven no se sentirá desligado de sus coetáneos o irresponsablemente aislado de la sociedad, pero tampoco sacrificará en antiguos altares masificantes su propio desafío y creatividad vital. Creatividad será justamente una palabra grata y una virtud muy querida. De este modo, la libertad será vivida sin culpa y la solidaridad sin asfixia, superándose a lo largo del tiempo antiguas antinomias entre lo personal y lo social.

Por otra parte, existirán pocas cosas que parezcan “imposibles” o “imprecederas” a estos retoños y sin duda que esta creencia llevará a continuar con fuertes innovaciones en todos los campos, acaso batiendo récords de asombro y estupor en las generaciones precedentes.

Para algunos lectores, quizás estemos trazando un panorama excesivamente idealista y acaso estén en lo cierto. Aún así, las características de un modelo social terminalmente decadente y la aparición de una civilización por primera vez planetaria, dan alimento a la entusiasta posibilidad de que la juventud proyecte un salto visionario e imprima un sello de conducta acorde a los nuevos y acelerados tiempos en los que les toca vivir.

En relación a estas velocidades sociales, es improbable que estas generaciones apunten a procesos largos, sino más bien que tiendan a heredar rápidos reflejos y una fuerte capacidad de síntesis que desarrollarán para protegerse del excesivo impacto psicológico que un profuso ametrallamiento sensorial les impone. Desde estos hábitos, todo discurso largo (como el de este libro por ejemplo), todo gesto ampuloso y superfluo, todo argumento elíptico que no apunte inequívocamente hacia una rápida resolución, serán rechazados de inmediato y con absoluto desenfado.

Precisamente este desenfado como rol conductual, el alejamiento de etiquetas almidonadas y el despliegue de una honestidad hiriente, serán sellos inconfundibles de

un modo de sentir las relaciones entre estos jóvenes que se proyectará hacia adelante. La vivacidad y voracidad con las que estas generaciones “consumirán” la vida, harán parecer que se trata de omnívoros insaciables y la comunicación, sobre todo entre generaciones, se dificultará enormemente. No serán los jóvenes quienes tendrán que adaptarse a un mundo viejo, sino los viejos a un mundo joven.

Por otro lado, la incesante y devoradora volatilidad seguramente colaborará en que muchos jóvenes conecten con importantes crisis de sentido vital en corto tiempo. No nos referimos con ello a aquel tipo de crisis mecánica que surge de la fricción entre el mundo dado y el ímpetu de la transformación generacional. Nos parece que estas generaciones serán protagonistas de momentos de agonía de una histórica externalidad, la que será puesta en tela de juicio por la vertiginosa inestabilidad en la que les toca desarrollarse. De ese modo, es posible que estos pequeños sean el resorte que comprima la reflexión hacia la profundidad, para eyectar luego a la Humanidad hacia arriba, en un envión con cualidades de gran relevancia histórica.

El Universo y su inmensidad será por tanto el espacio de acción de estos bípedos, hoy en apariencia inofensivos.

El plano medio

En relación a las relaciones

“Nada existe aislado, sino en relación dinámica con otros seres dentro de ámbitos condicionantes”. De este modo formuló Silo la primera de cuatro grandes leyes universales, ley a la que llamó Ley de Estructura. Esta verdad, relativamente sencilla de aprehenderse y ser comprobada, nos pone ante la tremenda complejidad de la existencia, la cual ata con multiplicidad infinita a cada una de sus partículas a una dependencia descomunal. Veamos algún ejemplo que nos permita graficar la cuestión, acercando el concepto a un mundo de menor abstracción. Imaginemos que estamos frente a una copa de agua, en la cual vertimos unas pocas gotas de tinta. Observaremos que la tinta se entremezcla con una porción de agua, trazando fantásticos y caprichosos jirones en la solución hasta entonces límpida. Si una cristalina gota, espantada por el oscuro avance de la fantasmal figura, quisiera escapar de allí no podría, confinada como está en la severa cárcel de vidrio. La definitiva relación de aquella gota con el conjunto líquido que la contiene quedará finalmente de manifiesto no bien comencemos a agitar la copa en círculos, produciendo así la total simbiosis entre la tinta agresora y la pobrecilla gota, atrapada en íntima relación con sus demás congéneres.

No siempre las relaciones están teñidas con el dramatismo descrito en la fábula precedente. Lo dramático, sin embargo, es la impropiedad de considerar cualquier fenómeno en situación de aislamiento, sin poner de manifiesto al menos, que intencionalmente se lo está separando para estudiar cierto comportamiento parcial. Es fuertemente impactante constatar que precisamente gran parte del conocimiento y la Ciencia proceden de modo tan imperfecto e inexacto, seccionando toda conexión para hacer de la porción un absoluto y petrificando el fluir para intentar su réplica en una pizarra. Está claro que luego el objeto secuestrado será devuelto – previo pago de rescate al Saber – a sus múltiples relaciones habituales, pero aquí se esconderá un escamoteo por el cual todos quedaremos luego prisioneros de aquella cercenada visión: nunca el objeto reaccionará de la misma manera que en un imaginario entorno neutro, y así, habrá que mirar su comportamiento en relación para profundizar en él.

Aún más destructivas se volverán nuestras disquisiciones, si pensamos en que la momentánea detención temporal y deslocalización espacial son precisamente componentes intrínsecas a la naturaleza de todo pensar. Como lo refería en su momento Agustín de Hipona en sus *“Confesiones”*: *“¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé...”*, haciendo alusión a la inmediata experiencia de la dificultad de apresar lo por esencia móvil y variable.

Salgamos sin embargo de este mundo incierto, para no caer en la desesperación que sin duda conllevan las limitaciones de la razón, dejando simplemente esbozado este tema de las innumerables relaciones que involucran a cada cosa en cada instante y la necesidad de apreciar al menos algunas de ellas para comprender mejor al objeto en el cual focalizamos nuestro interés. Expresado a la usanza paradójica: cuanto más quieras

saber sobre algo, más deberás olvidarlo y atender a cuanta relación puedas que sostiene con su entorno.

Rápidamente se arribará al peligroso punto de comprobar cuán limitadamente abarcativo puede ser dicho proceder, volviendo a lidiar con aquel fastidio epistemológico que seguramente sintieron tantos respecto a la precisión cognoscitiva humana. Tal enojo se disipará sin embargo a través de un acto de humildad, abandonando la insensata pretensión de “conocerlo todo por completo, para siempre y uno sólo”, absurdo al que tan habitualmente nos vemos arrastrados.

De este modo, trataremos de apreciar con soltura y alegría en cada descubrimiento, algunas relaciones del Dragón y del Águila con su entorno y finalmente también entre sí. Seguramente nuestros lectores reconozcan entonces temas ligados al campo político, al económico y genéricamente al ámbito de lo social. Sin embargo, con total propósito nos abstendremos de dividir la exposición en secciones temáticas pertinentes e iremos apilando relaciones para mostrarlas, intentando que tales implicancias vayan exhibiendo su importancia, sin constituirse en sentencia externa determinante y definitiva.

Entre la ausencia y la omnipresencia

Las relaciones que históricamente ha sostenido China con su entorno pueden englobarse en dos grandes ciclos: un ciclo de aislamiento y un ciclo de conexión. Por supuesto que tales modos no han sido idénticos en intensidad y admiten una extensa paleta de situaciones intermedias en cada período, pero permiten sin embargo ubicarnos con cierta aproximación a algunas constantes.

Según refieren estudiosos del tema, el ciclo de enclaustramiento promueve fuertes tendencias nacionalistas y autoreferenciales, negando todo posible impacto benéfico de interconexión con culturas ajenas. El Dragón se encierra en su caparazón de Tortuga cerrando durante largo tiempo entradas y salidas y volviéndose sobre sí mismo. Por el contrario, los períodos signados por la apertura cultivan el enriquecimiento cultural, considerando la incorporación de elementos externos a la sociedad propiamente china como un valor de refinamiento. Fácilmente podrán nuestros lectores encontrar ejemplos de ambos ciclos volviendo algunas páginas atrás, en nuestra breve e introductoria reseña histórica de la primer parte.

Está claro que la intención de aislarse de ningún modo lograba eliminar por completo la inmanente presión de factores exteriores, como así tampoco debe entenderse que los factores domésticos perdían preponderancia en las etapas de intensa relación con el resto del mundo. Pero sin duda que las direcciones relativas especificadas han dejado claramente su sello epocal.

En tiempos recientes, en lo concerniente a política exterior por ejemplo, las relaciones chinas sufrieron variantes extremas entre ambas modalidades en el brevísimo lapso de unas pocas décadas. En el período inmediatamente posterior al surgimiento de la República Popular, cuatro años después del término de la Segunda Guerra, el carácter de la relación fue signado por la alianza con la Unión Soviética. Esta unión no procedía exclusivamente desde la afinidad ideológica de procesos opuestos al imperialismo capitalista, sino también - desde el punto de vista chino - desde su necesidad de recursos militares, económicos y de transferencia tecnológica. Como contrapartida a su ayuda, la Unión Soviética - a la usanza de la época - pretendía el seguimiento de su modelo y de sus intereses estratégicos. Pocos años luego de la muerte de Stalin en 1953, comienza el revisionismo crítico en la potencia soviética hacia las prácticas del estalinismo. Esta tendencia - vista por Mao como debilidad y retroceso del proceso socialista - junto al incumplimiento de algunas promesas por parte de la aliada (entre ellas la prometida y no cumplida transferencia de armamento atómico) y factores de poder internos - produjeron un debilitamiento creciente de la amistad refrendada en aquel pacto sino-soviético de 1950.



Estampilla china conmemorativa del Pacto de Amistad entre China y la Unión Soviética, 1950 (Fuente: Wikimedia Commons)

Aquel resquebrajamiento, que fue in crescendo con las críticas de la URSS a la invasión del Tibet (1959) y la retirada oficial de la ayuda (1960), escaló de tono con acusaciones cruzadas hasta que devino en ruptura en 1963, en ocasión del conflicto fronterizo entre China e India, donde la URSS apoyó a India. Por esta época (ya desde el fracasado Gran Salto Adelante) comienza a gestarse un nuevo ciclo de reclusión que quedaría “oficializado” con el inicio de la Revolución Cultural de 1966. Tal ciclo – al igual que en momentos históricos anteriores - supondría la represión de aquellos factores tildados en aquel momento de antisocialistas, pero que en realidad era la traducción de aquella claudicación ante tendencias externas ya señalada anteriormente.

Así, en este nuevo ciclo se reforzaría la “variante china del socialismo”, poniéndola en dialéctica ideológica y de acción geopolítica con el mundo circundante, por entonces ya fuertemente bipolar. De este modo, se declaran tanto a la URSS como a USA potencias imperialistas, enemigas del pueblo chino.

Como veremos seguramente luego, en el análisis más compositivo, la Revolución sufría por entonces no sólo presiones inherentes a estrategias contrarrevolucionarias mundiales, sino también el embate del recambio generacional, que llevaría poco tiempo después de la muerte de Mao a una fuerte renovación del Comité Central, reemplazando paulatinamente a todos los viejos héroes revolucionarios por administradores y tecnócratas, éstos últimos una versión moderna de aquel legendario cuerpo de funcionarios que supusiera la aplicación práctica de la enseñanza confuciana en tiempos del Imperio clásico.

Precisamente con la rehabilitación política y el posterior liderazgo de Deng Xiao Ping, comienza gradualmente en 1978 un nuevo ciclo de apertura, que incluiría un creciente acercamiento a los EEUU, señalado en 1979 con el establecimiento formal de relaciones diplomáticas. Comenzaba así la era “de las Cuatro Modernizaciones”, la cual derivaría – en andas de la furibunda globalización que surcó el mundo a partir de mediados de los 80’ en la situación actual, en la cual el Dragón parece haber mutado en una imponente multiplicación de relaciones hacia la omnipresencia de una bacteria.

Debemos hacer aquí un alto para despejar esa sensación ambigua que dejan siempre todas las contradicciones y los inesperados giros políticos en China. Muchas personas (sobre todo en Occidente) siempre están azoradas ante estos escenarios opuestos, donde el mercado capitalista es sustentado y ampliado desde un partido llamado comunista, donde el “centralismo democrático” es el eufemismo de la falta de expresión política diversa, donde la tradición asoma con vigor entre los pliegues de las híper modernas construcciones de acero.

Analistas políticos modernos se remontan - en sus explicaciones sobre la actual etapa - a un concepto llamado Ti Yong, acuñado en las postrimerías del siglo XIX por algunos funcionarios del régimen Qing. China había sido doblegada por las potencias extranjeras invasoras desde su voracidad expansionista, dando por tierra la creencia acerca de una supuesta “superioridad” cultural sinocéntrica y la última dinastía imperial en sentido clásico buscaba una vía para lograr entrar en la “modernidad” y de paso, salvarse a sí misma del derrumbe – asunto como sabemos, destinado a fracasar pocos años después. El Ti Yong, cuya significación literal es Ti (esencia) y Yong (utilidad o funcionalidad) era un intento de camino medio entre el pensar conservador que ensalzaba lo chino (visto como Ti) y los que querían rápidas y radicales reformas,

incorporando conocimientos y tecnologías de Occidente (visto como Yong). Así lo formulaba en 1889 uno de estas estrategias neoconfucianas, Zhang Zhidong en sus *“Exhortaciones para aprender”*: *“Aprendizaje chino para principios fundamentales; aprendizaje occidental para aplicaciones prácticas”* (*zhong xue wei ti, xi xue wei yong*).

Desde un punto de vista más metahistórico, nada de esto resulta extraño y poco de esto – tan reciente como apenas algo más de cien años atrás – resulta nuevo. Es fácil ver en el trasfondo de estas tácticas los antiguos mitos sobre los que construyó gran parte de su cultura el pueblo chino. Silo nos acerca en su libro *“Mitología Raíces Universales”* a esta base profunda, haciendo alusión al capítulo XI del *Tao Te Ching*: *“Treinta rayos convergen hacia el centro de una rueda, pero es el vacío del centro el que hace útil a la rueda”* aclarando acto seguido: *“Con arcilla se moldea un recipiente, pero es el espacio que no contiene arcilla el que usamos como recipiente. Abrimos puertas y ventanas en una casa, pero es por sus espacios vacíos que podemos utilizarla. Así, de la existencia provienen las cosas y de la no existencia su utilidad.”*

De este modo comprendemos aquella característica tan común a esa cultura que, exteriormente ha sido vista como “extrema practicidad”, pero que enlaza en realidad con la visión cosmogónica de un Universo que se sirve de las antagonías para avanzar desde el Vacío creador hacia los infinitos mundos. Emparentada lejanamente con esa mirada y tremendamente subsumida en el torrente diferenciador y maniqueo propio de Occidente, asoma aquella sentencia que dice: “Dios escribe derecho con letras torcidas”.

Todas estas conexiones y símiles no tienen por objeto presentar a los responsables de la estrategia política china como poseedores y continuadores de una sabiduría milenaria, sino por el contrario, significar lo mecánico y bastante poco original de sus procedimientos.

Por otra parte, no lograremos nuestro cometido de “despejar la sensación de ambigüedad” (como nos habíamos propuesto poco antes) ya que precisamente la ambigüedad es en muchos casos el efecto deseado en la política china, tanto en términos de relativo obscurecimiento de propósitos geopolíticos, como de no excluir definitivamente potenciales posibilidades. Esta relatividad absoluta, esta incertidumbre que pudiera aparecer como fatal a ojos de un fanático de las definiciones, hace que el proceso quede en realidad siempre abierto a nuevas variantes, dejando así garantizada la continuidad aunque los signos cambien de un momento a otro.

Como ejemplo de esta ambigüedad intencional, pese a los grandes esfuerzos de su diplomacia por continuar pareciendo una “nación en desarrollo” (lo cual es sin duda cierto desde algunos indicadores), China se ha convertido en una potencia mundial. El pequeño biombo que han instalado los funcionarios a cargo no alcanza a tapan el enorme cuerpo que el Reino del Medio va desarrollando. Diariamente la agencia oficial de noticias Xinhua difunde noticias sobre incontables viajes al exterior de ministros predicando el sonsonete habitual de “cooperación y beneficio mutuo”. Por otra parte Beijing es hoy un lugar de privilegio para la visita de Jefes de Estado de las más diversas latitudes, quienes afanosamente trabajan para firmar acuerdos con el Estado chino y sus diversas provincias. Todos procuran aprovechar el enorme mercado para vender cosas y en muchos casos la oportunidad se ha transformado en una dependencia tal, que presurosos acomodan discursos y políticas para agradar a la nueva política imperial del aparente “soft power” con su discurso de “armonía universal”. Todos también hacen fila para verse favorecidos por las inversiones chinas, que no sólo han

llegado a ser inmensas en los países centrales, sino también imponentes en cuanto a su diversificación.

Veamos algunos datos significativos de la actualidad que ilustran lo que venimos comentando. Empecemos por lo más conocido, la omnipresente economía. Según cifras del Banco Mundial (*World Development Report 2009*), China viene sosteniendo un promedio de crecimiento de su producto interno bruto de un 10% anual entre 1990 y 2007, cuatro veces mayor al crecimiento promedio mundial entre 1990 y 2001 (2.7%) y algo más del triple del registrado entre 2001 y 2007 (3.2%). Aún cuando algunos países como India, Singapur o Corea del Sur exhiben índices altos de crecimiento, el más cercano es la India – que queda bien lejos con “sólo” 7,8% de crecimiento promedio del PBI en el período 2001-2007. Completemos el cuadro con una comparación esclarecedora: en el período entre 1990 y 2007 países como Alemania, Francia o Japón no llegaron al 2% promedio de crecimiento, USA creció alrededor de un 3%.

Continuando con esta parte monótona, consignemos que el volumen de comercio exterior de China pasó de 20.6 billones de dólares en 1978 a 2.5 trillones en 2008. Para no extenuarnos imaginando cifras indigeribles, digamos simplemente que ello representa una multiplicación por 121 en apenas 30 años.

Otro dato relativo a la imponente presencia económica lograda es que China se ha constituido en el sitio preferido mundialmente para la inversión económica directa de capital extranjero y la propietaria de reservas financieras número 1 del planeta (2,13 trillones u\$ en Junio 2009). Como también es sabido, en algún momento del año 2010, China ha pasado a ser la segunda economía mundial, aventajando a la vecina Japón y siendo sólo superada – al menos de momento – por la potencia de garras y estrellas.

Con estos breves datos queremos simplemente significar que el Dragón se va estableciendo en una posición central en lo referente al tan codiciado dinero y por tanto, sus relaciones en este campo se han multiplicado enormemente.

Pero lo mercantil no es el único sector donde el Dragón ha expandido sus alas. En los Juegos Olímpicos desarrollados en Beijing en el año 2008, China conquistó 51 medallas doradas, aventajando en 15 a USA y en 28 a Rusia, otrora invencibles potencias deportivas. En la suma total de medallas - incluyendo aquellas que se otorgan por segundas y terceras posiciones - el Águila quedó por encima del insolente Dragón, vencéndolo por 110 a 100. Bien lejos estaba sin embargo aquella triste cosecha de sólo 5 medallas de oro en las Olimpiadas celebradas en Seúl, sólo 20 años antes.

Y no sólo el resultado deportivo sino la magnificencia que China quiso poner de manifiesto en esos Juegos Olímpicos, no hacen sino mostrarnos que en realidad se trató de una demostración de su novedosa fuerza hacia fuera y hacia adentro, combinada con la suavidad simbólica de las mascota elegida para el evento, los Fuwa, que – según la página oficial en español – *“representan el mensaje de amistad, paz y buena voluntad de China hacia los niños de todo el mundo.”*

Este imagen de paz que China se preocupa por difundir permanentemente no coincide en absoluto con el incremento de su potencial armamentístico. Según cifras del SIPRI, China es el segundo despilfarrador mundial en gastos militares, totalizando en 2009 una cifra cercana a los cien mil millones de dólares (100 billones). Esta irracionalidad sólo se ve llevada al absurdo total al observar el monto que gasta (- o

invierte – según se vea) el primero absoluto en la lista y depredador máximo, el Águila norteamericana, quien gasta la sideral suma de 661 billones, es decir más de 6 veces más, presupuesto que representa el 43% del gasto mundial total en armamentos. Pero ya nos ocuparemos profusamente de las filosas garras en próximas páginas, por lo que volvamos al caso chino.

En relación a su PBI, China exhibe gastos militares correspondientes al 2%, porcentaje que se ha mantenido casi constante en los últimos veinte años. Sin embargo, esta estaticidad es aparente y la ingenuidad desaparece cuando tomamos en cuenta – una vez más - el enorme crecimiento en las finanzas de la potencia oriental. De este modo, vemos que en esos mismos veinte años, entre 1989 y 2009, el presupuesto militar se ha sextuplicado, pasando de “sólo” 16.3 billones a la ya citada centena billonaria. Esta suma a su vez, representa ya el 6.6 % del gasto mundial global. Por otra parte, no podemos olvidar que China sostiene el mayor ejército del mundo en número de efectivos, totalizando 2,2 millones en servicio activo.

Si además damos crédito a fuentes bien informadas que nos hablan de un fuerte esfuerzo en la modernización de las Fuerzas Armadas de aquel país, sobre todo en el campo tecnológico, informático y logístico, se vuelve algo incomprensible tanto discurso pacifista.

Continuando con la característica ambigüedad que poco a poco comienza a ser familiar, ha sido notable el esfuerzo chino por apaciguar disputas territoriales con sus vecinos, intentando saldar los veintitrés diferendos pendientes incluso con importantes concesiones.

Yendo más allá de esta política tendiente a disminuir toda tensión fronteriza - que según vimos anteriormente ha sido fuente de permanente zozobra y preocupación del poder en toda la historia china – el Dragón ha elegido firmar la mayor parte de los tratados de control y no proliferación de armamentos. Por otra parte, la participación en misiones de las Naciones Unidas se ha multiplicado por veinte entre 2000 y el 2008. En Noviembre de ese año, 1949 chinos sirven en 9 distintas misiones de paz, la mayoría de ellas en África. Estos números, si bien relativamente pequeños, muestran junto al contexto anterior como China intenta mostrarse como una potencia “responsable” o “confiable”, ganándose el beneplácito de otros países y mostrando una contracara de “poder suave” ante la conocida arrogancia y agresividad norteamericanas. Pero ese mensaje también va dirigido a contrarrestar cierta imagen en la misma sociedad estadounidense, tratando de disolver cualquier sensación existente allí acerca de un supuesto “peligro chino”.

En la misma dirección expansiva de matices suavizados, va la instalación de más de 300 Institutos Confucio en el extranjero, con la idea de promover la cultura tradicional china. Según dos artículos del *Asian Survey* (Vol. 48 – Mayo-Junio 2008, Young & Jong y Wang & Lu – citados por Samuel Kim) la Oficina Nacional para la Enseñanza de Chino como idioma extranjero, está aplicando un presupuesto millonario para lograr cuadruplicar el número de estudiantes foráneos de chino, intentando que esta cifra llegue a los cien millones hacia el año 2010.

Todo ello nos va dando ya una pauta del tipo de relación con el mundo al que aspira el Dragón. Conciente de su renovada fuerza y conciente además de que los demás comienzan a reconocer esta fortaleza, China intenta minimizar su figura agigantada,

intentando cultivar amistades (hecho que se facilita con los préstamos, las inversiones y la compra de materia prima) y promoviéndose como una cultura de paz y cooperación.

Es como aquel viejo juego de sombras que todos conocimos de niños, donde lo importante no eran las manos que generaban las figuras, sino la perspectiva en la cual éstas eran proyectadas sobre una superficie posterior.

En esta línea, Hu Jintao, habla en 2005 en el plenario de las Naciones Unidas acerca de la imagen de un “mundo armonioso”, concepto que marca la semántica de las declaraciones de la diplomacia china de esa década. Refinadamente concebida, esa concepción incluye a la perfección la raigambre cultural de procedencia junto a la intención de relación que se pone de manifiesto. Por supuesto que también deja entrever – como habitualmente en toda proclama imperial – que no habrá tolerancia para factores “disarmónicos”, que amenacen disgregar la dirección central desde pluralismos u opiniones no acordes. De este modo, el Dragón exhibirá su sonrisa hacia afuera y continuará mostrando sus fauces hacia adentro.

El Águila depredadora

Con 865 bases militares en 40 países soberanamente extranjeros y un despliegue de 190 mil soldados en territorios ajenos, con un ejército de 1,5 millones de soldados activos y otros tantos en reserva, con alrededor de 5400 ojivas nucleares y gastos de armamento cercanos a la mitad del total mundial, no es difícil interpretar el tipo de relación que habitualmente sostienen los Estados Unidos de América con el resto de los pueblos.

Esta infernal maquinaria ha estado desde siempre al servicio de la extensión y la defensa de los intereses económicos privados de empresas o individuos norteamericanos. Como ya comentáramos en un trabajo anterior (*Memorias del Futuro*, Virtual Ediciones, 2008, página 171): “...los negocios tenían que ser protegidos por los ejércitos. Entonces los viejos fortines se transformarían puertas afuera en emplazamientos militares. Por otra parte, eran necesarias vías de comunicación terrestres y marítimas para agilizar el transporte de mercaderías entre un punto y otro. Estas vías, al igual que en todos los tiempos históricos, tenían que ser resguardadas y controladas”.

A estos efectos el Águila desarrolló ya tempranamente en el Siglo XIX un fuerte poderío naval para batirse con la piratería en el cercano Caribe o controlar el tráfico de esclavos en las costas norafricanas, pero fundamentalmente para dirimir con Inglaterra, Francia y España el control sobre los mares y una importante cantidad de asentamientos insulares. El mar era por la época una esencial vía para el tráfico comercial y quien aspirara a una posición dominante en el comercio, debía ser capaz de combatir por la supremacía marítima.

Así los Estados Unidos produjeron casi interrumpidamente en aquel siglo incursiones de castigo, ingerencias antirrevolucionarias, desembarco de tropas y hasta la dominación directa sobre territorios ajenos, todo ello bajo el argumento explícito de “proteger los intereses americanos”. Intereses que no respetaron frontera ni derecho alguno, salvo el de la preservación de los propios negocios. De esta manera, todas las antiguas posesiones españolas en Florida, Texas, California, Arizona y en general en todo el Sur y el Suroeste pasaron a formar parte de la Unión, como así también los restos coloniales franceses en la Louisiana. Después de una cruenta guerra civil en la década de 1860, EEUU lograría solidificar aquel Estado constituido desde y para la agresión. La batalla continuaría y el fin de siglo XIX presenciaria la anexión de posesiones lejanas del menguante imperio español, al tiempo que avanzaría afirmando su dominio e influencia en el Caribe y América Central.

Ya en pleno siglo XX las legiones entrarían en Europa y en el Extremo Oriente, sembrando al mismo tiempo desinteligencia y terrorismo en todo el planeta a través de las intrigas de sus agentes de “inteligencia”. En la mitad de la pasada centuria, en el ocaso de los sistemas coloniales ingleses, franceses y el apocalíptico derrumbe de los fascismos clásicos, la voracidad norteamericana encontró sólo un rival de fuste en la arena ideológica y geopolítica. El Águila de garras y estrellas se enfrentaba al Águila bicéfala en poder de los soviets. En aquel mundo bipolar, Europa actuaría de rehén, los países musulmanes de factores aliados con uno u otro y los nacionalismos no alineados serían considerados desechos de un pasado filofascista que era preciso convertir a los credos en pugna. Curiosamente, a partir de los años 80’ y ya consumada la exhumación

de aquel modelo socialista ruso, no se acudiría más al lugar común de los “intereses nacionales” para justificar la agresión, sino que se atacaría a cualquiera que precisamente quisiera defender sus propios intereses nacionales, devenidos ahora en pecado fundamental en tiempos de globalización. Las naciones ya no interesaban en aquel final de milenio, sólo “los intereses de mercado”.



Escudo del Departamento de Defensa de los Estados Unidos de América
(Fuente: sitio web de la Biomedical Engineering at the University of Michigan (BME))

En relación a su potencial militar sin embargo, la historia del Águila yanqui dista mucho de parecerse a la de aquellos victoriosos imperios persas, mongoles, helénicos o romanos, sino más bien una sucesión plagada de estruendosos fracasos.

En China, la facción apoyada por los EEUU, el Kuomintang, fue derrotada en la guerra civil que precedió al surgimiento de la República Popular, encontrando los fugitivos refugio en la pequeña isla de Formosa y dando origen a Taiwán. El apoyo a Corea del Sur no lograría desalojar al comunismo de la parte norte de la península. El más de medio millón de soldados enviados a Vietnam habría de ser resistido y expulsado victoriosamente por el Vietcong. Tampoco lograrían las fuerzas del Águila detener el alucinado maoísmo de los Khmer Rouge en Camboya. Las sangrientas dictaduras latinoamericanas, alimentadas y dirigidas desde el Pentágono, caerían una a una en los 80', y el igualmente salvaje yugo neoliberal que las sucedería – extrañamente llamado “consenso” de Washington – no podría ejercer su potestad mucho más allá de los 90'. El radicalismo islámico explotaría en el Irán shiíta, derrocando al principal aliado norteamericano en la región, el Sha Pahlevi. Cuba permanecería altiva frente a un asfixiante bloqueo cincuentenario, Nicaragua resistiría la contrarrevolución y finalmente en Venezuela un patriota bolivariano se plantaría insolentemente ante tanta depredación. Entre tanto, las culturas originarias emergerían en todo aquel continente americano, dando por tierra con los esquemas de dominación.

Algo mejor les iría en Irak a aquellas tropas habitualmente vencedoras en la pantalla de cine. Posiblemente en el primer capítulo del conflicto - cuando la invasión iraquí a Kuwait - el temor de la monarquía saudí por la proximidad del ejército de Hussein y la comunión de intereses en torno a un modelo dependiente en su desarrollismo industrial de los precios y el abastecimiento de combustibles, hicieron la tarea más sencilla al ejército norteamericano, secundado en la ocasión por la activa participación de una coalición internacional. Pero la resonante victoria obtenida y amplificadas mediática-

mente por el reality show de la guerra, sería sin embargo pocos años más tarde opacada por un suceso que parecía imposible. El 11 de Septiembre del 2001, aviones civiles tripulados por suicidas, surcarían a pleno día el controladísimo espacio aéreo de la costa Este de EEUU para impactar – como blanco principal – en dos Torres Gemelas en el centro de Nueva York, símbolo del mundo omnipotente de las finanzas y los negocios. La imagen de invulnerabilidad del Águila quedaría pulverizada entre los escombros del World Trade Center. El estupor devendría en venganza y año y medio después, se escribiría el segundo y definitivo capítulo de aquella guerra en el Golfo Pérsico.

El enemigo sería nuevamente Saddam Hussein, debilitado por sucesivas guerras y un embargo internacional que hacía de Irak una presa relativamente fácil, posibilitando así el desembarco directo de las legiones en la antigua Mesopotamia. El régimen nacional-populista del partido Baath (gemelo del homónimo sirio), no tenía demasiados simpatizantes a nivel internacional. Las tiranías hachemitas y los aristocrático-feudales reinos y emiratos del Golfo consideraban a los líderes del panarabismo nacionalista y popular un peligro desestabilizante dentro del mundo árabe. Otro tanto sucedía con regímenes de igual inspiración teocrática, pero descendientes de la facción Alí, enfrentados en una guerra sangrienta en los años 80` al mismo Saddam – por entonces aliado de USA contra el Irán de los mullahs. Aún dentro de los países musulmanes ideológicamente más cercanos o en las ex potencias coloniales como Francia (que largamente habían lucrado en aquel país), el demonizado gobernante iraquí gozaba de pocos amigos. De este modo, con el explícito o tácito acuerdo de casi todos, el Águila lograba su objetivo primario: hacerse con el control de vastas reservas petrolíferas y de nuevos buenos negocios en la reconstrucción del arrasado país, al tiempo que establecía con cierta justificación internacional sus milicias en la región. Para las crónicas quedaría que un tirano había sido derrocado.

La permanente guerra en el tribal Afganistán impondría una aún mayor presencia en la zona, clavando el Águila sus garras como un puñal en plena área de influencia coránica y subsuelos ricos en petróleo y otros minerales. Dicha presencia apuntaría a reforzar la amenaza sobre todo el vecindario, en primera línea Irán, pero también ajustando el alineamiento de Pakistán y con la mira puesta en tayikos, uzbekos, kazajos, turkmenos, en el territorio del antiguo khanato de la Horda de Oro mongola, rico en materias primas y gas y geográficamente constituido en patio trasero de Rusia y puerta de entrada al débil Far West chino.

Tal postura de agresión continua como modo de relación permanente no puede ser considerada fortuita ni tampoco explicada desde los argumentos difundidos en la prensa en cada coyuntura. Aquí nuevamente recurriremos a ese peculiar modo oriental de mirar, donde no es lo presente sino lo co-presente o ausente lo que interesa.

Acaso no sea el triunfo lo que importa en las guerras imperiales, sino el hecho mismo de que tales guerras sean libradas. Ahondaremos en esto cuando veamos en capítulos posteriores la componente militarizada y su importancia en la sociedad estadounidense. Digamos brevemente que el Golem destructivo que la codicia genera para conseguir y preservar aquello que codicia, fagocita finalmente a su creador, imponiéndole la guerra y la violencia como alimento. En otras palabras, los ejércitos imponen su lógica a las sociedades de las cuales provienen, dando inicialmente cabida al elemento humano que esa misma sociedad expulsa y terminando por ser un factor de poder excluyente que subordina gran parte del quehacer social a sus designios.

Pero salgamos ahora de este campo geoestratégico y militar que se impone a la vista toda vez que uno pretende analizar el tipo de relación que establece USA con el resto del mundo. ¿Será que la rudeza y la agresión son intrínsecamente constitutivas de la actividad estudiada y acaso encontremos en otras una amigabilidad inusitada?

Veamos por ejemplo que sucede en el campo científico. En el año 2009, según un informe de la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual (un organismo de las Naciones Unidas), se presentaron unas 155.900 patentes. Casi el 30% de todas las solicitudes presentadas (45.790) provienen de Estados Unidos, seguido por Japón y Alemania, que reúnen sumados una cantidad similar. Esta preponderancia se comprueba analizando datos de años anteriores, menos sujetos a la crisis económica de ese año que el informe citado revela como factor de descenso en el patentamiento. Por supuesto que la cifra de patentes no es el único indicador de desarrollo científico, pero seguramente que hay cierta proporcionalidad entre los avances técnicos y el intento de preservar o cobrar por su uso.

¿A qué se debe tal supremacía tecnológica? Alguno dirá: en un país de grandes recursos se invierte mucho dinero en desarrollo tecnológico generando laboratorios de primera línea y ofreciendo buenas remuneraciones a los investigadores. Y estará en lo cierto. El caso es que una parte de esos estudiosos no son norteamericanos. Según datos de la National Science Foundation, en 2006 el 36.2 % de los doctorados en Ciencia y un 63.6% de los otorgados en ingeniería, fueron entregados a personas no estadounidenses. Otras estadísticas muestran que una gran parte de los graduados extranjeros permanece en EEUU y comienza a trabajar en la industria. En mayo del 2010, un informe del National Science Board lo expresaba con claridad: *“Atraer y retener talentos nacidos en el extranjero sigue siendo un pilar esencial de nuestra empresa nacional basada en ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas”*. Ese informe continúa recomendando incentivar la incorporación de más nativos al estudio científico, al cual – según otros estudios – la juventud norteamericana parece cada vez más renuente.

El punto que hemos querido señalar es que USA nutre sus estratégicos laboratorios succionando de otros países “materia gris”, conservando así – al menos de momento – la delantera en el campo científico.

Una similar actitud vampiresca se observa en el campo deportivo. La otrora inexpugnable National Basketball Association (NBA) contaba en 2008 con 76 jugadores extranjeros de 31 países distintos. La corta historia de esta globalización basquetbolística dice que los primeros no nativos oficialmente se incorporaron recién en la temporada 1984/85. El punto aquí no fue sólo la succión de talentos para mejorar la competitividad, sino que era esencial al negocio. Nada expande mejor la venta del producto como la incorporación de figuras locales a la hiperprofesional liga de baloncesto estadounidense. Los millonarios salarios de los Nowitzkis, Ginobilis, Gasols y Yao Mings no son sino inversiones de marketing.

En el béisbol, los jugadores extranjeros eran ya comunes desde el siglo XIX. Un sitio web especializado (<http://www.baseball-almanac.com/>) nos refiere que han participado históricamente de la liga profesional 1877 jugadores no nativos, frente a los 15357 nacionales que han animado ese deporte tan querido por el público de USA. En ese caso, analizando también las procedencias nacionales de esos deportistas, está claro que

no se trata de figuras “importadas” sino de la integración en esa disciplina de la multifacética inmigración que llegó a América del Norte con el ensueño de una vida mejor.

Justamente en el campo migratorio podemos ver una corriente decisiva en la historia de los EEUU, la cual observaremos en detalle cuando estudiemos las entrañas del Águila. Desde el punto de vista de la relación, digamos aquí simplemente que USA ha sido durante toda su historia un receptor de inmigrantes. Millones de europeos blancos desembarcaron entre comienzos del siglo XVII y hasta las primeras décadas del siglo XX. Involuntaria fue la migración de encadenados sirvientes negros que sólo a partir de 1860 tuvieron derecho a ser considerados “nacionales”. Pero cierta pluralidad étnica recién sería alcanzada cien años después, luego de los años `60 del siglo XX, cuando las leyes migratorias permitieron – obligadas por la necesidad de nuevos y baratos trabajadores – la llegada de millones de latinos y asiáticos. El tamiz racista de la legislación de “cuotas de origen” para los inmigrantes fue distintiva no sólo de USA, sino de casi todos los regímenes fascistas, que pretendían “mejorar” o “preservar” la composición étnica, seleccionando el tipo de emigrantes a ser aceptados. De esta manera desaparece la imagen de una acogedora tierra para dar paso al darwiniano carácter que marcó a este lugar casi desde sus orígenes. La compasión cristiana prescrita por los textos venerados por los primeros inmigrantes se evaporaría en el polvo de los caminos de la conquista.

Lo que si perduraría sería el rito y no habría poblado norteamericano sin iglesia. La moral se dictaría domingo a domingo desde púlpitos de madera donde legendarios oradores harían estremecer los corazones de blancos y negros por igual, aunque en iglesias distintas. La militante actitud y la elocuencia evangelizadora serían luego exportadas como una avalancha que se implantaría fuertemente en las periferias desafortunadas de aquellas regiones hasta entonces controladas por el clero católico. Una mezcla de dólares, desasosiego espiritual, carencias materiales y desestructuración facilitaría la tarea de fogosos predicadores que concitarían el entusiasmo extático de multitudes, que a su vez no dudarían en abonar gustosamente su diezmo para lograr la bendición necesaria. En aquel imponente show y en el business casi idólatra que se desarrollaba a la par, asomaba a las claras la mentoría norteamericana sobre este especial credo. Esta ofensiva evangelista reemplazaría con creces a aquel intento católico de los años 60' de contrarrestar las ansias juveniles marxistas ofreciendo cierta variante teológica igualmente barbada. La ventaja de estas nuevas legiones del Águila era evidente, su influencia penetraba el corazón de la gente que por otra parte multiplicaba el efecto. Nadie podía hablar de “ocupación o invasión” y por último, los marines trajeados de domingo se ocupaban del mantenimiento autosustentable de aquella guerra religiosa. Es lo que en Estados Unidos se llamaría “a very good deal”.

Incomparablemente poderosa sin embargo, sería la agresión televisiva y cinematográfica con la que el Águila invadía a diario cada hogar del planeta. Cada niño recibiría en directo y a colores el influjo de un modelo nórdico hecho historieta, que pondría al triunfo personal como valor máximo. Esta criminal incitación a dividir el planeta en ganadores y perdedores, este absolutismo valórico sólo comparable con el medieval adoctrinamiento infantil aún actuante en miles de institutos “educativos” confesionales, es la vía de agresión más poderosa del Águila. Por ello, los estudios de Hollywood - con fuerte apoyo (y control) del aparato de poder norteamericano – han elaborado tramas aptas para esconder las injustificables apetencias de dominio y con

una inyección tal de violencia permanente y despiadada con la que se pretende presentar y justificar a los verdaderos violentos como elementos de orden y seguridad.

Esta artillería psicológica teledirigida apuntaría sobre todo a difundir un modelo cultural – ciertamente decadente – como el máximo exponente a ser imitado, pretendiendo al mismo tiempo uniformizar al mundo, barriendo con todas las demás culturas. Esta soberbia cumbre produciría finalmente el rebote de la acción, generando irritación y rechazo. Así las cosas y cada vez más, sólo iría quedando la fuerza como argumento...

El plano menor

En las vísceras del Dragón

Cierto campesino vivía en las cercanías de un río, que no lejos de allí desembocaba en el mar. En ocasiones, el bullicio de su numerosa familia le producía irritación y fatiga. Así, decidió pasar una noche sobre una barcaza que poseía para poder reposar mejor. Durante la noche, la embarcación se soltó de sus amarras sin que el labriego lo notase. Profundamente dormido como estaba, el hombre tampoco se percató que la barca se desplazó con suavidad por el brazo de aquel riacho hasta alcanzar el mar, adentrándose en él un par de millas. El campesino despertó en la mañana y viéndose rodeado por el agua, sólo atinó pensar que una fuerte crecida había anegado todas las tierras circundantes, sumergiendo todo aquello que le era querido. Comenzó entonces a llorar en la más absoluta congoja.

En esta sección del trabajo, quisiéramos mostrar aquellos factores que anidan al interior de nuestro objeto estudiado, aquello que pudiera mostrarnos la composición de lo que llamamos el “plano menor”. O al menos, algunas de sus tendencias relevantes. De esta manera, se nos hará patente que tipo de tensiones buscan expresarse desde adentro de aquello que estamos observando.

A poco de andar por los pasillos interiores, se nos revelará, sin embargo, cuán difícil es desconectar – sino de manera teórica y breve – lo interno de un sistema de aquellos otros planos que lo contienen. Tal como le sucedía al campesino de nuestra historia, que al no apercibirse del movimiento que había tenido su precaria nave mientras él descansaba, desesperó al ver el paisaje modificado por completo a la mañana siguiente. Cuánto mayor incidencia tendrá el entorno mundial entonces en este caso, dada la enorme multiplicación de relaciones suscitada – como hemos visto – en las últimas décadas. Tendremos entonces en cuenta la moraleja del relato y hablaremos seguidamente de algunos malestares viscerales del Dragón, mostrando acaso algo de su especificidad sin dejar de ponderar su relación estructural y dinámica.

Por otra parte, el análisis tomará como elementos compositivos a ciertas tendencias actuantes, hecho que dada la dinámica propia de cada una de ellas no hará sino complicar más las cosas. El punto de vista que utilizaremos, será el de observar situaciones que presenten un campo de tensión manifiesto o potencial, fuerza que pudiera expresarse a futuro contribuyendo a una transformación de la estructura. Trataremos de acercarnos a algunas contradicciones irresueltas para ver si a través de ellas se manifestará la caída de la opresión del esquema imperial, dando paso a una nueva síntesis revolucionaria en la historia del pueblo chino.

Por último, anotemos la máxima dificultad, que luego volveremos a puntualizar en las conclusiones que extraigamos de todo el trabajo. Así como no hay obra de teatro sin personajes, no hay ni habrá historia sin los seres humanos. Y la acción humana es un hecho intencional, por lo cual toda “tendencia” – sea ésta característica de cualquier plano – no es sino uno de los múltiples cauces que la especie puede desandar. De esta manera, no hay línea que trace un destino, salvo aquella que indica el camino hacia la

final libertad. Por tanto, todo lo que estamos estudiando no es determinante ni definitivo, sino apenas “una posibilidad más posible” que las demás y que se verificará sólo si el juez máximo, el Ser Humano, decide ponerla a prueba.

Entonces, algo ocurrió en aquel campesino desconsolado. Acaso fue la percepción de cierto movimiento en su barca, acaso la salinidad del ambiente. Quizás la rebelión interna ante el aparente destino esquivo o cierta fugaz intuición la que infundieron en él una esperanza y lo llevaron a sentir que no todo estaba perdido. El caso es que nuestro campesino comenzó a impulsar su nave con un madero que arrancó de un lateral de la misma y luego, al percibir aunque brumosamente una lejana costa, ya no se dio descanso alguno en su decidido intento. Poco después, reconoció tierra firme y no tuvo dificultad alguna en encontrar aquel recodo que lo conduciría de regreso a su hogar. A lo lejos, su numerosa familia salió a recibirlo con vítores, dando en el alborozo salida a aquella preocupación que había ocasionado la súbita desaparición.

Del abismo que crece mientras más la montaña se engrandece

Lejos, a la provincia de Guangdong, en las antípodas sureñas de Beijing, fue Deng Xiao Ping en busca de una de las respuestas a su problema. Allí estaba el antiguo poblado de pescadores de Shenzhen, el cual fue escogido por el gobierno para otorgar el primer status de Zona Económica Especial. No lejos de allí había surgido, ciento treinta años antes, el germen revolucionario de la Rebelión Taiping. Quizás buscando el rastro histórico de aquella huella innovadora, pero mucho más interesado en los términos materiales que en los espirituales de la fuerte apuesta, fue que el anciano Deng – por entonces ya septuagenario – señalaba con esta medida administrativa, el rumbo por el que China caminó en los subsiguientes treinta años. Muy cerca de allí estaban Guangzhou (Cantón) y Hong Kong, símbolos del contacto comercial con el imperialismo. El Neoliberalismo llamaba a las puertas en los albores de la octava década del siglo XX y Deng le abría presurosamente.

Las siguientes Zonas Especiales fueron elegidas no lejos de allí – dos en la misma provincia, una en la vecina provincia de Fujian y la otra en Hainan (literalmente “al sur del mar”), una isla situada en el punto más austral de China. La localización de estas zonas no era en absoluto fortuita, sino que apuntaba a absorber establecimientos fabriles desde las cercanas Hong Kong y Guangzhou (por entonces aún bajo soberanía foránea) y desde Taiwán. Por entonces, los puntos citados apuntaban ya a la producción de bienes con mayor componente tecnológico y el imán con el que China atraería al necesario capital foráneo sería irresistible: una masa fenomenal de trabajadores dispuestos a ser la avanzada de clase del ultracapitalismo en ciernes. Honor que les sería conferido por el sólo hecho de aceptar una paga de aproximadamente medio dólar por hora. Estudios más recientes indican que, casi tres décadas después, un empleado en la manufactura china recibe una paga que todavía no supera en promedio al 3% de lo que costaría una tarea similar en los Estados Unidos. Sin embargo, el “aumento” salarial ya ha situado al trabajador chino fabril en condiciones similares a sus pares filipinos o tailandeses.

Por supuesto que la singular atracción que presentaba para el hambriento capitalismo la mano de obra a precio vil iba acompañada – como ya lo hemos comentado en otra parte de este trabajo – de importantes exenciones tributarias y otros beneficios. Sobre todo, el lograr insertarse en la increíble magnitud del mercado chino – aunque aún con poca capacidad adquisitiva - inflamaba proyecciones futuras fabulosas en las cabecitas de los pequeños hombres de negocio.

De esta manera, la segunda generación de líderes chinos después de la Revolución no hacía sino acceder a medidas similares a aquellas que las potencias coloniales en su momento impusieron luego de su victoria sobre el imperio Qing en las Guerras del Opio. El mundo del capital, feliz con la apertura, impasible ante la retórica socialista mientras su rédito siguiera aumentando, elogió el “gran milagro económico” chino. Una de las componentes del gran milagro consistía fundamentalmente en eso: aportar millones de baratos y diligentes trabajadores a empresas multinacionales con redes de comercio mundial dispuestas a engullir millones de horas-hombre para abaratar sus costos y vencer en la competencia global a quien osara discutirles comercialmente.

Esta numerosísima fuerza de trabajo surgía por una parte del progresivo desguace de muchas empresas estatales, por otra de la transformación de una economía de relativa

autosuficiencia en una de excedentes y comercio. A esos efectos se instauró el concepto de responsabilidad económica empresarial, al par que se liberalizaron las actividades individuales y colectivas tendientes a generar lucro.

China se transformaría en pocos años de una sociedad eminentemente agrícola en una crecientemente industrial. De esta manera, no sólo crecería el porcentaje de actividades secundarias y terciarias en las principales ciudades, sino que una importante porción de “residentes rurales” dejarían la labor agrícola para trabajar en empresas manufactureras en pequeñas ciudades y localidades, destinadas a producir copias de cualquier artículo existente en el mundo para ser exportadas a bajos precios.

Sin embargo, el refinado aparato capitalista se mostraría con máxima intensidad en las principales ciudades costeras de China, desequilibrando cada vez más la situación social de un país que ya estaba dividido fundamentalmente en dos clases sociales: la rural y la urbana. Esta diferenciación – sumamente habitual en la mayor parte de países surgidos del subdesarrollo colonial – estaba formalmente asentada en China en el sistema conocido como “Hu-Kou”, el cual preveía que las personas no podían migrar libremente en el interior chino, sino que debían permanecer en el lugar donde estaban registradas. Esta política – que en principio parece una réplica de la aberración del Apartheid sudafricano – fue un factor de vida o muerte en los tiempos de hambre en la época del “Gran Salto Adelante”, la última de las tremendas hambrunas que asolaron la historia de China. Campesinos que llegaban a las ciudades en busca de alimento – provisto por el Estado a los ciudadanos a costa del campesinado que lo producía – eran repelidos y repatriados a sus lugares de origen en base a sus documentos residenciales. Extraña paga para el sector que había posibilitado la revolución popular.

Por otra parte, en tiempos más recientes, aún cuando el sistema sigue vigente, ha sido largamente transgredido y se calcula que unos 200 millones de chinos viven, estudian o trabajan fuera de sus lugares de registro. La situación de muchos de ellos no difiere esencialmente de la de los trabajadores que migran desde lugares pobres a centros urbanos en cualquier lugar del planeta, mostrando que en esencia, el sistema Hu Kou no es muy diferente de las políticas discriminatorias de inmigración que aplican los países del mundo “desarrollado”. La doble moral de dicho sistema es también muy similar: mientras la mano de obra barata es requerida, la afluencia ilegal o informal es tolerada. Cuando los vientos cambian, todos apuntan a la necesidad de “regular el excesivo y descontrolado flujo” de inmigrantes. Al igual que en muchos puntos de América y Asia, los bajos ingresos del campesinado de las provincias más pobres de China son moderados por las remesas de aquellos que trabajan en las fábricas de la ciudad.

Recientemente el gobierno chino se ha pronunciado favorable a enmendar la restricción del permiso de cambio de asentamiento en ciudades medianas y pequeñas. Esto favorecerá en la práctica a millones de personas que están separados de sus familias por no poder registrarse legalmente en los nuevos lugares de trabajo – situados por otra parte a cientos o miles de kilómetros del lugar de origen -. Sin embargo, las razones gubernamentales distan de ser humanitarias, sino que obedecen a la lógica de movilidad que el capitalismo moderno ha impuesto a todas las poblaciones. Es la lógica del trabajador golondrina que sigue al capital golondrina, la lógica del negocio itinerante que no atiende ningún tipo de raigambre de índole personal, sino la maximización del beneficio corporativo. Por último, estas transformaciones administrativas que seguramente serán ponderadas en largos y pomposos discursos

como nuevos avances sociales tanto en el interior como en el exterior, no son sino la formalización de realidades preexistentes. Como casi siempre, la ley llega cuando la situación está y no como suele creerse, que las leyes son las que crean realidades.

En términos de dinero y consumo, esas realidades en la China del milagro, en la segunda economía mundial, en la principal prestamista del planeta, en aquella que crece a un ritmo anual cercano al 10% durante casi tres décadas, indican que un número cercano a las 700 millones de personas con residencia rural, tienen ingresos tres veces inferiores a sus congéneres de la ciudad. Algo similar sucede en términos de comunicaciones, posibilidades laborales y educativas. Por ello es que el gobierno, por ahora infructuosamente, está orientando sus esfuerzos a equilibrar este panorama que ciertamente augura un horizonte cargado de problemas sociales.

La orografía social china corre de Este a Oeste, inversamente a sus ríos y montañas. El Este y Sur costeros y opulentos, con sus rascacielos y modo de vida crecientemente similares a las ciudades más ricas del mundo. El Oeste más despoblado, fronterizo y pobre. En el medio, cientos de millones de chinos pendientes de mayores posibilidades. El régimen – que por supuesto no desconoce esta fuerte tensión producida por las diferencias regionales – está enfrascado en esta batalla, similar a aquella del Águila en el siglo XIX, la conquista del Lejano Oeste. En aquella invasión de territorios indígenas - conocida por todos gracias a los kilómetros de celuloide consumidos en su reproducción filmica – la creencia en la posibilidad de fabulosas riquezas mineras o la efectiva obtención de tierra propia para radicación granjera, operó con un magnetismo excepcional sobre aventureros y colonos. En el caso chino, al estar las bondades dispuestas en modo contrario, es todavía el pobre Oeste el que ansía llegar al Este y al Sur. De esta manera, en la época en la que escribimos este estudio, el éxodo continúa en esa dirección.

Como es el caso, el gobierno intentará abrir caminos y generar infraestructura hacia el interior de China, avanzar más raudamente hacia la implementación y producción de nuevas tecnologías, atraer más empresas con las diferencias regionales de salarios pero también (como sin duda es la intención empresarial) poniendo énfasis en el casi “infinito” mercado de consumo chino. Hasta podría ser que el Dragón intente liberalizar la posesión de tierra (esto último aún un tabú para los recién llegados al mundo capitalista) para favorecer la relocalización, y muchas otras triquiñuelas de escritorio economicista tecnócrata. Todo hecho puede o no funcionar por un tiempo.

Lo cierto es que el poder en China ha abierto desde 1978 las compuertas de un sistema de acumulación material personal para evitar su propia caída y muchos de sus habitantes, al igual que en las demás regiones, se encuentran entretenidos en ese juego del comprar y vender, encandilados por la posesión de nuevos juguetes y placeres.

Terminando la primera década del siglo XXI, el mismo régimen se encuentra en un afán socialdemócrata de intentar moderar las fuertes diferencias que emergen de la implementación de ese sistema. Sin embargo, tal sistema no es perfectible y todas las medidas que se tomen se revelarán finalmente como inconducentes. La razón es sencilla: el individualismo puede ser momentáneamente maniatado por el colectivismo forzado o alentado por un desarrollismo insolidario, pero no deja de ser individualismo. De esa manera, el individuo estará siempre inconforme y aquel sueño imperial de la “armonía social” se desvanecerá una y otra vez.

En cierta ocasión, dos Maestros caminaban a la vera de un arroyo. Uno dijo: - He oído que algunos creen en cierto Paraíso, en el que finalmente – si obran bien – podrán disfrutar de todo aquello que desean y por siempre. ¿Qué sabes de ello?

- Como bien sabes, tal cosa no existe – respondió su compañero. Seguramente, tal ficción es movida por impulsos de avaricia y codicia.

- Háblame de ellas por favor – pidió el primero

Mientras miraba el arroyo, el otro Maestro comentó

- La avaricia suele ser un destiempo del correcto fluir que, poco después dará paso a la codicia, que no es sino la aspiración de detener por completo aquel fluir. Excesiva o nula velocidad, ambas inoportunas y producidas por la fantasía de la posesión. Pero ahora es tu turno: ¿Qué sabes tú sobre la posesión? Háblame de ella.

A lo cual, su par contestó: - Como bien sabes, tal cosa no existe.

Y ambos continuaron su caminata reconfortados.

Si eres ciego al tiempo no verás el foso

Hay un foso mucho más peligroso en China que aquel que indican las importantes diferencias entre el campo y la ciudad. Acaso incluso estas diferencias comentadas en el capítulo anterior tengan un carácter positivo, ya que generan cierto tropismo social hacia la movilidad y el cambio de situación. Pero el abismo más imponente es la distancia que imponen las sucesivas generaciones actuando en un mismo espacio, aunque desde temporalidades internas diferentes.

En su Obra “Contribuciones al Pensamiento”, Silo nos lo explica del siguiente modo: *“Hemos de reconocer, por otra parte, que así como desde un paisaje se puede incursionar en escenarios puestos por diferentes horizontes temporales (es decir, la ocurrencia habitual del historiador que estudia un hecho), también sucede que en un mismo horizonte temporal, en un mismo momento histórico, concurren los puntos de vista de quienes son contemporáneos y por tanto coexisten, pero lo hacen desde paisajes de formación distintos en razón de acumulaciones temporales no homogéneas. Este descubrimiento, levanta la obviedad que se ha padecido hasta hace muy poco tiempo, destacando la enorme distancia en la perspectiva que sostienen las generaciones. Estas, aunque ocupen el mismo escenario histórico, lo hacen desde diverso nivel situacional y experiencial.”*

Tal afirmación puede sólo comprenderse en profundidad si uno se acerca a la esencia humana desde la dinámica que le es característica. Es decir, si uno considera al Ser Humano desde su constitución temporal, no meramente biológica o social. Para no excedernos, digamos simplemente que en la concepción siloísta del Ser Humano, éste es el *“ser cuyo modo de acción histórico y social modifica su propia Naturaleza”*. Esto nos lleva a considerar no sólo cortes de situación estáticos sino la potencialidad que vive en cada ser humano según el mundo mental de la generación y la época a la cual pertenece. Es claro que las imágenes, los proyectos, los valores, en definitiva, la sensibilidad de gentes nacidas en paisajes epocales distintos, influirá decisivamente en el tipo de mundo que acepten o rechacen pero que en definitiva contribuirán a modificar.

¡Cuanto más importantes se vuelven estas apreciaciones aplicadas a una situación que ha vivido vehementes cambios en pocas décadas! Este paisaje transfigurado en el que las nuevas generaciones han crecido en las tres o cuatro décadas precedentes a este trabajo, este panorama que la revolución tecnológica ha trastocado radicalmente no es por supuesto exclusivo de lugar alguno, sino un hecho mundial. En China, sin embargo, este escenario, esta aceleración, cobran connotaciones quizás especiales por su significativa irrupción en una sociedad tendiente culturalmente a conservar características estructuradas.

Así coexisten hoy en China paisajes humanos formados aún antes de la revolución comunista, ancianos que vivieron con febril entusiasmo o tremenda amargura juvenil los primeros años de esa revolución, adultos que vieron luego caer todo aquello que en un momento se consideró sagrado e intocable y por último, nuevas generaciones para las cuales todo lo anterior es un relato no tan lejano en términos absolutos pero casi tan antiguo como los ejemplarizantes cuentos confucianos o budistas que inundan la literatura infantil china.

Por supuesto que esta fosa de tiempo también está surcada e influida por las marcadas diferencias apuntadas en relación a los ámbitos rurales o urbanos. Así seguramente serán factores influyentes en la mentación generacional la pertenencia familiar, el tipo de educación, en definitiva las facilidades o dificultades ambientales con las que se encuentre cada conciencia joven. No es nuestra intención abarcar en tan pocas líneas el sentir de los cuatrocientos millones de jóvenes menores de veinticuatro años que constituyen nada menos que un tercio de la población de China. Pero sí es de interés para este estudio, significar el enorme potencial de tensión que hoy habita en las diferentes orillas del foso generacional en una sociedad tallada durante dos mil largos años en hábitos de obediencia hacia los mayores y los ancestros.

¿Qué vive en la imaginación de la actual juventud china? Sobre todo, la necesidad de ensanchar sus límites, de explorar y avanzar por sobre estándares anteriores. Así, cierta juventud urbana no difiere excesivamente de sus pares de otras ciudades asiáticas o europeas. Pelajes y ropajes excéntricos se exhiben por doquier, el gusto y la admiración por sensibles y estéticos personajes del cine, la televisión y la música, el colorido, la diversidad, la autenticidad y cierta personalización del mundo son valores compartidos por esa generación joven.

Por otra parte, la vertiginosa apropiación de las nuevas tecnologías deja sin aliento. 800 millones de celulares, más de 400 millones de usuarios de Internet, un 75% de cobertura nacional por parte de un número cercano a las 500 estaciones de televisión, son números que hablan por sí solos. La censura y el control actuantes no pueden ni podrán con esta avalancha de conectividad. En la cabecera de un sitio web llamado *Danwei*, muy popular entre los jóvenes de la ciudad, encontramos un banner publicitario que nos resultó esclarecedor. Allí se invita a los internautas a contratar un servicio que promete “desbloquear” todo contenido de la red, permitiendo navegar desde una virtualidad liberada de fronteras nacionales o censuras antediluvianas.

Desde el punto de vista psicológico, es interesante recordar que estas nuevas generaciones, nacidas posteriormente después de los 80', son – al menos en las ciudades – forzosamente hijos únicos, y que la mayoría de ellos ha sido educada con el afecto y las comodidades que habitualmente los progenitores reservan a tan preciados tesoros. Pero que también sufren la presión de éxito que esas generaciones precedentes proyectan desde su real o imaginada “falta de posibilidades” anterior.

De esta manera, esa juventud urbana (que de alguna manera marca el horizonte a sus coetáneos rurales) está abocada al progreso material, a la obtención de títulos terciarios, a lograr objetivos propios, alejada de toda sensibilidad centralista o de masa, pero sin perder perspectiva de cierta globalidad en los problemas que los afectan. No son ni comunistas ni capitalistas, sino “ellos mismos”, adoran los objetos pero también los afectos, les importa mucho el lazo familiar pero en el contexto de la propia libertad, están orgullosos de su país y su cultura pero aspiran a ser cosmopolitas.

La amistad, los lazos humanos constituirán quizás la aspiración más fuerte de esta generación, en apariencia hoy exclusivamente materialista, en un horizonte futuro. Ésta posiblemente sea una compensación heredada de la carencia social producida por el salto pendular de una sociedad anclada en el hermetismo y la inmovilidad social hacia un mundo conectado y tremendamente dinámico.

De cuando el Dragón muda la piel

En la sociedad china las prescripciones rituales han sido siempre de máxima importancia. Así, en la política, hay ritos que marcan un cambio de ciclo y es conveniente observar quienes ocupan el sitio antes y quienes se aprestan a ocupar el trono en cada mudanza. Por supuesto que en la mayor parte de los casos, encontraremos en los sucesores a muy ejemplares cultores de la proverbial confuciana piedad filial. Es decir, accederán solo a posiciones venerables aquellos que hayan ejercitado con paciencia y prudencia la obediencia a sus predecesores. En otras palabras, quienes hayan prestado servicios al poder del partido y no hayan puesto en tela de juicio el incontestable triunfo final del socialismo, aunque de él sólo queden unas pocas estatuas y pinturas conmemorativas.



Comité Permanente del Buró Político del Comité Central del PCCH, XVII Congreso, 2007
(Fuente: http://spanish.china.org.cn/china/archive/shiqida/node_7030757.htm)

China es gobernada por un círculo de 9 personas, agrupadas en el Comité Permanente del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de China. Este grupo está secundado por un segundo anillo de 25 miembros que los incluye, constituyendo el Buró Político del Comité Central. En este anillo suelen dirimirse las decisiones y sucesiones. A su vez, hay un tercer anillo, constituido por 204 funcionarios (en el XVII congreso de 2007), que forman el Comité Central. Este último anillo, si bien de reuniones infrecuentes y menor operatividad práctica, constituye el ámbito más general de la dirigencia china, a partir del cual pueden proceder designaciones a los sitios más altos de poder.

Aún cuando parte de un ámbito colegiado, el Presidente de China es habitualmente también Secretario General del Partido y máxima autoridad.

Por los tiempos que corren al escribirse este libro, los miembros “antiguos” del Comité Permanente, suelen estar entre los 60 y los 70 años. Además son todos hombres y de pertenencia “Han”. La homogeneidad no termina sólo en las edades, el género y la procedencia étnica, sino que se continúa habitualmente en la profesión de la mayoría de los integrantes. Seguramente así el entendimiento es mayor y la probabilidad de disenso tendiente a cero.

Actualmente, según la clasificación corriente, está en el poder la cuarta generación de dirigentes. Cada generación ha sido agrupada formalmente en torno a un líder, de manera que es sencillo ubicarse rápidamente. Entre 1949 y 1976 se ubica a la primera generación, encabezada por Mao Zedong hasta su muerte. A partir de 1978 se considera como líder máximo a Deng Xiao Ping. En Marzo de 1993 ascendería al máximo cargo Jiang Zemin, considerado centro de la tercera generación, aun cuando en continuismo con la dirección establecida por el entonces casi nonagenario Deng. Finalmente se considera a la cuarta generación al grupo surgido del XVI (2002) y XVII congreso (2007), con la figura de Hu Jintao en el centro. La sucesión presidencial se dará seguramente en el XVIII congreso a celebrarse en el año 2012 y dicha generación, la quinta, pensará en perpetuarse durante los diez habituales años correspondientes a dos congresos o planes quinquenales.

Todo esto si los ríos no se desbordan, cosa que ocurre frecuentemente en China.

Observemos ahora brevemente algunos detalles de cada generación política y aquella característica homogénea en cada una a la que hacíamos referencia.

La primera generación de máximos dirigentes fue encarnada obviamente por los gestores de la revolución, alrededor de la figura excluyente de Mao Zedong. Su objetivo primario fue resistir todo intento contrarrevolucionario y demostrar lo más rápido posible la superioridad del socialismo por sobre el capitalismo. La ventaja con la que contó aquella generación fue que el pueblo conocía muy bien la desgracia que había significado para ellos la explotación imperial y foránea. En esta camada dirigenal sobresalían las figuras militares y sus miembros habían cursado estudios en universidades de occidente, en general en Francia. Según las definiciones clásicas, la primera generación es la que corresponde a aquellos que participaron (y sobrevivieron) en la Gran Marcha.

La llamada “segunda generación”, que consolida su poder luego de la muerte de Mao, aún cuando de carácter reformista en lo económico, conserva las características de la primera en cuanto a su composición. La mayor parte de sus dirigentes continúan siendo militares de procedencia rural. El hombre fuerte es Deng Xiaoping, quien también había sido parte de la generación anterior. Este grupo – como es clásico en los sistemas autoritarios – transfiere su poder al siguiente ante la declinación en la salud de su líder.

De esta manera, Jiang Zemin toma las riendas de la llamada tercera generación en 1993, aprovechando precisamente este concepto para fortalecer la identidad de su gestión, habida cuenta que ya no se trata de aquellos liderazgos inequívocos de la vigésima centuria. Precisamente es distintiva la fuerte transformación que se opera aquí en cuanto a la procedencia, experiencia histórica y formación profesional de esta nueva conducción. De manera similar a lo que ocurre en otros lugares, es la tecnocracia la que asume la gestión, reemplazando progresivamente los trajes a los uniformes. La mayoría de estos dirigentes son graduados universitarios, especialmente en ingeniería, habiendo completado sus estudios en China.

La cuarta generación asume el liderazgo en 2003 encabezada por Hu Jintao, perteneciente a un tipo de figura forjada en las lides de la política partidaria, ya desde su temprana juventud.

No debe sin embargo menospreciarse la influencia que continúan teniendo las Fuerzas Armadas. Ellas conforman junto al Partido comunista y a las diversas funciones del Estado el triángulo sobre el que descansa la unidad imperial. Así, siempre se tiene especial cuidado en integrar lo mejor posible a las tres instancias. Sin embargo, el distanciamiento de personal específicamente militar de la cúpula de la gestión y la subordinación del PLA al poder civil podría ser un factor de tensión a futuro, sobre todo, si las cosas se complican...

En 2012 se realizará el XVIII Congreso del PCCH y allí se oficializará la toma del poder de gestión por parte de la quinta generación. Ésta presenta ya características mucho menos homogéneas que las anteriores y denota en su composición a dos facciones en pugna por hacerse con el mando y hacer prevalecer su particular estilo. Por un lado están los *tuanpai*, provenientes de los cuadros que han hecho carrera partidaria desde la universidad y por el otro, los *princelings*, quienes se distinguen por habituales lazos de parentesco y padrino con funcionarios de anteriores administraciones.

A pesar de las diferencias, esta generación tiene en común que la vida de muchos de ellos ha sido marcada en su adolescencia por un corte abrupto en los estudios, fruto de la furiosa Revolución Cultural. En esa época, gran parte de la juventud urbana fue enviada a trabajar a lugares rurales remotos, pretendiéndose con ello de manera forzada reafirmar la preeminencia del viejo paisaje revolucionario ligado al pueblo campesino. Como rebote de esa acción desesperada en defensa de un mundo ya ido, muchos de estos jóvenes, pusieron especial empeño en culminar exitosamente sus estudios a su regreso a la ciudad, promoviendo así hacia los sitios de poder.

Otra característica que define a esta generación que está a las puertas de gobernar China, es que sus componentes han nacido con posterioridad a la Revolución. Por ello se los denomina también en los medios la “generación republicana”. En el estudio consultado del autor Cheng Li de la Brookings Institution, se analizan las fechas de nacimiento de 538 figuras prominentes de la actual administración, resultando que “462 (86%) nacieron en los años 50 del siglo pasado, 71 (13%) a comienzos de los 60’, y solo 5 (1%) nacieron a finales de los 60’. Estos últimos 5 son los líderes más jóvenes en el nivel de vicegobernador o viceministro hoy en China. Aún cuando éstos son considerados nominalmente miembros de la quinta generación en la actualidad, estudios futuros seguramente los re-categorizarán dentro de la sexta generación”. El pormenorizado análisis del estudio (del cual hemos extraído la mayor parte de nuestra información respecto a este tema) nos muestra a las claras que la generación que gobernará China en la segunda década del siglo XXI tendrá que vérselas con un mundo muy diferente de aquél que heredaron y que sin duda vive aún en su memoria profunda: el de una revolución popular apenas en sus comienzos, flanqueada por grandes necesidades y grandes peligros. No hay duda que tenderá entonces a actuar y reaccionar de manera conservadora en un mundo volátil y acelerado.

En esta generación se presenta con claridad un cambio de perfil profesional, habiendo por ejemplo descendido el número de dirigentes graduados en carreras de ingeniería y ciencia de un 54% en la cuarta generación a un 22% en la quinta. Asimismo se verifica la diversificación y el aumento de los graduados en economía y administración (de 8% a 33%), ciencias sociales (de 11 a 30%) y de derecho (3.5% a 9%). Con claridad la orientación en la preferencia formativa sigue los avatares de una

sociedad que va dejando atrás sueños decimonónicos de pesadas industrias e ideologías para convertirse en modernos, pragmáticos y “eficientes” managers de una China ya decididamente mercadotécnica.

Esta generación se verá ante el fuerte desafío de justificar la existencia de un partido comunista como partido único, ante la evidente desaparición de la carga ideológica del mismo y frente a las tendencias individualistas surgidas de la acogida fervorosa de la teoría y práctica de mercado.

En términos de género, muy poco progreso se ve en el sistema político chino en cuanto a la participación femenina. De aquellos 538 líderes de la quinta generación estudiados en el informe citado anteriormente, sólo 60 son mujeres (poco más que el 11%). En el actual grupo reducido de las 9 máximas autoridades del Comité Permanente, al igual que en todos los anteriores desde la Revolución, no hay ninguna mujer. Esta pesadilla de representatividad de género en dirección contraria a la tendencia mundial, podría generar fuertes conflictos a la hora del respaldo del gobierno en la población. Sobre todo si se toma en cuenta que, por fuera del partido y del gobierno, cada vez más mujeres van tomando posiciones de relevancia en la sociedad china.

Veamos por último el panorama de relativa fricción que presentará la disputa entre las principales facciones actuantes en esta quinta generación. Los *princelings*, entre quienes se menciona a Xi Jinping como una de sus principales figuras, tienden a ser más expertos en la administración concreta, estando ligados a relaciones y padrinzagos que los han situado ya tempranamente en situación de secretarios o aprendices de funciones de gobierno. Son más proclives al aperturismo, a una fuerte relación con el Occidente y sus multinacionales y son más reacios a la exposición electoral interna. Este grupo responde políticamente a la sucesión de Jiang Zemin y la llamada “coalición elitista” que tenía como centro al “grupo de Shanghai”.

Sus adversarios internos, los *tuanpai*, son protegidos del actual mandatario Hu Jintao y se corresponden con el mote de “coalición populista”. Éstos son mucho más propensos a medidas de impacto social interno y debido a su experiencia intrapartidista en términos electorales, tienden algo más a considerar cierto tipo de democracia como una política que los favorece. Su figura preeminente en la actualidad es Li Keqiang, egresado en Economía de la Universidad de Beijing, en la cual ya era máximo responsable estudiantil a sólo dos años de haber ingresado al partido en 1976.

Ante este panorama, salvada las distancias y la coraza por ahora impenetrable del sistema de partido único, uno podría tener la sensación de estar ante un curioso bipartidismo, a la usanza de la habitual coalición sistémica en tierras del Águila, donde republicanos hijos de republicanos pretenden agudizar la dictadura de mercado y demócratas emergen con rostro de bonachones legisladores más preocupados por cuestiones de caridad social. Todos ellos sonrientes, igual que sus colegas chinos.

De quienes estando fuera, preferirían estar dentro

Menos sonrientes son sin duda los rostros de aquellos que se han animado a denunciar públicamente la dictadura del sistema. En el habitual modo chino de proceder con prudencia, sin embargo, son muchísimos más los que mascullan su desacuerdo en silencio que aquellos que lo exponen. Como es el caso en toda situación de opresión, el pueblo espera el momento para compartir su real sentir y es por ello que los grandes fenómenos populares irrumpen sorprendiendo a todo cronista. También es común que tales fenómenos tomen por sorpresa al propio poder, que en su sempiterna soberbia termina confundiendo la aparente apacibilidad cotidiana con la pasividad, incurriendo casi siempre en el mortal error de subvalorar el maremoto social que incuban la censura y la falta de libertad de opción.

En China parecería sin embargo que el Gobierno comunista sí estuviera permanentemente atento a cortar de raíz toda expresión que revele disconformidad o desacuerdo con las directivas del funcionariado actuante. Así es como se ha perseguido sistemáticamente a aquellos que creyeron llegada la oportunidad democrática en 1989, utilizando la tortura, la ejecución, la cárcel en aislamiento y la deportación como forma de extirpar aquella vocación de cambio surgida sobre todo en el sector estudiantil de la época. El contexto internacional era claro: la Unión Soviética, de la mano de Mikhail Gorbatschow, daba un vuelco formidable e inauguraba un renovado escenario, soltando las amarras a la independencia de muchas naciones satelizadas en el anterior bloque del Este y promoviendo decididamente el crecimiento en la autodeterminación del pueblo ruso.

Aquellos vientos, aplaudidos desde un occidente capitalista muy lejano a todo intento progresista, llegarían también a la misma cúpula del comunismo chino, encarnando en Hu Yaobang y otros destacadísimos miembros del Comité Permanente. Deng, por entonces ya de 85 años de edad, pero aún actuante como Presidente de la Comisión Militar Central y “hombre fuerte” de la política china del momento, movió los resortes cortesanos condenando tales aspiraciones como pertenecientes a un espíritu contrarrevolucionario, liberal y burgués.

Se trataba de la repetición histórica de aquella negativa de Mao a navegar en las aguas revisionistas de la Unión Soviética posterior al estalinismo, ola en la cual el propio Deng quedó sospechado y postergado. La democracia arrasaría sin duda con el gobierno dictador y ello era inadmisibles para la camarilla incrustada en la ya poco celestial Beijing. Hu fue deslindado de sus funciones y moriría apenas 3 meses después de su forzada dimisión como Secretario General del Partido. Esta circunstancia sospechosa, en un contexto de creciente malestar social, motivó intensas y masivas movilizaciones en la plaza de Tian An Men, que fueron duramente reprimidas por el régimen, que por un momento pareció querer conciliar pero finalmente optó por la “mano dura”. También allí se encontraba participando de la huelga de hambre Liu Xiaobo, quien sería luego galardonado con el Nóbel de la Paz en 2010, mientras cumplía condena carcelaria por redactar la “Carta 08”. El nombre elegido para ese documento fechado en el año 2008 aludía a la famosa “Carta 77” de la intelectualidad checoslovaca, que lograría precisamente en 1989 su victoria democrática, mientras el estudiantado y un sector de la intelectualidad china se movilizaban infructuosamente para pedir transformaciones.

Los allí presentes pedían la “quinta modernización”, como brillantemente había sido denominada por aquel electricista Wei Jingsheng, quien había colgado su proclama – al mejor estilo de Lutero en la lejana Wittenberg – en aquel pequeño muro de la Democracia en Beijing, erigido poco después de la muerte de Mao y que rápidamente se había llenado de poemas y expresiones populares.



1989, Plaza de Tian An Men, Beijing (*Fuente: Catherine Henriette/Getty Image*)

Por la misma época Deng tomaba el mando pretendiendo con sus cuatro modernizaciones llevar a China por el sendero de una modernidad condicionada en el silencio político. No había dudas que el funcionariado se inspiraba en un episodio histórico anterior, notablemente fallido, en que el régimen imperial clásico de Qing intentaba salir con la máxima velocidad posible del ostracismo anticuado (y salvarse a sí mismo), todo ello a finales del siglo XIX, luego de las sucesivas derrotas chinas en el campo de batalla. Por aquellos días Kang Youwei, un académico y reformador social, movilizaba intelectualmente al estudiantado y al gobierno y el emperador Guangxu se lanzaba en un programa conocido posteriormente como “la reforma de los cien días” – que finalmente claudicó a manos conservadoras, previo a la instauración republicana en 1911. De aquella reforma data la inauguración de la Universidad de Beijing, que sería el escenario donde en 1919 se desataría un hecho histórico fundamental en la memoria política china. Allí los estudiantes y otros (entre ellos el joven Mao) pondrían en pie importantes movilizaciones con fuerte sesgo nacionalista y antimonárquico, que serían inspiradoras para la protesta social durante todo el siglo. Así, el Mayo Chino sería muy similar en su espíritu (aunque diferente en su contexto) al Mayo francés, y en 1989 se repetirían las escenas en el 70 aniversario de aquella gesta estudiantil pidiendo mayores libertades. Esta fecha, este ciclo histórico nos ocupará más adelante, ya que todo Mayo de los años 9 en cada década se ha constituido en el símbolo del cambio en China.

La quinta modernización sería negada, pero en nombre de las otras cuatro y del comunismo, China sería entregada a los deseos del capital. Aquellos jóvenes que hacían oír su voz en 1989 fueron acallados, encarcelados y deportados. De este movimiento disidente surgió el Partido por la Democracia y fuertes organizaciones pro derechos

humanos, cuyas reivindicaciones han encontrado amplio eco en gobiernos y grupos de presión en todo el mundo. Sin embargo, muy pocos recuerdan hoy el repudio y aislamiento con el que en las Naciones Unidas se castigó aquella represión en la plaza de la Paz Celeste. “Por la plata baila el mono” dice un dicho popular en Latinoamérica y China no consiguió libertad pero sí plata y – como es sabido – hay monos en abundancia, dispuestos a tender alfombras rojas tapando hechos infames para halagar a dictadores y represores a cambio de crédito o inversión.

Los activistas políticos no han sido los únicos perseguidos en esta sostenida cruzada políticamente conservadora, ocultada por furiosos avances en el campo económico.

En la siguiente década ciertos nuevos aires religiosos han merecido la condena del Estado – que sin embargo – se ha mostrado tolerante con variantes más tradicionalistas del espíritu, quizás por considerarlas más “opiáceas”, parafraseando a Marx.

La exclusión sistemática de miembros del grupo Falun Gong no es casual y tiene íntima relación con otra huella histórica poderosamente inquietante en la mente de funcionarios imperiales. El ocaso de muchas dinastías chinas estuvo acompañado de tremendas revueltas inspiradas por personajes y formaciones envueltas en un misticismo revolucionario, que – como nota común – aseguraban poder restaurar el orden caído y recuperar aquel “mandato del cielo” cuya pérdida se manifestaba en la decadencia moral y social de esos momentos. Los Turbantes Amarillos en el período Han, la Sociedad Secreta del Loto Blanco en la época Yuan, los rebeldes seguidores de Wang Lun, la secta de los Boxers y el ejército de los Taiping a lo largo de la extendida dinastía Qing, son algunos de los múltiples ejemplos históricos de importantes asonadas contra ya vetustos gobiernos imperiales. Por otra parte, la búsqueda de un nuevo sentido trascendente constituye en sí mismo una contradicción al credo oficial y si éste comienza a ser practicado por millones de ciudadanos, evidencia cierta de que algo no anda bien en el alma china y que el pueblo comienza a explorar horizontes de redención diferentes de la ideología oficial.

Ya en la primera década del nuevo siglo comienza a mostrarse un malestar diferente y por primera vez, es la clase obrera la que asume la vanguardia de la protesta. Los reclamos no tienen carácter político sino que versan sobre mejoras salariales y de condiciones de trabajo, al igual que las reivindicaciones obreras a lo largo y ancho del planeta en una época desencantada de grandes sueños libertarios. Por su mismo contenido son manifestaciones de descontento dirigidas sobre todo contra las multinacionales explotadoras – precisamente invitadas a suelo chino por su fuerza de trabajo multitudinaria y a bajo costo -. Es sólo cuestión de tiempo que cierta visión estructural ligue la responsabilidad compartida entre empresas y gobierno respecto a esta moderna esclavitud a la que, sin embargo, aún aspiran miles de campesinos que no han logrado acceder a las ultramodernas instalaciones de las locomotoras fabriles chinas. Dicha mirada relacional verá entonces que la exclusión en China no es un caso accesorio o un efecto secundario sino que es intrínsecamente estructural. Lo que está dentro de los confines del Dragón debe estar debidamente controlado. Lo que disiente, aunque esté del mismo lado de la Gran Muralla, debe permanecer – en realidad – afuera.

De quienes estando dentro, preferirían estar fuera

No hay cosa peor para un gobierno autoritario y centralista que la diversidad. Aunque ese poder controlador declame una actitud tolerante y sus discursos estén llenos de frases como la “convivencia armoniosa entre las distintas nacionalidades bajo un mismo techo” y otras similares, aunque se formalicen prebendas de relativa autonomía, el espíritu distinto y diferente no deja nunca de producir escozor en la pretensión de homogeneizar que aqueja a las dictaduras. ¡Cuanto mayor problema significa entonces, desde el punto de vista del régimen, que la diversidad esté concentrada regionalmente y que estas regiones sean además fronteras!

Esta problemática es la que se presenta en las oficialmente denominadas “regiones autónomas” de Xinjiang Uyghur y Tibet, de manera algo menor en la Mongolia Interior. Como si fuera poco, se deben agregar varios factores más como fuente de conflicto permanente y estructural. En el caso de los uigures – pueblo túrquico emparentado lingüísticamente con los uzbekos – las diferencias culturales con la mayoría *han* van acompañadas de la profesión religiosa del Islam sunnita. En el caso tibetano, el budismo lamaísta y el carácter integrista de su sociedad poco acostumbrada a la integración, ponen barreras infranqueables a todo intento de asimilación por parte de China.

Ambos pueblos además continúan a la delantera del atraso según los estándares vigentes en las escalas de desarrollo económico y social, al tiempo que enormes riquezas minerales y energéticas albergan el subsuelo que habitan, siendo entonces también por ello indispensables para un desarrollismo ultra consumidor de recursos como el chino. Ambas regiones comparten la lejanía a los centros, la baja densidad poblacional y la dificultad de acceso exterior.

Por último, en los dos casos – más allá de sus historias diferentes – son territorios que fueron invadidos y ocupados poco después del surgimiento de la República Popular. En el caso del antiguo “Turquestán Oriental” (la denominación independista de Xinjiang) el ejército chino (PLA) entró allí en 1949 – año de la Revolución – poco después de un “accidente” de aviación que deparara la muerte de los líderes de la independiente república sostenida con apoyo soviético, invitados en la ocasión por Mao a participar en un congreso sobre minorías étnicas. En realidad, en el contexto de la alianza sino-soviética del momento, se canjeó la soberanía china sobre Xinjiang (etimológicamente “nuevo territorio”) por la independencia de Mongolia.

La importancia geoestratégica del control de este vastísimo terreno principalmente desértico y montañoso aumentaría con la ruptura política entre China y la Unión Soviética y se vería inflamado más aún a partir de los años 80` por la conflictividad con el islamismo radical en todo el área del Asia Central.

En el caso de Tibet, la invasión se produjo también poco después del triunfo de las fuerzas comunistas y se consolidó luego del levantamiento tibetano de 1959, con la expulsión de Tenzin Gyatso, el decimocuarto Dalai Lama, a India.

Tanto en el caso uigur como en el tibetano, el gobierno chino ha intentado mantener el control a través de tres políticas paralelas. Por una parte, reprimir duramente todo intento de autodeterminación, calificándolo de separatismo y subversión a la unidad estatal. Por otra parte, alimentar la emigración de habitantes Han desde los territorios centrales de China hacia esas regiones fronterizas, con la finalidad de mezclar la

población y al menos equilibrar las modalidades culturales propias del lugar con las requeridas por la administración central. Por último, se han invertido millonarias sumas para permitir cierto desarrollo económico que pudiera mejorar la calidad de vida de los habitantes de estas provincias autónomas, intentando así generar simpatía y apoyo por parte de la población, al tiempo de justificar internacionalmente el aspecto invasivo a cambio de mostrar mejoras sustantivas para la población.

A juzgar por los disturbios ocurridos tanto en Urumqi como en Lhasa (respectivas capitales de esas regiones) en la primera década del nuevo siglo XXI, ninguna de esas políticas ha logrado silenciar lo que para uigures y tibetanos es una verdad simple: ellos no han elegido el proyecto nacional-imperial chino y llegará el día en que nuevamente puedan exhibir su identidad sin concesiones a las apetencias de poder de lejanos y extraños funcionarios.

Yendo más hacia el interior de China la problemática étnica se esconde bajo el manto de sociedades más integradas a través del milenarismo contacto entre los diversos pueblos. De cualquier manera, puede decirse que cuanto más sureña la geografía, mayor el componente étnico distinto al mayoritario y gobernante *Han*. En este caso, la relocalización de chinos *han* hacia esas regiones es – como comentamos en capítulos anteriores - una dirección connatural del establecimiento de polos industriales atractivos para la juventud rural. Aún así, las diferencias producidas por la también milenaria exposición de las poblaciones costeras y limítrofes a la interacción con otros lugares, son y seguirán constituyendo una tensión subrepticia en las relaciones sociales en esa parte de China.

Por todo ello, es que – a pesar de su pretensión centralista – el gobierno ha debido ceder en su momento ante cierta presión descentralizadora de poderes provinciales que, en algunos casos, son también impulsados por la fricción intracultural. Es por ello también, que el gobierno central intenta re-centralizar la cuestión intentando incorporar personajes de las diversas etnias a la corporación de funcionarios de Beijing, al tiempo que va rotando personal “propio” en las distintas administraciones territoriales para contrarrestar cualquier tendencia “warlordista” que pudiera emerger.

En todos los casos, es de esperar – dadas las premisas existentes – que la sobreacción étnica de la mayoría *han* – seguramente alimentada o directamente motivada por instancias centrales - a cualquier reivindicación de independencia o libertad por parte de una minoría étnica, no hará sino exacerbar las nítidas características de dominio y control existentes. De esta manera, toda medida anterior sofisticada tendiente a sobornar o embelesar a las minorías, quedará relevada y suprimida por la cruda y brutal violencia. Así se sumarán millones de potenciales sublevados al clamor por la caída de la actual dinastía en aquella región.

En las entrañas del Águila

Out of order

Los Estados Unidos de América son un país exitoso. Es lo que en “América” – como se llama a sí misma esta tierra en boca de sus habitantes, excediendo la precisión geográfica en algunos miles de kilómetros – se denominaría una “success story”, término habitualmente utilizado por las empresas para convencer a otros de la eficacia de sus servicios.

Basta repasar algunos pocos indicadores para cerciorarse del posicionamiento líder norteamericano en numerosas actividades. Como es de amplio conocimiento, la pujanza comercial y económica de esta nación no encuentra rivales con facilidad, ranqueando en las primeras posiciones mundiales en términos de producto interno bruto, de ingresos y gastos del Estado, de importaciones totales y muchos otros subrubros de la órbita de los dineros. Aunque con cierta impertinencia por parte de divisas advenedizas en tiempos recientes, el dólar estadounidense sigue siendo el rey en la selva financiera mundial, mostrando en su universalidad cambiaria aquella característica de dominio (“patrón”) mundial buscada durante largos decenios por los poderes industriales y financieros de aquel país. USA fabrica dos veces más tractores que su perseguidor inmediato en esta escala, India, gasta tres veces más petróleo que China (que tiene cuatro veces más habitantes), consume casi la misma cantidad de gas que Rusia (que tiene mucho mayores reservas) en un volumen equivalente a 6 veces más que Irán, Alemania, Canadá o el Reino Unido y sus habitantes son los principales importadores de banana del mundo – sin que por ello pueda llamarse a este lugar una “república bananera”.

Los norteamericanos son campeones mundiales del consumo y están a la cabeza del endeudamiento tanto a nivel de Estado como individual. Por supuesto que esta posición cumbre decae si se miden las deudas en relación a los producidos y al ingreso, pero es una buena aproximación si la medición se efectúa en términos absolutos. Hay en los Estados Unidos casi tantos celulares en uso como habitantes, casi tantos usuarios de Internet como personas y los 14951 aeropuertos existentes ven partir anualmente 60 millones de turistas (sólo batidos en esta categoría por ingleses y los indiscutibles reyes del turismo, los alemanes).

Pero no sólo en la despiadada economía se destaca esta nación. De las cien principales universidades del mundo - según informes especializados realizados en el año 2005 - 31 están en suelo estadounidense y si se toman las 10 mejores del mundo, 7 pertenecen a ese lugar. Las estadísticas sobre enrolamiento educativo a nivel terciario continúan avalando los logros, figurando USA con más de 16 millones de estudiantes en indiscutido primer lugar. El porcentaje de alfabetismo de un 99 % alcanzado sólo se ve turbado levemente si se observa algunos puestos más adelante en el ranking a la siempre activa y molesta Cuba, con un 99.8 en este rubro.

¡Y qué decir del deporte, donde miríadas de musculosos y ágiles atletas envueltos en apretados uniformes estrellados destellan por doquier admiración y alabanzas! ¿O acaso alguien puede dudar de las 2551 medallas olímpicas cosechadas por esas legiones a lo

largo de apasionantes justas veraniegas e invernales? Si de competición se trata, nadie como ellos.

Según encuestas, un 77% de los estadounidenses está muy orgulloso de su país, primeros también en esta tabla en lugar compartido con los irlandeses, quienes desde siempre hicieron gala de un radical orgullo nacional.

Nadie debe pensar sin embargo que sólo el individualismo y el egoísmo anidan en el alma nórdica, los Estados Unidos son también el primer país del mundo donante de ayuda extranjera, aún cuando esta buena noticia se ve opacada si se compara el aporte para el desarrollo de otros con los gastos militares propios. En esta clasificación USA sólo llega al 3%, una cifra ridícula comparada con el 52 % de Dinamarca o el 38% de Holanda. Está claro que no es fácil ser una gran nación y la envidia que ello conlleva hace que uno tenga que defender lo suyo (y como hemos visto, también lo ajeno de su legítimo propietario). Por eso mismo, la inversión norteamericana en armamento no tiene por lejos rival alguno.

Y hablando de amigos de lo ajeno, los Estados Unidos son también líderes mundiales en población carcelaria, superando con sus más de 2 millones de presos largamente a China o a Rusia – segunda y tercera respectivamente en esta algo tétrica categoría. Pese a esta enorme cantidad de personas a dieta, los norteamericanos también van a la cabeza de la obesidad mundial. Se calcula que un 30 % de la población está excedida en su masa corporal o sea en la relación volumen corporal y peso. Quizás sean las bebidas colas o las colas para beber o la importante cantidad de grasas o el apuro en la deglución. Lo cierto es que el exceso reina en la nación del Norte.

Y hablando de excesos: El 40% mundial de consumidores habituales de cocaína son norteamericanos (algo más de 5 millones); de los 25 millones de ciudadanos que se relajan en algún momento del año con cannabis, detallados análisis infieren que un número cercano a los tres millones la utilizan diariamente; lejos del anhelo de distender, más de un millón acude al crack y entre un 1 y un 1,5% de la población entre 15 y 64 años de edad, recurren a las anfetaminas y al ecstasy. Por último, completando este monstruoso cuadro, casi medio millón de personas son los que ya no aguantan tanto triunfo y necesitan evadirse en el mundo de los derivados del opio.

¿Qué está pasando en este lugar donde se cometen más de 2 millones de asaltos anuales, unas 10 veces lo que en el conflictivo México, donde se roban 40 veces más autos que en la temible Colombia, donde 9 de cada 100.000 personas es asesinada, adonde 15 de cada cien mil se suicidan?

¿Qué sucede realmente en esta nación sorprendente, brillante y tenebrosa al mismo tiempo, donde el éxito es el único horizonte posible y el fracaso constituye una realidad permanente? ¿Qué está pasando en este país tan temido, admirado, amado y odiado? ¿Qué fuerzas actúan en las entrañas de este Águila mundialmente activa, apoyada por muchos como símbolo de progreso y rechazada por tantos otros como principal agente de opresión y violencia? ¿Qué ocurre en esa tierra que concentra al mismo tiempo las ansias de muchos que allí quisieran vivir y el repudio total y absoluto de quienes creen que su sola existencia es la fuente de todos sus males?

¿Acaso la búsqueda interminable de triunfos, de fama y reconocimiento social ha llevado a la situación de una desproporción monstruosa? ¿Acaso ese status que se alcanza con el consumo de bienes y placeres cada vez más sofisticados está convirtiendo a este país en una torre de Babel cada vez más inclinada y pronta a derrumbarse? ¿Acaso el puritanismo, la moral republicana y la hacendosa creencia en el progreso que sirvieron de cimientos a este trozo de civilización sintética ya no sirven para protegerse del cataclismo valórico de finales de siglo XX?

Sin duda que algo de todo esto está presionando en el trasfondo y socavando la posición que estérilmente el aparato de propaganda pretende inmóvil y eterno. Veamos entonces que otras circunstancias se manifiestan en las entrañas del Águila y quizás esto nos acerque algo más a intuir lo que sucederá con ella.

América

La Estatua de la Libertad fue un regalo de Francia a EEUU por el centenario de su independencia. El monumento – que en realidad fue montado diez años después, en 1886 – está cerca de la desembocadura del río Hudson y está orientado hacia el Atlántico y Europa, operando como mágico saludo y señal a los millones de inmigrantes que vinieron a estas tierras en búsqueda de una mejor vida. La alusión estética al Coloso de Rodas – erigido en esa isla veintidós siglos antes en honor al dios Helio como agradecimiento a su protección ante fuerzas invasoras de la época – es innegable. Por otra parte, el mensaje francmasón de la antorcha que iluminará los siete continentes y mares, simbolizados en la corona de siete puntas, apuntaba a traducir la encomienda histórica que la Iluminación europea concretaba en esta tierra de promisión, oportunidad y libertad nunca antes soñadas – al menos inicialmente.

Aquel sueño de libertad constituía también la íntima voluntad de aquellos “Padres Peregrinos” (Pilgrim Fathers) que arribaron a Nueva Inglaterra (en el extremo nororiental de los hoy Estados Unidos) en 1620, intentando conseguir la paz necesaria para vivir de acuerdo a sus creencias religiosas. Poco antes, Puritanos y Disidentes había encontrado brevemente refugio de la intolerancia religiosa de la Iglesia de Inglaterra en Holanda. Los Puritanos, quienes a diferencia de los cismáticos Disidentes no se separaron del tronco eclesial aspirando a su “purificación”, compartían empero con ellos un similar espíritu de aversión por el centralismo que se había posado sobre los representantes de la cristiandad en la isla, quienes en la práctica trasladaban en versión reformada viejas estructuras de poder papal. De esta manera, la libertad se constituía en valor central fundacional, que ciento cincuenta años después contribuiría fuertemente a la independencia de las colonias del Imperio Británico.

El Imperio, por su parte, había ya enviado su propia colonización “oficial” a través de la Compañía de Londres, la que fundaría algunos años antes de la llegada de los peregrinos al extremo nordeste, la primera colonia británica de América en las tierras de Virginia.

Estas líneas diversas de la primera conquista chocarían finalmente a mediados del siglo XIX en una devastadora guerra civil. Los colonos del Norte con su industriosa prosperidad serían la base del bando de la Unión, mientras los Estados sureños, agrícolas y esclavistas, se congregarían en la Confederación. A partir de allí quedaría sellada la inequívoca afirmación de la libertad grabada a fuego en la memoria de Norteamérica. Al menos un tipo particular de libertad, la propia.

Pero la libertad propia tenía su precio y era su defensa la que motivaba la destrucción y la conquista. En esa enfermiza concepción de libertad fueron expandiéndose las alas del Águila mundialmente, replicando los peores hábitos de su antecesora imperial británica. Y con su poder creció el tamaño de sus legiones y como en todas los imperios precedentes, al aumentar la envergadura creció el poder relativo de las legiones sobre el todo que las enviaba. De esta manera, poco quedaba de aquel ensueño libertario americano, siendo reemplazado por una especie de bonapartismo, donde los códigos de igualdad y justicia serían impuestos en adelante a sangre y fuego.

Fronteras adentro, ya nada sería igual. La industria armamentista y sus corporaciones principales tomarían la delantera en la producción y el comercio de artefactos mortales.

La investigación de avanzada, instrumento primario de supremacía imperial, se concentraría en proyectos directa- o indirectamente ligados al suministro militar. Legiones de científicos perseguidos por la brutalidad nazi se acoplarían a la corriente y de esa manera, la tecnificación guerrera llegaría a límites difícilmente soportables por una humanidad que veía la posibilidad cierta de autoextinción en las mortales nubes de un hongo nuclear detonado en Hiroshima y Nagasaki.

Fronteras afuera, tampoco ya nada sería igual. Al tiempo que las naciones se juraban compromisos de coexistencia pacífica en torno a una organización mundial, varias de ellas continuaban la irracional carrera de producir gigantescos arsenales de mayor poder mortífero. Al mismo tiempo los pueblos gritaban libertad y solicitaban armamento. Nuevos bandos surgían con diversas proclamas y viejos bandos contestaban con la misma munición. La demanda violenta era difícil de abastecer. El negocio florecía.

No sólo crecían los números de armas y continuaban las muertes en conflicto, también crecían las deudas. La tan necesaria educación y salud de muchos pueblos se sacrificaba en el altar de luctuosas máquinas de guerra, de las cuales extraían ganancias los mercaderes de armas, sus industrias y los gobernantes a su servicio, que cobraban comisiones por tal crimen y eran protegidos internacionalmente por ello.

La única libertad que se promulgaría sería la libertad de mercado y cualquier otra libertad sería considerada una infracción al mecánico juego de sus fuerzas. El mundo libre imponía su modalidad, evangelizando a la barbarie del proteccionismo. En aquel paraíso de la modernidad, sin embargo, aparecían figuras barbadas, ataviadas con ropajes pastoriles, que predicaban cultos diferentes y que increíblemente se oponían a la evidencia de la superioridad occidental y capitalista. Era menester dar una lección a esos resabios de la historia. Surgía entonces la nueva paranoia de la guerra contra el terror fundamentalista islámico. Poco quedaba ya luego de casi cuatro siglos de la hermosa libertad de culto pregonada por aquellos pioneros rubios de intensa vocación religiosa. Se había vuelto el reloj atrás casi un milenio y el Águila lanzaba nuevas Cruzadas para sojuzgar infieles que osaban resistir el credo de la cruz y el dólar.

El negocio de la muerte continuaba mientras un americano de piel negra recibía el Premio Nóbel de la Paz. Este joven no había hecho todavía mucho por la paz, salvo encarnar por su aspecto y procedencia simbólicamente el legado de fuertes y valerosos movimientos de derechos civiles, que habían resistido - y de alguna manera vulnerado ocasionalmente - el sistema atroz de dominación y conquista con el que se regía el Estado norteamericano. Este senador venía a intentar reconquistar algo de la imagen pública perdida internacionalmente, a tratar de seducir mediante una brillante retórica de púlpito las almas confundidas de quienes habían creído el embuste de la unipolaridad geopolítica mundial luego de la caída del demonio soviético. El apuesto presidente era una inteligente maniobra publicitaria del establishment que mostraba al mundo cuán libertaria seguía siendo “América”, permitiendo que un muchacho de raza negra fuera llamado “Mr. President”. Le estaba permitido jugar con algunos juguetes, a condición de no tocar nada importante. E importante eran los grandes negocios de las multinacionales del armamento, importantes eran los sueldos y las prebendas militares, importante - demasiado importante - el presupuesto destinado a la “Defensa”. Era evidente la intención del sistema al no reducir - sino más bien aumentar - esos gastos, en un tiempo donde la discusión sobre cómo bajar la impresionante deuda del país se había tornado imprescindible. El comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de

Estados Unidos, puesto reservado por la Constitución al presidente del país, era sólo un prisionero más de sus milicias. Su posición remitía a aquella situación tantas veces vista en la historia, donde los débiles poderes civiles terminaban cediendo al poder real de los jefes militares.

Escribíamos ya en un artículo publicado en el 2009 por la agencia de noticias de Paz y No Violencia Pressenza: *“Sostener el aparato militar de USA supone una quinta parte del presupuesto total del Estado. La desproporción de este monto de 800 billones de dólares – 11 ceros detrás del número 8 – queda clara cuando se ve que esto representa aproximadamente la mitad del gasto militar mundial. La sorpresa (y por supuesto el disgusto) no cesan cuando se verifica que este presupuesto es 8 veces mayor que el segundo mayor despilfarrador de dinero en estas materias, la República Popular China, a la cual siguen Francia, el Reino Unido, Japón, Rusia, Alemania y otros pertenecientes al clan. Este presupuesto para gastos militares equivale al presupuesto estatal total de los últimos 180 países en el ranking mundial. Sólo para hacer alguna comparación entonces, USA gasta en “defensa” 20 veces más que el presupuesto total del estado de Chile, 200 veces más que el presupuesto de Costa Rica o Georgia y unas 1000 veces los recursos totales de Haití, Mauritania o Togo.*

Pero si para algunos esto es gasto inadmisible e inmoral, para otros es fuente directa de inmejorables negocios, manutención de una fuerza de choque necesaria para lucrativas actividades alejadas del suelo patrio o simplemente una fuente de sustento.

Y más allá de esto, aún si el comandante Obama lograra pactar con el conglomerado industrial militar en sus múltiples ramas para que reconvirtiera su criminal actividad hacia otro tipo de producción, ¿qué haría con un millón y medio de soldados activos en busca de reinserción laboral?

Como es sabido, los ejércitos de dominación se alimentan de mano de obra desocupada o en búsqueda de ascenso social, de aquellos para los cuales calzar un uniforme y aventurarse en tierras lejanas resulta un horizonte más atrayente en términos de prestigio y dinero que la vida habitual de un desocupado, subocupado u obrero no calificado en los Estados Unidos. Así como nubios, nómadas, íberos, celtas y godos alimentaban las legiones romanas, hoy el componente latino y negro es cada vez más preponderante en el ejército norteamericano.

La historia reciente de los períodos posteriores a los conflictos bélicos muestra ese terrible problema de la desinserción laboral. En la desgarrada Centroamérica, por ejemplo, donde el terrorismo de Estado y las guerras civiles cobraron miles de víctimas, los bandos armados desmovilizados nutren hoy gran parte de la delincuencia a gran escala en sus diferentes modalidades.

Obama es un rehén de la violencia del sistema que públicamente pondera. Claro que ésta es una prisión de lujo y alejada de la tortura de Guantánamo, pero no deja de ser cierta la coacción de su libertad operativa. El Jefe Obama es así prisionero de su propia tribu guerrera, que destruye a otros y termina fagocitando también a quienes la alimentan.”

Por supuesto que el citado presidente no es el único preso del sistema, sino simplemente el más prominente. La sociedad norteamericana se halla profundamente

militarizada y esta tensión subyace en todos los aspectos de la vida cotidiana de los habitantes. En Estados Unidos política exterior es siempre política doméstica y la cadena de mandos se continúa largamente fuera de las fortalezas militares. Ningún político se atreve a hablar con fuerza públicamente contra la soldadesca y todos alaban sin pudor el sacrificio de los jóvenes patriotas que se arriesgan en la lejanía para servir al presunto destino nacional. Bien vistas las cosas, poco ha quedado ya de ese patriotismo y de esa vocación de servicio. Conseguir legionarios resulta cada vez más costoso y eso afecta de manera directa las finanzas, los impuestos y en definitiva, la presión sobre la ciudadanía.

¿Llegará el día donde el pueblo estadounidense abiertamente se rebele contra este macabro círculo vicioso de dominación y dependencia de la capacidad de dominación? No hay duda que así será. Seguramente esa otra gran tendencia, genuinamente libertaria, que vive en el pueblo norteamericano y que afloró históricamente con distintas vestimentas, subirá una vez más a la superficie. Lo mejor del alma estadounidense generó en su momento el movimiento abolicionista, encarnó luego en aquella indetenible corriente por el derecho al sufragio femenino, apareció nuevamente en contra de la segregación racial, motorizó aquella correntada juvenil pacifista de finales de los años 60' del siglo pasado y ha tenido mucho que ver recientemente – más allá de los resultados concretos y de otras consideraciones – en la elección del primer presidente negro de los Estados Unidos.

Ese poderoso impulso influirá con potencia en los futuros e inevitables cambios que acaecerán en las tierras del Águila, ayudando con ello a abrir un nuevo momento de la Historia Humana.

Tráfico de sueños

Aquellos primeros refugiados de la persecución anglicana, aquellos otros convictos y aventureros que – al igual que en la conquista española del Nuevo Mundo – llegaron a estas desconocidas y peligrosas tierras, no fueron los últimos. Los aires de libertad que aquello inspiraba, el creciente asentamiento e incipiente bienestar de los colonos, las fabulosas posibilidades que enormes extensiones de tierra inexplorada y virgen suscitaban en el imaginario colectivo de todos a quienes llegaban noticias del Nuevo Mundo y – a la inversa - las miserables condiciones de vida de las mayorías europeas, hicieron surgir fuertes movimientos migratorios hacia aquella América del Norte.

Así arribaron entre principios de siglo XVII y hasta finales del XVIII aproximadamente un millón de inmigrantes a esas poco pobladas tierras. La mitad de ellos era de origen británico (ingleses, escoceses o irlandeses), de fe protestante y se asentaron mayoritariamente como granjeros. Otro tercio de aquella primera ola migratoria no vino a esta América en busca de libertad, sino privado de ella. Ni siquiera sabían adonde iban, encadenados, hacinados y enfermos en la bodega de barcos esclavistas. Los hacendados virginianos, sí lo sabían: los negros del oeste africano fueron la mano de obra gratuita de las grandes plantaciones de tabaco que constituyeron el primer núcleo agrícola sureño. De allí proviene el afamado “tabaco Richmond”, de allí surge el antecedente de lo que serán luego las gigantescas corporaciones tabacaleras americanas. Seguramente también proviene de este tipo de sitios (y de otros con similar paisaje) aquel extraño hábito de ligar el lujo y la ostentación al dudoso placer de fumar gruesos cigarros malolientes. Es extraño ver en cambio cuánto reniega el nórdico actual de aquella imagen próspera con su enfermiza sensibilidad frente a los humos tabáquicos, persiguiendo a todo aquél que ose expeler azuladas columnas carbonizadas, luego de sorber alquitranes en un curioso ejercicio de succión que recuerda etapas neonatales. Está claro que luego de cuatro centurias, el inmenso negocio colonialista del tabaco ha cambiado y sus secuelas sanitarias se hacen sentir, por lo cual la imagen de poder, lujuria y felicidad se ha transformado. Lo que al parecer no ha variado, es que todo lo placentero parece necesitar ser agregado al torrente sanguíneo.

Entre las nacionalidades que contribuyeron a esta primera oleada poblacional europea se encontraría también un importante contingente de alemanes, algunos holandeses y otros de significancia numérica menor. Por supuesto que, simultáneamente con aquellos protonúcleos fundacionales británicos al Este, los colonialismos francés y español también clavarían sus banderas de dominio. Los primeros en la Louisiana al sur y en los extensos territorios de lo que luego sería el Canadá francófono en el Norte. Los segundos, en todo el sur de este a oeste, como simple continuación de la conquista post colombina.

Los níveos colonos europeos desembarcaron - como es lógico, si se mira su proveniencia – bien al Norte, se fecundaron y alegres bandadas de rubios niños hicieron su parte en el duro y cotidiano esfuerzo del mundo rural. La extensión de la colonización – y su condición de origen básica – provino así de la fuerte multiplicación demográfica de aquellos núcleos iniciales de noreuropeos inspirados por paisajes bíblicos, siendo favorecidos en ese crecimiento por climas que impedían la proliferación de alimañas, las cuales causaron fuertes mortandades en las deficientes condiciones sanitarias y climáticas de las primeras colonias en el Sureste.

Con otro problema, acaso peor, tuvieron que lidiar aquellos conquistadores del imperio británico, problema con el que se toparán después los atildados colonos del Norte, en su progresión hacia el Oeste. Había otros grupos humanos que habitaban estas tierras que no entendían porqué debían dejar que estos salvajes intrusos se inmiscuyeran en su vida silvestre, ajena a la mentalidad pastoril, cultivadora o extractiva. No eran moabitas o amorreos sino cherokees, choctaws o mohawks. Luego habría que vérselas con dakotas, nachez, sioux, navajos y todas aquellas tribus que confusamente habitan nuestro paisaje cargado de celuloide cinematográfico.

Para avanzar hacia aquellas tierras que seguramente se les aparecían como el Canaán de otros tiempos – relato que mantenían vivo diaria- y sobre todo dominicalmente – había que superar aquel escollo de culturas alejadas del dios único y – no siempre pero con frecuencia - renuentes a aceptar la dudosa oferta que los recién llegados hacían. Estos advenedizos pobladores, al igual que lo que sucedió miles de kilómetros más al sur, en el transcurso de las conquistas de las otras Américas, fueron la consumación de la plaga apocalíptica en estas tierras. Los investigadores coinciden que la principal causa en la reducción de las poblaciones autóctonas – estimadas diversamente (por la falta de información fehaciente) entre 1 millón y un número cercano a los 18 millones en los territorios de lo que hoy serían los Estados Unidos – fueron las pestes traídas por el invasor europeo, especialmente la viruela, desconocidas para el sistema inmunológico de los pueblos del lugar.

A pesar del sometimiento que una cultura colonial y un proyecto expansivo impusieron, no todo fue conflicto en ese histórico encuentro. Un buen número de tribus se batieron en las luchas entre ingleses y franceses a ambos lados, algunas comerciaron con los extraños y como es de imaginarse – muchos se sintieron irremediamente atraídos por las virtudes desconocidas del rival, llegando a establecerse múltiples encuentros de íntima naturaleza. No sabemos en que medida la atracción fue voluntaria o forzada con prepotencia. Dadas las circunstancias, es posible que lo segundo haya sido lo más frecuente. El cine, sin embargo, como en tantas otras oportunidades, ha acudido en ayuda del clásico intento norteamericano por barrer idílicamente las atrocidades, presentándonos la historia de amor entre una de las once hijas del jefe de la confederación Powhatan, Wahunsonacock (cuyo nombre Pocahontas, ya habrán adivinado nuestros lectores) y el aventurero británico John Smith, líder de Jamestown, poblado pionero de la colonia virginiana, en el cual apenas 150 colonos habían sobrevivido hacia 1610. Y aquella fiereza indómita de la que hacían gala aquellos seres de torso semidesnudo que se negaron a resignar su estilo de vida, aquella estructura de vida que exhibían, conectaba de cierto modo con aquel sueño de libertad y tolerancia que los propios invasores habían traído alguna vez. Según algunos investigadores, una parte del sentir y las formas organizativas de los indígenas habría influido positivamente – junto al republicanismo europeo – en la elaboración de las primeras formas constitucionales estadounidenses.

Más allá de estos matices y contrariando el espíritu romántico debemos señalar a estas alturas que, paradójicamente y a pesar de que una importante porción de los habitantes de América evidencia raíces inmigratorias, el racismo fue tan constitutivo de la condición de origen de los Estados Unidos como la búsqueda de libertades.

Y como veremos de inmediato, la aversión xenófoba no fue solamente dirigida contra negros e indios.

Hacia comienzos del siglo XIX, la mayor parte de los habitantes de las recientemente independizadas trece colonias era nativa, es decir, nacida en suelo americano. Los antiguos pioneros ya habían muerto y la inmigración se minimizó. Sin embargo, poco tiempo después y al igual que dos centurias antes, terribles sucesos en tierras europeas hicieron que nuevamente millones emigraran a Norte América. Se trataba sobre todo de irlandeses escapando de la Gran Hambruna que acaeció allí entre 1841 y 1845 y de alemanes huyendo de las desastrosas condiciones de subsistencia posteriores a las guerras napoleónicas. Llegaron así cerca de un millón entre los años 30' y 40' y más de dos millones en la década de 1850. El problema para los por entonces nativos Wasp (White, Anglo-Saxon, Protestant – blanco, anglosajón y protestante) era que la enorme mayoría de estos nuevos inmigrantes profesaba la fe católica. Por otra parte, muchos de éstos luego de su arribo, se asentaron en centros urbanos donde la creciente industria ofrecía nuevas oportunidades de empleo. Su presencia se hacía de esa manera concentrada y notoria, lo cual exasperó a muchos, siendo éstos presa fácil de la agitación antiinmigratoria. De esta época data el fuerte movimiento “nativista” que dio lugar a la aparición de una fuerza política de curiosa denominación: los “ignorantes”. Recurriendo nuevamente a la profusa producción fílmica de tiempos recientes, que pródigamente nos sitúa con sus imágenes en los distintos escenarios históricos, encontraremos ciertamente en nuestra memoria a la ficción “*Pandillas de Nueva York*”, cuyo personaje “*Carnicero*” nos muestra la brutalidad desatada por aquellos tiempos contra los nuevos arribos.

Por la misma época, pero en la costa oeste, se desarrollaba la famosa “Fiebre del Oro”, que atraería no sólo cazafortunas del interior sino un buen número de labriegos chinos, dispuestos por ínfima paga a trabajar duro en minas, cocinas o cuanta labor se presentara. La gran mayoría vivía en San Francisco, dando lugar a los primeros “*chinatowns*”. La reacción hacia ellos fue aún peor que la anticatólica en el Este. Hubert Bancroft, un historiador reaccionario, indicaría en sus memorias (1912) claramente el sentir de muchos californianos de mitad de siglo XIX: “*Queremos a los asiáticos para nuestros trabajos de bajo nivel, y cuando éstos se han terminado, queremos que vuelvan a sus hogares y esperen hasta que los necesitemos nuevamente*”. Tal como lo menciona el profesor Roger Daniels, esta noción es la del “*gastarbeiter*” alemán, la del trabajador huésped. La discriminación se formalizaría hacia 1870 con la aprobación del acta de Naturalización – que impedía acceder a la ciudadanía norteamericana a aquellos que no fueran descendientes directos de nativos blancos o negros y finalmente con el Acta de Exclusión de 1882, que explícitamente prohibía la inmigración de asiáticos, salvo en muy contados casos.

Al mismo tiempo, llegaría la tercer gran ola de viajeros, ésta vez facilitada en gigantesco número por las nuevas naves a vapor. Estas masas - provenientes del sur y este europeos – cumplirían con la función de llenar las fábricas en pleno auge del industrialismo y la expansión geopolítica. Tampoco eran éstos rubios ni protestantes, sino italianos, griegos y polacos, pero sus deseos de colaborar al engrandecimiento capitalista eran razón más que suficiente para darles una cálida bienvenida. Se completaba este torrente migratorio con un apreciable contingente desde Suecia y Noruega y también de esta época data la llegada de sirios y libaneses – sobre todo cristianos - y de judíos rusos escapando de la persecución zarista.

Hacia 1924, tal situación cambiaría y nuevamente una legislación drástica ordenaría las cosas. Se establecería el sistema de cuotas, restringiendo el número de inmigrantes a

ser admitidos al 2% del número de personas de ese país que ya estuvieran en los Estados Unidos en 1890. Los asiáticos continuarían proscritos, pero la ley no indicaba restricciones para el Hemisferio Occidental, con lo cual comenzaron a llegar hispanos desde Latinoamérica y nuevamente negros desde Haití, Jamaica y Barbados. La barrera migratoria establecida en 1924 seguiría en vigencia hasta 1965, cuando – durante la presidencia de Lyndon B. Johnson – sería reemplazada por la llamada “Hart-Cellar Act”, que no era precisamente una ley liberal, pero abría posibilidades no determinadas automáticamente por la procedencia sino por las relaciones familiares y el tipo de profesión. En los 40 años anteriores, algunas excepciones con fuerte connotación política habían superado el darwinismo migratorio. Judíos luego del exterminio nazi, húngaros exiliados de la fallida revolución del 56, refugiados de la guerra de Corea, cubanos disidentes del triunfo castrista – entre otros – fueron admitidos en el paraíso de la libertad. A partir de 1943, como contrapartida de su alianza en tiempos de Guerra, fue abolida la explícita exclusión china como sujeto de inmigración.

Ya en décadas recientes, el paisaje humano norteamericano varió nuevamente con una fuerte corriente latina y asiática. Los primeros, buscando refugio de la miseria y aprovechando la cercanía fronteriza. Los segundos, como un grupo esta vez cualificado para tareas de “alto nivel” en el desarrollo tecnológico y científico.

Hacia el año en que se escribe este estudio, la población total norteamericana es de unos 310 millones de personas. De ellas, unos 200 millones son consideradas “blancas no latinas”, 50 millones son “hispanics”, 40 millones negros, 14 millones de asiáticos y el resto son indígenas, nativos de las islas del Pacífico (sobre todo Hawaii) o población mestiza de dos o más razas. Es curioso ver en las estadísticas (extraídas del U. S. Census Bureau) cuán bajo es el porcentaje de “mixtura” acaecido entre razas diversas, dando por tierra aquel mito del “melting pot” (crisol de razas). Según el censo 2010 sólo el 2.2 % de la población declara pertenecer a dos o más razas. La diferenciación étnica ha salido victoriosa desde el trasfondo darwinista.

La gran mayoría de inmigrantes nuevos o ya asentados, legales o ilegales, son de origen mejicano. Esto nos muestra cuanta razón tuvieron aquellos que se oponían en distintos países de la región latinoamericana a los tratados de libre comercio bilaterales o a aquella tentadora y diabólica oferta de una zona de comercio “libre” a todo lo largo del continente americano. No fue sólo la contigüidad fronteriza la que impulsó la masiva migración mejicana hacia el Norte y mucho menos la cordial bienvenida con la que en dicha frontera los agentes federales esperaban a toda persona que quisiera trasponerla. Fue la imponente invasión capitalista – como siempre en busca del bajo salario – la que, lejos de dar trabajo digno a las mayorías, arrasó con muchas de sus fuentes de sustento, empujándolas a intentar mejorar la situación algo más al Norte.

A estas alturas, queda claro que la tensión interracial está y seguirá plenamente vigente en esta tierra tan “acogedora” y aparentemente multicultural. Según informes de la organización de derechos civiles “South Poverty Law Center” existen en la actualidad 932 grupos de “odio racial”, como llama esta agrupación a aquellos que con diversos matices se oponen a que los Estados Unidos amplíe en profundidad su cultura.

A estas alturas, queda claro como la inmigración ha sido siempre vista – salvo honrosas excepciones – como un factor mercantil imprescindible, como mercancía humana, necesaria para el desarrollo de tal o cual etapa en el crecimiento depredador del

Águila. Está claro también porqué la mayor parte de la población sumergida, pobre y sin seguro médico ha sido siempre la inmigrante y aún hoy – entre la población establecida legalmente ya en generaciones subsiguientes – continúan los indicadores mostrando aquella traza explotadora.

En la continuidad de un ciclo siempre similar, al arribo de los inmigrantes y su concentración siguió la manifestación de repulsa de los “nativos” y consecuentemente con la presión política ejercida, nuevas regulaciones discriminatorias suplieron a las anteriores. Por supuesto que a pesar de ellas, la gente urgida se las ingenió siempre para incumplirlas. Mirando más allá de la normativa y de la opinión de probos y doctos, está claro que buena parte de esta ilegalidad es profundamente bienvenida por el sistema, ya que le permite continuar aprovechando mano de obra a costos ínfimos, sin preocuparse por los derechos de personas “inexistentes”. Por ello es que – al contrario de lo que pregonan grupos reaccionarios – el verdadero “caos” no se suscita por el hecho de que los inmigrantes vengan, sino que aparecería en toda su dimensión si los inmigrantes dejaran de venir.

De cualquier modo, ésta no debe ser fuente de preocupación para los norteamericanos cómodamente establecidos. La miseria del sistema, el hambre y la desigualdad continuarán arrojando a estas tierras a cientos de miles de honrados ciudadanos que vendrán procurando una mejor vida y algún puñado de papeles verdes que puedan ser enviados a sus lejanos hogares como sustento existencial.

Sin embargo, severos vendavales sociales pueden verse en el horizonte si las cosas no funcionan tan maravillosamente como en los cuentos de hadas de Disney. Podría entonces ocurrir que la violencia aumentara y que la benéfica y acogedora América mostrara nuevamente y por enésima vez, su rostro cruel de intolerancia racial.

Economía de guerra

Todo iba bien hasta que llegó el hombre de la Bolsa, o mejor dicho, los hombres de la Bolsa. La institución había nacido y crecido desde la idea de conectar los dineros ahorrados de la actividad productiva o laboral con las posibilidades derivadas de invertirlos en emprendimientos que produjeran un ingreso colateral. No sólo las rentables actividades extractivas de la minería y el petróleo, sino también toda la industria manufacturera y pesada necesitaban importantes sumas para ampliar su escala, multiplicar sus instalaciones, renovar su maquinaria y corresponder así a un mercado en crecimiento. Ante ello tenían dos opciones: o bien acudir a la banca a por un préstamo – en general caro y riesgoso – o asociar a inversores privados anónimos, compartiendo con ellos posibles ganancias derivadas del crecimiento.

Pero no sólo la actividad privada sino también el Estado estaba crecientemente urgido de fondos para cumplir con sus actividades cada vez más diversas y expandidas – entre ellas los montos cada vez más grandes requeridos para financiar el avance guerrero. Los hombres de la Bolsa salían rápidamente en auxilio del sediento Tesoro ofreciendo al hombre común los bonos y letras que aquél emitía. Por último, la misma banca no deseaba quedar fuera de aquel democrático mercado de papeles y se ocupaba de invertir lo ganado por usura en papeles que aumentarán aún más aquella rentabilidad. Por último sería ésta la que volvería las cosas a sus carriles, recuperando el control y asumiendo el grueso de lo transado.

Todo iba muy bien y en crecimiento en aquel año de 1929. El Producto Bruto Interno nominal se había quintuplicado desde inicios de la centuria y dividido los casi 122 millones que habitaban estas tierras por entonces, esto daba – medido en dólares de aquel momento un *per cápita* de 850 anuales, nada mal comparado con los tristes 270 de sólo 30 años antes. Esta apreciación se proporciona si se toman los cálculos económicos modernos valorizando todo aquello en dólares actuales (lo que se llama PBI real), pero seguramente que cualesquiera sea el parámetro utilizado, había también algunos que obtenían bastante más que esto y que muchos – pero muchos más – aún cuando co-responsables de aquel crecimiento, obtenían bastante menos. Pero el pueblo era optimista y el futuro era un horizonte ilimitado de crecimiento material a ojos vista. Así las cosas, muchos norteamericanos comenzaron a participar en ese extraño mundo que todos conocemos por el bullicio exasperado de sus operadores. Bullicio que en aquella época no era tal, ya que las transacciones se ordenaban por señas entre oficinas separadas por vidrios. Señalización que persiste en estas instituciones bicentenarias ahora a través de la sofisticación silenciosa de los sistemas de comunicación electrónica.

Pero en aquel Septiembre de 1929 no hubo calma. Al inversionismo desprejuiciado y entusiasta siguió un pánico atroz, viendo muchos como se esfumaban en poquísimos días aquellos sueños y ahorros amasados en años de esfuerzo. No es nuestro interés aquí analizar porqué había sucedido todo aquello ni porqué el mundo industrial entero entró en aquel declive pronunciado de la curva económica conocido como “la Gran Depresión”. La denominación utilizada para el fenómeno hace justicia al estado de ánimo en el que cayó el siempre optimista norteamericano y así se deprimió el consumo, la producción y fundamentalmente, el trabajo. En 1932, por ejemplo, más de 11 millones de personas, un 30% de la fuerza de trabajo, estaba desempleada.

Políticamente ello significó el fin de la potestad que los republicanos habían mantenido sobre el puesto de presidente desde 1869, con las solas excepciones de Cleveland y Wilson. La decepción se transformaría en furia y la difícil tarea de la recuperación sería encomendada a Franklin Delano Roosevelt. En aquel año de 1929 se había acabado el capitalismo real, el glorioso ensueño del individuo pujante y emprendedor que en esforzada justa competencia y salía airoso por sus propias virtudes, haciendo fortuna.

Así vinieron los años del New Deal con medidas de emergencia que ayudaron a paliar la dramática situación de muchos y en cierta medida, mejoraron el panorama general. En el horizonte de inseguridad de la época brillaba la figura de un profesor de Cambridge y asesor de la Corona Británica, de nombre John Maynard Keynes, quien intentaba mostrar las bondades de la intervención del Estado en la esfera económica a través del aumento del gasto público. La receta fue exitosa y utilizada por todos, en mayor o menor medida, habida cuenta de la necesidad y la consiguiente desesperación popular general. Desesperación que fue llevada al paroxismo por la demencial pesadilla del nazismo en Alemania, el fascismo en Italia, el nacionalismo en Turquía y el régimen imperial en Japón, resultado del mundo al que había conducido la no menos pervertida y violenta facción de los colonialistas y neocolonialistas ingleses, franceses y norteamericanos que los combatieron. Rusia debe quedar aparte en esta mención, ya que su oposición al Eje y su participación en la Alianza no era producto de una política de expansión y dominio agresivo. Su régimen, si bien tiránico, se inspiraba en la defensa de una revolución que había surgido como respuesta a las injusticias ya existentes mucho antes del fracaso capitalista que se manifestó en los años '30.

Con la guerra apareció el gran Negocio, ya no era el New Deal, era el Big Deal. Todas las fuerzas productivas posibles fueron movilizadas para el abastecimiento de la destrucción a escala planetaria. La industria automovilística, tesoro del capitalismo industrial norteamericano con sus pioneros tayloristas y fordianos, fue obligada a fabricar aviones bajo reticencia de los empresarios y fuerte presión de los sindicatos, clara vanguardia junto al Estado en esta extraña nueva revolución destinada a recuperar al capitalismo a través del destrozo masivo de vidas y bienes. Las Águilas metálicas que surcaban el cielo vieron multiplicada su producción 28 veces entre 1939 y 1945. Los por entonces alicaídos astilleros cobraron nueva vida bajo dirección de la Administración Federal, llegando la producción de naves a ser diecisiete veces mayor al finalizar la guerra que en sus comienzos. No sólo fue importante la cantidad de embarcaciones de guerra, sino también el fundamental contingente de cargueros y buques mercantes cuya misión era el abastecimiento de las tropas y de la sociedad civil en lugares donde avanzaba la matanza destruyendo todo signo productivo. De esta manera, esa guerra significó para el Águila no sólo la posibilidad de producir para destruir a otros, sino también de producir para abastecer a las sociedades destruidas. La consigna fue la “conversión” y esta palabra de intensas cargas místicas no debía servir en este caso al entendimiento y a la reconciliación, sino a la movilización de aquellas oscuras fuerzas patrióticas en beneficio de una salvación sí, pero de carácter material.

El capitalismo había muerto, como dijimos, y sólo el Estado podía ser el Salvador, financiando con billones este enorme desperdicio letal de municiones, armas, vehículos y demás enseres necesarios para las tropas combatientes. Para dar una magnitud aproximada de dicha orientación estatal, incluimos la siguiente tabla que nos muestra cómo el PIB estadounidense creció en los 5 años de guerra y la relación de este

crecimiento a expensas de un abultado gasto federal, cuyas partidas para defensa llegaron a ser del 90% del presupuesto total en el último año de guerra.

Gasto Federal y gasto militar durante la Segunda Guerra Mundial
(Valores en billones de dólares sobre constante de dólar 1940)

Año	PBI nominal		Gasto Federal			Gasto Militar			
	total \$	% increm.	total \$	% increm.	% de PBI	total \$	% increm.	% de PBI	% de gasto federal
1940	101.4		9.47		9.34%	1.66		1.64%	17.53%
1941	120.67	19.00%	13.00	37.28%	10.77%	6.13	269.28%	5.08%	47.15%
1942	139.06	15.24%	30.18	132.15%	21.70%	22.05	259.71%	15.86%	73.06%
1943	136.44	-1.88%	63.57	110.64%	46.59%	43.98	99.46%	32.23%	69.18%
1944	174.84	28.14%	72.62	14.24%	41.54%	62.95	43.13%	36.00%	86.68%
1945	173.52	-0.75%	72.11	-0.70%	41.56%	64.53	2.51%	37.19%	89.49%

Fuentes: Datos PBI 1940 de "Nominal GDP: Louis Johnston and Samuel Williamson, "The Annual Real and Nominal GDP for the United States, 1789 — Present" PBI 1941-1945 calculado usando Bureau of Labor Statistics, "CPI Inflation Calculator" Gasto Federal y de Defensa de "Budget of the United States Government: Historical Tables Fiscal Year 2005," Government Printing Office, Tabla 6.1 y Tabla 3.1 (extraído de *The American Economy during World War II. (Tassava, Christopher)*)

Todos habían sido convocados al esfuerzo nacional, hombres, mujeres, niños y minorías hasta entonces relegadas. No sólo los desplazados durante la Gran Depresión habían encontrado trabajo – ya sea en los cuerpos armados o en la producción al servicio de éstos – sino también los más de diez millones de jóvenes que habían ingresado al mercado laboral durante esos años. De esta manera, el número de personas desocupadas llegaría al mínimo histórico de 1.1% de la población (o 1.9% del total de la fuerza laboral) en el año 1945. La guerra había posibilitado el nuevo sueño americano del pleno empleo.

Allí había surgido el tantas veces citado “complejo militar industrial”, tejido por corporaciones privadas, agencias de estado, universidades y los desde entonces fuertemente sindicalizados trabajadores, prontos a defender con fiereza las seguridades obtenidas a través de una industria que nunca más se prestó a reconversión alguna. Hasta uno de los principales generales del Águila durante la conflagración mundial, presidente de USA a partir de 1953 y ciertamente un exponente belicista destacado, señaló en su discurso de despedida el peligro que conllevaba que los EEUU continuaran sosteniendo tamaña dependencia estructural con aquel sector.

A partir del final de la Segunda Guerra, la economía norteamericana quedó posicionada como la gran vencedora y en situación productiva altamente ventajosa respecto al resto del mundo. Para sellar aquella posición se cierran los “Acuerdos de Bretton Woods”, que dan origen a instituciones de crédito mundiales (como el Fondo Monetario Internacional), donde EEUU asume un tercio de los fondos y por supuesto el control a través de un tercio de los votos. Allí se fija al dólar norteamericano como

moneda de intercambio y se impulsa el libre comercio como forma de penetración del neoimperialismo mercader.

El Águila, sin embargo, a pesar de su aura victoriosa, sentía temor. Temía que una nueva depresión (o una fuerte recesión) surgieran durante la nueva paz, entre otras cosas, por las débiles posibilidades compradoras de un mundo europeo hambriento y necesitado pero semidestruido en sus capacidades productivas. Temía también que el rojo amanecer que se extendía en muchos lugares (sobre todo en los gigantescos territorios del Águila bicéfala y del Dragón) hiciera venir la noche sobre la obsesión yanqui de un mundo de ganancias y progreso material individual.

Así surge la idea de reactivar la economía de Europa – una de cuyas locomotoras sería paradójicamente la antigua enemiga alemana – a través del plan Marshall, para generar un muro de contención al avance comunista y a su vez un mercado para la rebosante industria manufacturera americana que, a estas alturas, había vuelto a producir de todo. Japón no recibiría ayuda directa, pero sí sería también un gran aliado en la Guerra de Corea abasteciendo en aquel lugar del mundo al monstruo hiper consumidor de la batalla armada. En Latinoamérica se intentaría algo similar con la Alianza para el Progreso, que a su vez apuntaría no sólo a contener los vientos izquierdistas sino también a intentar derribar ciertos impedimentos que el extendido nacionalismo de los años 50' habían erigido al comercio con los EEUU.

Los antiguos enemigos eran ahora aliados en la cruzada contra la nueva fe marxista y la Guerra Fría absorbía millones, incluyendo a partir de entonces el incremento del devastador armamento nuclear. Bajo el influjo de notables escritores de ciencia ficción, competían además los nuevos bloques por el éxito en el espacio estelar, explorando nuevas fronteras de innovación al servicio de mentalidades atrapadas en la carrera de dominar a otros.

Luego siguió Vietnam con una nueva inyección de recursos para financiar nuevas tragedias, pero esta guerra ya no trajo sonrisas al Águila, aunque sí deudas. Por otra parte, la proliferación mundial de automóviles, la extensión de la aviación comercial y el aumento general de volumen productivo y comercial hicieron del petróleo un bien costoso cuyos dueños - para desgracia de EEUU - comenzaban a venderlo con una altivez inusitada, poniéndose de acuerdo en la modalidad de un cártel, elevando sus precios y utilizándolo como medio de presión política sobre el Águila y sus aliados.

Era necesaria una nueva ofensiva y ésta llegó de la mano de Reagan y de los muchachos de Chicago. Afirmar el poder del mercado por sobre toda otra verdad era la divisa. Sin embargo, en la era reaganómica, la inversión estatal en la industria armamentística arreció: en su primera presidencia, el déficit fiscal pasó de US\$74,000 millones en 1980 a US\$221,000 millones en 1986. Al mismo tiempo el Estado se desentendía de otras tareas como la salud y la educación. Otra fórmula brillante había sido encontrada: invadir nuevos territorios económicos – en USA y en todo el mundo - reservados hasta entonces a las elefantiásicas estructuras estatales, generando así nuevos negocios para las corporaciones. Esta categoría económica, la de “servicios” tomó la delantera supliendo así las dificultades de la producción de bienes, como lidiar por la provisión de materias primas y petróleo y la competencia surgida por parte de otras potencias manufactureras. Al mismo tiempo, se renovaba el ensueño propagandístico de la libertad en términos capitalistas.

Y las barreras cayeron. La tecnología se había introducido con fuerza barriendo anticuadas industrias pesadas. La introducción de nuevos materiales, de nuevos procesos de fabricación y de nuevas formas organizativas revolucionó la economía en todos sus aspectos. Con el enorme endeudamiento que se produjo en ese mundo sediento de renovaciones, se producía una concentración inédita de capital en manos financieras, sedientas a su vez de ganancias suculentas y – sobre todo – rápidas. Así como durante el siglo XIX y XX el mundo agrícola, obediente prisionero de los ciclos naturales, había dado paso al industrioso mundo fabril, cuyos tiempos y volúmenes parecían ser un reflejo más ajustado de la voluntad humana, la pesada seguridad del hierro y del carbón darían paso a una volátil vorágine, cada vez más alejada de toda realidad productiva.

Y todo iba bien, hasta que llegaron los Hombres de la Bolsa. Claro que éstos nunca se habían ido y que habían sido fuertes actores en todas las décadas anteriores. Sin embargo, ya no eran los Estados en bancarrota los grandes clientes, ya no era la necesidad de ampliar producción, la banca necesitaba nuevos negocios, nuevos territorios por invadir para las grandes sumas de dinero que se apiñaban en sus contabilidades usureras. El resto es muy conocido: a la sobrevaluación de las propiedades por actividades especulativas con securitizaciones hipotecarias, siguió un reventón de la burbuja y el desplome del consumo. Otra vez asomaba el gran fracaso del año 1929 en la memoria colectiva del pueblo norteamericano. Otra vez se acudía – como en tiempos del New Deal pero con televisión a color – al Estado a por ayuda, en esta oportunidad para evitar quiebras en corporaciones financieras. Otra vez, el sentir popular votaba a quien prometía mayor gasto fiscal en cuestiones sociales. Nuevamente el nivel de desempleo había aumentado considerablemente, rondando el 10% de la población activa.

A estas alturas, el Águila ha perdido mucho plumaje. Su posición preeminente en la industria y en el comercio internacional ha cedido un gran terreno a la manufactura oriental, que no sólo ha logrado mejores precios en razón de menores costos sino que ha aumentado considerablemente su volumen y calidad productiva. El déficit comercial se ha vuelto crónico. La deuda fiscal – mayoritariamente también en manos orientales – ha aumentado a un nivel sin precedente, niveles que difícilmente el FMI avalaría, si se tratara de cualquier otro país, claro. La ecuación es a largo plazo insostenible, es el plan Marshall al revés: hoy son algunos Estados con fuertes excedentes como China, Japón o Arabia Saudita, los que sostienen a un país que – teniendo por lejos el mayor producto bruto interno del mundo – es incapaz de solventar sus gastos de Estado, entre otras cosas por su enorme maquinaria bélica.

Por otra parte, si bien muchas empresas quieren introducir sus bienes en EEUU, la pérdida de poder adquisitivo y el multilateralismo generalizado hacen que busquen ubicarlos en muchos otros lugares. En especial el Dragón es el nuevo gran mercado de consumo favorecido por todos. El dólar ha dejado ya de ser moneda indiscutida y aunque todavía prevalente en el comercio internacional, va siendo reemplazada por sistemas varios de intercambio por fuera de los rieles trazados por la arquitectura financiera de Bretton Woods.

Está claro que hay en curso una “guerra fría” de competencia por la preeminencia tecnológica. Los viejos poderes pretenden trazar a través de nuevas tecnologías, nuevas fronteras de desigualdad para renovar la dependencia y el control – en esta oportunidad

con argumentos de conservacionismo ecológico. “In labs we trust” es la proclama que reemplaza hoy la profana inscripción que llevan los verdosos billetes de la divisa norteamericana, recordando la lejana pero aún vigente afición puritana por el éxito mundano.

Sin embargo, los derechos de propiedad sobre ciencia y tecnología, que otrora sirvieran para cobrar peaje de progreso a todos los demás, son hoy puestos en tela de juicio por muchos países, sobre todo en áreas sensibles como los medicamentos y a futuro lo será con todo lo relacionado con la biotecnología y tecnología genética. Esta tendencia a afirmar los derechos colectivos sobre los avances humanos en el campo tecnológico es un indicador muy interesante y los pueblos no parece que aceptarán sin más el resultado buscado por el neocolonialismo tecnológico, sea su vencedor norteamericano, asiático o europeo.

Y por supuesto que en paralelo con ello, continuará la insana inversión en poderío bélico, el cual atizará conflictos directa o indirectamente para mejorar las ventas y financiarse, al tiempo que intentará amedrentar a todo posible rebelde o competidor.

El problema central del Águila, como lo ha sido de toda potencia anterior, es que los pueblos son cada vez más reacios a aceptar patrones. Y por más poderoso que sea un sistema, no se puede hacer historia sin los pueblos. Así, como una más de tantas paradojas de esa historia, la letanía de libertad y desconcentración que los EEUU llevaron siempre en su portfolio ideológico está por concretarse. Sólo que, lejos de cumplirse su objetivo central de lograr la hegemonía sobre todos los demás pueblos, podrá efectuarse gracias a la pérdida total de preeminencia. De esta manera, si el Águila insiste en conservar su lugar central forzando las cosas - como fue el caso del colonialismo en la primera y segunda guerra mundial - lo perderá todo. Sólo si exhibe algún rasgo de humildad y se conforma con menos podrá mantener algo de su viejo bienestar. Pero dado que esto sería considerado un fracaso por un sistema cuyo valor central es el éxito, es muy poco probable que así suceda. Lo más seguro es que el Águila caiga y que su caída sea bastante estrepitosa.

El casi perfecto triunfo de la degeneración

Cuando quisimos develar qué posibles tensiones anidan en el sistema político norteamericano, las cuales podrían indicarnos puntos de cambio futuro, nos encontramos con un escollo sorpresivo que habríamos de sortear antes de poder desentrañar cuestión alguna. Allí se habla otro idioma. No nos referimos por supuesto a las gruesas diferencias entre lenguas, en este caso, mucho más emparentadas y cognoscibles que otras. Nos referimos a los sutiles significados que algunos términos entrañan en base a memorias históricas diferentes y que, en ocasiones, pueden hasta llegar incluso a manifestar cuestiones opuestas.

Por ello es que al describir o historiar, el investigador debería intentar penetrar la sensibilidad y la perspectiva de aquello que está estudiando, no desde “afuera”, sino desde “adentro” del fenómeno. Sería algo así como ver lo que se mira desde la mirada de lo mirado.

En el caso puntual al que hacemos referencia, la sospecha nos asaltó al posar nuestra atención sobre un grupo de presión políticamente periférico pero ciertamente recurrente en la historia de EEUU – como hemos visto en otros campos – en la dirección reaccionaria de sus postulados.

Lo que nos intrigó no fue la enunciación de posturas xenófobas, las alusiones acerca de supuestos mandatos divinos que indicarían el rumbo de esta nación o el tipo de recetas a las que cualquier neoliberal podría adherir sin más. Tales corrientes no nos resultaban novedosas en un mundo crecientemente desestructurado en el cual muchas personas buscaban escapar de la inseguridad resultante a través de la firme irracionalidad de proclamas restauradoras. Cualquier movimiento como el “Tea Party” – al cual nos estamos refiriendo - no concitaría mayor extrañeza en Europa, plagada de ligas, partidos y frentes nostálgicos de idas identidades nacionales y regresados pasados poco gloriosos pero mitificados.

Lo que nos llamó mucho la atención fue que todo ello fuera enunciado en nombre de la Libertad. Y como a nosotros, a muchos contemporáneos les habrá suscitado sensaciones encontradas (cuando no francamente un profundo desagrado) cualquier discurso presidencial estadounidense lanzando nuevas cruzadas oprobiosas con frases acuñadas en la repetición de un libreto de características libertarias. Aún despojando todo aquello de la sombra de la mentira infame y de la propaganda burda, nos seguía resultando extraño tanta insistencia conceptual. Algo debía esconder esta palabra que ciertamente ignorábamos desde nuestra mirada.

Así, siguiendo las declaraciones del líder del Tea Party, nos encontramos con que la denominación de este nucleamiento rememoraba una gesta anticolonial. Se hacía con el nombre escogido alusión a aquel episodio de la historia fundacional de los EEUU, donde colonos arrojaron un cargamento de té en el puerto de Boston en protesta por una disposición fiscal de la Corona Británica que favorecía a la Compañía de Indias Orientales, en detrimento del contrabando local y de la autonomía económica.

Relevante es destacar que el “Acta del Té” era fruto de la fuerte influencia lobbista que aquel emporio comercial marítimo era capaz de ejercer sobre el Parlamento británico para la sanción de leyes proclives a sus intereses. Muy poco tiempo después se desataría la guerra abierta contra el imperio inglés para lograr la independencia. De esta manera, el tema impositivo será el disparador de coyuntura de la rebelión y quedará

desde entonces íntimamente ligado a la historia independentista norteamericana, es decir, a su surgimiento como país soberano.

Así, el recuerdo de la vieja persecución eclesial contrareformista de la Inglaterra de fines del siglo XVI engazaría doscientos años más tarde perfectamente con la aversión al poder central imperial, ligando nuevamente la libertad a un espíritu contrario a toda ingerencia estatal distorsiva de las posibilidades individuales.

Y esa particular concepción de libertad provenía de lugares y tiempos muy alejados. Como no podía ser de otro modo, el Águila heredera que nacía en esas décadas postreras del 1700 escribía sus textos constituyentes inspirada indirectamente en la época de esplendor de su antecesora, el Águila romana. El nexos era el pensamiento de Montesquieu, quien a su vez retrotraía parte de su concepción política a Polibio, un aqueo exiliado a Roma, quien llegaría a ser consejero y amigo de uno de los más grandes generales, Escipión el Africano. Éste había vencido al temido militar cartaginés Aníbal Barca, el cual en su momento hizo vacilar la supremacía del Águila. Polibio historió intentando demostrar las razones por las que Roma conseguía consolidar su dominio, sumando a los claros y contundentes motivos estrictamente militares, un tipo de organización política flexible que le permitía balancear los excesos que – siguiendo la clasificación aristotélica – conducían a la degradación de los sistemas políticos de la época. De esta manera, partiendo de una visión circular de la Historia propia del estoicismo, se exhibía aquel ciclo donde la Monarquía llevaba a la Tiranía, ésta se regeneraba en Aristocracia, la cual precedía a su forma viciada, la Oligarquía. Finalmente de ésta se procedía a la Democracia, que inevitablemente se degradaba en Oclocracia (o gobierno de la turba) para luego surgir nuevamente en la figura de un rey salvador, con el que el ciclo se cerraba y abría nuevamente, al estilo del eterno retorno alegorizado por el mítico Ouroboros.

Para superar la inevitable degradación democrática, surgía la necesidad de un sistema de equilibrio que impidiera la concentración de poder, conocido en el Derecho Constitucional moderno como de “checks and balances” (o de frenos y contrapesos). La idea del sistema era establecer provisiones de control mutuo entre ejecutivo, legislativo y judicial, las tres ramas del Estado en sí independientes, para garantizar que ninguno de ellos devenga en fuente exclusiva y excesiva de poder público. Queda claro el entusiasmo que una imagen tal suscitó en el espíritu republicano europeo posterior a la Ilustración, dada la necesidad de poner coto al desequilibrado y despótico dominio de la realeza y la preeminencia aristocrática. A pesar del espíritu de hermandad humana que intentaba introducirse, el desnivel educativo e informativo que padecía el pueblo hacía difícil aceptar la idea de una democracia de iguales.

Los prohombres de la independencia americana pensaban de un modo similar. Este hecho estaba íntimamente ligado a que casi todos ellos provenían de posiciones acaudaladas y veían en el hombre común y en la cierta futura multiplicación de su prole, una amenaza a su posición propietaria y al sistema todo. Madison, uno de aquellos hombres - quien sería luego el cuarto presidente norteamericano - y elevado por el historicismo tradicional americano al pedestal de “padre de la Constitución” era por ejemplo uno de los mayores propietarios de plantaciones de tabaco en Virginia, cuya riqueza - como ya consignáramos en capítulos anteriores - procedía de manera inseparable de la explotación esclavista. Y qué decir del primer presidente de la Unión, George Washington, considerado uno de los hombres más ricos de la época.

Pero volvamos a Madison, quien explicaba en un párrafo de su intervención - citada en el *Acta de los debates secretos de la convención Federal de 1787* - que por entonces la población era reducida, pero que con el tiempo la cantidad de trabajadores y población no favorecida económicamente crecería y produciría desequilibrios en la situación de poder. Y seguía textualmente diciendo: *“Si en Inglaterra en la actualidad las elecciones fueran abiertas a todo tipo de personas, la propiedad de los dueños de tierra no estaría segura. Prontamente se dictaría una ley agraria. Si estas observaciones son correctas, nuestro gobierno debe asegurar el interés permanente del país contra las innovaciones. Los propietarios de tierra deberán tener participación en el gobierno para defender ese interés invaluable y para balancear y controlar al otro. Los frenos y contrapesos deben ser constituidos de modo tal, que protejan la propiedad privada de la minoría opulenta en contra de la voluntad de la mayoría”* (extraído de *"Toward an American Revolution - Exposing the Constitution and other Illusions"*, Jerry Fresia, South End Press, 1988).

Queda claro entonces como el esquema de “democracia” que estará a la base del sistema político estadounidense, no será precisamente un “gobierno del pueblo”. A esa concepción se ajusta perfectamente el modo en el que hasta hoy se elige la principal autoridad de ese país, a través de un colegio electoral y no de manera directa. Lo mismo puede inferirse de la introducción institucional de una cámara senatorial, sin cuya aprobación no puede pasar una ley proveniente de la cámara de Representantes, ligada mucho más en su composición y número al pueblo. Sin embargo, esta condición aristocrática de los inicios se ve matizada prontamente con una “declaración de derechos”, que concedería a los individuos facultades a ser protegidas de la acción del poder. Así, desde su misma fundación institucional, el Águila vivirá en la contradicción de generar su Unión temiendo su posterior degeneración, una Nación que desconfía del Estado que ella misma construye. Desde esa tensión política básica se establecerá con el transcurso del tiempo aquella bipolaridad partidista que conocemos en la actualidad y que significativamente – en los inicios de aquel proyecto – confluía en un mismo partido: el republicano demócrata.

Pero más de doscientos años han transcurrido y aquellas colonias pugnantes por abandonar la potestad británica se convirtieron ellas mismas en fuente de infortunio y dominio sobre otros, conservando largamente en su interior gran parte de la matriz política imperial. De allí que la tan mentada libertad haya mutado en una extraña palabra en boca de los actuales cabecillas de la política en Washington.

Y como ya comentábamos en un capítulo anterior, la crisis de la década de 1930 barrería con las ilusiones del capitalismo individualista y su correlato político antiestatista, tomándose el pueblo y el gobierno de la liana salvadora de la centralidad estatal – que, paradójicamente, otorgaría al Águila la posición de dominancia en el mundo ya no tan liberal a partir de la segunda mitad del siglo XX.

Lejos han quedado ya los tiempos de la fundación norteamericana y ahora la población es más de cien veces más grande. Hoy sigue siendo difícil convencer al pueblo inculto y sin nada que perder sobre la conveniencia de aceptar los dictámenes de las minorías siempre cercanas al poder económico. Tener éxito político en “América” es hoy un asunto muy caro y la democracia parece necesitar de ingentes cantidades de dinero para sostenerse.

Para financiarse, cualquier político necesita del mecenato de corporaciones, organizaciones y/o personas acaudaladas. Dicho mecenato – como nuestros lectores inteligentemente imaginarán – no responde en la mayor parte de los casos a un altruismo bienintencionado o a una firme convicción ideológica, sino que obedece habitualmente a un pragmatismo direccionado a la obtención de beneficios directos, mediante la sanción de leyes o medidas administrativas determinadas. La mediación práctica que explica a los legisladores el necesario detalle de esas medidas está a cargo de “lobbistas”, curiosos personajes que pululan en salas y pasillos de recintos (en teoría reservados a funcionarios electos) abordando a congresistas para influirlos en uno u otro sentido. Esta suerte de “visitadores médicos”, cuyo número registrado en Washington es cercano a los 14 mil, son en general ex funcionarios que hacen valer su sistema de relaciones con el entorno político, ofreciendo generosas propinas para financiar campañas a quienes apoyen los requerimientos de su clientela, en general gremios empresariales, corporaciones multinacionales o sindicatos.

Para poner a la vista el alcance de tal manejo – que en muchos lugares sería considerado soborno o tráfico indebido de influencias – exponamos algunas cifras ilustrativas. Según un cálculo del Center of Responsive Politics en base a datos de la Oficina del Senado, el dinero gastado en lobbismo creció en sólo 12 años de impresionantes 1.44 billones de dólares en 1998 a escalofriantes 3.47 billones en 2010. En la cúspide de los “donantes” se encuentra la Cámara de Comercio de los EEUU quien – en el período comentado – ha distribuido entre los “representantes del pueblo” más de 700 millones de dólares. En el puesto 3 de tan distinguida tabla rankea con “sólo” 236 millones de aportes la afamada General Electric. No muy lejos están Northrop Grumman, Boeing y Lockheed Martin, todas ellas fuertemente involucradas en el sector armamentista. También en este listadito de importantes “benefactores” encontramos a las muy conocidas AT&T, Verizon, Exxon y General Motors, como así también a altos exponentes del sector farmacéutico y biotecnológico tales como Pfizer, Amgen, Glaxo, Johnson, Merck, Aventis, Novartis y muchas más, individualmente o a través de asociaciones. En un corte por tipo de actividad económica es justamente esta industria la que lidera la estadística que estamos considerando (1998-2010) con más de 2 billones de dólares invertidos, seguida de las aseguradoras, eléctricas, comercio en general, computación, energía, por sólo citar las primeras de un largo listado.

Las empresas y asociaciones suelen repartir sus dádivas a miembros de los dos partidos que mayoritariamente ocupan puestos en el Congreso y dirigen sus refrescantes cheques en general de manera certera a los PAC’s (comités de acción política) ligados a los integrantes de las diversas comisiones a cargo del tipo de ley que se pretende.

Sin embargo, la gigantesca compra (o alquiler) de voluntades por parte del interés corporativo o particular no termina de ninguna manera aquí. Hay que echar un mínimo vistazo al oneroso sistema que pulveriza cuantiosos y crecientes montos en cada elección. Aún cuando una parte de estos recursos provenga de aportaciones individuales y una porción esté financiada desde el Estado, un breve análisis nos aclarará aún más cuán dependiente es la propagada democracia, del poder de quienes tienen los billetes verdes.

En la elección más cercana al momento de escribirse este estudio, en 2010, se han renovado las cámaras legislativas en lo que da en llamarse una “elección de medio término”. El dinero gastado por parte de los candidatos a la Cámara de Representantes

es de más de un billón de dólares (según datos de la Federal Election Commission - algo más de 1086 millones). El erogado por los aspirantes al Senado, unos 758 millones. De esta manera, la carrera por ocupar posiciones legislativas ha deglutido en esta oportunidad unos 1850 millones de dólares, una cifra superior al presupuesto estatal total de países como Mongolia, Nicaragua, Benin, Laos y unos 70 países más (comparando con datos 2009 del CIA World Factbook).

¡Y que decir de la maquinaria necesaria para acceder al máximo sitio! En el ciclo previo a la elección presidencial 2008 en la que participaron en total 27 personajes y en la cual también se candidatearon más de 1500 aspirantes al Congreso, el monto total invertido asciende a aproximadamente 3.1 billones de dólares. El afroamericano Obama, pariente lejano de desposeídos esclavos, logró recaudar para la ocasión 745 millones, barriendo los tristes 368 de su principal contrincante republicano Mc Cain. Contra estas sumas, poco podía hacer el independiente Nader con pobrísimos 4 millones. En el mismo sentido queda claro porqué la única contendiente mujer, Cynthia Mc Kinney, candidata de los verdes - de tez oscura como el ganador y con apellido de origen irlandés como el principal perdedor - no lograría competir en igualdad de condiciones con los ínfimos 200 mil dólares de que disponía para expresar su opción.

Al parecer entonces, los resultados electorales en la tan preciada democracia guardan directa relación con las sumas de dinero que cada candidato invierte en publicitar su imagen - y porqué no - en desprestigiar a su o sus rivales. Al parecer también, esta dependencia estructural del dinero no sólo no disminuye, sino que va “in crescendo”.

Continuando con la misma fuente de datos ya citada, comparando lo recaudado por los candidatos a la presidencia en el 2008 con lo que juntaron sus colegas en 1980, comprobamos que los montos se han multiplicado por más de ¡diez!, llegando en la competencia más reciente a casi 1750 millones de dólares.

No es necesario abundar mucho más. La dependencia del sistema de gobierno norteamericano de la influencia del dinero es manifiesta y su curva de crecimiento es la expresión de su decadencia. El maltrecho esquema no parece ser a la larga demasiado sustentable.

Describe Jean Jacques Rousseau - uno de los principales inspiradores del liberalismo clásico - en su libro *El contrato Social* (1762): “*En fin cuando el estado, cercano a su ruina, subsiste solamente por una forma ilusoria y vana, cuando el vínculo social se rompe en todos los corazones, cuando el mas vil interés se adorna con descaro con el nombre sagrado del bien público, la voluntad general enmudece entonces; guiados todos por motivos secretos, no opinan ya como ciudadanos, sino como si jamás hubiese existido el estado; y se hacen pasar falsamente con el nombre de leyes los inicuos decretos, que solo tienen por fin el interés particular.*”

Toda coincidencia con la realidad no es en absoluto casual.

Little Kids

No puede creérsele a un adulto el juicio que emita acerca de los jóvenes. En ese sentido, hemos leído a algunos sociólogos explicando tal o cual tendencia y en la mayor parte de los casos, visto como sus propios pareceres y conveniencias se filtraban en las porosidades del análisis en apariencia realista o hasta innovador. En el mismo sentido argumental deberemos resignar de inmediato todo afán propio de explicación o comprensión con el que pretendamos hipotizar comportamientos futuros de los hoy infantes y mañana jóvenes.

Aún cuando dejemos entonces en el más profundo misterio aquello que la conciencia de nuestros pequeños congéneres en este mismo momento está configurando – seguramente obedeciendo al íntimo convencimiento de que somos exageradamente incapaces de interpretarlo – hablaremos sobre lo hablado y agregaremos habladurías a las ya existentes, al sólo efecto de no dejar inadvertido el tremendo impacto que la generación en crecimiento tendrá en el Águila.

Con respecto a “lo hablado” nos referimos a aquella generación inmediatamente anterior a la que en realidad nos interesa.

De esta manera vemos que mucho está siendo escrito en la sacudida América de la era Obama acerca de la “generación del milenio”, aquella hoy ya cada vez menos joven juventud nacida entre los ´80 y los ´90. Entre otros factores se nos dice cuán importante ha sido esta flamante masa electoral en los resultados de esa contienda que tuvo en los rincones opuestos de la puja a una pareja bien desapareja. Casi como en el backstage de una malograda propaganda de Benetton o el póster de un encuentro boxístico de tiempos idos, el ex combatiente anciano blanco no pudo exhibir la energía de un púgil treinta años menor, moreno, sonriente y eficazmente entrenado en oratoria inteligente, quien concitó sin duda el mayor apoyo entre los noveles votantes.

También nos hablan esos estudios acerca de una generación protegida y monitoreada por sus progenitores y proclive a compartir con ellos por mucho más tiempo el techo – entre otras cosas por la dificultad fáctica de conseguir dineros para mudarse - y hasta “a escuchar el mismo tipo de música” – algo impensable y absolutamente condenable desde el punto de vista de la óptica de la dialéctica generacional.

Con júbilo adhieren autores y comentaristas mediáticos a la proyectada nueva “responsabilidad cívica y social” que ven renacer en esta juventud, que reniega del individualismo y escepticismo de la llamada generación X, cuyos miembros son justamente los que autorizan, comentan y aplauden. Exaltados vítores despierta en ellos la supuesta cualidad de determinancia en la acción que observan en estos jóvenes modélicos, virtud que colaborará seguramente en transformar positivamente a esta América que ha perdido bastante de la predominancia a la que los y nos tenía acostumbrados. Tal entusiasmo de los mayores por los menores nos resulta un asunto por demás extraño, habida cuenta de los habituales epítetos que se utilizan desde la altura etaria para denominar a los de rango inferior. Irresponsable, vago, soñador, idealista y hasta sospechoso y peligroso son algunos de los adjetivos a los que estábamos acostumbrados hasta ahora. Parecen ahora haber cambiado los vientos y la crítica de antaño tiende a transformarse – al menos en algunos modernos y editados análisis – en aprobación inédita. Para completar el cuadro con el que los columnistas

infunden esperanza al borrascoso presente, se nos explica que esta joven generación es la más diversa culturalmente, la más habituada tecnológicamente y que exhibe comportamientos de trabajo en equipo, disímiles al individualismo que asolaba el mundo en los tiempos de sus infancias – tanto por fuera como en el entorno mismo del mundo familiar de pocos o ningún hermano, vecino o cercano.

La generación Y (como algunos la denominan con fervor euclidiano) es hasta vista con características “heroicas”, las cuales serían las necesarias para devolver gloria a esta nación en declive. Se trazan de esa manera paralelismos con la generación posterior a la última conflagración mundial, avizorando que estos nuevos ciudadanos podrían hacer re-emerger el poderío que el Águila consiguiera entonces.

¿Será que el fracaso ha asolado el corazón de una generación en apariencia exitosa, la que está actualmente en el poder social, lo cual la impele a delegar de manera anticipada la gestión de un mundo caído? Es posible.

Seguramente hay otras características en esa generación que hoy comienza a penetrar la vida pública y que han sido omitidas o poco advertidas por estos periodistas – todo en función de aquello que se quiere o no se quiere ver -. Por ejemplo, la inmensa aversión que despierta en la crecida juventud – americana o no - todo intento de manipulación por parte de un poder centralizado, corazón del sistema concentrador actual.

Por ello es que desde el mismo sistema - a través de formadores de opinión, medios, ONG's, tanques de prensamiento (no de pensamiento), encuestadoras y marketineros varios - se continuará con el intento de encauzar la renovación humana que encarna esta generación por el camino de la simple “innovación” externa, sin afectar la nefasta dirección de sinsentido que lleva el mundo consumista y destructor del Águila de las corporaciones.

De esta manera, pasemos mejor a admirar los patios de juegos de las escuelas, los decorados de las habitaciones infantiles o la extraña transliteración lingüística de una infancia formada en códigos de cada vez más fantásticos y críticos dibujos animados. Acaso allí anide la historia futura.

En esa escenografía bulliciosa y desbordante de los primeros años del nuevo milenio, encontramos a los herederos de un doble fracaso: al fracaso ampliamente conocido de los hoy abuelos de cabellos platinados – en otra vida pelilargos críticos de las costumbres de una sociedad conservadora con sed de progresos materiales – se ha sumado ahora un nuevo fracaso. Es el de los cínicos antisociales del liberalismo a ultranza, que veían en la privacidad y privatización el signo definitivo de la historia. Esa generación está dejando un mundo con tremendas desigualdades sociales, lo cual resultó sorprendente para aquellos que esperaban el publicitado “desborde de riqueza” desde la cúspide hacia abajo pero lógico para los que intentaron esclarecer a la gente acerca de aquella ingenuidad. Siguiendo con los logros de esa generación es de considerar el desorden en el que dejan la casa desde el punto de vista ecológico y la ineptitud de lidiar con la profundidad de la amalgama cultural que se va produciendo, externalizando el fenómeno como simple “globalización” y exacerbando el conflicto. Pero el punto donde esta generación – al menos la porción mayoritaria que ha defendido los siniestros valores del capital – exhibe su radical y definitivo fracaso es precisamente aquel campo que tanto le ha importado: el legado de endeble economía, en extremo dependiente de

los vaivenes del poder financiero especulador, nos recuerda tristemente épocas antiguas donde el poder imperial y monárquico ejercían despóticamente el mandato sin importar nada más que sus apetencias y humores. De esta manera, el racionalismo ha creado un nuevo monstruo de irracionalidad – siempre avalado por las científicamente aprobadas leyes de mercado.

En defensa del reprochable accionar de aquellos jóvenes, puede esgrimirse que son descendientes del anterior fracaso juvenil sesen- y setentista, que han sido prisioneros de la corrupción televisiva, irritados por la presión consumista y alterados en sus facultades por fármacos diversos. Por lo demás, la condena histórica que ciertamente les merece, no debería concluir en castigos a la usanza del derecho hammurabiano aún hoy vigente, sino en una manifestación pública de arrepentimiento acerca de los errores cometidos y un compromiso de apoyo a los nuevos caminos necesarios para sacar a la Humanidad de la encerrona que ellos ayudaron a construir.

Disculparé al lector el aparente desvío, pero nos pareció necesario explicar – al constituir a los niños de hoy como herederos de un doble fracaso – cuál era el segundo fracaso al que nos referíamos.

Sin embargo, nada existe – aún lo peor – que no tenga también connotaciones positivas. Recientemente, por ejemplo, un grupo de investigadores – en lo más mínimo contracorrientistas – ha mostrado la posibilidad de crear vida artificial. Ya anteriormente la genética había con sus avances hecho tambalear las creencias acerca de la naturaleza humana, todo lo cual abre enormes consecuencias a futuro y constituye sin dudas elementos de fuerte implicancia en el paisaje social en el cual toca crecer a los nuevos pequeños individuos.

Justamente la individualidad en sentido positivo – o dicho de mejor manera la valoración de la propia existencia – va siendo comprendida hoy desde muy temprano, con el estudio escolar de la Declaración de Derechos del Niño. Paralelamente, estos niños van siendo observados desde el paisaje social como sujetos independientes y concientes. Por ejemplo, en el campo legal se va ampliando la concepción de la niñez como sujeto de derecho, siendo los pequeños consultados en casos de conflicto entre partes adultas. Esto, que podría parecer “normal” no lo es en absoluto. Basta retrotraerse pocas décadas para comprender que el sitio reservado a los infantes entonces era el silencio y la aceptación de normas establecidas. Algo similar está ocurriendo en la educación, donde poco a poco la pedagogía va estableciendo parámetros de interacción genuina entre educadores y educandos, dejando atrás la imagen de una conciencia humana a imagen y semejanza de vacíos cuencos a ser llenados por datos provenientes de la externidad.

También es de destacar entre los mejores elementos del fracaso anterior – y que, siguiendo la ley universal de la superación de lo viejo por lo nuevo, se autopropulsan hacia el momento siguiente – a las antes nunca vistas capacidades de comunicación y de acceso a la información con las que cuentan hoy los pequeños demonios. Toda una batería de artefactos – por otra parte pequeños y perfectamente manejables por manitos infantiles – sirve a tales efectos. De esta manera, es posible augurar que será difícil encerrarlos, contarles las mentiras con las que los adultos solemos salir del paso ante sus complejas preguntas y sobre todo, será difícil hacer que cumplan obligaciones sin convicción propia.

Por ser los herederos de un doble fracaso generacional y por las características de un paisaje a la vez en crisis pero con fuertes destellos intuitivos de futuros inmensurables, nos parece que éstos podrían ser una de las generaciones más revolucionarias de la historia.

Además, por ser como son, nos parece imposible comentar cómo serán.

La caída del Dragón y del Águila

Pasemos finalmente a cumplir con nuestra promesa central. Elucidemos – si acaso podemos - cómo y cuando se producirá ese éxtasis libertario que estamos asegurando y sin duda, promoviendo. ¿Será una caída suave, un descenso acompasado en el cual las ya viejas aves busquen su descanso final, dando paso a un nuevo ciclo de la Historia? ¿O asistiremos a la desesperada y ruinosa crueldad de poderes incapaces de ceder al cambio? ¿Se tratará de un paisaje de rebelión cinematográfica con multitudes haciendo público su inconformismo mostrando pancartas, ondeando banderas y gritando consignas? ¿O será una revolución silenciosa, poco menos que imperceptible a ojos vista, cuyo real escenario sea mental? ¿Habrá un momento clave, un gran susto, un lugar y tiempo fechable y memorable? ¿O se deslizará la decadencia de estos imperios poco a poco hasta no reconocerse ya más que en los libros de Historia su anterior opresión? ¿Será el conflicto la fuerza motora de la revolución o serán el amor y la compasión? Avancemos.

El horizonte y el valor central

Cada vez que se han producido cambios profundos en la vida de las sociedades humanas, éstos se han construido desde un fino tejido de sueños y aspiraciones. Es la Conciencia humana, la que buscando encontrar un oasis donde repose la respuesta a su desasosiego, revuelve entre sus recuerdos, recrea posibilidades en su lienzo interno e intuye nuevos caminos siguiendo un profundo y lejano llamado que la lleva a crecer sin medida ni límite alguno.

Desde esta definición, podría creerse que cierta filosofía idealista, cierta concepción neoplatónica, cierta inclinación metafísica se estaría filtrando en nuestros pensamientos, abordando la temática elegida desde la preponderancia de factores subjetivos o intangibles. De esta manera, podría inferirse, se trataría de interpretaciones propias de una actitud pendular contra la potestad que materialismo, científicismo y razón aplicada han pretendido detentar en las últimas centurias. Tal parcialidad en el pensar, implicaría enzarzar la opinión en un bando y por tanto, limitar la comprensión que implica la inclusión de opuestos aparentes. Por tanto, nuestras apreciaciones no deberían ser vistas de ese modo.

Lo que sucede y es eso lo que necesitamos magnificar antes de proceder con nuevas descripciones de futuro, es que la Conciencia no existe aislada del mundo, sino que es una estructura con él. Lo que destacamos es que no hay Conciencia sin mundo y tampoco mundo sin Conciencia que lo perciba y lo transforme. Esta última aseveración podría parecer extraña para la mentalidad aún corriente, que considera a los fenómenos físicos como existentes en sí, despojados de toda intencionalidad humana. Y podría darse el caso de que se creyera que el autor de este trabajo se enrola en una corriente misteriosa con facultades creadoras paranormales, habiendo logrado crear objetos con sólo pensarlos. Bien vistas las cosas, es posible que así sea, si simplemente se mira el proceso humano. O también podría objetarse que el mundo seguirá ahí, aún cuando nadie esté presente para observarlo, aserto que admite cierta lógica pero comprobación ninguna, ya que nadie podrá decirnos lo que existe sin que medie alguna observación.

A efectos de nuestro estudio, digamos algo más sencillamente que una transformación social revolucionaria no es impulsada solamente por factores mecánicos externos como las desigualdades sociales, la opresión política, los problemas de la economía, los ascensos generacionales, los conflictos culturales, los desequilibrios ecológicos o la discriminación de género. Ni siquiera sucede que las cosas cambian por asuntos más intangibles como la desazón espiritual o la decadencia de un tipo de moral, si es que éstos continúan siendo vistos desde una mirada de rígidos e inexorables automatismos como agentes con un mayor grado de sutileza pero todavía “objetivos”.

Lo que queremos señalar es que, dada una estructura histórica, se construye su superación desde un conjunto de factores en desgaste al par que se va abriendo un horizonte mental colectivo cuyas premisas ya no pueden ser contenidas dentro del esquema anterior.

Es importante comprender que en los cambios no hay “un” factor determinante en términos de “mundo social circundante” sino una conjunción, como si se tratara de momentos estelares precisos, donde una combinación de distancias, luminosidades,

movimientos rotativos y ciertamente la perspectiva de quienes miran el cielo, es la que hace posible la aparición de determinados fenómenos.

Dicho esto, veamos entonces cuál será el nuevo horizonte que atraerá a la Conciencia, movilizándola en el afán de mutar una vez más su conformación social hacia la próxima etapa del entorno humano.

Todo apunta a que será la Universalidad Humana, en tanto reconocimiento de comunes y esenciales caracteres, más allá de toda diversidad. Dicho de otra manera, el próximo tiempo será el tiempo donde lo más importante sea el Ser Humano, independientemente de su condición y procedencia y por encima de todo otro valor que quiera anteponerse a él. Esta comprensión profunda tendrá expresión en la imagen de la Nación Humana Universal, como construcción superadora de intenciones conjuntas y síntesis de procesos de complementación precedentes. De esta manera, el proceso humano podría alcanzar un nuevo esquema, en el cual anteriores – y aún pervivientes – formas como tribu, ciudad, reino, país y región, podrían afluir en continuidad histórica.

Nos parece importante – antes de proseguir con temas de detalle, exponer algunos textos de Silo – de quien proviene tal concepto - referidos a la Nación Humana Universal. Ésta aparece por primera vez mencionada en sus “*Cartas a mis amigos*”, escritas entre Febrero de 1991 y Diciembre de 1993. En la sexta carta, en el contexto del “*Documento Humanista*”, Silo dice: “*Los Humanistas son internacionalistas, aspiran a una nación humana universal*”. Y continúa precisando la imagen: “*Comprenden globalmente al mundo en que viven y actúan en su medio inmediato. No desean un mundo uniforme sino múltiple: múltiple en las etnias, lenguas y costumbres; múltiple en las localidades, las regiones y las autonomías; múltiple en las ideas y las aspiraciones; múltiple en las creencias, el ateísmo y la religiosidad; múltiple en el trabajo; múltiple en la creatividad.*”

En la carta 7 de la misma Obra, Silo dirá: “*Salir del campo de la necesidad al campo de la libertad por medio de la revolución es el imperativo de esta época en la que el ser humano ha quedado clausurado. Las futuras revoluciones, si es que irán más allá de los cuartelazos, los golpes palaciegos, las reivindicaciones de clase, o de etnia, o de religión, tendrán que asumir un carácter transformador incluyente sobre la base de la esencialidad humana. De ahí que más allá de los cambios que produzcan en las situaciones concretas de los países, su carácter será universalista y su objetivo mundializador.*”

Años más tarde, en el transcurso de un evento realizado en 2004 en un lugar muy cercano a la cordillera de los Andes, conocido como Punta de Vacas - actualmente sede de uno de los diversos Parques de Estudio y Reflexión que el siloísmo ha levantado en distintos lugares y culturas – ese Maestro Espiritual comentaría: “*Estamos al final de un oscuro período histórico y ya nada será igual que antes. Poco a poco comenzará a clarear el alba de un nuevo día; las culturas empezarán a entenderse; los pueblos experimentarán un ansia creciente de progreso para todos entendiendo que el progreso de unos pocos termina en progreso de nadie. Si, habrá paz y por necesidad se comprenderá que se comienza a perfilar una nación humana universal.*”

En innumerables ocasiones, Silo comenta múltiples matices que van delineando aspectos temáticos y generales de esa visionaria concepción. De modo sumarisimo –

luego de sugerir al lector la lectura directa de sus Obras (de cuya enseñanza deriva de manera imperfecta el escrito presente) – englobaremos en algunos pocos trazos aquel horizonte que estimamos pronto a efectivizarse. Garantizar igualdad de derechos y oportunidades para todos, ampliar la libertad y la reciprocidad en las acciones humanas, desconcentrar el poder devolviendo soberanía a la base social y recomponiendo además un tejido destruido por otros, son tópicos que están en el núcleo de esa Nación Humana Universal que se propone. Asimismo, es de fundamental importancia reconocer la diversidad cultural como fuente de enriquecimiento, luchando contra todo tipo de discriminación. Se afirma la convicción de la no violencia como modelo de conducta recto a seguir. Al mismo tiempo se genera una íntima reflexión sobre el sentido de la vida en una novedosa espiritualidad humanizada, promoviendo la reconciliación con uno mismo y con otras personas o bandos como condición esencial de la verdadera actitud revolucionaria que reconoce la íntima conexión que une a las personas.



Silo, Jornadas de Inspiración Espiritual, Punta de Vacas, 2007
(Fuente: www.silo.net)

Respecto a esta actitud de avanzada en la cual es imprescindible abreviar, queremos citar nuevamente al sabio Silo: *“Reconciliar no es olvidar ni perdonar, es reconocer todo lo ocurrido y es proponerse salir del círculo del resentimiento. Es pasear la mirada reconociendo los errores en uno y en los otros. Reconciliar en uno mismo es proponerse no pasar por el mismo camino dos veces, sino disponerse a reparar doblemente los daños producidos. Pero está claro que a quienes nos hayan ofendido no podemos pedirles que reparen doblemente los daños que nos ocasionaron. Sin embargo, es una buena tarea hacerles ver la cadena de perjuicios que van arrastrando en sus vidas. Al hacer esto nos reconciamos con quien hayamos sentido antes como un enemigo, aunque esto no logre que el otro se reconcilie con nosotros, pero eso ya es parte del destino de sus acciones sobre las que nosotros no podemos decidir.*

Estamos diciendo que la reconciliación no es recíproca entre las personas y también que la reconciliación con uno mismo no trae como consecuencia que otros salgan de su

círculo vicioso aunque se pueden reconocer los beneficios sociales de semejante postura individual.” (Silo, Jornadas de Inspiración Espiritual, Punta de Vacas, Mayo 2007)

Frente a semejante propuesta de renovación profunda es difícil no enmudecer, admirarla y reflexionar sobre su significado y consecuencias, volviéndose poco relevantes las demás disquisiciones que estamos haciendo.

Aún así, proseguiremos con la última parte del escrito, que nos recuerda otro pasaje pronunciado por Silo (en el Parque de Estudio y Reflexión La Reja, en las cercanías de Buenos Aires, Mayo 2005) en el cual decía: *“En algunos momentos de la historia, se levanta un clamor, un desgarrador pedido de los individuos y los pueblos. Entonces, desde lo Profundo llega una señal. Ojalá esa señal sea traducida con bondad en los tiempos que corren, sea traducida para superar el dolor y el sufrimiento. Porque detrás de esa señal están soplando los vientos del gran cambio.*

Cuando hace muchos años anunciábamos la caída de un sistema, muchos se burlaban de lo que para ellos era imposible. Medio mundo, medio sistema supuestamente monolítico, se derrumbó.

Pero aquel mundo que cayó lo hizo sin violencia y mostró las cosas buenas que existían en la gente. Es más, antes de desaparecer desde aquel mundo se propició el desarme y se comenzó a trabajar seriamente por la paz. Y no hubo ningún Apocalipsis. En medio planeta se derrumbó el sistema y aparte de las penurias económicas y la reorganización de las estructuras que padecieron las poblaciones, no hubo tragedias, ni persecuciones, ni genocidios. ¿Cómo ocurrirá la caída en la otra mitad del mundo? Que la respuesta al clamor de los pueblos sea traducida con bondad, sea traducida en la dirección de superar el dolor y el sufrimiento.”

En los años anteriores al del Cerdo

El pueblo chino no prestaba demasiada atención al importante aniversario que se avecinaba, ocupado como estaba en la tremenda competencia establecida mundialmente por la supremacía tecnológica. La preocupación individual era intensa y había girado en los años del doceavo plan quinquenal en tomar parte de una redistribución de progreso que cada ciudadano consideraba legítima.

Sumido en la preocupación por hacer sobrevivir la apuesta del Dragón a través de crear cierta proporción en el bienestar económico entre regiones y personas, el nuevo gobierno de Xi Jinping estaba empeñado en producir un giro en el modelo económico anterior, de características eminentemente manufacturero exportadoras. La dirección había sido por supuesto trazada ya colectivamente en el período anterior y preveía transformar las regiones costeras de su condición de "fábrica del mundo" a ser centros de investigación, manufactura de alta calidad, y sector servicios (léase banca, bolsa, etc.), al tiempo que se intentaba transferir parte del modelo anterior al interior del país. En relación a ello se invitaba a las corporaciones extranjeras – quienes presurosas se pelearían por aceptar el convite - a invertir en los sectores de la agricultura moderna, las altas tecnologías y la protección ambiental.

Se planificaba construir una enorme red de nuevas autopistas y redes ferroviarias de alta velocidad que garantizaran la conectividad entre las por entonces más aisladas regiones occidentales y las regiones portuarias, al tiempo que se ampliarían las capacidades nucleares e hidroeléctricas a gran escala para proveer con energías más limpias esta nueva etapa de desarrollo, saliendo progresivamente de una antigua matriz energética dependiente del carbón y generando al mismo tiempo megaproyectos que permitieran desalinearse en el campo del trabajo de la servidumbre exportadora.

Este tipo de obra pública se vería complementada con la construcción de una gran cantidad de complejos habitacionales accesibles a la población de bajos recursos, intentando así remediar una de las grandes preocupaciones del pueblo, al par que generar inversión en mercado interno, paliar de algún modo los inquietantes precios que por entonces exhibía la inflación inmobiliaria y evitar la inaceptable imagen de que cierto tipo de asentamientos comenzaran a proliferar en los alrededores de los grandes centros industriales chinos. Al mismo tiempo se había pensado en cubrir con el sistema de pensiones a la importante cantidad de chinos que iban alcanzando edades avanzadas, tanto en el campo como en las ciudades. Se apuntaba además a lograr un aumento gradual en los salarios equilibrando la "pérdida de competitividad" manteniendo el control del tipo de cambio de la moneda con respecto a otras divisas, entre otras medidas. El enmarque de reducción poblacional tampoco admitiría flexibilización y se aspiraba a continuar limitando el crecimiento demográfico – manteniendo la población nacional por debajo de los 1.390 millones de personas sin que la tasa de urbanización sea de mucho más de la mitad de la población.

Para garantizar la alimentación de esa gran masa de personas se habían realizado proyecciones de cultivos de cereal, previsiones para la reducción del consumo acuífero con fines productivos y se había atendido también a que la superficie de cultivo, ya de por sí limitada, no se vea excesivamente reducida en razón de los avances de la civilización tanto en el campo del transporte como en el de la urbanización creciente.

Aquel plan con el que China respondía a la crisis de los centros mundiales en Occidente en los primeros años de la segunda década del tercer milenio era sin duda brillante.

El problema era para ellos evidente: se debía evitar que la migración interna alcanzara grados inquietantes de desequilibrio y estaba claro que las medidas administrativas prohibitivas ya no eran suficientes ni eficaces para lograrlo. Por otro lado, estaba claro que no todos los habitantes – aún en su mayoría rurales y recientemente conectados a realidades globales - podrían entrar rápidamente a competir en la vertiginosa segunda revolución tecnológico-ambiental a la que el capitalismo mundial apostaba como salida de emergencia. Por tanto, la China postergada, el interior y el Oeste, cumpliría con la función de una retaguardia que colaboraría suplantando a los anteriores pioneros en labores de producción a bajo costo para el mercado mundial, mientras los febriles y cosmopolitas hermanos y hermanas de la costa y las ya probadas “zonas especiales” se lanzaban con auxilio de universidades e institutos de ciencia de avanzada a no perder terreno en la carrera del nuevo tecnodesarrollismo en ciernes. La proclama lanzada por Deng “un país, dos sistemas” sería reemplazada popularmente por otra que decía “un sistema, dos países”.

Más allá de lo económico, el régimen había decidido moderar los riesgos del extremo relacionamiento alcanzado con el exterior, cerrando algunas válvulas. La volatilidad y excesiva fragilidad del mundo eran como siempre factores no bienvenidos en una China que suficientes problemas tenía como para ocuparse de “los problemas del mundo”. Se intentaría por tanto “filtrar” lo pernicioso, permitiendo sólo el ingreso de aquellos elementos imprescindibles al propio interés. El control sobre las firmas extranjeras se vería aumentado de manera directa pero también de modo indirecto a través de protestas de sus trabajadores o de denuncias sobre corrupción en sus estamentos directivos. La idea sería mantener acotado al poder empresarial foráneo y siempre funcional y flexible a las indicaciones gubernamentales, mientras se lograba también desviar la atención (y cierta cuota de residual descontento) del público hacia sectores extranjeros, siguiendo la lógica del chivo expiatorio.

De la misma manera se intentaría resolver uno de los grandes peligros que traían consigo las – por otra parte irremplazables – redes telemáticas. Una de las vertientes censoras sería la multiplicación de programas de control de contenido – al estilo de los que restringen la navegación con argumentos de moralidad – y la promulgación de disposiciones legales para forzar su instalación en todo tipo de soportes comunicacionales, desde los pesados y anticuados ordenadores personales hasta los ligerísimos celulares, tabletas y minicomputadoras móviles. Se intensificarían además los esfuerzos de la rama policíaca dedicada a perseguir publicaciones electrónicas consideradas rebeldes, al par que se alentaría a la delación ciudadana de llamamientos contestatarios circulantes por las redes sociales, tendientes a difamar al gobierno o a sus instituciones.

Todo parecía bajo control en aquel universo chino, como siempre parece estarlo todo antes del torbellino social que precede a las caídas de los imperios.

Se acercaba sin embargo un año importante, el 2019, en el cual se conmemoraría el centenario de aquel Mayo en el que miles de jóvenes manifestaron su descontento con el *statu quo* impuesto entonces por el imperialismo mundial. Como ya dijimos en un

capítulo anterior, el mismísimo “padre de la revolución” Mao Zedong había participado de tales protestas.

Poco antes de tan simbólico momento, en el 2017, en ocasión del ciclo de renovación de autoridades centrales, el gobierno había estado a punto de hacer uso de una variante inusual en la política china rotando a su principal dirigente. Esta medida extrema había sido introducida como posibilidad para equilibrar el sistema de tensiones interno en la cúpula del poder - habida cuenta de cierta pérdida de colectivismo en los propósitos de las facciones en pugna - al tiempo que se intentaba distender el creciente desasosiego que mostraban sectores que no lograban alinearse con el plan de desarrollo general, al estilo de los cambios ministeriales que promueven esquemas pseudo democráticos para aliviar tensiones.

Al interior del gobierno se habían producido graves disensiones, cuando algunos dirigentes de la facción *tuanpai* alrededor de Li Keqiang expusieron criterios algo amenazantes en relación a permitir cierta profundización controlada de la democracia en el país, apuesta que según ellos permitiría lograr cierta distensión y entusiasmo, que a su vez podría ser el motor de un renovado ciclo de productividad nacional y apoyo al régimen. Rápidamente el Ejército y otros sectores conservadores habían acallado tales consignas, llegándose finalmente al “consenso” de una renovación personal (en otros tiempos llamada “purga”) sin que medie cambio real alguno. En esa situación, el gobierno y el Ejército se aprestaban a celebrar el aniversario citado al mejor estilo nacionalista, exhibiendo el pacífico poderío chino armado hasta los dientes.

Pero otros no compartían esos planes y habían estado cargando el aniversario del 19 – que también era el trigésimo aniversario de la reprimida gesta democrática de la plaza Tian An Men – con otros significados. No sólo las por entonces numerosas “células” disidentes, organizadas al mejor estilo de las antiguas sociedades secretas - sin organización central pero con un credo compartido - estaban publicitando la necesidad de mayores libertades en el sistema político sino también novedosas organizaciones de mujeres que reclamaban mayor participación en la esfera de las decisiones. Algunos grupos sindicales – sobre todo aquellos que nucleaban a los nuevos “inmigrantes” internos – ya no estaban alineados por completo con los “compañeros” del Comité y cierta porción de antiguos trabajadores desplazados por la rasante nueva economía, sobre todo de la industria pesada o de desaparecidas corporaciones de Estado, ponía cara de pocos amigos al hablar del gobierno.

Especialmente odiosa resultaba a la gente la restricción en la multiplicación familiar, objetivo felicitaro primordial en la cultura china. El grado de rechazo privado que ello producía – aunque desde el punto de vista público pareciera como razonable – llevaría a que la mayoría del pueblo chino estuviera dispuesto a otorgar en algún momento el mandato gubernamental a propuestas liberadoras del férreo control de la natalidad. En la misma dirección emocional se encontraban millones de creyentes que se habían visto compelidos durante un largo tiempo a confinar su religiosidad a ámbitos prohibidos o apenas tolerados, sin comprender porqué el Estado debía inmiscuirse de manera tan grosera en tan sutiles asuntos.

Los jóvenes acusaban de anticuados a los cuadros de un Partido en el que ciertamente veían los vestigios del antiguo poder de la burocracia confuciana y los viejos veían en los camaradas a traidores y débiles que habían perdido toda escala de

valores o acaso malinterpretado las prudentes enseñanzas de los verdaderos líderes anteriores. El Partido Comunista, pese a toda declamación ideológica, se había convertido en un viejo edificio de corrupción cuyas escaleras servían a algunos para trepar hacia posiciones de influencia y beneficio personal y a otros, como cobertura externa de su probidad y lealtad a lo establecido, pero que era más temido que querido en el resto de la población. Los cimientos de tal organización, que continuaba con sus pretensiones de control hegemónico ya fuera de época, no resistían los embates de la creciente ilustración de la población china, que en su interior agradecía los servicios prestados por esta tiranía pluripersonal pero ansiaba con fervor creciente despedirse de ella.

En regiones menos centrales, los grupos étnicos minoritarios numéricamente pero mayoritarios culturalmente, no habían cedido un ápice en el cultivo de una identidad que los alejaba de un proyecto imperial que sentían como absolutamente ajeno. El imperio insistía en traer modernidad a cambio de lealtad al sistema, pero no conseguía convencer a los milenarios nómades esteparios y campesinos montañeses, acerca de las ventajas de aceptar una ilegítima invasión y ser vasallos de un poder lejano, al cual se habían resistido durante toda su historia. En esos lugares, el gobierno tampoco contaba con fidelidades y sí con mucha resistencia contenida.

Otros varios empujaban en la misma dirección desde afuera de la Gran Muralla y esto tenía una explicación sencilla. El Dragón había ido logrando cierto poderío en el campo internacional, sobre todo en el campo de la economía, sirviendo a muchos países a sus propósitos de desalineamiento de la dependencia del Norte. El estilo de vida fastuoso del mundo desarrollado europeo y norteamericano, acuñado en centurias de despojo y competencia, había hecho perder terreno a sus economías frente al empuje de las baratas legiones fabriles del Asia. Aquel arrollador empeño no pudo ser equilibrado con el alquiler de migrantes latinos, turcos o vietnamitas, quienes – con absoluto derecho – querían cosechar su parte rápidamente sin cumplir con el papel de extras de bajos salarios para el que habían sido contratados.

La batalla de los costos se desarrollaba entonces en otros frentes. Occidente presionaba a China para que revalúe su moneda, lo cual implicaría un aumento en sus mercancías, pero también una mejora relativa de los salarios medidos en términos internacionales. El régimen chino no quería saber nada de esto y contenía como podía las amenazas y medidas que los demás tomaban para frenar la copiosa importación de artículos desde allí. La guerra económica incursionaba fuertemente en el terreno de la apropiación de las materias primas, los tratados de libre comercio y cada vez más, en el campo de la ya comentada frontera de las tecnologías de futuro.

El Águila estaba bastante debilitada por la época por los enormes agujeros negros que había dejado la insensibilidad especuladora y un sistema sobredimensionado. Sorpresivamente, la victoria del pretendido imperio sobre los Soviets se había convertido en pírrica, encontrando el nuevo mundo unipolar inmediato rechazo por parte de multitud de pueblos. El proceso se encontraba en un momento de complementación regional en la cual encarnó la sensibilidad antiimperialista, creándose un equilibrio multipolar que ya no permitía al Águila hacer y deshacer a su gusto.

Por todo esto – y seguramente varias razones más – el Águila sabía que el próximo contendiente a barrer de la pista era el Dragón, para poder disminuir la porción de torta

que le había arrebatado, ocupar fabulosos espacios de negocios en su interior sin la regencia del régimen y al mismo tiempo, castigar a aquellos impertinentes que se habían apoyado en la potencia oriental, volviendo el rebaño al redil propio. En ese sentido, entusiasmaban a vastos círculos de poder en los EEUU aquellas imágenes de una reforma política en China que alejara al vetusto Partido Comunista y permitiera el acceso de variantes más adecuadas al propio interés. Así, todo reclamo que se hiciera a favor de la “libertad”, los “derechos humanos”, la “democracia” o la soberanía étnica, serían de inmediato aplaudidos en la prensa y venían siendo apoyados e intencionados desde programas específicos de los diversos Departamentos de Ingerencia conocidos.

El Águila sabía en su interior que estaba maltrecha y que aquel mundo que la había visto crecer ya había desaparecido. Sin embargo, con sus últimas fuerzas, sus garras aún afiladas, su experiencia de más de cuatro siglos de combate y su afición por la hazaña y el éxito, no renunciaría al choque.

Pero no era esa batalla la que le preocupaba tanto, ya que la Guerra contra otros siempre le había deparado algún beneficio, al menos coyunturalmente. El abatimiento era interior, su gente ya no acompañaba con el esfuerzo y sacrificio requeridos. La gran mayoría estaba nuevamente disconforme con el estado de cosas. Los trabajadores – a los que se situaba en la mira del recorte, como en cualquier período de “vacas flacas” – no estaban dispuestos a perder derechos adquiridos. La educación distaba mucho de lograr niveles de calidad que permitieran pensar en una juventud cualificada científicamente, en parte por la desinversión pública, en parte por la desinversión privada (que más que “invertir” estaba preocupada por sus ganancias), en parte también por el desinterés de un estudiantado educado televisivamente en paisajes donde lo que contaba era conseguir dinero y fama velozmente. Justamente esta juventud se había vuelto muy peligrosa, yendo a contracorriente del individualismo aprendido y enarbolando con fuerza las banderas de la Paz y el Desarme mundial y social.

Más allá del tardío esfuerzo de la administración Obama por asegurar mínimamente cierto grado de salud primaria a la población, la brecha de bienestar en EEUU era similar (o acaso peor) que en las regiones menos desarrolladas del mundo. La orografía social no era allí tan precisa geográficamente como en el caso chino, sino que estaba demarcada por aspectos étnicos. Negros y Latinos conformaban en todas las categorías analizadas los segmentos menos favorecidos. En el primer caso, como arrastre innegable de un pasado esclavista. En el segundo caso, como ya dijimos, por ser la “medicina” disponible en el cercano Méjico y América Central, para intentar contrarrestar la epidemia del bajo costo laboral del Lejano Este.

Los EEUU no estaban solos en esta situación de crisis. Aquellos que se habían colgado de la misma liana en Europa continuaban siendo aliados en las malas, sólo que les iba tan mal que resultaban más un peso que una ayuda. Los males que aquejaban a aquella unión de europeos eran similares y se hacían notar con mucho más rigor en los países de su periferia, como Grecia, España, Portugal o Irlanda. Para colmo, el mundo árabe que proveía petróleo y absorbía parte del comercio exterior, había despertado de un servilismo anterior y se hallaba aún en plena efervescencia, por lo que la inquietud y la tensión llegaban a altas cotas en aquella Europa que creía por fin haber llegado al sosiego definitivo.

Así las cosas, no sería de extrañar que algo significativo ocurriera.

La revuelta de los barbijos

Fue poco serio como comenzó todo aquello. Un grupo de jóvenes amigos chinos, tensos en lo inmediato por el alto costo de los estudios y la vida en general y preocupados por el freno que sentían en la restricción de horizontes vitales, decidieron expresarlo de algún modo. Algunos ídolos de la música y el cine habían comenzado poco antes ya a considerar la necesidad de un nuevo estilo de vida social, cuyo correlato sin duda debería ser un cambio institucional. Aquellos amigos no desconocían que el gobierno estaba – a poco menos de un año del centenario de 1919 – atento a cualquier movimiento que pudiera ser considerado subversivo, por lo que decidieron proceder con cautela. De cualquier modo no pensaban en una proyección masiva o revolucionaria sino en una acción testimonial, que a la vez de granjearse la simpatía de sus coetáneos por sus características creativas, dejara en su interior la sensación de coherencia por haber aportado su opinión para beneficio de la comunidad.

De esta manera, luego de varias sesiones de propuestas imaginativas, decidieron expresar la falta de expresión utilizando aquellos barbijos que habían llevado cuando niños, en el transcurso de un fuerte brote de gripe que sería luego declarado pandemia en razón de su rápida y transnacional expansión. Ninguno de ellos pensó por entonces cuán acertada sería la elección.

El barbijo se prestaba muy bien para estos activistas improvisados como elemento de protesta no sólo por su bajo costo y facilidad de uso, sino también porque aludía de modo crítico a la sistémica polución ambiental, asunto que conectaba a los jóvenes de inmediato. Por último, no era desdeñable la cuota de ocultamiento que la pequeña máscara otorgaba, así como también el interesante efecto heroico psicológico y cinematográfico - al mejor estilo Ninja - que una futura amplia dotación de “barbijeros” dejaba flotando.

El problema radicaba en decidir cómo y cuando usarlos para protestar, ya que imaginaban que si unos pocos jóvenes aparecían con barbijos en alguna calle céntrica o frente a algún edificio simbólicamente significativo, serían de inmediato interpelados por la autoridad y – una vez explicitados los motivos de tal aparición pública – retirados inmediatamente del lugar con consecuencias poco agradables. De esta manera, era clara la ineficacia e inconveniencia de hacerlo de ese modo.

En posteriores deliberaciones, el grupo – que ya había sumado algunos entusiastas más – decidió dividirse en 3 columnas. La primera haría circular en persona y por medios electrónicos el rumor de que una nueva gripe estaba amenazando la salud, posiblemente desde territorios vecinos. El argumento del peligro exterior siempre hallaba lugar en la conciencia china y por ello era muy apto para reproducirse fácil- y rápidamente. El segundo grupo se dedicaría a difundir la presunción de que el Gobierno negaría de plano la existencia de tal brote pandémico, hecho motivado – según afirmaban los comunicadores - por el desprestigio y la inestabilidad que este tipo de acontecimiento suscita. La sospecha acerca de la negligencia gubernamental también era muy bienvenida como lugar común en la sociedad china del momento (como en casi todas las demás regiones del mundo), por lo que los autores contaban con que el contenido fuera ampliamente aceptado y la gente descreyera – al menos por precaución – de todo aviso del Estado respecto a desechar medidas de protección ante la gripe.

El tercer grupo se dedicó a idear formas de explicar anónimamente el significado de protesta de aquellos que utilizarían barbijos a plena luz del día. Así circularon *tweets* del estilo “barbijo=mordaza”, “liberen al tigre”, “aire sí, mordaza no” y otros encriptados del mismo estilo. Se crearon cuentas anónimas con nombres de chinos célebres y mitológicos que emitían mensajes por las redes sociales con contenidos como: “si quieren que sea matemático, sáquenme las cuentas de la cabeza”, “Buda, ayúdame a escapar de tanta libertad”, “la verdadera gripe porcina vendrá en el año del Cerdo” y otros similares.

Mientras tanto, algunos comenzaron a portar barbijo brevemente al ir a los lugares habituales. Otros, que no tenían nada que ver con el grupo sedicioso pero a los que había llegado el primer rumor, los imitaron. Así el periodismo llevó la noticia a los funcionarios, quienes averiguaron y emitieron la prevista comunicación sobre la falacia en relación a una supuesta enfermedad contagiosa, alentando a la población a despreocuparse. Este aviso de “falsa alarma” llegó a muchos que habían sido prevenidos acerca de las intenciones del régimen de acallar el riesgo de contagio y éstos - al estilo de aquellos vecinos “bien informados” y metidos a redentores que no faltan en ningún barrio del mundo - comenzaron a alertar a otros sobre el peligro real. La comunicación del gobierno – y sucesivas reiteraciones - llevaron el tema a niveles masivos, lo cual lejos de distender a la gente, aumentó su nivel de preocupación. Prevenir no cuesta nada, pensaron muchos y así comenzaron también a portar barbijos.

Este era el momento esperado para difundir el mensaje y así, los jovencitos del inicio emitieron sus proclamas con claridad por diversos medios, previendo además la llegada de sus comunicados a las principales agencias de noticias del mundo. De esta manera, el mundo recibiría imágenes de miles de chinos portando barbijos “*en protesta por la falta de expresión, de equidad y de libertad en las que el régimen ha confinado a los hijos de China*”. El mundo devolvió la noticia a China y muchos se sorprendieron de ser cómplices involuntarios en una conspiración, pero muchos otros recién ahora se calzaron los barbijos en abierta señal de disconformidad, suplantando con creces a aquellos que habían dejado de utilizar el protector. Por entonces, comenzaron a crecer las voces acerca de una necesaria reforma política y de superar un modelo desgastado.

No se sabe si fue un acto de valentía o de temor – algunos hasta llegaron a hablar de un pequeño “atentado” virósico; lo cierto es que en varias dotaciones militares, algunos soldados comenzaron a usar también barbijos, sembrando la inquietud en los mandos militares que no querían reprimir el hecho por temor a que el asunto se expanda en virtud de la solidaridad entre la soldadesca.

En EEUU, un puñado de jóvenes chinos creyeron su obligación apoyar a sus parientes y hermanos en casa. Con orgullo llegaron a las puertas del Capitolio con barbijos y pancartas para reclamar decidida presión internacional y evitar una represión masiva en China. Tal imagen fue captada de inmediato por las cámaras de televisión circundantes y nuevamente retransmitida al mundo. Entonces, sucedió algo impensado para la mayoría de la opinión pública y sobre todo – para la prensa, que hasta entonces había sido una activa partícipe, pensando en que se trataba de una buena nota de color.

Corría el mes de abril de 2018. En distintos puntos de Norteamérica, hacía ya varios años que un movimiento relativamente pequeño – pero creciente – había comenzado con decisión a alertar y agitar en contra de un modelo militarista que consideraban no

sólo perjudicial sino también inmoral. Estos jóvenes habían conectado a un buen número de anteriores militantes pacifistas, pero sobre todo, habían logrado concitar la adhesión de una nube diversa de adolescentes desencantados de las vías formales en las que la vieja política quería enrolos. La experiencia del gobierno de Obama había sido elocuente en relación a la gran mentira de un sistema que no quería cambiar sino maquillarse, usando en esa ocasión la piel morena como el mejor *camouflage*.

Estos grupos que llevaban la Paz y la No violencia como consigna, se sentían tributarios de los genuinos luchadores por los derechos civiles como Martin Luther King Jr., Susan B. Anthony, Rosa Parks, Elizabeth Stanton, James Meredith y tantos miles de otros que en la historia americana se opusieron a la esclavitud, la inequidad, la barbarie, la discriminación y la insensibilidad.

Justamente era una sensibilidad la que conectaba a las muchachas y muchachos a esa corriente subterránea en la cual también habían bebido los contestatarios oponentes a la guerra en Vietnam en los años 60'. Y en las tierras del Águila, el cincuentenario del "legendario 68" estaba en la mente de muchos como un símbolo de dignidad.

La propagación fue veloz. Muchos jóvenes norteamericanos acudieron también con barbijos y carteles que ligaban la protesta china con la propia situación. "también somos prisioneros del sistema", "Free China, free América", "aire puro aquí también", "Paz, sí - militarismo, no" podía leerse entre otras proclamas. Internet reproducía de manera instantánea y en pocas horas ya se hablaba mundialmente de la revuelta de los barbijos.

La reacción de los jóvenes en otros lugares no se haría esperar. Desde Wellington hasta Reykjavik, desde Maputo hasta Buenos Aires, desde Moscú hasta Ciudad de Méjico, desde Cairo hasta París, Sarajevo y Río de Janeiro, las marchas, sentadas y actos públicos se multiplicaron, mostrando con alegría la cercanía de un nuevo mundo.

El resto de la historia es magnífico: en pocos días millones de personas estaban en las calles en todo el mundo portando barbijos y coreando públicamente ese clamor que había estado pulsando en su interior desde hacía tiempo. Ya no eran sólo jóvenes, sino que la sociedad toda se había dado cita para exigir y gestar el cambio que legítimamente les correspondía. Ya no era sólo la situación en China o EEUU, era el sistema lo que había caído en desgracia.

A horcajadas del caballo de una civilización planetaria, se había consumado la primera revolución mundial no violenta.

Epílogo

Volví a China unas dos décadas después de aquella ocasión en la que fuimos deportados “por promover actividades ligadas a la expansión de una organización no legalizada”.

En aquella primera incursión al gigante oriental, había viajado junto a mi buen amigo Daniel con el objetivo de expandir las ideas del Humanismo Universalista en aquellas tierras, propósito que ciertamente no contó con el beneplácito de la autoridad comunista y de sus ejecutores, la policía política.

En esta segunda oportunidad – y removidas las trabas de visados luego de la caída del viejo régimen - llegamos nuevamente juntos a estas tierras, pero ya no era necesario “expandir una organización ilegal”, ya que ésta había comenzado a sumar miles de nuevos amigos chinos, que veían en el Humanismo la continuación creativa de lo mejor de aquella Civilización.

Nuestra tarea en esta oportunidad era mucho menos trascendente y consistía en una investigación de campo acerca de antecedentes de la Alquimia y de la Disciplina Mental entre los taoístas chinos, con la intención de verificar si había trazas de procedimientos que hubieran producido importantes transformaciones internas en aquellos que se ocupaban de esas materias. Además interesaba pesquisar, al menos someramente, algún desarrollo del Budismo Chang (Zen en su versión japonesa), no sólo en su componente historiológica o filosófica, sino también y sobre todo en referencia a las prácticas y las intuiciones relacionadas con la búsqueda de estados de conciencia inspirados y trascendentes del “yo” habitual.

La pareja de antropólogos que nos vino a recibir al aeropuerto y nos hospedó luego, se mostró tan solícita y amable como habíamos recordado siempre a nuestros primeros amigos chinos.

De más está decir que casi nada resultó como lo había profetizado. Las cosas habían salido finalmente bien, pero los sucesos no habían sido tan idílicos como en la fábula relatada.

El conflicto entre el Águila y el Dragón llegó casi al punto – hacia mediados de la década del 2010 – de desembocar en una confrontación armada abierta, que hubiera ocasionado sin duda millones de muertes. Las corporaciones de EEUU no se resignaban a perder el poder mundial geopolítico y económico y lo que China les ofrecía – llamado oportunidades de negocios - aparecía como una pobre compensación, indigna de la condición imperial. La deuda financiera con los orientales era aún enorme, lo cual generaba tensiones en ambos lados. Por otra parte, la sola masa específica del Dragón – multirelacionado ahora mundialmente – era en sí misma una amenaza y una desventaja para América en cualquier campo donde fuera necesario competir, o sea en todos.

Pero también estaba claro, que a pesar de todo el poderío militar con el que el Águila contaba, China no era un punto como cualquier otro a invadir y someter sin más. El Dragón – conciente del adversario real - había invertido también sumas impresionantes en armarse para disuadir un escenario que consideraban poco probable pero no imposible.

Por otra parte, la dinastía gobernante necesitaba contar con el Ejército para también diluir cualquier intento de inestabilidad interna, habida cuenta que la gente se había vuelto poco paciente y de algún modo, levantisca e irreverente. Para ello, nada mejor que invertir buenos dineros en mantener contenta a la milicia.

Por suerte no se llegó a la guerra directa, pero el conflicto escaló por diversos frentes. El mundo parecía haberse tornado nuevamente bipolar, aunque sólo lo parecía. El alineamiento no fue como lo había sido en la segunda mitad de siglo anterior, pero una gran cantidad de países intensificó su relación con el Dragón en razón del beneficio que ello generaba al menos en el corto plazo para sus dependientes economías. China ofrecía no sólo inversión y préstamo sino también compraba a manos llenas materias primas, energía y alimentos. Y no sólo eso, sino que muchos lugares comenzaban a forjar con el Dragón tratados de cooperación en materia de transferencia tecnológica, lo cual significaba una estocada al corazón de la estrategia de dominancia trazada por EEUU y Occidente para recuperar la preeminencia y el control. Más allá de lo tangible, China permitía a muchos pueblos - afuera de sus fronteras, por supuesto - una renovada altivez, superando el oprobio sufrido a manos del Águila.

Pero la gota que estuvo a punto de rebasar la paciencia y producir la furia insensata de las legiones, fue cuando algunos gobiernos europeos, en teoría aliados, vieron en el progreso material chino su propia puerta de escape de la situación complicada en la que habían caído.

Así las cosas había que dar una lección a propios y ajenos, al menos de manera indirecta. Un objetivo evaluado sería Irán, quien no sólo era el tercer principal abastecedor de petróleo de China, sino que también evacuaba gran parte de su crudo hacia Europa. El problema, sin embargo, era que el precio internacional seguiría subiendo, lo cual afectaba de manera dispar a las distintas corporaciones en USA. Además era impredecible saber cómo reaccionaría el ya convulsionado mundo árabe.

Otra posibilidad era forzar el enfrentamiento entre ambas Coreas, en las mismas puertas del Dragón, pero esto equivalía prácticamente a declararle la guerra a China. Por otro lado, era difícil que el ahora económicamente bien posicionado pueblo surcoreano se aviniera al sacrificio y la destrucción que aquello produciría.

Desde el punto de vista del ajedrez geopolítico, el aliado imprescindible que se necesitaría en todos los casos para una acción militar cuyo objetivo indirecto fuera el Reino del Medio, era Rusia. Ella era la enemiga histórica del Dragón, sus pueblos esteparios los que habían logrado dominar al imperio durante las dinastías Yuan y Qing. Sin la anuencia y colaboración rusa cualquier acción estaba destinada a fracasar. El problema era que el Águila bicéfala tampoco quería verse arrastrada a semejante situación. Salvo que se sintiera efectivamente amenazada desde el Sur.

Pero esa región estaba ya muy recalentada por la presencia de las huestes norteamericanas en Afganistán y las bases en Kirgizstan, Uzbekistán y Tayikistán. La posibilidad a observar era un país por la época en ascenso pero que en realidad era un polvorín en ciernes: Kazakhstan. Gobernado por un antiguo funcionario de la época soviética devenido en padre de la Patria – y por tanto renuente a abandonar rápidamente la escena central de la política –, este lugar había aprovechado sus buenas reservas de petróleo y gas para crecer económicamente. La manifiesta trilateralidad que exhibía su política exterior, intentando mantener buenos lazos con el Dragón y ambas Águilas,

operaba como un tapón de seguridad entre Norte y Sur (Rusia y el mundo musulmán) y entre Oeste y Este (la puerta de entrada de la antigua Ruta de la Seda entre Occidente y China). ¿Qué pasaría cuando Nazarbayev muriera o dejara el poder y su sucesión se revelara complicada?

La complejidad era manifiesta y eso salvó al mundo de que el acertijo desembocara en un conflicto de proporciones mayúsculas. Rusia prefería que USA hiciera el trabajo que ella no había podido completar en el mundo tribal y montañoso del indomable Afganistán, intentando cortar las mil colas de la radicalización islámica pero también quería que con ello terminara la presencia del Águila en esa región. Así las cosas, no sería posible contar con la antigua enemiga de la Guerra Fría para una nueva Guerra caliente en contra de los intereses chinos.

Por ello, el Águila – pese a toda las tendencias bélicas que pugnaban en su interior en dirección a nuevos conflictos - tuvo que contentarse con aumentar la presión política sobre un régimen que parecía invencible y lo hizo de diversos modos, sobre todo revolviendo internacionalmente en la herida que generaba la exportación china a la producción nacional en la mayoría de los lugares – incluyendo por supuesto el propio territorio. La globalización había quedado atrás y el proteccionismo, con sus habituales ataques y contraataques, comenzó a dominar la esfera mundial. Este escenario no era sorpresivo para el Dragón, quien tiempo atrás había comenzado a intentar balancear sus modalidades económicas para resistir – si fuera el caso – algún descenso posible en su agresivo sistema exportador.

EEUU aumentó además su apoyo a grupos contestatarios pro democracia, al tiempo que alimentaba a facciones autonomistas a fin de aumentar las posibilidades de secesión (o rebelión) territorial en Tibet, Xinjiang y Mongolia Interior, lo cual hizo que el conflicto subiera de punto con las declaraciones del gobierno chino que lo acusó de intervencionismo abierto. En todo caso, habida cuenta de la creciente dificultad de instalar nuevas invasiones con consenso en Naciones Unidas, el Águila tuvo que contentar (y dar trabajo) a sus tropas con patrullajes, instalaciones y menciones amenazantes. Más allá de la batería de usuales (e inútiles) tareas, una inteligente medida fue aprovechar parte de las tropas en situaciones de emergencia, como inundaciones o terremotos.

En cuanto al ataque contra el “brutal” expansionismo chino (como fue calificado por los medios de la época, asesorados sin duda por algún estratega publicitario de la Casa Blanca), esa táctica tuvo su eficacia pero un efecto finalmente distinto al deseado. El consejo fue aprovechado en un contexto multilateral apareciendo un escenario mundial con múltiples y fortalecidos actores que tampoco querían ver fagocitadas a sus industrias por el fuego del Dragón. Rusia, Brasil e India asomaban con gran presencia y distintos ejes regionales cobraban también cada vez mayor fortaleza.

En ese ambiente emergió lo que muchos analistas comenzaron a llamar la “segunda independencia” a nivel mundial, en la cual la balanza ya no se inclinaba hacia una u otra superpotencia, sino que tendía a distribuirse entre los distintos pueblos que con conciencia soberana se incluían en alianzas regionales y reclamaban sus derechos en el panorama internacional.

Algunos de los hechos que se sucedieron en este clima fueron muy destacados.

Creció el repudio hacia el intervencionismo militar, ampliándose el consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a 10 miembros, el cual ya no otorgó consentimiento alguno para invasiones armadas. Aprovechando además el enorme déficit de EEUU (y su abultada deuda con la organización) se reestructuró el esquema de las Naciones Unidas, moderando la influencia relativa norteamericana en sus decisiones a través de su financiamiento.

Desde las mismas Naciones Unidas y a través de rondas de negociación finalmente eficaces patrocinadas por la Unasur, la UnÁfrica (que comenzó a funcionar casi a finales de aquella década) y el Asean, se elaboraron dictámenes vinculantes acerca de medidas ecológicas tendientes a disminuir el nivel de contaminación al tiempo que se creó un fondo de compensación histórica, para financiar mejoras infraestructurales en países menos desarrollados tecnológicamente.

Por presión de las mismas regiones, se estableció que las instituciones ligadas a la especulación financiera no colaboraban con el bien público y se las sometió a un régimen impositivo tal que permitió que gran parte de los inversionistas regresaran sus ahorros a los circuitos productivos. Por cierto que la especulación con materias primas y alimentos quedó prohibida y fue alejada de los recintos bursátiles, en razón del efecto inflacionario desestabilizante que había desatado.

Las regiones habían operado con efectos significativos y en ellas se había comenzado a perfilar una identidad fusionada que – en algunos casos – había efectivamente derribado las anteriores fronteras administrativas. La renovada conciencia de la propia soberanía y de la novedosa paridad entre naciones se trasladó consistentemente al interior de las sociedades y el derecho de optar por una u otra forma de gobierno llevó a la realización de plebiscitos y reformas políticas en las que una nueva generación participó de manera entusiasta.

Así, el Dragón tampoco pudo sustraerse a la ola de libertad y – en vista de que su gente ya no se contentaba sólo con la modernización, sino que exigía la democracia - cedió de manera parcial y liberalizó el sistema de gobierno, concediendo elecciones populares libres en cada provincia, pero sin ceder en la conformación del gobierno central, cuestión que tampoco demoraría mucho en cambiar por la presión del propio esquema federativo.

El Águila comenzaba también por la época a demoler sus arsenales nucleares y a desmantelar progresivamente su fuerza ofensiva, como parte del cambio que una nueva generación de dirigentes había iniciado, comprendiendo la inutilidad de continuar pateando coques contra el agujón de un mundo que ya no aceptaba primado alguno.

Tomando un té frío, charlábamos con Daniel sobre todo esto y una y otra vez surgía en nosotros aquella conmoción que siempre había suscitado la afirmación de una realidad mental como fuente de toda posterior concreción en el mundo.

Riéndonos de viejas anécdotas que mi interlocutor continuaba refiriendo con un humor sin igual, recordando con alegría a nuestro muy presente Maestro Silo, nos quedamos observando en aquella terraza con placer el paisaje humano maravilloso, siempre azaroso y desconocido, previo a emprender nuestra próxima aventura.

Fuentes consultadas

Silo, Obras Completas I y II (*Editorial Plaza y Valdéz, 2004*)

Teoría y Práctica Método Estructural Dinámico
(*Jorge Pompei y colaboradores, Centro Mundial de Estudios Humanistas, 2008*)

Analectas (*Kongzi*)

Tao Te Ching (*Lao Tzu*)

Acerca del Jiuzhang suanshu or Nine Chapters on the Mathematical Art (*J. O'Connor and E. Robertson en http://www-groups.dcs.st-and.ac.uk/~history/HistTopics/Nine_chapters.html*)

Wikipedia (<http://es.wikipedia.org>)

The CIA World Factbook (<https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook>)

The book of Mozi (Mo-Tzu)
(*Russell Kirkland, <http://kirkland.myweb.uga.edu/rk/pdf/guides/MOTZU.pdf>*)

Mo Tzu (*Internet Encyclopaedia of Philosophy, <http://www.iep.utm.edu/mozi/>*)

Map of major Chinese rivers
(*China the Beautiful, <http://www.chinapage.com/chineseriver.html>*)

Chinese Dynasty Maps (*Minneapolis Institute of Arts, <http://www.artsmia.org/art-of-asia/history/chinese-dynasty-map.cfm>*)

Macrohistory and World report (*Frank E. Smitha, <http://www.fsmitha.com/h1/china02.htm>*)

El Presupuesto de Defensa es más grande de lo que usted cree
(*Robert Higgs, <http://www.elindependent.org/articulos/article.asp?id=1253>*)

Financial Statements of the United States Government 2008
(<http://www.gao.gov/financial/fy2008/08stmt.pdf>)

SIPRI Yearbook 2009
(<http://www.sipri.org/yearbook/2009/files/SIPRIYB09summaryES.pdf>)

La frontera de China, problemas actuales y perspectivas a futuro (*Ulises Granados, Revista de Historia Internacional, N° 27, http://www.istor.cide.edu/archivos/num_27/notas.pdf*)

China: Country Studies
(*Federal Research Division, Library of Congress, <http://lcweb2.loc.gov/frd/cs/cntoc.html>*)

División Población de las Naciones Unidas (<http://esa.un.org/unpd/wup/unup/p2k0data.asp>)

The Future of Biomedical Industry in an Era of Globalization
(Kellogg School of Management, http://www.baybio.org/pdf/future_biomedical_industry.pdf a través de <http://www.economyweb.com/>)

Top 200: The Rise of Corporate Power (Anderson y Cavanagh, December 2000)

Corporate Power in a global Economy
(Brian Roach, Global Development and Environment Institute, Tufts University, 2007)

China and Globalization: Confronting Myriad Challenges and Opportunities
(Samuel S. Kim, Asian Perspectives Vol. 33, N° 3, 2009)

Ti Yong Theory (Tze-ki Hon - from Modern China: An Encyclopaedia of History, Culture, and Nationalism. <http://www.bookrags.com/tandf/ti-yong-theory-tf/>, Taylor and Francis, 2005)

Datos del National Bureau of Statistics of the Peoples Republic of China
(http://www.allcountries.org/china_statistics/comparison_of_china_and_other_countries.html, Photius Coutsoukis and Information Technology Associates)

Banco de Datos del SIPRI (Stockholm International Peace Research Institute, 2010)

U.S. Nuclear Forces (Norris & Kristensen, Bulletin of the Atomic Scientists, Vol. 64, March/April 2008 <http://thebulletin.metapress.com/content/pr53n270241156n6/fulltext.pdf>)

La desaceleración económica mundial, factor de descenso del número de solicitudes internacionales de patente en 2009
(Informe de la OMPI, Organización Mundial de la Propiedad Intelectual, 2010)

Foreign Science and Engineering Presence in U.S. Institutions and the Labour Force
(Christine Matthews, Congressional Research Service, 2010)

Earth Policy Institute (<http://www.earth-policy.org/>)

The Changing in Agriculture, the Countryside and Farmers in China
(Lu Xueyi, Institute of Sociology, Chinese Academy of Social Sciences, <http://www.sociology.cass.cn/english/PAPERS/P020070306306524375309.pdf>)

China Internet Information Center – gubernamental -
(http://spanish.china.org.cn/china/archive/shiqida/node_7030757.htm)

Facts & Details
(Jeffrey Hays, 2008, <http://factsanddetails.com/china.php?itemid=79&catid=2#9901>)

China's WTO Revolution
(Shunli Yao, <http://www.project-syndicate.org/commentary/shunli1/English>)

The rising power of the Chinese worker
(The Economist, 2010, <http://www.economist.com/node/1669333>)

Understanding China's "Angry Youth": what does the future hold?
(The Brookings Institution, 2009/04/29, <http://www.brookings.edu/>)

China's Fifth Generation: Is Diversity a Source of Strength or Weakness?
(Cheng Li, Brookings Institution's John L. Thornton China Center)

Chinas Rebellen: Die Dissidenten und der Aufbruch in eine neue Gesellschaft
(Ian Buruma, Deutscher Taschenbuch Verlag, Oktober 2009)

Human Rights in China (<http://www.hrichina.org>)

El conflicto de Xinjiang: La Minoría Uigur y la política de Pekín
(Nicolás de Pedro, OPEX, Fundación Alternativas, 2008)

Nation Master (<http://www.nationmaster.com/>)

International Institute for Democracy & Electoral Assistance (IDEA)
(http://www.idea.int/vt/graph_view.cfm?CountryCode=US)

World Drug Report 2006, Vol. 1 y 2 (United Nations, Office on drugs and crime,
http://www.unodc.org/pdf/WDR_2006/wdr2006_volume1.pdf)

La inmigración en la historia de los Estados Unidos (Hasia Diner, Febrero 2008,
<http://www.america.gov/st/washfile-spanish/2008/April/20080408132034liameruoy0.2097742.html>)

Immigration in the Gilded Age: Change or Continuity?
(Roger Daniels, *Magazine of History*, Vol. 13, No. 4, *The Gilded Age* (Summer, 1999), pp. 21-25, *Organization of American Historians*)

No Lamps were lit for them: Angel Island & the Historiography of Asian American Immigration (Roger Daniels, 1997)

The Native Peoples of North America: A History
(Bruce E. Johansen, Rutgers University Press)

The American Economy during World War II. (Tassava, Christopher, *EH.Net Encyclopedia*, edited by Robert Whaples, http://eh.net/encyclopedia/article/tassava.WWII_)

Notes of the Secret Debates of the Federal Convention of 1787
(Escuela de Leyes de Yale http://avalon.law.yale.edu/18th_century/yates.asp)

Toward an American Revolution - Exposing the Constitution and other Illusions
(Jerry Fresia, South End Press, 1988)

El Contrato Social: o los principios del Derecho político (Jean-Jacques Rousseau, 1762)